

TOMA



**FONDO**  
José Miguel  
Alzola

## S U M A R I O

- Rafael Padrón Espinosa  
¿Cuentos herreños?  
Antonio María Manrique  
El palacio de Zonzamas  
Rafael M. Fernández Neda  
El balcón del chantre  
La cruz quemada  
El Valle de la Orotava  
Miguel Sarmiento  
Cuentos de la tierra  
La jaira  
Leoncio Rodríguez  
La Laguna, mística  
E.A.  
Figuras populares  
Francisco González Díaz  
Cuantos al minuto  
Rafael Arocha Guillermo  
Cuentos  
Diego Crosa  
Confesiones e intimidades  
Angel Guerra  
La lapa

JOSE MIGUEL ALZOLA

**¿Cuentos herreños?**

**DOCUMENTOS INEDITOS**

# ¿Cuentos herreños?

(Conversaciones entre varios oficiales de las  
antiguas Milicias de Canarias),

POR

**D. RAFAEL PADRON DE ESPINOSA**

(Notas de Dacio V. Darias y Padrón, Cronista  
titular e Hijo predilecto de la isla del Hierro)

**LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)**

**Santa Cruz de Tenerife**



-778858-

# Advertencia

La publicación de este modesto opúsculo, perteneciente al exiguo acervo literario herreño de antaño, de un tipo aunque quizá menos mordaz, para personas determinadas, que otro que corre manuscrito, debido a la festiva pluma del ortavense Álvarez Rijo, responde tanto a los fines de divulgación de la presente serie, cuanto a motivos sentimentales, derivados de imperativos lazos de sangre con el glosador.

En estas «Conversaciones», denunciadoras en el fondo de costumbres sociales de su época

ca, intentó su autor, burla burlando y en la camaradería de la sala de banderas del antiguo Batallón fijo de Infantería de Canarias, vindicar el honesto nombre de sus paisanos, a quienes una vulgar frivolidad atribuía ciertos complejos de inferioridad mental en relación con los demás habitantes del Archipiélago, aspectos éstos que, de ser ciertos, ocurrían en todas las islas y no en una sola, como demuestra este folleto, a veces, dentro de lo picaresco, matiz de nuestra clásica literatura.

Ilustran el texto, para su mejor comprensión y fijación de algunas materias que se rozan con la historia del país, breves notas.

# Biografía del autor

Don Rafael Padrón Espinosa y Guadarrama, teniente coronel g.<sup>o</sup> de las Milicias de Canarias, nació en la villa de Valverde, isla del Hierro, por octubre de 1748, de padres hidalgos. Fueron éstos D. Sebastián José Padrón Espinosa y doña María de Acosta Padrón.

Cuando el Inspector, coronel Maximiliano Dávalos, reorganizó nuestras Milicias, fué nombrado subteniente en la Sección del Hierro, con la antigüedad de 9 de septiembre de 1772 y destinado a una de sus unidades, obtenien-

do dentro de aquel Cuerpo todos sus ascensos militares, hasta ser nombrado capitán de la segunda compañía. Obtuvo su retiro con el grado de Teniente coronel, por real despacho de 15 de septiembre de 1818.

Siendo subalterno fué destinado a la guarnición del entonces puerto y plaza de Santa Cruz de Tenerife, año de 1798. Las amistosas disputas que entonces sostuvo con sus compañeros de armas, sobre las «cosas» del Hierro, dieron origen a estas «Conversaciones», que escribió y puso en orden cuando se reintegró a su pueblo natal.

Persona de prez entre los suyos, en distintas épocas formó parte del Cabildo o Municipio del Hierro, presidiéndolo en ocasiones, varias como Alcalde mayor, por elección de sus convecinos, entre ellas por los años de 1782, 1785, 1789, 1793 y 1808. En este último año presidió dicha Corporación, convertida en Junta gubernativa insular y sometida a la Superior de La Laguna, presidida por el Marqués de Villanueva del Prado. A este reconocimiento, sin duda alguna, contribuyó con su influencia personal, no obstante ser yerno suyo, el Alférez mayor de aquel Cabildo, D. Mateo Fernández Salazar, hermano del Canónigo e Inquisidor don Es-

teban, residente en Canaria y partidario de aquella isla.

Con ocasión de efectuar en el Hierro su visita pastoral, el obispo Fr. Joaquín de Herrera, año de 1782, este Prelado le designó miembro de una Comisión que se hiciera cargo «de fomentar y concluir la obra de la Parroquia», que a la sazón reedificóse por aquel vecindario, templo que en la actualidad se está reparando, pero que admira que entonces se haya podido llevar a buen término, dada la amplitud del edificio.

Falleció don Rafael en la expresada villa, el 3 de agosto de 1822, y sus restos yacen en la citada parroquia, en la sepultura de la familia de Frías, a la que perteneció su esposa. Está citado este patricio herreño, en la «Bio-Bibliografía de Escritores de las islas Canarias».

# Introducción

Mis idas y venidas, por más de cuarenta años, en estas islas Canarias, me proporcionaron varios amigos en todas ellas, que bajo la satisfacción de tales, me sacaban, por vía de entretenimiento, los «cuentos» del Hierro; y conociendo que todo el fin era azorarme, me fué preciso a los principios convenir con ellos, confirmando que los herreños habían sido y son bastante sencillos e ignorantes. Però después que fuí adquiriendo noticias de las otras islas, formé un numeroso cuaderno de chistes, sin aprovecharme de las simplezas de

pastores, criados, ni otros de baja esfera, sin instrucción, sino de sujetos presumidos de tenerla junto con su crianza, y encontré que todo el mundo es país, y que atribuían al Hierro, no sólo los cuentos de Tenerife, Canaria y Palma, sino también algunos de España. Y no me fué inútil este trabajo, pues habiendo ido destacado a la plaza de Santa Cruz el año 1798, donde se hallaban con el mismo destino otros oficiales de Milicias de las otras islas, (1) tuve varias conversaciones con ellos, en defensa de esta mi tierra, probándoles y haciéndoles confesar la verdad de este adagio: «Español, en mi casa cuecen habas, y en la tuya, a calderadas»; y el consejo prudente de este otro: «El que tiene tejado de vidrio, no eche chinitas en el de su vecino».

Instado por algunos de estos mismos paisanos, a que pusiése por escrito algunas de estas conversaciones, por complacerles, lo hago como sigue:

## Conversación primera con un oficial de la Villa de la Orotava

Esté pretendió chasquëarme con un cuento de un criado que suponía herreño, y a quien le dijo una noche el amo que madrugase por la mañana, que tenía que ir al Realejo. Y al otro día, levantándose el dicho amo temprano para habilitar al criado, no lo halló, hasta que al cabo de un rato, entró por la puerta, diciendo que ya venía del Realejo, donde lo había mandado. He aquí mi respuesta:

—Mi amigo: a Vm. le sucede lo mismo que a otro oficial de la Banda, que también pretendió chasquearme con los cuentos herreños, persuadido de que yo ignoraba los de su tierra, especialmente uno sucedido al padre y al abuelo del mismo oficial. Y éste fué que el dicho padre, siendo muchacho, jugando en un montón de paja, se le clavó en el pie una aguja de vela, que se había allí perdido, y como se le infeccionase con la picadura el pie, fué preciso valerse de un cirujano, quién, enterado de la herida dijo al padre del herido, y abuelo de dicho oficial, que era necesario dar a aquel chico con que privarlo para cortar lo infectado. Entonces el dicho padre alzó la mano y le dió al pobre hijo tan fuerte puñada en el cerebro, que lo derribó sin sentido en tierra, diciendo al cirujano: «Ya usted lo tiene privado; jaga como quisieré su tomía».

Este oficial pensaba que yo ignoraba lo que había pasado en las Bandas y en su propia casa, y lo mismo le sucede a Vm., que ha creído que, por estar retirado en el Hierro, no sabía que el criado que se nombra era de la Villa de la Orotava, llamado Fulano Tosta, y esto no lo puede ignorar Vm., porque siempre que sucedé un caso paralelo como éste, luego se dice: «Este es como Tosta, cuando

fué al Realejo». Y así, amigo, cada barco aguanta sus velas, y cada pueblo sus simplezas.

—A lo menos no me podrá Vm. negar, replicó, que era herreño un criado que servía en Tenerife, que mandándolo sus amos barrer la sala, vió en un espejo que su imagen también barría, y se paraba cuando él lo ejecutaba; y creyendo que era algún otro, que también estaba barriendo, y que imitaba sus acciones, le dijo: «O barre Vm., o barro yo», y viendo que continuaba sin responderle, fué a darle un palo con el de la escoba e hizo pedazos el espejo. Como también otro que, después de los amos comer, diciéndole que levántase la mesa, se metió debajo y la levantó en alto con la espalda, echando a rodar los vasos y cuanto sobre la mesa había. Y otro que diciéndole el amo le trajera la pipa para fumar, se fué a la bodega y trajo una pipa de encerrar vino.

—No niego los hechos, le respondí, ni tampoco que fuesen herreños, porque me consta ser cierto. Pero dudo que esto lo hicieran por ignorancia o simpleza, antes más bien creo que fué una estúpida malicia de fingirse bobos para divertir a los amos, y principalmente para con esta capa hacer boberías sin temor del

cargo, ni de la reprensión. Y ya ve Vm. que para hacer el papel fingido de bobo con propiedad, se necesita mucha retentiva y viveza. Fundo mi pensamiento en que conocí muy bien al del espejo, que murió pocos años hace, y en su cara, trato y conversación, no daba ningunas muestras de ignorante.

Si es el de la mesa, no pudo ser otra cosa que pura malicia, porque aquí se acostumbra decir también, hasta en los campos, después de comer, «que levanten la mesa», aunque sea un trapo puesto en el suelo. El de la pipa no podía ignorar que las había también de fumar tabaco.

Pero demos por supuesto que los hechos fueran mera ignorancia. De aquí sólo se puede inferir dos cosas. La primera que el del espejo pudo ser sorprendido con la novedad de cosa que no había visto, y proceder precipitadamente en consecuencia con la sorpresa. Y los de la mesa y la pipa pudieron ignorar la fuerza de la significación de los términos, y esto puede caber en unos entendimientos despejados. La segunda que, dado el caso de que fuesen efectos de natural simpleza, esto a lo menos solo prueba que en el Hierro, como en todas partes, haya hombres negados a un buen raciocinio, sin que

por eso se pueda sacar consecuencia al resto de los herreños, pues sería yo un necio si pretendiera graduar a todos los caballeros de la Villa de la Orotava, por la simpleza de uno de ellos, que fué a Londres y a su vuelta, entre las cosas que notó de más admiración, fué una el hablar los niños de cinco años perfectamente el inglés; y de otro que preguntándole uno delante de mí, si estaba encinta su mujer, respondió: «No lo sé. Sólo si me dicen que yo lo estoy, porque escupo mucho».

—Amigo mío, en todas partes hay su pedazo de mal camino, y no crea Vm. que el Hierro (sin embargo de no tener estudios formales ni aún de ninguna especie), ha sido el que menos sujetos de esplendor ha producido. Hijos suyos fueron un Virrey en Filipinas; un capitán de galeras, sobrino del mismo Virrey; un Obispo en la Puebla, canónigos en esta catedral de Canaria; un Teniente en la ciudad de La Laguna; un Doctor en Leyes, de mucho crédito y estimación en Sevilla; Lectores de Filosofía y Teología; y en el mismo día, algunos otros que se pueden presentar a cara descubierta dondèquiera, que ésto, en atención al poco vecindario de mi isla, puede parangonarse y hacer paralelo con los muchos

que han salido de Tenērifé y demás islas mayores. (2).

Pero como he oído comunmente decir, y quizás Vm. dirá lo mismo, de que en el día están los herreños más civilizados, es necesario dar alguna satisfacción, y para ello es preciso saber primero qué se entiende por esta voz «civilidad», porque si ella significa el pensar y obrar con solidez, circunspección y pureza, no hay duda que los antiguos fueron más civiles que los presentes. Sus ordenanzas o leyes municipales hechas con tanta rectitud, juicio y sabiduría, son la admiración de los que las lean o tienen noticias de ellas (3); sus tratos y contratos tan juiciosos y prudentes, que se conservan en sus escrituras, pueden servir de regla a quien quiera proceder bien y con acierto. Si se embarcan a las otras islas, en todas partes dejaban el sello de su nativa honradez. Si lo hacían las doncellas y jóvenes que iban a servir, aquéllas volvían, por lo común, doncellas, y éstos sin perder el candor de sus costumbres, porque encontraban amos poseídos de esta misma civilidad honrada, que sólo buscaban en sus criados un servicio honesto y fiel, y, por tanto, apreciaban en aquel tiempo un herre-

ño, con preferencia a cualquiera de otra isla. (4).

Pero si por voz «civilidad» se entiende la hojarasca, presunción o marcialidad del día, es cierto que nosotros estamos más civilizados que nuestros mayores, pues no hay duda que ahora vemos embarcar una moza a servir y a poco tiempo vuelve con su sombrero alto, su mantilla de muselina y sus enaguas de faralán, remeneándose con movimiento aculebreado, dejando al amo lo que llevó y trayéndose, en cambio, la marcialidad que le enseñó. Si son jóvenes, es un gusto verlos venir con su chaqueta azul o de anguín, arrogantes, presuntuosos y con toda la marcialidad que aprendieron de sus amos o compañeros. No digo más sobre esto, aunque algo más pudiera decir; pero lo dicho basta para hacerle a Vm. conocer que no hay pueblo ninguno que no sea capaz de censura en el común de los vecinos.

## II

### Conversación segunda con un oficial de La Laguna, estando juntos una noche de guardia

Este oficial me contó un chiste de un herreño, que dice entró en la Hermandad de la Escuela de Cristo de La Laguna. Y una noche que tenían cuarto de disciplina, a tiempo que acababan, fué a besar el suelo con las posaderas descubiertas. El que estaba detrás fué también a besar, y se encontró con las narices encalladas en las posaderas del herreño, quién, haciéndose el humilde, le dijo: «Bien

puede besar, hermano, que todo es tierra, y más mérito le será besar ahí que en el suelo». (5).

Yo no supe de pronto en qué sentido se podría tomar este cuento; pero como «en casa del ahorcado no se puede nombrar la sogá», le respondí a bulto: «Amigo, más gracia me hizo cuando me contaron que a un cierto caballero de La Laguna le hicieron creer que, plantando un cuerno, y regándolo sin cesar un año entero, echaba un vástago que daba una flor extraordinaria. El caballero fué a su casa, plantó el cuerno, lo hizo regar todos los días, y al cabo del año, lo encontró siempre cuerno».

Y aún este chiste fué de uno solo; pero vaya otro que trascendió a muchos. Y fué que ciertos caballeros fueron a visitar a un Corregidor, que acababa de llegar de España, y que, por alguna indisposición, traía un zapato enchancletado. Creyendo algunos de los tales caballeros, que era de moda, se presentaron también con sus zapatos en chancleta, y del mismo pie. (6). Esto sí que merece la nota de simpleza en una ciudad tenida por sabia. Cuando iba a proseguir mis cuentos, me detiene mi compañero de guardia, y me dice que su chiste no era dirigido a manifes-

tar que tenía un mal concepto de los herreños, que, antes al contrario, estaba satisfecho de que eran bien racionales, y que en todo lo que se puede alcanzar con la luz natural, sin el auxilio de la instrucción, se distinguen de los de las demás islas. Que su fin no fué otro que entretener el rato de la noche, en el interín venía la ronda, y que así prosiguiese con mis cuentos, fuesen de La Laguna o del Hierro.

Yo, un poco azorado, le dije: «Amigo, conozco que partí de ligero; pero pues tiene Vm. tan buen modo de pensar, yo proseguiré divirtiendo a Vm. con algunos cuentos del Hierro».

Aquí es necesario hacer punto, porque los cuentos que le conté (por estar los dos solos), fueron de la moda, esto es, del sexto precepto, que la modestia pide no se den al público. No obstante, con ellos estábamos divertidos, hasta que la centinela dió aviso de que venía la ronda, lo que hizo suspender la conversación, porque después fuimos a reconciliar un sueño.

111

## Conversación tercera con un oficial de Santa Cruz

Esté oficial, en amistad me dijo: «Anda, herreño, mata gente». Yo le respondí: «que no hacía poco el que sus faltas echaba a otro», como dice un adagio, que si no se acordaba de la muerte atroz del Intendente, hecha en Sta. Cruz con el consentimiento de casi todo el lugar, que fué cómplice en ella; y que si la traía a la memoria con todas sus circunstancias, vería la diferencia de aquel abominable

y premeditado hecho, a las disculpables muertes de unos extranjeros, que se hicieron en el Hierro el año 84, que es sobre lo que recae el «mata gente», porque en aquella casi toda Santa Cruz concurrió al asesinato bárbaro del Intendente, y a casi todos, en general, se les puede considerar culpables; pero en las del Hierro, si hubo alguna culpa o defecto, sólo se podrá atribuir a cuatro o cinco, y aún éstos, se puede asegurar que no cometieron pecado, ni aun venial, porque fiaron de su Comandante que les aseguró, bajo su palabra de honor, puesta la mano en el pecho, que firmasen, que no les sucedería mal, que él nada adelantaba con que otros padeciesen con él, en el caso de que hubiesen malas resultas. Que él tenía órdenes positivas y que aquello lo hacía sólo para dar a conocer que había sido hecho con alguna formalidad. (7).

Iba a continuar, cuando el tal oficial me detuvo, diciéndome «que bien sabía que ni los herreros ni el Gobernador habían tenido la culpa», y, al mismo paso, me señaló quién, y el por qué, lo que es preciso pasar en silencio. Y yo conociendo que estaba bien impuesto en los hechos y causas, no adelanté y dí fin a la conversación.

## IV

### Conversación cuarta con un oficial de Canaria

Un oficial de Canaria me preguntó si era cierto que en el Hierro, el día de Finados, llevaban a la iglesia, para ofrendar, vino, y que en la misma iglesia, antes de ofrecer, bebían y decían al mismo tiempo: «Sea por el alma de mis difuntos».

Yo le respondí que era cierto que llevaban vino, higos pasados y grano de toda especie, según la práctica antigua. Que en lo demás de beber, antes de entregar la ofrenda, podría ser, aunque no lo había visto, porque concurría ese día mucha gente de los campos, y que también podría ser que dijese, «Por

el alma de mis difuntos», no ofreciendo por ellos lo que beban, sino lo que entregan. Pero mi amigo, dése Vm. una vuelta y vea lo que pasa en su gran ciudad de Canaria en semejante día, y si no lo sabe, que no es posible lo ignore, yo le diré a Vm. que, hallándome en ella por Finados, oí decir a una mujer, hablando con mi casera: «Vecina, mire que mañana nos juntamos a «doblar». Extrañé la expresión, pero callé hasta saber por el hecho su significado, y salí de la duda al otro día. Cuando a la noche llegué a la casa donde asistía y la encontré llena de vecinas sentadas en rueda, con porción de candelillas encendidas en un plato de aceite, una porción de castañas cocidas, un frasco de mistela, otro de aguardiente y otro de vino y que «doblaban» y «redoblaban» con estas campanas admirablemente, como al mismo paso un repique concertado que hacían, levantando, cada una, una nalga. Yo que tuve presente el cuento atribuido al Hierro, respondía: «Por el alma de sus difuntos sea». (8).

Aquí otros amigos que estaban delante, comenzaron a decirle y a darle «vaya» a dicho oficial, y me cortaron con el panegírico que les iba a hacer de ciertos curas y aun canónigos.

## V.

### Conversación quinta con un oficial de la Palma

Esté mē dijo, con mucha formalidad, que había oído que del Hierro mandaban a preguntar a la Palma, cuando caía la Ceniza, y que antes de haber algibes en ésta, iban a lavar a la Banda de aquella isla, donde dicen Tazacorté.

Respondíle que, en cuanto a lo primero, en el caso de que fuese herreño, no sería de admirar que en aquel tiempo se hiciese tal pre-

gunta, sin que por eso se graduase de necesidad, pues aun ahora no lo sería, si la repitiese cualquiera que no tuviese tabla o almanaque, por ser fiesta movable. Y que en cuanto a lo segundo, se puede afirmar desde luego, que es falso, porque si entonces no había algibes, había y hay algunas fuentes, barrancos que conservan por mucho tiempo las aguas de lluvia, y, principalmente, los arroyos de agua dulce que salen en el Golfo al plano del mar, que en las bajas mareas podrían lavar y lavan con más comodidad y menos riesgo que en la Palma.

—Pero, amigo, vamos claros. Vm. ha oído campanas y no sabe dónde, y se vé claro que pretende ridiculizar al Hierro con unas cosas que, si son ridículas, recaen sobre un palmero. Y pues Vm. manifiesta estar tan escaso de noticias, yo le diré lo que hay sobre el asunto con todas sus circunstancias.

El caso fué que en el tiempo en que aún no había sacerdotes en el Hierro, venía a la Palma, en un barquito, un capellán a decir misa todos los domingos y fiestas. En estas idas y venidas llegó el tiempo de las misas de «luz», y quedándose a ellas, tomó para que le asistiera una mujer, que por último le servía de todo. En este cebo se fué quedan-

do hasta febrero y mandó preguntar cuando caía Ceniza para cumplir con su ministerio. Así también como en el Hierro no se usaba entonces almidón, entregó al portador su ropa y la del ama de llaves para que se la lavasen y planchasen, encargándole al mismo tiempo un crucifijo nuevo, porque el que había en el Hierro y salía en procesión el Jueves Santo, era viejo. A estas peticiones y diligencias acompañó carta a su confesor en que le relataba sus pecados, pidiéndole le absolviese, mandándole la absolución por escrito. El confesor que, según parece, era tan ignorante como dicho capellán, le respondió que estaba absuelto, con la condición de que, en volviendo a la Palma, le había de llevar un buen queso y una cabriteja para criar, «porque le habían dicho que las cabras del Hierro eran de buena casta».

Todo esto se supo por la carta respuesta, aunque se ignora cómo llegó a manos de los herreños. Unos dicen que el capellán la perdió en la iglesia y que el sacristán la encontró. Otros dicen (y será lo más cierto), que la criada, por curiosidad de saber lo que le decían de la Palma, se la quitó y la dió a leer a otro, y éste dió noticia de lo que contenía,

y que la fecha de dicha carta era de 26 de febrero de 1600.

El santo Cristo nuevo también se lo mandaron; pero los vecinos no lo querían admitir, por no tener motivo para arrimar el suyo. En esto llegó el Jueves santo, y el capellán o cura puso en el trono su crucifijo nuevo, lo que alteró a los herreños. Y como no los pudiese reducir, propuso que saliesen los dos juntos, en lo que de pronto se convinieron los naturales, pero entró de nuevo otra disputa, sobre cual había de preceder. El capellán dió el expediente que echaran el más ruin delante. Replicáronle los vecinos que cuál tenía por más ruin, a lo que respondió que el más viejo. Dijéronle que ellos lo consideraban al contrario, pues siempre las canas debían ser más veneradas. Hubo otras alteraciones, hasta que los herreños, irritados, le dijeron que pues su confesor era amigo de criar cabras, con cuyo fin lo había pedido una cabriteja, se mudase luego a la Palma, porque se perdía en él un buen garañón.

«Aquí tiene usted la historia con todas sus circunstancias, de lo que por poca instrucción, se le atribuye al Hierro.» (9).

—¿Y también sería mentira, replicó el oficial, de que los herreños están persuadidos

de que hubo un árbol, que dicen «Santo»?

—Sí, amigo, están persuadidos, le respon-  
dí, que hubo un árbol que llamaron «santo»,  
no porque creyesen que tuviese alguna virtud,  
sino por el beneficio que de él resultaba. Es-  
te árbol era muy frondoso y estaba rodeado  
de zarzales y otros matorrales, colocado en el  
extremo alto de un valle, por donde suben  
con frecuencia copiosas nieblas o brumas  
que, condensadas en el conjunto de hojas del  
árbol y sus contornos, se convertían en copio-  
sa lluvia, que se recogía en unas pilas he-  
chas para el fin. Lea Vm. la Historia de es-  
tas islas por el señor Viera, que parece no la  
ha visto, pues juzga necedad creer que hubo  
tal árbol. Y para confirmación, oiga Vm. el  
siguiente Acuerdo, que se halla en los libros  
capitulares de la Isla del Hierro, entre otras  
materias que se trataron el 10 de junio de  
1610: «En este Cabildo se trató que, por  
cuanto el Arbol Santo se ha caído, y con la  
madera y ramas tiene ocupadas las charcas  
donde se recoge el agua, es necesario que se  
saquen fuera de las dichas charcas y se lim-  
pie la tierra que asimismo cayó, y por tanto  
se ordena que el Señor Teniente mande que  
los vecinos se junten para limpiarlas como  
mejor convenga». (10).

Y pues considero a Vm. satisfecho de los cargos que hace al Hierro, oiga Vm. ahora algunos chistes, entre otros muchos, de su isla palmera, no de los tiempos antiguos, sino sucedidos en nuestro tiempo.

El primero es de uno que estaba arando cerca del camino que iba a la Parroquia, y pasando otro por dicho camino, le preguntó dónde iba, y respondiéndole que a la Parroquia a cumplir con la Iglesia, le dijo el que araba: «Ah, bien, pues dile al señor Beneficiado que tengo lo mismo que el año pasado, y tráete para acá la cédula».

Segundo. Un Beneficiado llegó de nuevo promovido a la Parroquia de Garafia, y llegando un día festivo predicó a su pueblo sobre el Sacramento, y usó y repitió la voz «Eucaristía», cuando lo nombraba. Acabada la función, salió el Alcalde a la plaza y detuvo al pueblo, y puestos en rueda, les dijo: «Señores vecinos: este sacramento de la «eucaristía» que nos ha predicado el señor Beneficiado, no hay que creerlo».

Dirá Vm. que uno y otro chiste es de gente bárbara, criada allá en los campos. Amigo mío, cuando Vms. insultan a los herreños y se ríen y mofan de sus simplezas, no distinguen de sujetos; pero quiero dejar en su ne-

cedad a esta gente sin instrucción y pasémos a tratar de bonetes y beneficiados que no pueden menos de ser sabihondos, y sea el chisté tercero de un Beneficiado de Puntallana que, en una concurrencia de gente grave, así seculares como religiosos y eclesiásticos, dijo a uno de éstos: «Señor don F...: Mis feligreses traíanme una galliná cuando venían a confesar y ahora se retiran de hacerlo, ¿podré yo pedirlo por Justicia? Respondióle el eclesiástico con el fundamento que debía, y el Beneficiado se empeñó en sostener su proposición, con términos tan impropios e ignorantes como la pregunta.

El cuarto chisté es de un Beneficiado de Puntagorda que, predicando a sus feligreses, entre los cuales uno de ellos era un alférez llamado Lucas, dijo: «Lo que os he predicado lo digo yo y lo dicen los Santos Padres (los que no había visto ni aún por el forro), pero si no me queréis creer a mí, ni a los Santos Padres, creed al alférez Lucas. ¿Es verdad esto que yo he dicho, señor alférez Lucas?». «Sí, señor Beneficiado», respondió el dicho alférez Lucas. «¿Lo véis? Creedlo», continuó el Beneficiado con otros muchos disparates de este jaez.

Ultimamente, amigo, que las que Vms,

mismos cuentan y creen del alma de Tacande, que aún en el mismo Tacande sería ridícula y pasaría por barbarie de aquella poca vecindad idiota y retirada, y, sin embargo, semejante entusiasmo ha trascendido tan generalmente, que se encontrarán pocos palmeros que no estén contaminados de semejante patraña, tan opuesta a la idea que la Religión y la razón nos manda formar de los espíritus separados, que no se emplean en nacer niños ni aconsejar casamientos de hombres y mujeres, etc., llegando las simplezas a formar autos de informaciones de tales ridiculeces y mandarlos a la Audiencia o al Obispo.

El incremento de brujas y hechiceros fué grande en Canaria, cuyo Cabildo tomó el acuerdo de establecer una cárcel para ellos, en 21 de abril de 1718. La misma Inquisición tampoco fué a la zaga en éste proyecto, pues en 1754 hizo la misma propuesta a la Suprema de Madrid. Cada una o uno de estos embaucadores, fingía curar maleficios, conseguir riquezas, amor, hacer daños, «con supersticiones, suertes, muñecos y otros embustes.»

Las brujas de Telde formaron época, y en una ocasión, unos enmascarados las echaron del pueblo. En los anales del Tribunal de la

Inquisición figuran infinidad de mandamientos de prisión, contra hechiceras y hechiceros de este tiempo, en los siguientes pueblos: Oliva, Realejo, Teguisse, Femés, Haría, Las Palmas, Gáldar, San Sebastián (Gomera), Tirajana, Laguna, Santa Cruz de la Palma, Tafira, Valverde, Santa Cruz y la Orotava. Esta plaga estaba bien extendida.

No adelanto más, pues tengo lo bastante para darle a Vm. a conocer que vino por lana y salió trasquilado.

Enmudeció el oficial y se acabó la conversación.

## VI

### Conversación sexta con un oficial del Puerto de la Orotava

Este oficial me dice que una herreña ofreció a otra medio almud de cebada, como le llorase a un muerto, y que le encargó: «Llórramelo bien llorado. Yo te lo daré bien colmado».

—Amigo, le respondí, conozco que Vm. es bastante ignorante o que juzga que yo lo soy. Y si no ignora Vm. aquel sabio cartel, que publicó: «El que dijere que en su familia no haya p..., pobre ni ladrón, póngame aquí un renglón». Y yo añadido: «que el que dijere que en su familia ni tierra no hay ignorantes,

tontos, mentirosos, bobos, locos, ni otro defecto alguno, bobo seguro».

Y en esta inteligencia, no me podrá Vm. poner defecto, que yo no se lo haga cargar; y quizá duplicados. Este cuento, que tanta gracia a Vm. le ha hecho, le tengo por incierto haya sucedido en el Hierro; pero no dudo haya sucedido en otra parte, y si Vm. me dijera algún desatino de los muchos que lloran las herreñas, yo se lo creería. Aunque nunca serían mayores que los que yo oí llorar en su lugar, en la calle de la Hoyaya.

Una madre que lloraba a gritos en ronca voz, en presencia del Beneficio, Comunidades y demás acompañamientos, y decía: «¡Ay, mi querida hija del alma, que por amor de aquel pícaro que te descoronó, no llevas tu corona y tu ramo! ¡Mi alma, en Juaco te lo quitó! ¡Quítenme delante los tiestos de esa venta, que no quiero yo heredar lo que tú adquiristes por p...!» (11).

Yo pensaba tener un rato de pasatiempo, prosiguiendo en desengañarle con algunos cuentos más. Se fué, y me dejó pensando que iría a rezar por las almas de la Ranilla, con quien tienen los del Puerto particular devoción.

## Conclusión

Con éstos dimes y diretes, logré dos ventajas: la una detener el flujo de cantinela común sobre las simplezas que atribuyen a los herreños, y la otra, que así los que mantenían las conversaciones, como los asistentes, depusieran el concepto errado que tenían del Hierro, y, al mismo paso, comprendiesen que no hay país, ciudad ni pueblo alguno, sin nubes.

# NOTAS

(1).—El Batallón fijo de Canarias tuvo su origen en 1793, a base de seis compañías veteranas que antes existían. Se nutría de los Cuerpos provinciales del Archipiélago y en él practicaban los Oficiales de Infantería, pertenecientes a nuestras Milicias, en tiempos del general don Antonio Gutiérrez y de sus sucesores, hasta 1886. Fué su primer jefe el teniente coronel don Antonio Claraco.

El uniforme de este Cuerpo consistía en: casaca, chupa, calzón y botón, blancos. Vueltas de la casaca, collarín y vivos, encarnados.

(2).—En el Hierro y en las demás islas, fué conocido por Virrey de Manila, el famoso herreño, capitán D. Pedro Quintero Núñez, alcalde ordinario que fué de aquella ciudad y que como militar, tomó parte en la guerra de los «Sangleseyes». Falleció en aquella ciudad, el 2 de julio de 1679.

Sobrino del anterior y también natural de la isla del Hierro, fué D. Marcos Quintero Ramos, general de reales galeras en Filipinas. Fundó el Pósito en Valverde y falleció en Manila, cuya alcaldía también ocupó, en noviembre de 1703.

No hemos podido averiguar hasta el presente cómo se llamaba el Obispo herreño aludido en el texto. Prebendados dió el Hierro a las catedrales de Canaria, Nicaragua, Puebla de los Angeles, en Méjico; Caracas, etc. Provisor en esta última, y antes en Puebla, fué el doctor en Leyes don Angel de la Barrera, vicario capitular, etc., fallecido allí el 13 de Enero de 1747. Fué pariente próximo y connativo del Dr. don Juan de la Barrera, arcediano de Tenerife, y del Dr. Juan de la Barrera Padrón, Chantre de Canaria, fallecidos, respectivamente, en Las Palmas, en 1706 y 1746.

El Teniente de la ciudad de La Laguna,

fué el Lcdõ. don José María del Pilar Bueno y Espinosa, nombrado teniente de Corregidor de Tenerife por real despacho expedido en El Pardo, el 30 de marzo de 1762 y posesionado de su cargo el 7 de agosto siguiente. Fué uno de los hijos más predilectos del Hierro, desinteresado defensor de sus intereses materiales. Falleció en Sevilla en 1777.

Antes del anterior, otro paisano, el Ldo. don Juan Magdaleno Quintero, fué Teniente de Corregidor en Gran Canaria, año de 1696-1707, en tiempos del corregimiento de D. José Antonio de Ayala y Rojas. Murió en aquella isla, donde se estableció.

Otros sacerdotes beneméritos, que no citamos por no alargar la cita, fueron coetáneos del autor. Militares, eclesiásticos y letrados eran entonces tenidos como de las carreras más brillantes y que mayor lustre daban a las familias.

(3).—En las Ordenanzas municipales de la isla del Hierro, colaboró su escribano, el historiador local, Bartolomé García del Castillo, luego sacerdote. Fueron discutidas y aprobadas, desde la sesión de 5 de octubre de 1705 hasta la del 17 de noviembre siguiente, en tiempos de la alcaldía mayor del capitán An-

drés García Manos de Oro. Entré sus promulgadores figuraron los capitulares de aquel Cabildo, D. Juan Bueno de Acosta, D. Miguel de Guadarrama, D. Mateo Fonté del Castillo, D. Manuel de Acosta Padrón y D. Sebastián Padrón de Arteaga. El primero y el último, abuelos paterno y materno, respectivamente, del ilustre patricio Lado. Bueno.

Una copia íntegra de estas Ordenanzas figura en la tesis doctoral impresa de D. José Peraza de Ayala.

(4).—El P. jesuíta Matías Sánchez, en su Semi-Historia de Fundaciones de su Orden en Canarias, hablando de los habitantes del Hierro, principios del XVIII, formula el siguiente juicio: «La gente está reputada por el genio más amable y pacífico, que los demás canarios. Puedo testificar lo mismo en alguna manera».

(5).—La Vble y Santa Escuela de Jesucristo estaba aneja al hospital de los Dolores en La Laguna. Era uno de sus piadosos fines, cuidar de proporcionar alimentos a los presos pobres de la cárcel.

El Cabildo de Tenerife, en sesión de 27 de junio de 1763, tomó un acuerdo honorífico

para esta Cofradía y declaró «quedar libre a los Hermanos de la Sta. Escuela de Xpto. el pedir p.<sup>a</sup> este fin piadoso en todos los días q. le sean oportunos». Tenía sus sesiones disciplinantes, a que se alude en el texto.

(6).—El hecho es rigurosamente histórico. Sucedió con un regidor perpetuo.

(7).—El autor, por motivos de su disputa acalorada, exageró. Este atentado no puede ser imputable a un pueblo entero. Fué obra del populacho, a quien quizá en los primeros momentos, dada la impopularidad del funcionario, se dejó obrar, sin meditar el alcance del mismo, que después causó gran consternación.

El corregidor Villanuëva dió cuenta de esta muerte trágica, ocurrida el día antes, en cabildo de 20 de junio de 1720, expresando la Corporación municipal su sentimiento por el fin del Intendente general D. Juan Antonio de Cevallos, maestro de campo y casado en el país con doña Juana de Arévalo.

Pocos días después el General dirigió al presidente del Municipio tinerfeño la siguiente lacónica carta, relacionada con el luctuoso suceso:

«Muy Sr. mío: Quédan doce delinquentes muertos y pendientes al ppo. de la muralla del castillo a la Plaza, y el resto a los que hasta ahora se han tomado las confesiones, condenados a muerte civil. Vssa. lo participará de mi parte a la Ciudad con mis verdaderos deseos de complacerle, y a Vssa., cuya vida gde. Dios ms. as. como deseo. Sta. Cruz y junio veintiseis, a las dos y media de la tarde, de mil setectos. y veinte.

Besa la mano de Vssa. S. M. servr., D.  
**JUAN DE MUR**

Sr. Dn. Jayme Gerónimo de Villanueva.»

La anterior carta se vió en Cabildo de la misma fecha y en él se acordó dar el pésame a la viuda.

Al año siguiente, costeadas por el Cabildo, en su primer aniversario, se le hicieron unas solemnes exequias al difunto en la parroquia de los Remedios, con asistencia del Capitán general, autoridades de otro fuero y comunidades religiosas. Se expuso en desagravio S. D. M., a quien en el lance había perdido el respeto, «la infame y soez gente»

del pōpulachō de aquella vecindad», según expresión de las actas capitulares. Este acuerdo fué tomado por los regidores en sesión del 16 de junio del indicado año de 1721.

En los sucesos del Hierro, aunque resultaron complicados en el hecho varios oficiales de milicias, cargó con sus culpas el Gobernador de las armas, D. Juan Briz Calderón, que se pasó el resto de su vida, de castillo en castillo. Fué juez de esta causa militar, que tuvo gran resonancia en islas, el teniente coronel D. Juan Antonio de Urtusáustegui, que había sido gobernador de las armas en aquella isla y conocía a fondo la condición de los herreños. Este vergonzoso episodio de la playa, o puerto de Naos, sucedió el día 6 de diciembre de 1784. La torpeza, más que maldad nativa, del Ayudante mayor Briz, originó al Hierro graves quebrantos morales y materiales, en aquella época. Era madrileño.

(8).—Las ofrendas de ganados, granos y vinos sobre la sepultura de los difuntos, con ocasión de sus sepelios, era costumbre general en islas. Así cuando falleció en Santa Cruz la esposa del general Urbina, llamada Doña Josefa Guazo y Calderón, sepultada en La Laguna, en la iglesia de los P. P. Jesuítas.

tas, hoy Universidad, el 26 de octubre de 1751, se le puso de ofrenda: doce carneros, doce fanegas de trigo y una pipa de vino.

Sin embargo, en el Hierro se singularizaban, además, con las ofrendas de Finados, especialmente en la iglesia de aquel convento franciscano, pero opinamos que igual costumbre se seguía en otras partes. Negamos, también, lo de convertir las ofrendas en profanantes ágapes. Tales obsequios eran destinados al clero, a guisa de estipendios.

Debido a la ignorancia de la época, era muy general en las costumbres, las prácticas supersticiosas y los sortilegios. Véase una de las oraciones supersticiosas que empleaban las mujeres sortilegas:

«Señora Santa Marta, digna sois y santa. De mi Señor Jesucristo huésped y convidada. De mi Señora la Virgen querida y amada. Por el huerto de los cedros entrastes. Con una serpiente brava encontrastes. Con el santo hisopo la rociastes. Y con vuestra santa cuita la atastes. Señora Sta. Marta, alcánzame estas mercedes: Que os demando, así como vos la alcanzastes, de mi Sr. Jesu-Cristo». (Arch. Inquisición en el Histórico nacional, leg.º 1829; A. 248, antiguo).

(9).—Extraña que el autor sostenga que

en el Hierro no existía en la fecha que precisa, clero parroquial, que nunca faltó desde la conquista de la isla, muy anterior a la de la Palma. No sólo lo había, sino que años anteriores al 1.600, ya estaba fundado allí el convento franciscano de San Sebastián Mártir.

Hoy no se puede determinar mucho más atrás de esa fecha sobre quienes regentaron la parroquia herreña, debido a la quema de sus archivos; incluso hubo uno a mediados del XVI. Consta que fué beneficiado y vicario del Hierro, por ejemplo, el Ldo. Gonzalo Martín Blanco, que dió poder para testar a Alonso de Torres, años 1579-80, ante Baltazar de Cejas, en Buenavista. Este mismo clérigo aparece en el Hierro, el 13 de julio de 1577, dotando, ante Pedro Fernández de Morales, a su sobrina Catalina Martín, para que case con Juan Quintero. Estos fueron padres del llamado Virrey de Manila.

(10).—Este tema del Arbol Santo, que tanto intrigó a los intelectuales dieciochescos, no es para ser tratado de nuevo. El P. jesuíta Matías Sánchez, antes citado, se ocupa con tino del mismo, en el tomo primero de su Semi-Historia. En forma muy parecida lo

tra a Viera y Clavijo en sus celebradas «Noticias».

El autor de estas notas tiene recopilado el asunto en sus «Noticias generales históricas sobre la isla del Hierro», cap. VI, pág. 88, obra declarada de mérito relevante por la R. Academia de la Historia.

(11).—Lo de las «lloronas» en los duelos y entierros, fué costumbre antañona entre la gente pudiente, pero no isleña sola, sino peninsular, de donde seguramente fué tomada esta especie de claqué fúnebre.

Cuenta Urtusástegui en sus Memorias sobre el Hierro: «Me hizo también novedad lo que noté en sus entierros. Acompañan al cadáver sus más inmediatos parientes y a gritos exponen al público no solamente sus acciones loables, sino asimismo todo lo que pasaba con el difunto en particular y secreto: he oído en estas ocasiones ciertas lamentaciones o endechas, interpoladas con llantos y acciones lastimosas, que me parecían algunas de ellas estudiadas».

Bien se conoce que el observador no se fijó que algo parecido ocurría en el Puerto de la Cruz, de donde era Gobernador de las armas.

NARRACIONES DE VIAJE

# EL PALACIO DE ZONZAMAS

(Una excursión a la isla de Lanzarote)

POR

**ANTONIO MARIA MANRIQUE**

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

La arribada de un buque francés a la isla de Lanzarote, me proporcionó el gusto de conocer a Mr. N. Ballay, doctor en Medicina de la Facultad de París, a Mr. L. Mizon, teniente de navío, y al profesor Mr. A. Stahl, miembro de aquella Sociedad Geográfica, cuyos señores, bajo los auspicios del Gobierno de su nación, se dirigían a Gabón, el rico país que se extiende bajo el Ecuador.

Apenas tuvieron conocimiento de que en aquella isla eran dignas de ser visitadas las «Montañas del Fuego», determinaron hacer un viaje a ellas antes de proseguir su navegación.

Entre las personas invitadas para hacer

la expedición, yō tuvē la honra de haberlo sido también.

Desde el alba se hallaban en pie los expedicionarios. El viaje se había de hacer en camellos, ordinaria cabalgadura del país, exceptuando unos cuantos borricos que pudieron conseguirse.

Una hora después nos encontrábamos todos en la carretera que conduce a Tías.

Cuando las tinieblas de la noche se fueron disipando y pudieron distinguirse bien los objetos, era de ver aquella improvisada caravana de diez y siete personas. En lo alto de la silla de un elevado cuadrúpedo, descollaba a horcajadas un robusto marino francés, que, con la clásica gorra de marino, no dejaba de imprimir a la caravana cierto aire de circunspección, cuando se leía en claras letras doradas el famoso nombre de «Austerlitz».

El tránsito hasta Tías transcurrió animadísimo, gracias al buen humor que reinaba en general. Poco antes de llegar a este pueblo, asomaba por el horizonte del azulado mar el encendido disco del sol, y cerca de la costa las blancas velas de las embarcaciones que parecían mecerse a nuestros pies.

El cielo estaba limpio y terso como un cristal, y el viento rizaba las ondas de cuando

en cuando, salpicando la inmensidad de puntos argentinos.

Nos detuvimos un momento para contemplar aquel paisaje y admirar la majestuosa salida del astro. Uno de los compañeros, poseído de ardiente inspiración, con el sombrero en la mano y fijos los ojos en el encendido disco, saludó de este modo su bella aparición:

Vedle ya... Cual gigante imperioso  
alza el sol su cabeza encendida...  
¡Salve, padre de luz y de vida,  
centro eterno de fuerza y calor!  
¡Cómo lucen las olas serenas  
de tu ardiente fulgor inundadas!  
¡Cual sonriendo, las velas doradas  
tu venida saludan, oh, Sol!

—Bravo, bravo—exclamamos todos con indescriptible entusiasmo.

—Compañeros—contestó con modestia el interpelado,—por una cosa podría pasar, por otra no. Sepan ustedes que esa composición no es mía; es de un vate americano.

×

El humor festivo se hizo general, y todo

presagiaba un día feliz. Por él camino se hicieron algunas observaciones científicas que fueron anotadas cuidadosamente en las cartetas. La falta de arbolado que se advertía no dejó de llamar mucho la atención de los extranjeros; así es que preguntó uno de ellos:

—¿Por qué no hay aquí arbolado?

—Porque hay mucho viento—contestó un camellero, sempiterno parlanchín.

—Porque no los plantan—añadieron algunos compañeros.

—Porque no hay agua—dijo otro alzando más la voz.

—Hagan ustedes pozos artesianos—aconsejó el Doctor.

—¿Artesianos?—repitió el camellero, extrañando el vocablo.

—Sí, artesianos—repitió el Doctor, con énfasis—. Se llaman así porque se hicieron primero en la antigua provincia de Artois.

—¡Ah!—exclamó otro camellero, muy satisfecho de la explicación.

—En ciertos puntos—continuó el Doctor—basta practicar un agujero en la tierra para procurarse un manantial que salte. Ya ustedes sabrán que cuando se encuentran a alguna profundidad, dos capas impermeables, cuyo intervalo libre, o lleno de arena, forma

un conducto que tenga comunicación con alguna cantidad de agua, de un nivel más elevado, tendremos el pozo artesiano.

—Aquí sólo bastaría—añadió otro compañero—, que las capas pluviales se hallen detenidas en la capa permeable.

—Claro que sí—exclamó otro que no entendía nada de lo que se trataba.

—La profundidad de estos pozos—continuó el Doctor—, varía según las localidades. El de Grenelle tiene 548 metros de profundidad, y produce 3000 litros de agua por minuto.

—O sean 5'8 pipas de Lanzarote—calculé yo—, esto es, 348 cada hora...

—Ese sí que es un pozo, caballeros—exclamó el camellero parlanchín.

En lugar de seguir la carretera que conduce a Yaiza, tomamos hacia la derecha, atravesando las alturas de Conil y Tegoyo, en donde la vegetación lozana y medio escondida en las concavidades del terreno alegró nuestra vista con sus flores, comunicando al alma dulces sensaciones con sus perfumes.



Cuando pasábamos por Diama, nuestro

apetito era más que regular. Dispuestos a satisfacerlo, nos constituimos todos en un lugar medio abandonado que hay allí, a 275 metros sobre el nivel del océano.

Los víveres habían sido preparados a bordo del «Cygne», pues los obsequiosos extranjeros no pudieron permitir por concepto alguno que hicieran el gasto los convidados.

El almuerzo fué para nosotros una verdadera sorpresa. Sobre un blanco mantel se colocaron las sabrosas viandas que un círculo de caras apetitosas contemplaba con los mejores propósitos y condiciones. Entre aquellos delicados objetos no faltaban el buen jamón, el fresco salchichón, sardinas y perdices en conserva y pies de liebres; dulces, el queso de Rochefort, fresas y guisantes perfectamente conservados, ni un famoso Chartreuse, Vermouth, Bourdeaux, Champagne y cerveza. Nunca aquel lugar se había visto tan honrado, ni tan enriquecido tampoco con los exquisitos productos de la vid.

De más está decir que todos los comensales desempeñaron su papel admirablemente.

—Señores—dijo un gracioso, después de saborear por sexta vez el magnífico Chartreuse de los frailes, y de engullirse la décima cuarta tajada de jamón—, estoy en estos momentos verdaderamente inspirado, aun-

que mucho dificulto llegue a hacer la digestión, por lo que prometo de hoy en adelante abstenerme de comer puerco y beber vino, y en prueba de ello voy a hacer mi profesión de fe—y añadió: «Al-lah hu acbar, asche-hadula-ilaha in Al lah ua schehadu anna Mojammed rasul-al la».

—¡Señores!—gritó el presidente— ¿qué es esto aquí? ¿Acaso estamos en Berbería? ¡Eh! ¡nada de árabe! Aquí no se permite hablar sino español; español puro.

—Castellano—gritó otro en son de reconvencción.

—¡Español!—gritó mucho más fuerte un catalán—. Nada de etimologías.

—Señores, por Dios, ¡orden!—repitió el presidente—. ¿Quién habla aquí de etimologías? La etimología es una papa, por lo general.

—Orden, señores, orden—gritaron con voz atronadora tres o cuatro más, sonando unos cacharros a guisa de campanillas.

—Hay que respetar las etimologías—exclamó con seriedad un aficionado a ellas—, menos las etimologías de sonsonete. Yo, señores, estoy por Lope de Vega, y me río del doctor Simón Montero y de otros por el estilo...

—Nada de personalidades—replicó el presidente, interrumpido también por la ex-

plosión de tres botellas de cerveza, que dejó a uno casi ciego, pero que así, con los ojos cerrados, decía:

El nombre de «Patriarca»  
mejor que a nadie a Noé  
conviene. —Y esto, ¿por qué?  
—Porque fué «padre del arca».

—Bravo, bravo—gritó un camellero medio ahogado con un trozo de jamón que pudo pescar. —Esta gente es el demonio, «jijos de chuta» —E iba escurriendo las botellas que acababan de ser desocupadas. —De buena gana me haría yo caballero para andar siempre entre estos belenes, aunque hablara en «gringo».

Terminado el almuerzo y aquella festiva expansión, resonaron algunos brindis con afectuoso y tierno acento, y estoy seguro que debía ser la primera vez que en aquel sitio se hablaban a un mismo tiempo y en la más envidiable concordia, cuatro idiomas: el español, el francés, el inglés y el italiano, amén del latín y del árabe que mencionaré también por añadidura.

# Las Montañas del Fuego

Desde la estancia se divisaban a lo lejos las «Montañas del Fuego». Para llegar a ellas era preciso atravesar una malísima senda sembrada, o mejor dicho, erizada de escorias volcánicas, hasta el extremo de que nuestros guías se vieron perplejos muchas ocasiones al tratar de evitar las escabrosidades y precipicios.

Cosa de una hora invertimos sobre aquel oceano erizado de negra y quebradiza lava, en donde no era posible dar un paso con seguridad, siendo preciso guardar mucho equilibrio para no estrellarse contra las temibles asperezas.

Nos encontrábamos ya en la base de una

de las montañas, y empezábamos a trepar penosamente por sus arenosos flancos, hasta conseguir instalarnos en un punto cercano a la cima de un profundo cráter, no sin haber salvado enormes grietas que despedían sofocantes emanaciones.

A los 508 metros de altura consumía el fuego instantáneamente las tiras de papel que se pusieron en contacto con los vapores de un respiradero. Los leños que en él se introdujeron fueron también carbonizados a los pocos minutos.

—He aquí la prueba—observó M. Mizon—de que la tierra fué al principio una masa incandescente de materia líquida. ¡En dónde andaría el género humano cuando rodaba en el espacio esa bola de fuego de 7.200 leguas de circunferencia! ¿Qué sería de la pobre humanidad?

—«Ce que l' on concoit bien s' énonce clairement»—se apresuró a exclamar Mr. Stahl. —Pero ya hoy debemos estar más tranquilos; los volcanes son válvulas naturales de seguridad de la inmensa caldera que hierve a nuestros pies, destinadas a evitar el completo trastorno del globo.

—Este es un volcán «medio apagado» quise yo afirmar, no sin temor de una réplica de alguna de aquellas ilustradas personas

que hasta entōncēs habían rēservado su parecer; —la comunicaciōn no debe estar completamente obstruída, y como ustedes ven, deja escapar vapores a travēs de esas grietas. Miren ustedes cōmo se han condensado los gases que despiden, al contacto del frío de la atmósfera. Aquí tenemos sobre este borde las sustancias que depositan.

—En efecto—observó el Doctor. —Y diga usted—me preguntó—¿qué tiempo hay de la última erupciōn?

—Dos centurias—le contesté—. Tuvo lugar en 1730.

Muy satisfechos parecían estar nuestros viajeros ante aquel espectáculo imponente. Sobreponiéndose a la fatiga del ascenso, eran los primeros que llenos de arrojo salvaban los precipicios con extraordinaria agilidad.

Mientras practicábamos algunas observaciones en los bordes de una honda abertura que despedía ardientes vapores, la fuerza del viento hizo tomar las de Villa-liego a un sombrero; más tarde arrebató también un gabán, cuyas prendas hubieran ido a parar al fondo del abismo, si uno de los guías, despreciando imprudentemente el peligro, no se hubiese interpuesto en su carrera.

Ya en la cima del cráter, proseguimos nuestras observaciones. Hízose funcionar el «hip-

sómetro», a pesar del fuerte viento que reinaba, poniéndonos en peligro de ser precipitados al fondo del cráter. Largo tiempo fué preciso para encender la lámpara del aparato, y no lo hubiéramos conseguido a no ser un pabellón que formamos con los quitasoles. De este modo pudo apreciarse a los pocos momentos una altura absoluta de 528 metros. Era aquella la primera observación de este género que allí se practicaba.

—Muy útil es el aparatito de Mr. Regnault nos dijo el Doctor,—ya ustedes sabrán que el agua hierve bajo de los 100.º por efecto de la disminución de la presión atmosférica en las altas montañas.

Desde aquella cúspide veíamos a nuestros pies, por la parte del NNE., un extenso mar de lava, desde Tinajo a Yaiza, con sus montañetas a manera de islotes, unas de aspecto bruñido, y sombreadas otras, según la naturaleza del terreno. Una colina arenosa de límpida superficie descollaba al E. a manera de un monumento gigantesco de la antigüedad, y allá, en lontananza, asomaban los edificios del pueblo de Tinajo, como una confusa bandada de palomas blancas. El caserío de las Vegas aparecía al ESE. y Yaiza y Uga al SO.

Dominaba por el E. un considerable crá-

ter, próximo al punto de observación, y en otro sentido, allá por el SO., se divisaba también la albufera de Janubio, con sus aguas resplandecientes como el cielo, y tan tranquilas como fecundas en tortugas.

Pero lo que más llamaba nuestra atención era la intensidad del fuego central; y no era una mera preocupación, porque no se podía permanecer por algún tiempo en un mismo sitio, sin que los pies se abrasasen, a pesar de hallarnos provistos de un grueso calzado. En los hoyos que se practicaban a un pie de profundidad, era imposible introducir la mano dos segundos. A poco de ser enterrados unos huevos, quedaron perfectamente pasados, y sirvieron para poder apreciar con el paladar la intensidad del voraz elemento que ardía debajo de nosotros.

Un célebre vulcanólogo ha comprobado a 10 centímetros de la superficie una temperatura de 140 grados y a 60 centímetros, 360 grados. También comprobó que el gas que se desprende de las grietas es simplemente aire con indicios de anhídrido carbónico y amoníaco, sin vapor de agua.

Mientras permanecíamos en aquella cima, contemplamos los precipicios que se encuentran a nuestros pies, aspirando el ardiente aliento de aquellas numerosas bocas, se apo-

dera del ánimo una especie de terror, una amarga desconfianza, como si nos halláramos en aquellos funestos sitios en que se escapa en abundancia el gas ácido carbónico, como la Cueva Ulpas, de Java.

En el volcán de Lanzarote no se verifica ese fenómeno flamígero que sostienen los gases inflamables, como en las cercanías de Bakou, junto al Mar Caspio; pero las emanaciones molestan y el fuego central llama extraordinariamente la atención, muy especialmente al tenerse en cuenta el largo tiempo que ha transcurrido desde que se verificó la erupción.

Las crónicas refieren que en 1730 estalló este terrible volcán, lanzando a los aires torrentes de lava, llamaradas y humo, llevando el terror a más de 40 leguas de distancia, inundando de fuego las comarcas vecinas y ahuyentando de sus hogares a los hijos de Lanzarote. Que a corta distancia del torrente de materia inflamable, vomitó el mar una columna de humo espeso, siguió a este humo una pirámide de peñascos, y estos peñascos se incorporaron a la isla; tristes fenómenos que se continuaron por espacio de casi siete años, destruyendo nueve caseríos y cubriendo con sus arenas, lava, cenizas y casca-

jos más de una docena de poblaciones grandes y pequeñas.

Y después de este horroroso cataclismo, ¿podemos decir que se halla ya rendido este volcán y exhala sus últimos alientos, o por el contrario, se repone para hacer saltar su débil envoltura, causando una catástrofe terrible? Esto es lo que no podemos comprender. Parecía que hubieran bastado dos siglos para apaciguar su cólera; pero lo cierto es que aún se agita un fuego poderoso en las entrañas de este volcán.

A poco más de dos leguas al ENE, reventó otro en 1824, arrojando torrentes de lava, agua salada y hasta peces; pero de este volcán no ha quedado la celebridad que han merecido las «Montañas del Fuego».

La erupción de éstas ha fertilizado el terreno en términos que sus estragos han quedado ampliamente compensados, excepto en ciertas localidades en que yace la lava amontonada, formando una dura costra, adonde no puede llegar la agricultura.

Raro es el extranjero que arriba a Lanzarote y no pasa a visitar estos curiosos cráteres; ellos son en esta isla lo que el Teide en Tenerife; pero mucho más admirables en su género que el célebre coloso del Atlántico.

El sol había empezado a declinar, y era prudente retornar a Diama. De sorprendernos la noche en el tránsito, hubiera sido materialmente imposible dar un paso sobre aquel laberinto de grietas y ásperos peñascos.

El viento arreciaba por momentos; el cielo se oscurecía, y la soledad de aquel desierto contribuía también a darle un tinte sombrío.

Antes de descender de la montaña, dirigimos todos una mirada angustiosa al fatigoso camino que nos esperaba a través de la lava que se extendía a nuestros pies, y meditamos en la hora de congoja que horas antes habíamos experimentado.

Sobre la arena movediza de la pendiente nos deslizamos en alas de los torbellinos de polvo que levantábamos, y nos dejamos ir como si cayésemos en el vacío. Corríamos en vertiginosa retirada, recordando los restos de un ejército en dispersión, sin poder contener aquella marcha impetuosa, contra la cual no eran bastantes los esfuerzos más inauditos. Tanta era la aceleración, que, a pesar de hundirnos en la arena hasta las rodillas con el peso del cuerpo, no nos hubiera llevado mucha ventaja un carruaje a escape.

Así, casi ciegos por el polvo, y ahogados de cansancio, descendimos por la ladera en

cosa de seis minutos, cuya vertical mide unos 200 metros.

Jadeando y rendidos, llegamos a la base. La sed era insufrible y carecíamos de agua. La provisión de naranjas también se había consumido.

En fin, cosa de una hora transcurrió, pero una hora de imperturbable silencio, de saltos y de pisadas angustiosas a través de la lava. Cada cual se arrastró como pudo hasta llegar a las deseadas playas de Diama. Sí, aquel territorio de lava puede compararse a un mar embravecido, y Diama viene a ser sus riberas; pero para nosotros fué un suspirado oasis del desierto.

¡Oh, si aquel camino no fuera tan agrio, tal vez serían más agradables y frecuentes los viajes a las «Montañas del Fuego»!

Poco faltaba para llegar. Cuando no fué posible dar un paso más, cada cual se arrojó sobre la arena, como en un mullido lecho, permaneciendo así largo tiempo, sin tener valor para proseguir la marcha. Unos cuantos vasos de agua cristalina de una fuente próxima, calmaron nuestras fatigas y pudimos reponernos.

(X)

El sol estaba ya próximo al horizonté, y

era preciso hacer un nuevo esfuerzo. Casi arrastrándonos llegamos a aquel lugar en que habíamos almorzado. Aún quedaban los restos de algunas viandas y unas cuantas botellas de varios licores que sirvieron de agradable confortativo, reanimando nuestro desfallecido espíritu.

Casi envueltos en las sombras de la noche, montamos en los camellos. Cuando pasábamos por Tegoyo, nada se veía ya; ni el camino ni los compañeros tampoco: tal era la oscuridad del cielo. El furioso S. E. arreciaba cada vez más; y el frío se hacía sentir vivamente.

Ya en Tías, fué preciso descansar algunos momentos. El resto del camino se pasó sin otra novedad que la de haber arrojado el rucio al jinete que lo cabalgaba, dejándole mal herido, inesperado accidente que disgustó en extremo a todos los compañeros. Allí jugó el árnicá entonces uno de los papeles más importantes, gracias a la previsión de un amigo.

×

Los curiosos extranjeros no quisieron dejar de visitar también la «Cueva de las Verdes», célebre refugio de los naturales

Del país, en tiempo de las terribles irrupciones berberiscas.

Sitúase esta caverna famosa a alguna distancia del pueblo de Haría, hacia la parte septentrional de la isla, y contiene pasos peligrosos que no pueden salvarse sin el auxilio de cuerdas. Su bóveda elevada, vista a la luz de las antorchas, se asemeja a la de una monstruosa catedral escondida en las entrañas de la tierra.

Su anchura es de 8 a 20 metros; de sección elíptica con estrangulamientos a veces, debidos a varios túneles superpuestos cuyos tabiques de separación se han hundido.

Hay allí parajes verdaderamente curiosos, entre ellos el que llaman «Jameo del agua» en donde las del mar permanecen muy tranquilas con un hermoso color azul.

Cuando se recorre esta dilatada caverna, cuya extensión es de unos tres kilómetros, se viene a la memoria el «Tártaro» de la Fábula, lugar profundo y tenebroso; la cárcel de los dioses.

Aún faltaba que ver otra cosa no menos digna de ser visitada. El «Palacio de Zonzamas».

Un año hacía que yo había intentado penetrar en esta caverna, lo que no me fué po-

sible realizar a causa de la gran cantidad de materiales que obstruía la entrada.

Mas, siendo mis dignos amigos muy aficionados a las antigüedades, como verdaderos admiradores de todo lo que se relaciona con la extinguida raza canaria, no vacilaron en abrir, desde luego a su costa, el cerrado conducto, a cuyo efecto fué preciso emplear por varios días algunos trabajadores.

Este acontecimiento, como era natural, atrajo la viva curiosidad de muchas personas que también deseaban reconocer el interior de la real morada: por consiguiente, el día 17 de Diciembre, fijado para hacer la expedición, concurrieron allí cosa de treinta curiosos.

Poco más de una legua había que recorrer y el tránsito fué animadísimo, gracias a los diálogos que sobre diversos asuntos se entablaron.

# El Palacio de Zonzamas

—Mire usted ahí delante el «Palacio de Zonzamas»—nos dice uno de los guías.

El sol iba a desaparecer del horizonte y apenas podía distinguirse otra cosa desde allí, que unos grupos inmóviles destacados sobre el Palacio. Nadie diría sino que aquella multitud era un simulacro de los guanches, que habían resucitado para solemnizar la fúnebre apertura del olvidado alcázar. La actitud del cuadro era imponente y triste a la vez. Tan bello y original me parecía, como si realmente estuviese viendo un centenar de indígenas, confusamente agrupados, al espirar la claridad del día, armados de sus «banotes», con el «tamarco» al brazo, y rodea-

dos de sus mujeres y niños, dispuestos a impedir una profanación en el sagrado recinto de sus antepasados.

Nosotros fuimos los últimos en llegar allí; habíamos tardado tanto, engolfados en unos diálogos que excitaron nuestra imaginación dulcemente, dejando el alma conmovida cual las últimas notas del arpa de un poeta que ha sabido imprimirle la expresión divina de su ingenio. Los demás compañeros, impacientes por ver la caverna, se habían adelantado, y nos esperaban dentro del círculo que formaban sobre el Palacio los restos de una ciclópea muralla. Eran los personajes del cuadro imaginario que yo me había forjado poco antes.

Cuando llegamos se preparaban las antorchas para penetrar en el subterráneo. Un agujero servía de entrada, por el cual nos deslizamos casi arrastrándonos, excepto el doctor Ballay, que aun cuando su robustez no tenía nada de exagerada, tuvo el sentimiento de no poder pasar por aquella estrechez, no sin haber hecho los mayores esfuerzos para entrar.

Esta caverna, sin más luz que la de la puerta, mide unos 4 metros de elevación, por otros tantos de longitud, y su forma es bien irregular. Enfrente de la puerta se encuentra

perfectamente conservada una pared de piedra y barro, de unos dos metros de altura, construcción de los guanches, sobre la cual se formó un segundo piso. En los extremos se levantan dos toscos pilares que sostienen la bóveda natural. Esta caverna se ramifica en varias direcciones, y no se puede examinar sin bastante dificultad, pues hay que arrastrarse por el suelo para pasar de un departamento a otro, a causa de la abundancia de escombros que se han desprendido y siguen desprendiéndose del techo. Hacia la derecha observamos vestigios de un horno, y estoy persuadido de que la parte visitada por nosotros no es lo que constituye toda la caverna, ni el agujero que sirvió de entrada es tampoco la puerta verdadera. Lo que sí creo es que el «Palacio de Zonzamas» es el único monumento en su género que ha podido conservarse hasta nuestros días, quizás en todas las Canarias.

×

Era esta caverna uno de los «castillos» que poseía Guadarfía, último rey de Lanzarote.

En el mes de noviembre de 1402 se hallaban allí reunidos algunos indígenas en unión de su magnánimo monarca. Tal vez fuera la última vez que aquellos infelices pisaran este sitio.

Mientras mis compañeros registraban todo, yo, casi inmóvil, permanecí cerca de la puerta. No sé qué pasó por mí en aquellos primeros momentos.

En vano contemplé aquella serie de concavidades y de agujeros. Largo rato permanecí tan frío a la admiración, como al peligro de que se desplomasen los fragmentos del techo. Mi alma estaba en otra parte y en vano hubiera tratado de separarla de allí. Zonzamas, Guanareme, Ico, Faina, Guadarfía... todos pasaban en tropel por mi imaginación. ¡Ah, si aquellas paredes hubieran podido exhalar un gemido, cuánto habrían dicho!

Pensaba en la traición de que había sido víctima allí aquel puñado de valientes perseguido por Gadifer y los suyos, y en la amarga suerte del rey Guadarfía, transportado a Rubicón arrastrando infamantes cadenas.

Traté de olvidar un tanto estos recuerdos y evocaba otros menos tristes de que habían sido testigo aquellas paredes, recordando la antigua relación de Martín Díaz de Avendaño.

Allá por los años de 1377, este caballero vizcaíno fué recibido en aquel mismo palacio. La hospitalidad del rey Zonzamas llegó a tal punto, que quiso viviese familiarmente con su mujer, la preciosa reina Faina, la cual, al decir de las historias, se mostró tan obsesiva con el gallardo huesped, que con el tiempo produjo su condescendencia, disturbios de consideración en el reino, pues todos negaban a su hija, la preciosa Ico, el título de guaire, princesa blanca y rubia a quienes reputaban por extranjera.

Traje a mi memoria también la «prueba del humo» sufrida por la pobre Ico, de cuyo cruel experimento logró escapar, gracias a las sutilezas de una anciana.

x

¡Ay! Aquellas rocas fueron testigos de un secreto revelado por la misma naturaleza. Allí, en el silencio profundo y a través de una oscuridad llena de tentaciones, habían de percibirse los dobles latidos de unos corazones por hondos suspiros destrozados.

Sumergido en estos pensamientos, exami-

ñaba yo hasta el último rincón de la caverna, alumbrando las paredes con la antorcha, hasta que los gritos de los camelleros me sacaron de mi abstracción.

Cuando salí del Palacio, todos se habían puesto en marcha.

**Recuerdos y tradiciones**

# **El balcón del Chantre**

**La Cruz quemada**

POR

**RAFAEL M. FERNANDEZ NEDA**

**SANTA CRUZ DE TENERIFE**

**Valentin Sanz, 15.**

En la selección de «Auroras» que publicamos en estas mismas ediciones, podrá ver el lector algunas muestras de la obra poética de Rafael Martín Fernández Neda. Ahora ofrecemos una selección de prosa en la que el autor se muestra no menos hábil y airoso escritor, que inspirado y correcto poeta.

El trabajo que se refiere al «Balcón del Chantre» es una de las mejores evocaciones sentimentales que de la ciudad de La Laguna se ha escrito. Fernández Neda utiliza el motivo concreto del balcón para mostrarnos desde él a La Laguna del bienio progresista, a la «Noruega» isleña, como entonces se la llamaba, literaria, pedantesca y religiosa y que mostraba en el recato de sus celosías ventanales, lozanas y bellísimas flores como la de aquella pobre Guillermina Ossuna, muerta en plena juventud y que mereció de los parisinos el inquieto adjetivo de «troubante». ¡Cómo sería de bella!

Fernández Neda nos muestra con atinadas determinaciones el ramillete de las bellezas que conmovieron los mozos corazones que entonces latían por 1854 a 1856 en los pechos de los estudiantes; de los estudiantes que daban la nota de color a la estampa serena y gris de la ciudad en invierno, de aquellos diablitos que apedreaban el famoso balcón del Chantre y de los que se valía el gran Maligno para escandalizar y hacer de las suyas en la grave y ceremoniosa ciudad con «aire de rigodón monástico», como dirá un día don Miguel de Unamuno.

El claustro de profesores del Instituto lagunero, con su portero Rafael, desfilia por un lado frente a nosotros mientras el blasón de los grandes en la calle de la Carrera cierra la simetría de este rigodón que bailan catedráticos y marqueses, reverenciando a canónigos y damas antiguas en la atmósfera de un silencio y de una soledad que desde entonces, como desde ahora y desde siempre, se cuelan «por el tuétano del alma». La evocación de este coro que es en sí el propio personaje de la gran pieza, tiene tal fuerza de conjuro que a la vuelta de cualquier esquina y en el marco de cualquier ventana esperamos ver este o el otro día plomizo, la figurilla menuda de Navarrete, «retórico y devoto de los clásicos», o los ensoñadores ojos de la pobre Quillermina Ossuna...

La leyenda «La Cruz quemada», que

también publicamos, es otra página bellísima que acredita a Fernández Neda como escritor de fibra regional, enamorado de las tradiciones de la tierra, fácil y galano en el diálogo y en la descripción del paisaje.

Esta hermosa leyenda, así como el capítulo final, «El Valle de la Orotava», pertenecen al libro «Taoro» (Recuerdos de bosques y mares), del que sólo conocemos la referencia que da la revista isleña «La Atlántida», editada en Madrid y dirigida por D. Camilo Benítez de Lugo (1), que en su edición del 5 de Agosto de 1868, decía lo siguiente:

«Nuestro querido amigo y paisano, Don Rafael Martín y Fernández Neda, va a publicar en breve una obra, bajo el título de «Taoro.—Recuerdos de bosques y mares».

---

(1) Esta revista, en la que colaboraban los ilustres canarios D. José Plácido Sansón, D. Eduardo Benítez, D. Valeriano Fernández Ferraz, D. Faustino Méndez Cabezola, D. Fernando de León y Castillo, D. Nicolás Sánchez Rivero, D. Feliciano Pérez Zamora, D. Juan Ravina y D. Benito Pérez Galdós, publicó también en varios números una novela del Sr. Fernández Neda, titulada «Un ave de mal agüero», cuya acción se desarrolla en un pueblecito de Granada, donde el autor pasó una temporada de otoño al lado de una familia, con la que dice llevaba «antiguas y tiernas relaciones.»

El Sr. Neda, al que tenemos el gusto de contar en el número de nuestros colaboradores, es un antiguo escritor público que se ha distinguido repetidas veces por sus bellas producciones literarias de todo género. En el libro «Taoro» ha procurado su autor, y lo ha conseguido de una manera brillante, hermanar las poéticas bellezas del sin par valle de la Orotava, con la verdad de la descripción, sirviendo de lazo alguna que otra leyenda histórica o novelesca, que a la vez que hace a la lectura más amena dándole interés, revela las costumbres del país, sus tradiciones y sus especiales condiciones.

En el plan de la obra, como en los curiosísimos datos que contiene, se ve el concienzudo trabajo del autor, que ha desenvuelto aquél con un estilo fácil y galano, sin faltar a la unidad del conjunto, ni a la exactitud de lo que en sí vale y encierra el valle de la Orotava. Como prueba de esta verdad, recomendamos a nuestros lectores el artículo de aquella obra que publicamos en este número en la sección de variedades, como asimismo otros que también hemos insertado anteriormente. Cuando se termine la impresión, avisaremos oportunamente a nuestros lectores, persuadidos de que con el libro «Taoro» adquirirán una de las mejores obras publicadas acerca del valle de la Orotava.»

Tales son las únicas noticias que tenemos de este libro de Fernández Neda, el inspirado poeta tinerfeño y también nota-

ble prosista, como lo atestiguan las producciones siguientes, muestras galanas del ingenio de nuestro ilustre paisano.

**MARIA ROSA ALONSO**

**Tenerife, Enero 1940.**

# El balcón del Chantre

## I

Más tenía de verandhat indio o de galera veneciana suspendida del suelo, el viejo balcón adosado al frontispicio del antiguo caserón de las calles de la Carrera y del Pino, en la ciudad, como por antonomasia, y por ser única entonces en la isla de Tenerife, se llamaba a La Laguna.

El balcón, verandhat o lo que fuera, hacía también esquina, corriéndose de la una a la otra vía ya nombradas, con anchura que de tres metros no bajaba, y largo que de los ocho excedía. La mole balconil trepaba desde el piso principal hasta el alero del tejado, cubierta de cristales en cantidad tal que no bastaron a transportarlos desde Santa Cruz, media docena de camellos. En invierno, estación bastante fresca en

la Noruega, como llaman los "chicharreros" a la ciudad de los veredes, el tal balcón era una estufa, aunque sin otras plantas que las de los pies del chantre de la Catedral, metidos en holgados sacos de paño de Cuenca, con más forma de petacas que de pantuflas, paseando, al abrigo de la intemperie las laboriosas digestiones del buen canónigo con esparcimientos de ruidosos hostezos.

La tal galería movió en los estudiantes codicia de hacerla blanco de peladillas; y fuerza es confesar que a tales expansiones convidaba. Un sábado, noche de parranda, trocóse en realidad el deseo, viniendo a tierra, con estrépito, unos cuantos cristales de la fragata. ¿Qué hizo entonces el Chantre, hombre de malas pulgas? Pues reparar el desastre sin ruidos ni voces. El sábado siguiente, nueva pedrea; otros tantos cristales a tierra, segunda reparación de averías, e idéntico silencio por parte del perjudicado, de cuya manseedumbre, por lo insólita, se hacía lenguas la gente. Mas cátrate que una noche entre semana, se le ocurre a unos parrandistas, artesanos y mocetones del pueblo, echar también su cuarto a piedras contra el balcón, y fué de ver la furia del canónigo, quien denunció el hecho al Juzga-

do, llevando las diligencias con tal ímpetu que pronto se vieron los culpables condenados a pagar los vidrios rotos.

Con este motivo, el Chantre decía, cuidándose de que corriera el dicho, que él disculpaba las expansiones de la juventud estudiantil; pero que jamás toleraría los desmanes de gentes de otro jaez. ¿Era tal resolución hija de benevolencia o de habilidad? Nos inclinamos a lo último, comprendiendo el buen canónigo lo difícil que le sería luchar contra la estudiantina revoltosa y bien emparentada, si quería proseguir sus paseos digestivos entre cristales. Lo cierto fué que los unos no tornaron a las pedreas, por miedo, y los otros pusieron retenida a sus ataques, por respeto.

En lo sucesivo, los estudiantes no tiraban arriba de tres piedrecitas, por semana y parranda, a la fragañta, rompiendo de tres a cuatro cristales por función. En algunas solemnidades, como Nochebuena, Carnaval y Pascua Florida, aumentaba el número de proyectiles y el de víctimas, amén del bombardeo final al concluir el curso, haciéndose entonces de una vez la labor correspondiente al período de vacaciones. Todo esto sin que el perjudicado diera muestras de enojo, y reemplazan-

do cuidadosamente por la mañana los vidrios rotos en la noche anterior, a cuyo fin había siempre en el granero de la casa, un cajón bien provisto de cristales.

Verdad que la mansedumbre chantril se veía compensada con la "huevación" que en la fiesta onomástica, como hoy se dice, del canónigo, le rendían los estudiantes. Veníale el nombre de los huevos que constituían la base del obsequio, amén de algunas botellas de rancio Tenerife, y otras golosinas que, en sendas canastillas cubiertas de flores, regalaba la juventud estudiosa al patrón de la galera.

¡Mal gandeamus se armaba en la noche de aquel día entre los canónigos, la clerecía lagunera y otros amigos laicos del Chantre, en la famosa galería, resplandeciente de luces, ornada de follaje, y ostentando larga mesa, bien provista de municiones de boca! Allí cremas, pudings, biscotelas y otras muchas dulcerías, llevando por componentes los huevos de los estudiantes; allí tostadas majestuosas, con encajes de alfeñique, y crocantes monumentales, legado de las monjas; allí rosquillas de la Gomera, trascendiendo a la miel de sus retamas; melindres y mimos de la Curra; almendras y turrónes de la Ganiguina; almíbares

de la Palma, que hasta en América gozan fama; quesadillas de Vilaflor, y cuantas golosinas se producen en las diversas comarcas del archipiélago. Allí también el rico chocolate del Provincial, elaborado en Paciencia; el aromoso café, producto de concienzuda infusión, después de bien tostado y escogido grano a grano, rechazando el roto o lastimado que perdiera su esencia por la herida, y machacado en mortero de madera, procedimiento inmejorable para preparar el tónico brebaje, a más de otras muchas bebidas refrescantes y espirituosas, gratas a paladares eclesiásticos.

Mientras arriba se solazaban los del gaudium, abajo dábanles serenata los estudiantes, aquella noche sin pedrea, cantando glorias del Chantre y del balcón, sin perjuicio de tornar luego al bombardeo semanal, con regocijo de Chaulan, que era el proveedor de los cristales.

## II

La época a que nos venimos refiriendo coincide con la del bienio progresista, de 1854 a 1856.

La ciudad de San Cristóbal, levantada sobre el lecho de antiguas lagunas, puede decirse que nació vieja: Su aspecto de tristeza y aban-

dono arrancaba lágrimas; por eso sin duda vierten las nubes pertinaz llovizna sobre la hierba del pavimento y sobre los jardines de los tejados, donde los verodes, en portentosa abundancia, empinaban sus tallos semejantes a espárragos nudosos, llevando a los extremos, a guisa de flor, unas como alcachofas tronchadas por la mitad. Las calles, bien trazadas, parecían de un cementerio, sin dar las casas otra señal de vida que el movimiento de algún postigo, especie de trampas abiertas en las ventanas, por cuyas rendijas atisba la curiosidad femenina a los raros paseantes que vagan por la necrópolis. Mucho escusión de piedra en los portales, que es la ciudad aristocrática de abolen-go, y pocos escudos acuñados en las arcas, que no peca La Laguna de laboriosa; mucho campaneó en las iglesias y mucha procesión por las calles, que es la gente levítica; mucho pedante y leguleyo, que goza fama la Noruega de sabida y literaria; mucho chismorreó desollando al prójimo, alimento necesario al ocio donde faltan calor y movimiento; mucha novena a todos los santos y santas del calendario; mucho estudiante revoltoso y muchas chicas bonitas, frescas y encendidas como las manzanas de Geneto;

¡y cuidado si son allí lacarnadas y sabrosas las manzanas! (1)

En verano, la vieja ciudad se animaba con las caricias del sol y el bullicio de las gentes que subían de Santa Cruz huyendo de los calores de la costa, donde los chicharros se freían sin necesidad de sartén. En San Cristóbal, a una legua escasa de distancia, merced a su altura sobre el nivel del Océano, y a las brisas que vienen revoloteando de Los Rodeos, reinaba un fresco delicioso, que servía de abanico al sueño y de aguijón al apetito. Pero cuando el cielo se emboza en su ancho capote gris, y la ventisca dispara su metralla de alfilerazos; cuando los

---

(1) Así era La Laguna en las alboradas de mi juventud y en las pos-trimerías del balcón del Chantre. Después parece que ha cambiado mucho, que se ha transformado gallardamente, y hasta se ha rejuvenecido la noble ciudad. Por ello lo celebro y por mí lo siento, pues ya no he de verla entre las galas de sus presentes resplandores, sino entre las nieblas del pasado, tal como fué en otros tiempos y tal como mi cariño se complace en recordarla.

higos chumbos se convierten en sorbetes y Tristán, el bedel del Instituto, abre el portalón del ex-convento de San Agustín, tornan las golondrinas veraniegas a sus playas de Anaga, y vuelven con los estudiantes los días tristes del estudio y las noches alegres de las parrandas.

¡Cómo vienen a mi memoria los recuerdos! Bien sé yo que estas puerilidades no interesan: para mí las escribo. Pláceme remover los recuerdos del hogar, buscando algún calor para los miembros ateridos y revolotear con el pensamiento por los campos del pasado, a los últimos resplandores de una aurora boreal que se desvanece en los horizontes del pasado. ¡Cosa extraña! En los albores de la vida, cuando desconocemos aún la intensidad de las penas, nos seducen los dramas de la fantasía y de la historia; luego, en el ocaso, prendidos por las tragedias de la realidad, buscamos consuelo en reminiscencias lejanas, más agradables cuanto más pueriles.

Recordemos. En aquellas mañanas frescas, al doblar el cabo de las tormentas, esquina a la plaza de San Agustín, donde suele el viento andar a la greña con los paraguas, lo primero que se apercibe, al fondo

Del zaguán del convento-instituto, es la figura de Rafael, el portero, con capa azul desteñida por los años, bajo y rechoncho, la cara encendida por el abuso de la horchata, bonachón de frente y solapado de perfil. Ya dentro, en el claustro de la derecha, se pasean los estudiantes, sorbiéndose las lecciones o prendiéndolas con alfileres, y acariciando a los profesores con lenguas de gato.

¡Me parece que los estoy viendo! Allí viene Trujillo, el director, listo como gomero y sutil como abogado, en el decir conciso, claro de entendimiento y burlesco de intención; Zárate, don Tomás, pulcro en el traje y en la ciencia; Rodríguez de la Sierra, grave, pausado, sensible a la temperatura, siempre de capa por dentro y por fuera, arrebujando entre sus pliegues hasta la lógica que explicaba; Brito, don José, tiple sfogato al natural, y hajo profundo en la ficción, gallista consumado y físico del Realejo; Sebastián Álvarez, anguloso por fuera y apacible por dentro, gramático como Iriarte, y progresista como Ruiz de Padrón; Vargas, don Gaspar, alto de cuerpo y cicatero en palabras, con cierto gracejo característico en la expresión y no pocas rarezas en el carácter, siempre retrocediendo an-

te el avance del interlocutor, y siempre avanzando en la bondad y el saber; Febles, de quien tenía en su debtó la historia que explicaba, y en su haber dos pimpollos que tuvieron su boga; Navarrete, chiquitín, flacucho, retórico y devoto de los clásicos, entusiasmándose hasta llorar, a patrón fijo, todos los años, al traducir determinados pasajes de Virgilio; Moratín, el de la botica nueva, que probablemente continuará siéndolo todavía, más pequeño aún que Navarrete, y sobrino, nada más que sobrino, de sus tíos don Nicolás y don Leandro, gran peluca y gran nariz. Y hasta de profesorado.

Por la tarde, a pasar revista a las muchachas, calle arriba, calle abajo, a adorarlas en comandita y a corresponder con ellas mentalmente. Que así principian los amores. Miradlas. Las de Ossuna, Van-de-Heede, un capullo y dos rosas deslumbradoras; Guillermina sobre todo: alta, gallarda, los ojos ventanas del cielo, la boca nido de besos immaculados, celestialmente adorable, "troublante", como le decían en París, llamando la atención a su paso, cuando visitó esa capital. ¡Pobre Guillermina! ¡Dulce y encantadora criatura, muerta en todo el esplendor de su virginal belleza! Aurelia

Cámara, y Braulia, su prima, frescas como fresones de Taganana; las de Pimienta, que sólo tenían de su apellido el color en las mejillas y en los labios; las de García Mesa, en toda la frescura de la florecencia; Elvira Leal, discreta desde niña; Imelda Cullen, pálida y graciosa morena; las hermanas Cambreleng; Trinidad Mesa, cuyos ojos eran ascuas, y tantas otras que harían interminable el relato, ¿qué será de ellas? Madres o abuelas, las que vivan, aterrorizadas ante la indiscreción presente del espejo, pero satisfechas y alegres cuando contemplan su pasado en el rostro de sus hijas, quienes, si se les parecen, volverán locos a los viejos del porvenir, como aquellas volvieron locos a los que ahora somos jóvenes del pasado.

### III

¡Animada está hoy la Carrera! ¿Por ventura se han dado en ella cita las coronas? Corona de Conde, el del Valle de Salazar: ¡gran frontispicio en su persona y en su casa! Coronas de Marqués: el de Las Palmas, más chaparro que palmera; el de San Andrés, un Mole de Andorra, quien, al decir de la Marquesa, rica de cuartos y pobre de fibras, se casó con ella, más que por

la carne, por el "pescado"; el de Villanueva del Prado, a quien su padre, el ilustre fundador del Jardín Botánico de Orotava, dejó una bien surtida librería, conservada por el hijo con tal respeto, que sus dedos no tocaron nunca, ni tocar siquiera, un volumen de la colección. Coronas de tonsura: los canónigos Saavedra y Machado; aquél, en el púlpito, un Jeremías, y en la intimidad unas castañuelas; éste, predicador serio y espíritu cultivado, ambos con gran fama en la isla, y un prebendado de origen italiano, con entronque en la Victoria, llamado "il signor de la Col-china".

Pasemos, pasemos, que se va haciendo pesada la revista, y la noche se viene encima, una noche lagunera, parda, húmeda y silenciosa. En casa de la Marquesa de Las Palmas hay tertulia de sangre azul: Doña Elvira, la esposa del heroico Villar, es punto obligado en su tresillo cotidiano; Bríjan explica en el Casino un curso de filosofía "cartesiana", y las G... tienen baile por todo lo alto. La gente moza y parrandista abre boca con los rosquetes y las mistelas de Epifanía, o se conforta con los succulentos manjares de Richardson Hotel, como por apodo se decía al Piteras figón. Luego, serena nata a las muchachas, a quienes la

música y el amor hacían cosquillas en el sueño y en el alma; y por fin de fiesta, la visita de honor a la fragata. ¡Ya apareció aquello! Una rubriquita a los cristales y a dormir la mona.

“Hoy como ayer, mañana como hoy,  
y siempre igual.”

#### IV

Todo parece en el mundo. Pero-grullo lo confirma, todo, incluso los chantres y los balcones. El Chantre de San Cristóbal concluyó naturalmente, si natural puede considerarse un catarro griposo. El balcón se cambió ante una carga de caballería. ¿Cómo?

Muerto el Chantre, en la que fué su casa se instaló un parador de coches-diligencias. Pasados los nueve días de duelo, tornaron los parrandistas a doblar sobre los cristales; llevaronlo a mal los nuevos inquilinos; entre mozos de cuadra y estudiantes anduvieron al aire las piedras y las estacas; terció el alcalde para poner orden, enconáronse los ánimos y fué difícil continuar las pedreas sin exponerse a romper algo más que los cristales; llegaron las Navidades; dióse punto en las escuelas; marcharon a su casa los

estudiantes sin dar a la fragata un adiós contundente, y pare usted, por lo pronto, de contar.

La víspera de Año Nuevo, un sábado por cierto, al rayar la medianoche, la hora de los aquelarres y las citas, por las cinco o seis calles que dan a la plaza de la Catedral, fueron desembocando varios jinetes hasta formar un nutrido escuadrón, cuya masa agrandaba la oscuridad de la noche. Uno, el jefe por lo visto, pasóles revista, dió órdenes en voz baja, y la tropa se puso en marcha, entrando, por la izquierda, en la calle de la Carrera, con no poco ruido de cascos sobre el pavimento. Frente a la fragata hizo alto el escuadrón; tomó posiciones a uno y otro lado del ángulo que forma la casa; sonó un trompetazo en la famosa trompa de don Martín, tocando en seguida paso de carga y ¡no fueron piedras las que llovieron sobre la fragata! ¡Y menudo estrépito de cristales el que se armó! Los de dentro, vencido el sueño, abrieron el portalón; pero tuvieron que cerrarlo más que de prisa para librarse de la metralla que sobre ellos disparaban los asaltantes ecuestres, bien provistos de peladillas. La trompa seguía resonando; los cristales seguían cayendo... ¡Qué digo cristales! ¡Molduras, maderos,

cánalones, tejās, hasta los verodes venían a tierra a los ímpetus de aquella carga formidable! Los vecinos entreabrían, temerosos, los postigos de sus ventanas, los caballos relinchaban; el alcalde acudía con sus mesnadas concejiles, y... todo tiene fin, incluso los chantres y los balcones.

Al día siguiente de la batalla nocturna, sólo quedaba de la fragata chantresca, lo que queda en el corazón y en la memoria de las rudas batallas de la vida: ¡Escombros y vidrios rotos!

# La Cruz quemada

Los sitios sin recuerdos son como cuerpo sin movimiento y sin vida; sombras vagas, más o menos bellas, que recrean breves instantes los sentidos y desaparecen bien pronto; pero si algo humano los anima; si entre su historia y sus galas palpita una memoria dulce, una tradición gloriosa, una leyenda fantástica o una supersticiosa conseja, este aliento de existencia, que ha dejado un reflejo en su rápida carrera, aumenta el prestigio del sitio, la grandeza del monumento y el atractivo del paisaje de una manera portentosa.

Nuestro valle no guarda escombros de castillos feudales, ni terribles aventuras de la Edad Media; no ostenta vetustos edificios en cuyos muros de piedra duermen históricos recuerdos; no conserva ni aún los

monumentos sencillos levantados por los primitivos pobladores; mas por las cumbres de sus montañas y las frondosidades de sus selvas se deslizan algunas sencillas leyendas, pasto de las preocupaciones populares, que tienen doble atractivo al oírlas de boca de los aldeanos, a quienes se las han transmitido sus mayores, y en presencia del teatro mismo en que se suponen representadas.

Una tarde salí a visitar el olvidado palacio de los antiguos menceyes de Taoro. Terminada esa agradable visita, trepé hasta la cima de la ladera de Tamayde, que cierra el valle por su costado derecho, para recrear la vista en el portentoso panorama que desde aquel punto se descubre. Embelesado en su contemplación no me apercibí de que el sol se iba ocultando en los mares, y de que las sombras de la noche comenzaban a envolver la tierra.

Las nueve serían cuando comenzamos a descender por las vertientes de la Florida, a media legua escasa de la villa.

Atravesábamos una espesa selva a la falda de la montaña. De pronto entramos en un claro circular, como de cuarenta metros de diámetro. La circunferencia está poblada de árboles copudos y apiñados, y casi

en el centro matemático se levanta un peñasco enorme de figura cuadrangular y de color rojizo.

Hicimos alto para descansar un poco cerca del peñasco, y el viejo guía que nos acompañaba, avanzando algunos pasos y descubriéndose, se postró de rodillas.

Hasta entonces no había yo reparado en una gran cruz de madera adosada al peñasco, y a cuyo pie rezaba el guía.

Estas cruces solitarias son muy frecuentes en las islas, tanto por la particular devoción que sus habitantes profesan al signo de nuestra redención, cuanto porque los aldeanos tienen especial cuidado de señalar con él el sitio donde un hombre pereció de muerte violenta; y esas muertes acaecen con frecuencia en un país donde si bien los asesinos son casi desconocidos, abundan los precipicios, no menos traidores que aquéllos.

El viejo terminó su oración y se acercó al paraje en que nos habíamos agrupado, dispuestos a sacrificar unos pollos asados, una empanada de jamón y algunas botellas del rancio "Tenerife", tan perfumado y sabroso.

El tío Anselmo, que tal era el nombre del guía, se aprestaba a llevar a la boca un vaso de vino, cuan-

do de pronto vimos temblar su mano hasta el punto de verter gran parte del líquido, chocar sus dientes como en un acceso de fiebre, quedar su cuerpo rígido en una inmovilidad hija de profundo estupor, y fija su vista en un punto de la montaña, con tenacidad constante.

Siguiendo la dirección de sus miradas, sólo descubrí las antorchas que parecían moverse por sí solas desde los extremos opuestos de la cordillera, acercándose con rapidez suma, y trazando líneas ondulantes.

—¡Ahí están, ahí están ya—murmuró el guía con voz entrecortada:

—¿Quiénes?—pregunté.

—Las almas en pena.

—¿Y qué almas son esas, tío Anselmo?—torné a preguntarle, guardándome bien de contrariar en lo más mínimo sus preocupaciones.

Pero el tío Anselmo rezaba a media voz un Padrenuestro, sin cuidarse para nada de mis palabras.

No era esto lo más extraño, sino que por entre los árboles y en distintas direcciones, penetraron en el claro hasta unos veinte aldeanos, hombres, mujeres y niños, que se acercaron silenciosos a la cruz, después de encender una lamparilla colocada dentro de un farol fijo en el madero: le rodearon, puestas en tie-

rrā las rodillaś, y llevādo ũno la voz comenzaron ā rezar el rosario.

El tío Anselmo se acercó al grupo; otro tanto hicimos nosotros, movidos por una creciente curiosidad, y dominados, a despecho nuestro, de no sé qué misterioso temor.

Cada vez que se cantaba una gloria, había una pequeña pausa; los circunstantes cogían del suelo una piedrecilla y la iban arrojando, uno a uno, al pie de la cruz, donde se levantaba ya de antemano un montoncillo bastante regular.

Las antorchas seguían acercándose en la montaña, y a medida que se acercaban, eran sus movimientos más rápidos, más pronunciadas sus curvas.

De pronto se juntan; una gavilla de chispas se desprende en los aires y en seguida desaparece la luz.

Los aldeanos interrumpieron su oración.

—Ya están en la fuente—dijo uno.

—No tardarán en reaparecer—contestó otro.

Efectivamente, al poco rato volvieron a lucir las antorchas casi unidas, moviéndose con gran velocidad.

Tornaron a rezar los aldeanos con las mismas ceremonias ya marcadas, y emprendieron de nuevo su marcha las antorchas en dirección

opuesta, desapareciendo en los dos extremos de la cordillera.

El rezo terminó; los aldeanos se fueron retirando silenciosos como habían venido, y el guía, acercándose a nosotros, dijo entonces con voz más segura:

—Ahora sí os agradeceré un buen vaso de vino, que bien lo ha menester mi cuerpo.

Cuando ya le ví tranquilo por completo le pregunté la causa de sus temores, el motivo de aquellos rezos, y la significación de aquellas ceremonias.

—Voy a complaceros—me contó—, a condición de que nos retiremos en seguida, pues por nada del mundo quisiera estar cerca de estos sitios a la media noche.

—¿Tenéis miedo, tío Anselmo?

—A los vivos, no; pero los muertos y los duendes pueden más que los vivos, y no quiero habérmelas con duendes ni con muertos.

—¿Cómo es eso?

—Pues señor—así comenzó su relación el guía, después de exhalar la carraspera de rigor—: Habrá cosa de cien años, por lo que me contaba mi madre, que aún vivía cuando tuvieron lugar los sucesos que voy a referir, en el mismo sitio donde hoy se encuentra esa piedra manchada aún por el fuego de! Infer-

no, se alzaba una espaciosa cabaña: donde vivían la madre Plácida, mujer muy honrada y temerosa de Dios, tanto que la tenían en olor de santidad, y su hija única, María, la serrana más garrida de la comarca, y tan alegre como los alevés de mayo.

La madre Plácida era viuda; pero tenía un rebaño de más de cuatrocientas cabezas; sus seis fanegas de tierra labradía; un pequeño monte de castaños, y un huerto junto a la choza donde la vieja cultivaba hortalizas y la niña flores.

María había cumplido ya diez y siete años. Todos los mozos de las cercanías se disputaban una mirada suya; pero ella no tenía ojos más que para un tal Diego de Tamayde, labrador acomodado que apenas contaba veintitres años, y el más diestro luchador del valle entero.

María y Diego se amaban. La muchacha era buena y sencilla: el mozo tenía sus puntas de valentón y descreído, y ni los hombres le imponían ni los duendes le amedrentaban, ni cumplía los preceptos de la iglesia con aquella devoción y constancia de todo fiel cristiano.

En el mismo paraje en que se juntaron aquellas dos antorchas que desaparecieron al poco rato, brota en una cavidad de la montaña una

fuelle de escaso manantial, pero de sabor excelente, de la que se surte la mayor parte de los campesinos de estos contornos.

Diego y María tenían sus entrevistas y coloquios casi todas las tardes junto a la fuente de la montaña, donde ambos iban a abreviar el ganado o a recoger agua para las necesidades domésticas.

Una de esas tardes se entretuvieron más de lo de costumbre hablando de amores, que es materia que al tiempo engaña, y les sorprendió la noche sin haber llenado los cántaros; una noche negra como las alas del cuervo.

Levantáronse entonces sobresaltados y dieron algunos pasos por la montaña, no sin muchas dificultades y tropiezos, hasta un paraje más áspero, donde se alzaba una cruz en memoria de un campesino que allí murió despeñado en otra noche semejante.

Sentóse María desfallecida y llorosa. En vano su amante procuraba animarla.

—No puedo dar un paso—exclamó—, las piernas me tiemblan y tengo miedo.

—Animo, María; otro esfuerzo y franquearemos el precipicio, saliendo a senda más segura de la sierra.

—Imposible, no veo dónde fijo los

pies, y entre las sombras vagan visiones que me espantan.

—¡Si tuviera una antorcha!—exclamó Diego con ansiedad, tendiendo en derredor sus miradas.

El deseo era bien difícil, por cierto, de realizar, porque en aquella parte de la sierra y sus contornos no crecía un árbol, ni una mata, que pudiera dar pábulo a la llama.

Diego se sentó junto a su amada haciendo vanos esfuerzos por animarla; el temor y el frío estremecían su cuerpo con violencia.

Espera un momento, María—le dijo su amante—, mientras llego a la cabaña más próxima y traigo una antorcha.

—No; no te apartes de mi lado: ya te he dicho que tengo miedo, mucho miedo.

Y no era sólo la oscuridad de la noche y lo profundo de los precipicios que les rodeaban, sino que comenzaba a caer la lluvia y a desgarrar el horizonte algún relámpago, preludio de tempestad.

Diego sintió caer sobre sus manos algunas gotas ardientes que no eran de la lluvia del cielo, sino de la que vertían los ojos de su amada.

Tendió la vista en derredor con desesperada ansiedad, y llamó su atención la cruz escueta, envuelta

por las sombras, que le daban gigantescas proporciones.

—Animo, María—exclamó—; ya he encontrado de qué encender una antorcha, ánimo.

Y descolgando un hacha corta que llevaba a la cintura, se acercó a la cruz.

Bien pronto resonó un golpe seco que repitieron sordamente los ecos de las montañas y que hizo estremecer a María.

Hubo una pequeña pausa, luego resonó otro golpe, y otros y otros cada vez más repetidos y estridentes.

La joven, haciendo un violento esfuerzo, se puso en pie y se fué aproximando al sitio donde estaba su amante.

Un relámpago derramó en el espacio su azulada luz.

María lanzó un grito. Aquel ruido, que continuaba con creciente estrépito, era producido por el hacha al caer sobre los brazos del madero santo, que se iban desprendiendo en astillas.

—¡Diego—exclamó—, Diego, que tientes a Dios!

Su amante no la oyó. María puso una mano sobre un hombro de aquél, quien se agitó como si recibiese todo el flúido de una descarga eléctrica.

—¡Suspende, por piedad, semejante profanación!

—No temblarás de frío por falta de lumbre; no perecerás en los precipicios por falta de luz; no derramarás lágrimas entre las sombras de la noche—exclamó Diego con voz ronca, redoblando los golpes con febril ansiedad.

El leño resistía como si fuera hierro; a cada nueva herida del hacha brotaban chispas azuladas.

María se puso de rodillas.

—Tendremos luz—gritó Diego—, aunque la encienda en los infiernos.

Apenas pronunció esta blasfemia brilló un nuevo relámpago que parecía desgarrar el cielo, y un trueno prolongado rodó por el espacio.

El brazo derecho y la parte superior de la cruz yacían por tierra.

Diego se inclinó para recoger las astillas, y con su frente tocó la de su amada: la una tenía la frialdad del hielo, la otra el fuego de la fiebre.

El joven echó yescas, prendió unas ramas secas, y enseguida un gran manojo de los pedazos reunidos del árbol santo, que lanzaron una llama azulada, en medio de un espeso penacho de humo negro.

—Es preciso retirarnos, María, es preciso franquear pronto los preci-

picios, porque la tempestad se acerca.

La joven permaneció inmóvil.

—Ven, exclamó su amante; yo te sostendré en medio de los peligros; yo marcharé delante para guiarte; toma esta antorcha para que veas el sitio donde pones los pies.

María cogió maquinalmente la antorcha que Diego le entregó.

—Marchemos: apóyate en mí, no mires a los costados...

Otro trueno más fuerte rodó sobre sus cabezas; un resplandor eléctrico cruzó ante sus ojos, prestando a los objetos fantásticas proporciones; el viento rugía con eco lúgubre, desgarrando los viejos castaños que caían con estrépito al fondo de los barrancos.

En aquel momento pasaban por una senda sumamente estrecha, al borde de un precipicio profundo.

María lanzó otro grito; su amante se detuvo: la vió vacilar; ciñóle el flexible talle con su robusto brazo. La pobre joven dejó caer la cabeza sobre el pecho de su compañero. Este la miró con ojos llenos de amor y desesperación; las antorchas unieron sus llamas, produciendo una gavilla de chispas. El rumor de un beso pasó entre las alas del viento por la llama que se apagó a su contacto.

—El Diablo me ayude, ya que Dios no me oye—gritó Diego en el colmo de la desesperación.

María se estremeció; lanzó otro grilo más estridente, y un rumor sordo se oyó rodar por entre las peñas en medio de las sombras.

Al día siguiente sacaron, no sin gran esfuerzo, un cadáver del fondo del precipicio.

Diego se había despeñado al hacer un movimiento para sostener a su compañera.

María se había vuelto loca, y corría por los montes cogiendo flores silvestres para tejer su corona de desposada.

Su salvación fué milagrosa.

Los exploradores que la noche anterior envió su madre a la montaña, la encontraron desmayada en el sendero, medio cuerpo inclinado sobre el vacío y detenido por un arbusto que brotaba de las grietas.

Desde que tuvo lugar aquel acontecimiento, todas las noches se veía una antorcha vagar por la montaña, detenerse un instante en el sitio donde brota la fuente; reaparecer un breve rato, y perderse bruscamente.

La madre Plácida no hacía más que llorar de pena.

María no cesaba de reír en su locura, menos cuando contemplaba el

brillo de una antorcha o pasaba junto a una cruz.

Las flores del jardín estaban marchitas como su postrero. Sus cantos de amor no resonaban en las montañas.

Llegó el aniversario de aquel día fatal, en que pereció su amante. Llegó la noche, tan oscura, tan terrible como aquélla. Llegó la tempestad con sus alas de fuego, y sacudió las crestas de las rocas y los troncos de los árboles.

María se lanzó fuera de su cabaña.

—¡No enciendas la antorcha, es mi pozo mío; no la enciendas—gritaba en su locura—, para alumbrar nuestros desposorios; no, no la enciendas en el fuego del infierno; su resplandor me asusta...! ¡Huye, huye que la cruz extiende sus brazos...! ¡No los profanes con tus manos...! no ofendas al cielo con tus blasfemias...! ¡Huye, que el abismo abre su boca para tragarte, y las rocas se desprenden de sus bases al eco de la cólera de Dios!

La tempestad crecía con espantosa furia y la loca sonreía desalentada por los campos.

Una luz fosfórica iluminó el espacio. Entonces se oyeron rumores extraños, y del Oriente y Occidente, del Septentrión y Mediodía acudie-

ron en tropel terroríficas filás de fantasmas, envueltas en largos sudarios; y trazando círculos cada vez más estrechos en diabólica danza, con rumor estrepitoso, iban cercando la cabaña solitaria.

—¡Ya vienen, ya vienen los convidados a la boda—gritaba la loca—, ya está dispuesto el tálamo nupcial...! ¡Quiero ponerme hermosa para que mi amante se regocije, llenar mis trenzas de rosas, esconder bajo mis labios los besos que le guardo!

Los fantasmas seguían tejiendo su danza infernal.

—Allí está mi amante en lo alto de aquella roca... Ya viene garrido y gentil a estrecharme en sus brazos... ¡Oh! ¡Quién más feliz!

—¡María, María!—gritó la anciana buscándola.

—Voy a recibir a mi esposo..., cuidado, Diego; cuidado, que son traidores los precipicios. Yo prenderé fuego a todos los árboles del bosque para iluminar tu camino..., pero no toques esa cruz, no la toques sino con los labios.

Al brillo de los relámpagos se descubría una mole de las rocas medio desprendida, que la furia del viento bamboleaba, amenazando desplomarse.

Aquella mole de caprichosas for-

mas se imaginaba la infeliz loca que era su amante.

De pronto una sacudida más violenta la desprendió por completo, y con estrépito horroroso, tronchando árboles y dando botes rudos, rodó por las faldas de la montaña en dirección a la choza.

—¡María, hija de mi alma!—gritaba la anciana corriendo hacia ella.

—¡Ya viene, madre, ya viene!—le replicó abriendo los brazos.

Y los fantasmas, dando espantosos aullidos, corrían en revuelto tropel por el espacio, y la mole seguía avanzando con mayor velocidad.

Todo cesó de pronto.

Al día siguiente, el sitio que ocupaba la cabaña estaba cubierto por aquella roca. La joven había quedado también sepultada bajo su mole. La pobre anciana yacía moribunda, y el fuego del cielo dejó sus huellas en este espacio.

El castigo de Dios se había cumplido.

Desde entonces, todas las noches, en el camino de la fuente, se ven vagar dos luces que se acercan desde los extremos opuestos de la cordillera. Son las almas de Diego y de María que penan para purgar su delito. ¡Que el cielo compasivo les abra su seno!

Así terminó el tío Anselmo su narración, haciendo la señal de la cruz: Confieso que en aquel sitio, en aquella hora y en la disposición de mi espíritu, no dejó la conseja de impresionarme.

—Ya he cumplido mi palabra; retirémonos, pues—dijo el guía.

—Esperad un poco—le contesté—; falta algo aún.

—¿Cómo?

—Sí; la explicación de lo último que he visto; de esa extraña ceremonia de ir los aldeanos arrojando piedrecitas al pie de la cruz al mismo tiempo que entonaban sus rezos.

—¡Ah!, tenéis razón. La madre Plácida vivió aún algunos días; era, como he dicho, una buena criatura, temerosa de Dios, y en su postrera hora habló de esta suerte a las personas que estaban junto a su lecho:

“Dios es justo, y así como premia al que sigue su ley, castiga a quien le ofende. Yo voy a unirme con la hija de mis entrañas; pero ¡ay! todavía no ha expiado por completo sus faltas. Mientras brillen esas antorchas en la montaña, las almas de Diego y de María estarán penando; rezad entonces un Padrenuestro por ellas; rezadlo en memoria mía y así más pronto se realizará mi deseo. Por cada Padrenuestro que recéis a

la misma hora en que vagan esas Jueces, echaréis una piedrecita al pie de la cruz, que señala el sitio donde estuvo mi cabaña; cuando las piedras lleguen a tocar el madero, las almas en pena encontrarán su descanso."

—Y en tanto tiempo—dije interrumpiéndole—¿cómo no han llegado las piedras al sitio indicado?

—He ahí los misterios del Altísimo. La falta fué grande; grande tiene que ser el castigo y larga la expiación. Los Padrenuestros no escasean; pero cuando hay marcado un gran número al pie de la cruz; cuando parece ya próximo el momento anhelado, las tempestades o las lluvias destruyen de pronto nuestro trabajo, y hay que comenzar de nuevo.

—¿Hasta cuándo?

Esta pregunta impertinente valió un gesto despreciativo del guía.

—Hasta que Dios quiera—me contestó con elocuente concisión.

Guardéme bien de destruir con razonamientos enojosos su creencia supersticiosa y la poesía de su relato.

Las antorchas se ven, efectivamente, lucir todas las noches en la cordillera, seguramente llevadas por los campesinos de los contornos que van a coger agua a la fuente; exis-

te la cruz mutilada, al parecer por las injurias del tiempo; álzase en medio del bosque un enorme peñasco, desprendido de la montaña por las tempestades. Pero dad esta explicación a cualquiera de los aldeanos del valle, y os tendrán por descreído y mal cristiano.

Por otra parte ¿qué vale esta explicación árida, comparada con el encanto de la conseja? Dejemos que la poesía adorne con sus colores, y que la superstición sencilla envuelva con su sombra estos recuerdos, y respiremos un momento el perfume que exhalan.

# El Valle de la Orotava

Los encantos del Valle de la Orotava están en la armonía, en lo majestuoso de los términos, en la variedad de los colores y en lo feliz de las combinaciones. Todo aquí es obra de la Naturaleza; nada o casi nada ha hecho el hombre para completarla; pero es lo cierto que tampoco hace gran falta su concurso. Tiene la Naturaleza otro ingenio más poderoso, dispone de otros recursos y otras fuerzas; sabe, cuando quiere, ser el artista de las grandes e inmortales creaciones; y a la verdad que en estos sitios prodigó los tesoros de su imaginación inagotable para trazar un cuadro sin rival que el tiempo ha respetado, conservándole los rasgos más característicos de su belleza primitiva.

Extensas líneas de bosques y montes ciñen la frente del Valle bajando desde las montañas, en cuyas

cimas se balancean algunos pinos, de trecho en trecho, a manera de centinelas que vigilan desde lo alto de aquellas murallas basálticas. Estos bosques, donde el verde ostenta sus innumerables matices, se extienden en fajas ondulantes, marcando perfectamente las zonas forestales. La primera es de retamas amarillas y blancas, de estrelladas flores de penetrante flor y exquisita miel que elaboran las abejas. Vienen luego los montes casi impenetrables, donde abundan las hayas y lentiscos, los brezos y laureles, los rocanes de sabroso fruto, tan estimados de los guanches, los acebiños de troncos colorantes, y otras muchas especies que fuera prolijo enumerar; finalmente, terminan la última faja los vistosos bosques de castaños seculares.

Las montañas y los mares forman el marco del paisaje. ¡Qué montañas, qué aguas y qué cielo! ¡Qué lontananzas bañándose con los vapores de un aire diáfano y voluptuoso! Ostentan las primeras diversos colores, ya verdes, ya bronceados, ya rojizos, ya grises; moles descarnadas las unas, vestidas de follaje las otras: tan pronto empinadas e inaccesibles como estiradas en graciosas curvas o de pendientes más suaves; y en medio de todas, como

lazo que las une, como escudo que las esmalta, como vigilante que las cuida o como genio que las protege, el viejo Teide arrebuñado en su manto de nieve, ceñida la frente con una corona de nieve, y reflejando su rostro venerable en el espejo de los mares.

La variedad y combinación de los colores hemos dicho que es otro atractivo del paisaje: aquí y allí se ven ribazos materialmente esmaltados de amapolas, espuelas de caballero y ranúnculos indígenas, alternando con fajas sembradas de trigo, ya verdes y ondulantes, ya amarillos y cimbradores. Más abajo, son estrechos y bien trabajados cuarteles donde los nopales, cactus de aterciopelado verde, desarrollan sus palas erizadas de púas, plantas que aun cuando no muy vistosas de cerca, contribuyen con su matiz a la belleza del conjunto. Ahora son vidés de largos y graciosos festones; ahora gramíneas de especies diferentes; y todo esto coronado por palmeras de erguidas copas, por dragos de membrudos vástagos, por sauces de movibles airones, por chopos de atrevido vuelo, por naranjos de dorado fruto, por plátanos de inmensas y brillantes hojas, por infinito número de árboles frutales y de sombra, de todas las estaciones,

de todos los climas, mezclados en admirable desorden.

Todos estos detalles concurren a hermostrar el conjunto, a darle un especial atractivo. Es verdad que si en aquellos nos fijamos, no encontraremos casi nada donde fijar la atención fuera de la obra de la Naturaleza. La mayor parte de los caseríos no son, como en la Madera, quintas de recreo, sino construcciones antiguas y de mal gusto, o pequeñas viviendas de colonos y campesinos; pero sus blancas paredes, sus techos rojizos, su colocación caprichosa, su profusión misma, toman en la perspectiva agradables proporciones. Es verdad que la vegetación no ostenta esos árboles de troncos corpulentos y de espesos follajes que forman las maravillas de las selvas del Nuevo Mundo; pero también su variedad y su pintoresco desorden, la estructura del terreno y hasta la sombra de las montañas, todo contribuye a dar realce a un cuadro que no tiene rival sobre la tierra.



El Valle ha ganado mucho en estos últimos años bajo el punto de vista de los trabajos agrícolas y de la producción; pero ha perdido también mucho en su parte pintoresca. Ley es de la Naturaleza que la poe-

sía y la realidad no puedan vivir unidas, y que la una a expensas de la otra se desarrolle; la imaginación habla al espíritu con sus formas graciosas, sus colores y perfumes; el materialismo llama a las puertas de la vida para apagar el vuelo ideal de los ensueños y recordar al hombre las necesidades que es fuerza satisfacer, el trabajo que es necesario emplear, y la constancia que es preciso seguir para obtener las comodidades de la existencia y el descanso al fin de la jornada.

## ELOGIO DEL CLIMA

Si hermoso sobremanera es este suelo, con el encanto que sobre él ha derramado la naturaleza fecunda y poéticamente caprichosa; si arrebatan sus colores, sus lontananzas y su cielo; si el misterioso recogimiento de los valles presta doble atractivo a sus primores, bañádoles con ese delicado vapor del sentimiento que se dilata entre sus sombras y su calma; si su feracidad y sus riquezas, exclusivamente agrícolas, igualan cuando no sobrepujan a

sus galas; si aquí las montañas ostentan contornos más graciosos y ondulaciones más bizarras, y los mares entonan cánticos más elocuentes, y los horizontes despliegan más ricas vestiduras, y las flores más delicados matices, el aire que tales maravillas envuelve con su impalpable velo, lleva también efluvios más puros, aliento más vital, más saturado de savia y de perfumes.

No hay sobre la tierra paraje alguno con tan benigno y saludable clima; donde las estaciones sean tan suaves, tan lánguidas en sus transiciones, ni los días tan voluptuosos, ni las noches tan serenas; donde el corazón lata más tranquilo, o se dilate con igual expansión, o se recoja con menos amargura.

El que no lo haya sentido no puede comprender el encanto irresistible de uno de esos días estivales a las orillas de las playas, llenas de armonías, o a la sombra de los bosques de castaños seculares, en cuyas hojas tiemblan las alas de mariposa de la brisa suave que se adormece entre suspiros. No puede, quien no las haya contemplado, figurarse la alegría de una de esas mañanas transparentes y templadas de Diciembre o Enero, en que las montañas visten sus blancas tocas de nieve, y el valle derrama en el fondo el

caprichoso coquetismo de sus verdes ramas, y de sus flores entreabiertas como en primavera.

Es el aire tan puro, hasta diría tan grueso, que no se respira, sino que se paladea con una deliciā inexplicable. Particularmente, el viajero acostumbrado a otras tierras y otros climas, siente al llegar al valle una sensación de placer infinito; de gozo indefinible; sus labios se entreabren sonrientes; sus pulmones se dilatan en una larga aspiración para recoger más cantidad de ese aire vivificante; su cuerpo todo se estremece a impulsos de una embriaguez conmovedora, que aumenta la fascinación de los objetos en que la vista se recrea.

Nieblas y brisas mantienen una voluptuosa frescura en el aire sin empañar el terso azul del cielo, y ¡cosa rara! durante los días estivales, en que las brisas se adormecen, esos vapores y esas nubes van poco a poco extendiéndose y condensándose hacia el centro del valle, para formar una especie de toldo gigantesco, impenetrable a los rayos solares, mientras que fuera de sus lienzos bañan de colores y de chispas las aristas de las rocas y las aguas de los mares; pero el estío pasa, las lluvias desgarran aquella frágil tela; despierta la brisa al con-

tacto de las primeras nieves que blanquean la cabeza del Teide, y arrastran los girones a los contornos del horizonte, para dejar al sol que vuelva a bañar con sus rayos la extensión del valle, y a difundir el calor y la alegría.

o o o

¿Qué valen los estíos de Niza, ni los primores de esas "villas" de Nápoles que se miran en las aguas de su dormido golfo, ni los perfumes de Sorrento, cantados por el Tasso, ni el poético misterio del renombrado archipiélago, donde palpitan las memorias de los héroes de aquella Grecia un tiempo tan feliz? ¿Qué las locas alegrías de nuestras costas andaluzas, ni aún los aires y las flores de la justamente célebre Madera, al lado de nuestro Valle?

"No, no es en Italia donde se ha de buscar ese clima ideal; no es en Europa, diversa en su clima como en el genio de sus pueblos; tampoco en la extensión del Mediterráneo, campo de batalla de los tiempos del Norte y del Mediodía, que poco a poco hacen pasar sobre él los vientos abrasadores de Africa o los desgarradores de las zonas nevadas.

"Es bajo sombras a la vez más tibias y menos candentes, allá donde el plátano extiende sus hojas sin

que el invierno las hiera, donde la palmera muestra sus frutos sin que los pueda madurar el estío. Ese clima, los ingleses, más exploradores que nosotros, más amenazados también por el estrago del mal, lo han presentido, lo han casi hallado. Desde hace un siglo, las más nobles de sus víctimas designadas redimen el fatal tributo, fijando su residencia algunos años en la isla oceánica de la Madera; y a pesar de la humedad que se atribuye a su cielo, esa mansión es, sin disputa alguna, muy superior a las que ya he nombrado (Niza, Nápoles, Palermo y Roma). Su temperatura es a la vez más dulce en el invierno y más moderada en el estío. Las variaciones allí son mucho más pequeñas. Pero bajando cuatro grados al Mediodía, en el seno mismo de los mares, se halla un clima todavía mejor. Las Canarias, pues a ellas me refiero, merecen ser más conocidas."

He aquí cómo se expresa un ilustre francés, el barón del Belcastel, en el precioso folleto que vió la luz por los años de 1861 a 62, titulado "Las Islas Canarias y el Valle de Orotava, bajo el punto de vista médico e higiénico". Contiene ese folleto varias y preciosas observaciones, datos importantes y poéticas descripciones.

El barón de Belcastel, como observador imparcial, a fuer de agradecido, prodiga al Valle alabanzas sin cuento. Padre cariñoso, y médico inteligente, sufría el doble dolor de ver a su joven hija atacada por esa enfermedad terrible del pulmón, y de observar él mismo sus síntomas y progresos, con la desesperación del cariño y la impotencia, para evitarla o detenerla. Viajero por todos los climas privilegiados, para proporcionar a su enferma el alimento grato de un pedazo de aire puro, sólo en el Valle de Orotava encontró lo que con tanto afán mendigaba, revelando después, con paternal complacencia, los secretos de su descubrimiento a los padres como él atribulados, a los seres que sufren las amarguras que desgarraban el pecho de su hija.

“Lo que voy a revelar, exclama en la expansión de su alegría, ya que el mundo médico no lo sabe suficientemente, es el punto del globo donde están esos benditos cielos, y la facilidad ofrecida a la mayor parte de las familias para buscarlos y vivir bajo ellos.”

Si para las enfermedades del pecho, por desgracia tan desarrolladas, particularmente en los climas del Norte, que ceban su voracidad en lo que encuentran de más bello,

joven y puro, la Ciencia no ha descubierto otro paliativo de la influencia de un clima benigno y poco sujeto a mudanzas, las Islas Canarias, y con especialidad el Valle de Orotava, ofrecen a las víctimas de ese mal el cielo más privilegiado, el aire más vivificante y reparador de la tierra.



Las Canarias principian a ser apreciadas en Europa cual merecen; mas no tanto como fuera de desear en beneficio de los seres que sufren, y que mendigan con afán el aire de otras regiones menos privilegiadas, aunque de más nombradía. Viajeros ilustres acuden con frecuencia a visitar sus maravillas, y particularmente las de la isla de Tenerife, a la que el Teide ha dado inmenso renombre.

Las obras de esos viajeros, por otra parte, sólo están extendidas en ciertas regiones; muchos ignoran la existencia de ese clima ideal y de ese suelo feraz; la posibilidad de encontrar fácilmente una tierra pitoresca y hospitalaria, donde la existencia se desliza con tranquilidad voluptuosa, donde la vejez disfruta reparador consuelo, y crepúsculos que alegran la caída triste de sus postreras horas; donde la san-

grē circula más ardiente para el  
amor, más leal para la amistad, y  
más pura para mantener la salud y  
la alegría.



BIBLIOTECA CANARIA

# Cuentos de la tierra

POB

MIGUEL SARMIENTO



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)  
Santa Cruz de Tenerife

Pino

Aquel pedazo de costa azotado por las rá-  
chas del brisote ¡cómo lo amaba Juan! Allí,  
entre aquellos cuatro surcos se condensaban  
los afanes de su vida entera. Allí la muerte  
derribó un día a su padre boca abajo, besan-  
do aquel terruño que fué su cruz y sus amo-  
res. Por allí había pasado, dejando un refle-  
jo de gloria, Pino, la muchachita de ojos  
tiernos y dulces como violetas húmedas. Can-  
taba siempre, siempre. Gratos cantares aque-  
llos que el viento loco arrastraba en jirones  
hasta el rincón del cercado donde Juan tra-  
bajaba. Al oírlos, el mozo se erguía, aspira-  
ba el aire y con él todos aquellos trinos dis-

persos y volvía a la lucha hundiendo la cabezota desgredñada en las mieses rumorosas, cual si buscase en la fatiga el látigo de castigo para sus estremecimientos de macho excitado.

Diariamente formaba igual resolución: «Esta noche ha de ser: se lo digo, se lo digo, aunque me rompa la cara».

Y llegaba la noche y con ella el regreso al pueblo. Juan dejaba entre la carga de «Jaruco», su camello, un lugar a Pino; él iba delante, a pie, guiando. ¡Qué horas tan deliciosas las de aquel viaje a lo largo de las playas, por el camino perdido en la arena! El mar se dormía palideciendo. Desde el Sahara, tras del horizonte, surgía una niebla violada, fundíase en un verde transparente de cristal, y se borraba al fin en el azul intenso del zenit, allá arriba, donde se encienden las primeras estrellas. Al lento caminar de «Jaruco», Pino seguía su gorjeo a voz bajita, medio dormida. Así se duermen, al colunpio de las hojas, las cigarras, cantando... El mar cantaba también en los mariscos, y a esas dos cadencias respondía a lo lejos el «tan... tan...» desvanecido y triste de las esquilas de los camellos. Poco a poco el alma de Juan se bañaba, «flotando», en la poesía del crepúsculo. Acortaba el paso; dejaba

avanzar el camello y ya junto a Pino abrazaba los desnudos pies de ésta, fuerte, pero muy fuerte, besándolos con la misma veneración con que besaba los pies a una santa.

—¡Pino, Pino!—exclamaba con voz de lágrimas.

Al «tan... tan...» desvanecido y triste respondían a lo lejos otras campanas: las del pueblo.

—Es tarde; mañana se lo diré—pensaba Juan.

---

Y ese «mañana» no llegó nunca. Lo que vino, sí, fué una sequía que dejó los sembrados hechos pavesas. Después el hambre, Juan vióse obligado a vender su tierra, y en pos de la tierra, a «Jaruco». Su madre también se fué; se la llevó la muerte. Y Juan se quedó solo, solo en la covacha vacía, allá arriba, entre las breñas.—Todo, Señor, todo está bien—decía Juan sentado a la puerta de su casa, frente al campo que era su altar. —Madre murió. ¡Era tan viejita! Perdí mi hacienda. El indiano ha hecho una obra de caridad al comprarme lo que le vendí; pero que ahora con la tierra y «Jaruco», ¡quiera robarme a Pino!, no es justo, Señor, no es justo; yo te lo digo.

Fué cierto. El indiano quería compensar las

cruelas tristezas de su vida en América; formaba el «nido». Y para sus amores ¿cuál mujer más apropósito que Pino, la muchachita de ojos tiernos como violetas y risa dulce como el murmullo de los maizales? A Juan apenas se le veía en la plaza. Sólo bajaba al pueblo a mendigar, a trueque de las fatigas de un día, un puñado de gofio con que matar el hambre. Luego, con la azada al hombro, volvía a las breñas.

—¡Pino! ¡Pino!...

Tenía Juan su covacha en el caucé de un antiguo río de lava, en la vertiente de un monte. Era aquel rincón una «pura roña», un riscar marroquí: cuatro muros blancos agrietados por el sol. Frente a ella, el patio, una plazoleta irregular, empedrada, circuida de tuneras verdiazules, cubiertas de polvo. A un lado de la puerta chorreada de resina, la destiladera coronada de culantrillo, y entre sus verdes barrotes, el bernegal ventrudo y poroso donde cae el agua con ese «gluc... gloc...» apacible y monótono que en la casa del pobre canario, sustituye al «tic... tac...» del reloj incansable. A lo largo de la pared del pozo, el muro cien veces cubierto de cal; donde las viejas se escarmanan las greñas y rezan, al anochecer, el rosario de Animas; donde los

gánigos, puēstos de canto, escurren al sol, reververando como el esmalte de una mayólica; donde los novios cuchichean a la luz de las estrellas, en tanto que sobre ellos, en las canales de la azotea, los grillos tienden sus alitas y cantan, en el sosiego de la noche, sus amores de estío... Abajo el llano, los caminos, las casitas, las tomateras entre cenizas y escorias; más allá el terreno desolado; y lejos, como fondo a unas palmas, el mar agitado siempre, pletórico de luz, borroso en el horizonte, festoneado en la costa por una línea blanca, que, a tan gran distancia, parecía nieve: la espuma sin matices, quejido ni movimiento.

Todas las noches, sin dejar una, la Muerte visitaba la covacha. Había robado a la vieja; pero no estaba contenta. ¡Dios, aquello era horrible! Juan la sentía rezongar por allá dentro, a oscuras, en la casa; el mozo no entraba, no dormía. Transcurría así horas y horas en el patio, sentado en una piedra, con los ojos dilatados, fijos en el negro hueco de la puerta; parecía un animal receloso, frente al peligro. Y el silencio del campo, la idea de la soledad en aquellas alturas, convertían el miedo en obsesión desesperante.

—«Se va, se marcha, no vuelve, la veo».

Estaba allí, en la sombra, en la puerta, mirándole...

Y sentía Juan un escalofrío intenso, un temblor continuo que bajaba desde su cabeza, por la piel, contenía la respiración. De pronto un aleteo, el crujir de una yerba al brotar, infundía en su alma un miedo de niño abandonado: ¡el pánico! Botaba por sobre las tuneras y corría, corría cuesta abajo, completamente loco, perdido el aliento.

Y en el pueblo ya, en las calles solitarias arrimaba un oído a las puertas de los corrales donde rumiaban los camellos; aquel «vestigio de vida» le serenaba, acompañándole. —Lejos se oía el canto de un gallo; más cerca el tin, tin, tan... de una esquila; amanecía, ¡el sol!

Bajaban la novia, la llevaban a la iglesia.

El campo estaba desierto, el cielo blanco de luz; en lo alto las palmas dejaban caer sus grandes abanicos mustios. Por la vereda avanzaba la caravana, los camellos lentamente revolviendo de un lado a otro del horizonte la erguida cabeza con el gesto de un desprecio olímpico. Delante de todos marchaba «Jaruco» y en él, en uno de los asientos de la «silla inglesa» enramada con verdes pampanas, Pino vestida de blanco, envuelta en su mantilla, blanca, también, serena, impenetrable, sin un movimiento como una «ma-

gada» de la religión isleña. Tras de Pino seguían, en los demás camellos, los padrinos, los amigos semi-dormidos en aquel mediodía de fuego, bajo los grandes parasoles oscilando a cada paso...

Había en todo aquello algo de solemne, de triste: la «tristeza» de los grandes regocijos.

El campo, la naturaleza toda permanecía indiferente y mudo.

En el llano tocaron a los camellos y comenzó un trote horrible, de bacanal. Los parasoles se bamboleaban, las mujeres reían despechugadas por aquella carrera de demonios, echando la cabeza atrás con las mantillas caídas sobre los hombros. A lo último de todo, en la joroba de un camello despeluzado, un borracho con la «gran mona», abría los brazos y dejaba caer sobre la pechera de la camisa el bello babeando. Tras un recodo del camino se ocultó la comitiva; reapareció de nuevo por sobre la tapia de un cercado y se perdió luego definitivamente. Quedó solo el tintan... desvanecido y triste de las esquilas de los camellos, como una queja, único eco de tanta dicha.

---

La lámpara regaba de luz el mantel de la mesa llena de dulces y las faldas de las mujeres sentadas alrededor; en la penumbra los

rostros sonreían dulcemente desvanecidos. En el marco de la puerta los hombres alargaban el cuello por ver a Pino; y, entre risas de sátiros y pateos de mulo sin ronزال, comentaban la dicha del novio. ¡Qué mujer! ¡La gloria!

Fuera de la casa, echado en un muro y olvidado por todos, un borracho lloraba a la luz de la luna, amargamente. Era su llanto un quejido continuo, monótono, de una tristeza que enloquecía: en los momentos de sosiego llegaba hasta la sala y, al escucharlo las mujeres se arrebuñaban estremeciéndose; pensaban en el aullido de un perro al «ventear» la muerte. No hubo otra solución que tomar el llanto a broma, pero los convidados se sentían molestos, recelosos. En un grupo, una vieja recordaba «sucedidos» profetizados por «llantos sin causa». Desde el otro extremo de la habitación muchos atendían a aquellos cuentos, adivinándolos por los misteriosos ademanes de la mujer. De súbito, como si obedecieran a una consigna, gritaron todos, a una voz:

—¡Qué se calle!

Algunos se pusieron de pié. El indiano salió.

—Hombre, cállate. No vengañ con guasas, Molestas.

El borracho no obedecía: continuaba llorando.

rando con hipo de moribundo y la baba reluciente en la boca.

—O te callas o te vas.

No se iba, ni se callaba; el indiano perdió la paciencia y, en un impulso de rabia tiró al hombre al suelo. Y en el suelo el borracho siguió llorando, llorando...

Entonces el novio le cogió por un brazo y arrastrólo hasta el corral. Allí lo dejó tumbado patas arriba.

La fiesta recobró alguna animación. Las mujeres, sin embargo, permanecían intranquilas. Otra vez sonó el llanto: el borracho rondaba la casa. Después aquel sollozo se alejó, se hizo más dolorosamente lúgubre en la distancia...

---

Se marchaban los novios. Algunos convidados insistían en acompañarles. Oponíase el indiano. «Era muy tarde: dos horas de camino, ¿para qué?» Sí, quería ir solo, llevarse a Pino solo, como un gorila.

Iban por una vereda, por el campo desierto, silencioso. Pino, montada en «Jaruco», permanecía inmóvil envuelta en su mantilla blanca. Detrás de «Jaruco» seguía el indiano a pie llevando del cabestro al «Negro», el otro camello que completaba la pareja. Andaba el último algo caliente y no convenía

perderlo de vista. Así avanzaron largo rato por caminos y veredas.

Al cruzar por un sembrado el «Negro» se «reviró». Quiso sujetarlo el amo, a varazo limpio, barbaramente. El animal esquivaba los golpes; de pronto irguió la cabeza, ondulando el cuello, como una víbora, y de un achuchón horrible arrojó al indiano en tierra y allí, en el sembrado, comenzó a triturrarle, entre las patas, con el pecho, furioso. El hombre lanzó un alarido de muerte; su voz se apagaba, crujían sus huesos. ¡Allí mismo, en el camino de sus amores!

Desde lo alto de «Jaruco», en medio del campo desierto, Pino gritaba, gritaba avanzando. Nadie le respondía, ni el eco. En las casas distantes, ni una luz. ¡Dios mío! Su cabeza «se iba». Apoyó un brazo en la cruz, entornó los párpados; por sus pupilas en sombra, cruzaron mil chispas, todo un reguero de estrellas.

---

Sentado en el poyo con la cabeza descansando en la pared de la casa y los ojos fijos en el cielo estaba Juan aquella noche. En el patio solitario, bañado por la luna, la silueta del mozo, sobre el blanco azul de la cal, evocaba la imagen de un contemplativo acurrucado junto a su choza, en éxtasis divino.

En torno de la casa la misma quietud, el silencio de siempre en la altura, roto vagamente por los rumores del llano. La luna rodando por lo infinito, por sobre los mares besaba, al pasar, la tierra canaria. A lo largo de un hilo de araña, tendido de la «estiladera» al muro, temblaba, a veces, un rayo de luz como un iris. La tierra parecía dormir tranquila. Entre las piedras, en la infinita soledad del campo cantaban los grillos: «crit... crit...» Y a ese «crit crit» sin término, contestaba desde el fondo del «vernegal», el agua goteando: «gluc gloc, gluc gloc». Juan lloraba.

---

Crujió la tierra en la cuesta, al otro lado de las «tuneras». ¡La Muerte! Sí; volvía, como todas las noches, ¡la maldita! Al ras del suelo asomó la cabeza un camello; después, en el borde del patio, sobre el firmamento, lleno de luz, se dibujó su silueta zanquilarga. Caída sobre la cruz de la silla venía una mujer con traje blanco. Juan no se movió, sus ojos muy abiertos miraban llegar el sueño aquel... No tuvo ni un arranque, ni un movimiento brusco frente a la aparición... Era tan «natural» ¡Lo había pensado tanto, tanto...! Se levantó; y entonces, como en otros días ya lejanos, allá junto al mar dor-

mido, acercóse a su pobre muchachita del alma y le besó los pies, dulcemente acariciándola.

—¡Pino, Pino!...

No respondía. Lleno de recelos, Juan comenzó a dar vueltas sin saber qué hacer. Entraba y salía de la casa como si buscara algo: «¡Tuche, Jaruco, tuche!» gritaba.

El camello obedeció. Al doblar las patas delanteras, para echarse, el cuerpo de Pino se deslizó suavemente; cayó sobre las piedras del patio; no se movió.

Arrodillado junto a la muchacha tendida cara arriba, Juan la llamaba inútilmente:

—¡Pino, Pino!...

No sabía qué decirle ; de tantas, tantísimas cosas que guardaba allá dentro, en su alma! Todo al pasar por su garganta se condensaba en aquel nombre pronunciado con una entonación de ternura casi mística. Y así como a los niños, cuando reciben un golpe y lloran, se les cuenta un cuento o se les habla de otra cosa para distraerles, Juan comenzó a hablar a la muchacha del tiempo pasado. «¿Te acuerdas, Pino? En ese poyo nos hablábamos y nos queríamos sin decirlo. Madre nos contaba cuentos. ¡La pobrecita! ¿Te acuerdas de ella, Pino? Se murió. Me he quedado solo, solito. Mira la casa, ni luz tengo en ella.»

Y cogía el rostro a la muchacha buscando en sus ojos un destello de vida. Ni un movimiento. El mozo perdió el tino; echó a correr cuesta abajo, hacia el pueblo, en busca de socorros.

Se detuvo. ¿Qué iba a hacer? Vendrían; se la llevarían y, si curaba sería para el indiano. ¡Eso, no! ¡Jamás!

Volvió a la casa. En el patio Pino continuaba inmóvil, tendida, envuelta en un reflejo de luna. Juan se echó junto a la muchacha, la estrechó entre sus brazos, la besó en los ojos.

En la vasta soledad del campo, en la quietud de la noche serena, los grillos cantaban.

**Y así murió...**

Pasaban siempre al anochecer. A larga distancia Rosa y su abuelo, tío Longinos, sentados a la puerta del corral, oían el rumor de las esquilas innumerables... era un tintineo sin fin, dulce como el gotear de una fuente, nostálgico en aquella hora beatífica y en aquel paisaje inmóvil sumido en un profundo silencio de adoración. Por las lomas y sobre el crepúsculo diáfano y verde aparecía el ganado, la gran masa ondulante: los machos con los cuernos partidos en lucha por la hembra, los cabritos patizambos; las cabras madres que al avanzar mecían de pata a pata, las ubres hinchadas cubiertas de pol-

vo. Y a lo último, Pablo, seco y tostado como un beduino.

Frente al corral deteníase el ganado a bēber. En tanto las cabras se encaminaban al rededor de la pileta del abrevadero, el mozo liaba un cigarro a tío Longinos y trababa palique con Rosa. El viejo recibía al pastor con las zumbas de costumbre, con cada ajo y cada chiste capaces de poner al rojo vivo la cal de las paredes.

—Vamos, vamos—decía el abuelo— Rosa te gusta. Si no estuviera yo aquí ¿eh? te la comerías a besos.

Y Longinos se sacudía las orejas. Hecho una ruina le bailaba el alma. Llovían atrocidades; los muchachos soltaban el trapo; ¡erá más buena el «viejito»! Quería al pastor como si fuera sangre de su propia casta. Ginés, padre de Pablo, y el abuelo de Rosa habían sido y eran compinches inseparables, carne y uña. Longinos había visto nacer al muchacho; él lo arrulló; él le sacó de la pila y hora tras hora atendió a su crecimiento con la misma solicitud y gusto con que en los años de agua veía esponjarse los sembrados en la vega. Diariamente Longinos, señalando al «Dorado», su camello, le decía al pastor, entre veras y bromas:

—Mira; cuando yo me vaya a los plátanos

(morirse) será tuyo. Dejas las cabras. Te haces arriero. Es otra cosa.

Pablo acogía la promesa levantando los hombros. Vamos, no se entusiasmaba. La satisfacción era para su padre que con los ojos bailando de codicia miraba ya el camello como herencia indiscutible. ¿Ambicionar Pablo? No le conocían. Que le dejaran tranquilo con sus cabras, en su monte. Y de allí a la Gloria.

Bueno. Ya estaba liado el cigarro. Al despedirse Pablo, Rosa se plantaba en mitad de la vereda. Llegaba para la chica el momento del placer renovado cada tarde: contemplar el desfile del ganado, verse perdida, arrastrada por el gran remolino; sentir en las piernas el roce del vientre de las cabras en tanto que la envolvía como onda turbadora el acre olor de los machos.

—¡Adios! ¡Adios!

Detrás de todos seguía el «Lucero», el mastín cojeando dolorosamente, alzando de cuando en cuando la pata inútil. Lejos, por la vereda blanca y sin contornos, se perdía el ganado. Marchaba lentamente bajo el misterio de la noche, mientras que allá, en el aire y al son de las esquilas encendíanse las estrellas una a una.

---

Un día al amanecer, llegó el «Dorado» a la puerta del corral. Media dormida oyó Rosa, desde el catre, el resuello de la bestia que hociaba por las rendijas del portalón. Displaciente y perezosa, la muchacha se estuvo quieta dando tiempo a que su abuelo se bajara a abrirse paso por sí mismo. Dos, tres minutos corrieron. Nada: ni voces en las viñas, ni chirrido en el cerrojo, ni el lamento de los góznos largo y doliente como el llorar de las becerras. La luz del alba se metía por el resquicio del postigo y bajo la calma de la moza y en un nidal de piel de cordero la cría de la clueca despertaba pidiendo alborozada. El viejo no se movía. Era inútil dejar el portalón entornado. Con los pies desnudos y mal ceñido el zagalejo, Rosa corrió a abrir. Lo de costumbre: el abuelo llegaba ronca que ronca.

Confiado al instinto del animal, el hombre, en sus largos viajes nocturnos del Puerto a su casa, se dormía recostado en la cruz de la silla, al rítmico paso de la cabalgadura. Eso, cuando no llegaba con un pellejo, chorreando alcohol y sin blanca en el bolsillo. Entonces era cosa de transportarle a una espuerta de acarrear tomates a dormir la moza al aire libre. Los granujas de los pueblos de tránsito conocían ya las debilidades del

viejo. Al divisar el «Dorado» con Longinos dormido, gritaban a una:

—¡Tuche, «Dorado»!... ¡Tuchè, Demonio...!

El camello no pecaba de tonto; pero a veces caía en el lazo: hincaba las rodillas delanteras para echarse y Longinos se despertaba en tierra, vomitando maldiciones. Frente a Rosa, el «Dorado» permanecía erguido. La chica se aproximó. ¡Cristo! ¡Y cómo llegaba el viejo! Blancos los ojos, torcida la boca, las piernas velludas y quemadas, abiertas como un horcón: todo, lo mismo que si se hubiera caído de lo alto de una torre. [Atemorizada, Rosa le llamó en vano.

—¡Abuelo! ¡Abuelo!

Le tiró de una pierna: la pierna no «jugaba». A Rosa se le quedaron las venas sin sangre. Despavorida se metió en el corral gritando:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Muerto!... ¡El abuelo muerto! Muerto, bien muerto, agarrotado. La muerte le había sorprendido en las veredas extraviadas, en la quietud de los campos solitarios, bajo el cielo estrellado y sereno testigo mudo de sus interminables soliloquios de beodo. Una mueca, un temblor de mandíbulas, el alma se quedaba atrás, y el «Dorado» siguió su camino columpiando

el muerto entre las palmeras invisibles que poblaban la sombra de suspiros y murmullos.

En un rincón, en lo más oscuro del cuarto, Rosa y su madre, Dolores, hija de Longinos, lloraban silenciosamente. Pablo, Ginés y Antonio Barreto, primo de Rosa llegado al enterarse de la desgracia, aguardaban sin chistar, perdida la conciencia y los ojos errabundos. El cura se había dormido con la cabezota caída sobre el pecho y los pies al sol que se colaba por la puerta abierta de par en par. Uno a uno entraban los pollos cautelosamente a beber en el tazón de agua bendita. Por el borde del ataúd asomaban las rodillas y la nariz del muerto. Un diluvio de luz rodeaba la casa, inundaba los campos. El silencio era profundo, triste como debe de ser el silencio de las alturas sin fin. Cortábanlo a veces, fuera el resoplar del «Dorado», dentro el hipo estertoroso de las mujeres inconsolables.

Cuando llegó la hora de partir, el ataúd no se podía cerrar. Las mujeres locas de dolor chillaban restregándose las manos. Había que concluir pronto, de cualquier manera. Pablo se dejó caer sobre la tapa del ataúd y los huesos del viejo crujieron como un manojo de arbustos aplastados. Todo acabó. En

marcha. El viaje no era corto: tres horas de camino sin parar. Delante, atravesada en la joroba del camello iba la caja meciéndose dulcemente sobre los trigos.

Pablo se negó en redondo a exigir el cumplimiento de la voluntad del difunto. Ni éste le prometió nunca en serio el «Dorado», ni aun cuando se lo hubiese prometido, existían «papeles» que acreditaran la promesa. Bien lo sabía Ginés: al viejo le repugnó siempre tratar de aquellas cosas tan íntimamente relacionadas con su morir. Convencido el padre de que Pablo no cejaría, le dijo resuelto: «Bueno, si no vas tú, iré yo». Y una tarde, a tiempo que allá en la montaña el cabrero dormía sobre las grandes peñas pobladas de lagartos, Ginés se puso la «cachorra» y fuese en busca de Dolores.

A la primera insinuación, la mujer saltó hecha una pólvora. «¡Sinvergüenza! ¡Que se limpiara el hocico!» Y vació sobre Ginés todo el odio, la rabia toda acumulada desde la infancia. Dolores no había olvidado, no olvidaría jamás que aquel hombre era el autor de las francachelas que tan hondos quebrantos habían causado en la hacienda y en la salud de su padre. Ginés perdió los estribos. «¡Hi de tal! ¡Roñosa!» Dolores se pu-

so lívida; agarró un gánigo y lo tiró al viejo, a la cabeza. Si le coge se la deshace. Las relaciones entre ambas familias quedaron rotas. Tres días después Dolores vendió el camello.

Cuando Pablo se enteró de lo ocurrido, estuvo una semana sin hablar a su padre. Ahora el cabrero hallaba el corral cerrado a piedra y cal. Dentro cantaba Rosa. Algunas veces la oía reír con Barreto que la visitaba casi a diario. El pastor sentía un ímpetu loco que le hacía temblar las piernas. Una tarde arrancó un geranio; lo tiró por sobre las tapias; desde el corral se lo rechazaron. El cabrero pateó la flor y siguió el camino. No pasó más por allí; buscó otro abrevadero, otras veredas. Quiso olvidar a Rosa. Los domingos se emborrachaba; iba a las taifas y a las velaciones; no perdía una en diez leguas a la redonda. De tales jolgorios salía a la una y a las dos de la madrugada, muerto de sueño y erutando aguardiente. Se perdía en los atajos; horas y horas caminaba sin rumbo; concluía por sentarse a esperar el sol. Mas la angustia de ser sorprendido y destripado por los camellos que en los meses de brama huyen de los corrales para vagar fieros y libres, le obligaba a levantarse y a marchar sin descanso. Tal era su vida. Pe-

ro ¡ay! no lo lograba, no podía acostumbrarse. Cuando de noche, después de la cena, se tendía en los poyos del patio, el alma se le escapaba, se le iba volando a discurrir tristemente alrededor de la casa de su padrino, en torno de la lucecita del hogar vedado, lejana y sola en la llanura como una «lágrima de la Virgen», caída desde el cielo. Y Pablo se dormía al fin con el alma ausente y el corazón y la cabeza colmados del recuerdo de Rosa, del diablillo querido, alegre como un álamo en días de viento, graciosa, ondulante, como el humo de las hogueras en tardes de calma.

Solo y fatigado, con la chaqueta al hombro y de regreso de un baile, volvía Pablo una noche a su casa. Era en el plenilunio de abril. La luna besaba los sembrados, el camino, las veredas, las montañas silenciosas, casi invisibles, adivinadas en el horizonte. En un cercado ladraba un perro. Lejos se oía la voz de un grupo de gente que marchaba cantando hacia el mar. Se columbraba la casita de Rosa, cuando de pronto sintió Pablo que a su espalda se abraían los trigos. Volvióse y la piel se le crispó: Era el «Dorado» con la brama, suelto. Pablo se arrojó de golpe a la cuneta, y engurruñado, sin res-

pirar, huyó sintiendo la muerte próxima, inevitable. El animal enfurecido le perseguía por lo alto del camino, arrastrando la cadena, galopando a veces, a veces deteniéndose para alargar el cuello y olfatearle en la sombra. La casita de Rosa blanqueaba, aislada en medio del campo; instintivamente Pablo se lanzó a ella; el camello se arrojó a los trigos; entonces comenzó una carrera horrible. En la huída se le cayó a Pablo la chaqueta; el animal se detuvo, la olió un momento y siguió el galope. Al mozo le faltaba aliento. Tropezó dos veces. Las piernas le flaqueaban. Iba a morir, iba a morir. ¡Señor! Estuvo a punto de entregarse, de arrojarse a tierra para que el camello lo escachara de una vez. Pero el miedo le azuzaba. De un brinco salvó los muros del corral.

Al caer, Pablo sorprendió a Rosa cuchicheando con un hombre, su primo. La muchacha se desprendió de los brazos de Barreto, y huyó. Este se puso en pie e hizo cara al importuno.

—¿Qué? ¿A qué vienes? Largo...

A Pablo le faltó voz para contestar. La ira, el cansancio horribles le ahogaban. Sintió que en su corazón se moría la alegría de vivir, la vida misma. Se apoyó en la tapia. Al cabo pudo hablar:

—No vengó por tí ¡ni por élla! El «Dorado» anda suélto; me ha perseguido; no me podía salvar; salté. ¡Así me hubiera revéntado antes! ¡Pero ahora, ahora me voy...! ¡Adiós, adiós, Rosa!...

Abrió el portalón, echóse al campo y cerró por fuera. En el sosiego de la noche oyéronse sus pasos claros y firmes. Se iba. Un insecto se posó zumbando sobre la tapia. De repente, sonó a lo lejos un alarido espantoso que excitó el ladrar de los perros, despertó los ecos del llano y fué a perderse en el silencio de las montañas del horizonte...

# **Impresiones y recuerdos**

BIBLIOTECA CANARIA

# IMPRESIONES Y RECUERDOS

POR

MIGUEL SARMIENTO



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

## Primeros recuerdos

Nací en tierras lejanas a orillas de un mar bravo, siempre turbulento. Tras de mi casa se extendía una playa de cascajo, larga y estrecha, donde los mares y las piedras tronaban noche y día. En las grandes mareas, el mar reventaba en el muro de abrigo, y se derramaba, por debajo de nuestras puertas, hasta el patio delantero, poblado de flores. Guardo de la casa en que nací, un recuerdo vago, como la impresión de un sueño que no acertaría a explicar. Las ventanas del corredor se abrían a la marina, y por ellas entraba la luz del sol al nacer y el olor de las algas traídas por las olas.

¿Cuáles fueron las primeras impresiones que la vida gravó en mí? A menudo trato de precisar mis primeros recuerdos, y siempre, por más esfuerzos que hago, mis recuerdos son tres: un banquillo desvencijado que yo transformaba, imaginariamente, en casa de mis muñecos, la mesa del comedor cubierta de vajilla rota por el cielo raso desprendido una noche de temporal; y una de las ventanas de la marina por donde penetraba el botalón de un barco de vela construído a espaldas de casa. Más allá de estas primeras impresiones no hay más que como una sospecha, el sonido de una campanilla que a veces, a la voz de otras campanas, creo reconocer sin recordar la ocasión ni el sitio en que la oí. En esa barrera se detiene mi memoria cuando, por temor a lo futuro, me esfuerzo en ampliar, con mis recuerdos, la vida hacia el pasado...

## X.

Desde muy niño amé la contemplación y la soledad. Los que nacen y se crían junto a estos mares azules y dormidos, entre tierras próximas, no pueden imaginarse la melanco-

lía de aquellas islas. En el gran mar, alumbrado por las estrellas de dos hemisferios, el aislamiento trae consigo la espera, y la espera inclina al ánimo a la contemplación. Desde los terrados, desde las ventanas y desde las playas, los ojos aguardan los buques que traen las noticias del mundo. Cansada de esperar, la vista reposa a veces, en un matiz de las olas, en un monte lejano, o en una nube que pasa. Y así, esperando, se vuelve uno contemplativo.

Aquellas esperas se prolongaban entonces mucho más que ahora. De tarde en tarde, recalaba un vapor que venía de la Península, o un paquete inglés que iba camino de África. El resto de nuestro tráfico marítimo lo sostenían las islas con sus veleros: la «Estrella», que traía y llevaba a Santa Cruz la correspondencia; el «Triunfo», el «Gran Canaria», los «brickes» que partían abarrotados de campesinos y cebollas con rumbo a Cuba; y los pailebots costeros que se columpiaban fondeados ante la ciudad, al volver de las pesquerías de Cabo Juby, interrumpidas frecuentemente por los temporales o por los asaltos de los moros ladrones. Y fuera de estos viajes, la vida monótona; el horizonte desierto; los paseos provincianos, a fecha fija; las tertulias caseras; la luna blanca, derrama-

da en la cal de los terrados y en los ángulos de las calles sin luz; la tristeza de los domingos con las muchachitas aburridas, de codos en el balcón; los grandes pleamares que envolvían en espuma el muelle quebrantado por la resaca; y el bramido de las olas al fondo de los callejones de Triana y Vegueta, aquel rodar tenaz de piedras y agua que ha dejado en el cerebro de todos nosotros algo así como el zumbido perenne de una concha marina.

## La escuela

No guardo ningún recuerdo agradable de mis escuelas y colegios. Cuando pienso en ellos, me indigno. ¡Lo que hicieron de mí! En esa vocación lúgubre y rencorosa—rencorosa, la verdad—¿qué significan la benevolencia intermitente y el interés fugitivo de algunos maestros que adivinaron y no pudieron, o no quisieron, valerse de los resortes de mi carácter? Era yo dócil a la persuasión, inclinado a los trabajos que exigieran iniciativa propia, y muy a propósito para los estudios con quien aventajándome en años y ciencias hubiese acertado a ser mi compañero, mi amigo. Yo no encontré al maestro ideal que

enseña «cómo» se aprende y no «lo» que cualquier obra nos descubriera sin intervención de nadie. Sólo dí con el programa intangible, con la obsesión de la nota y del título oficial, con el concepto del alumno adorno de las grandes paradas y recluta en miniatura de batallones infantiles. ¡Qué cosas!

Me rebelé, desde el primer día, contra la palmeta, la crueldad del saber pedante de los profesores que no admiten réplica ni comentario, y la disciplina bárbara que exige a los niños la quietud, la atención y el esfuerzo de las personas sesudas. Odié la escuela, renuncié para siempre, a eso que, en nuestros colegios y familias se llama portarse bien. Mi alma salvaje se volvió, toda ímpetu y nostalgia, hacia mi vida errabunda, hacia aquellas mañanas de silencio y soledad en las que «aspiré» contemplando el mar y las nubes lo más noble, lo más fecundo, lo más «mío» que llevo dentro. Tal decepción me produjo la escuela, que aún hoy, cuando paso frente a esos locales—en los que perdura la rutina bajo la parodia de los métodos nuevos—me dan tentaciones de abrir las puertas y echar a los muchachos a la calle, a jugar, a correr. Y hasta concibo la solución de aquel pobre loco que compraba jaulas persuadido de que cada jaula vacía era la libertad de un pájaro.

... ..  
Una noche se planteó en casa, la cuestión de si yo debía o no, comenzar a estudiar. Entre catarros, convalecencias y «ya hablaremos» había yo cumplido ocho años sin saber leer. Algo por amor propio y mucho por la novedad, abogué resuelto, en favor de mi cultura. La escuela me significaba tener amigos, pasearme diariamente, y gozar en casa de cierta consideración, que se traducía en bien de mis hermanos mayores con estas o parecidas disculpas: «¡Si se ha pasado todo el día con los libros!» «¡Si acaba de llegar dé clase!».

El primer día que asistí a la escuela hubo gran emoción en casa. Me levanté más temprano que de costumbre; me sirvieron de plus, en el almuerzo, un huevo frito; y me puse mi traje a la marinera y mis zapatos de charol, muy lustrosos, muy agudos de punta, y horriblemente estrechos—era el figurín—. Mi madre, de quien no me había separado hasta entonces, me colgó del cuello una bolsita de alcanfor contra los constipados y me despidió llorosa. Mis hermanos muy satisfechos de llevarme consigo, me indicaron lo más notable que encontramos al paso: la casa de la «Porrá», una vieja que echaba agua a los chicos que iban a gritarle al zaguán; un loro embal-

samado en una abacería, y unas aleluyas macilentas de sol, colgadas en un escaparate, refugio y tumba de mil moscas.

Causé muy buen efecto entre mis discípulos. La maestra doña Rita, me pasó la mano por el cabello y un alumno, admirado de mi porte, me regaló un trozo de regaliz. La escuela se hallaba instalada en una casa terrera, en una calle lejos de tránsito, invadida por un tonelero que martillaba y cantaba, desde el amanecer a la noche, en mitad del arroyo. Era una escuela municipal trocada, por industria de la maestra, en lo menos municipal y en lo más de pago posible. Constaba de un salón reservado a las alumnas de cuota y de un cuarto angosto y oscuro destinado a las alumnas gratuitas. Dentro del ángulo que las dos habitaciones formaban, había un patiecillo con plantas, donde el marido de la maestra—un viejo verde cuya expresión, recordada ahora, me repugna—daba las clases superiores. El salón tenía una puerta vidriera a la calle, y a través de sus vidrios pintados de blanco, se filtraba una claridad tenue que iluminaba las espaldas de las niñas y dejaba en sombra los libros de estudio y las plumas de escribir. En el testero, dominando ambos locales, se alzaba la tarima. De una parte de la tarima, debajo de la percha de los sombre-

ros, nos sentábamos los párvulos, y a la otra abría una puertecilla que daba al traspatio, abarrotado de basura, y a los retretes... Corramos un velo.

Aquella tarima cerrada por tres de sus lados y pintada de gris, para disimular las huellas de nuestras sobas, era el primer monumento que contemplaba yo en el mundo. Reposaba en un basamento de pinsapo, y tras de ella, al pié de una cruz, sentábase la maestra vieja y voluminosa, con las gafas derribadas en la punta de la nariz, la mirada inquisitorial por encima de los vidrios, y las piernas hinchadas, embutidas en medias de algodón blanco y unas pantuflas de estambre verde. Desde aquel trono derramaba su benevolencia para con los discípulos de cuota y fulminaba los rayos de su mal humor perpetuo contra las alumnas pobres; trato injusto que ahondaba la hostilidad entre las «señoritas» y las «niñas del Risco». Las señoritas se mostraban desdeñosas y se acogían a la protección de la maestra; las «niñas del Risco» extremaban sus burlas y fiaban su dirección a Chana la Recia, una chiquilla cetrina y magra, de grandes ojos pardos. En las ausencias y distracciones de la doña Rita, asomábase Chana la Recia al salón a provocar a sus rivales. A veces, una «señorita» aceptaba el reto; las dos

desafiadas solicitaban permiso para salir al retrete; y de allí volvían con los trajes destrozados, las caras arañadas y los cabellos en mechones.

El rincón de los párvulos fué para mí un suplicio. Allí, dudando entre disfrazarme con los sombreros de las niñas y el temor de la palmeta, se malograron muy bellos días de mi infancia. El banco, estrecho y muy afilado de aristas, se nos clavaba en las carnes. Éramos nueve chicos. Nadie se acordaba de nosotros. Pasaban días y días sin que nos enseñaran a deletrear. No había recreos. Permanecíamos sentados horas y horas. Nos entreteníamos como Dios nos daba a entender: unos atrapaban moscas; otros se hurgaban las narices; otros, los más pequeños, concluían por dormir y caerse de boca apoyados en los carteles mugrientos y sin ángulos a fuerza de mordiscos. Solo de tarde en tarde, cuando la maestra nos miraba, alzábase de entre nosotros un silabear rápido y breve: Be a...: Ba; B e...: Be; B i...: Bi; B u...; Bu. Y otra vez a las moscas, a las narices, y al sueño.

A nuestros años, tan propensos a la simpatía, no profesábamos a la maestra estimación alguna. Su rostro ceñudo y su voz destemplada («¡Niña», arrodílese!» «¡Niño,

vengā la mano!») infundíanos terror. Castigábanos según el talante en que se hallaba, y nõ por la índole y gravedad de nuestras culpas. Cuando se desataba en ira, recurría a todos los castigos imaginables: al pellizco, al palmetazo, a ponernos de rodillas, a sentarnos de cara a la pared, a tenernos con los brazos en cruz y un libro en cada mano; a exhibirnos con dos orejas de burro en el zaguán; a meternos y arrinconarnos a puntapiés debajo de la tarima; y a las mordazas—unos canutos de caña que, sin lavarlos nunca, pasaban y propagaban las boqueras de alumno en alumno...

Una tarde, pretendió doña Rita imponerle la mordaza a Chana la Recia. La chica resistió como una loba, hincó los dientes en una mano de la maestra, y huyó por el salón.

—¡Agarrarla! ¡Agarrarla!— gritaba doña Rita.

Su corpacho blando temblaba de rabia y sus pies gotosos se esforzaban por correr. Pero Chana la Recia, transfigurada por el rencor, se impuso a todos.

—¡Al que me toque, le mato!—exclamó. Y se abrió paso hasta la calle.

... ..

A la mañana siguiente, antes de que la maestra bajara al salón, oímos voces en el

zaguán. Era Chana la Recia y su madrastra que la traía a implorar perdón de doña Rita.

—¡ Que entrarás!—gritaba la madrastra.

—¡ Que no entraré!—respondía la niña.

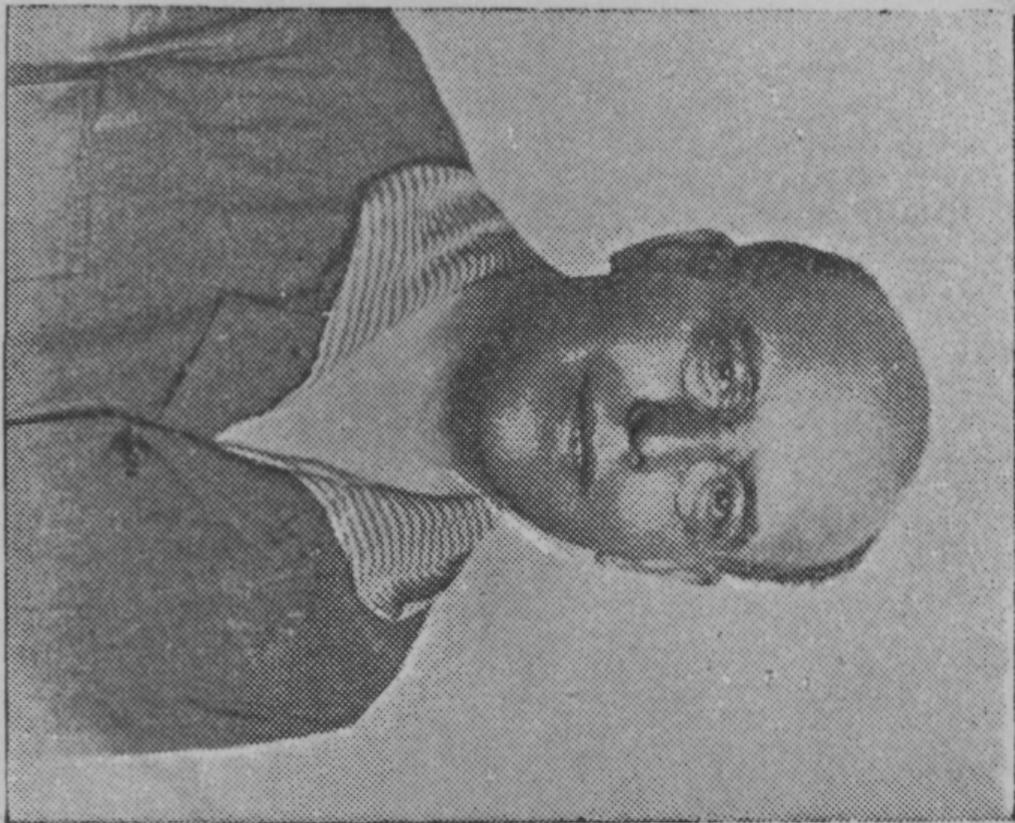
—¡ Pues ahí te quedas!

Y oímos el golpe de un cuerpo derrumbado violentamente. Corrimos a ver lo que pasaba. En medio del vestíbulo yacía Chana la Recia, herida en la frente. No lloraba. Sus ojos paridos despedían luz felina.

—¡ Dame tu pañuelo!—me dijo en el tono imperioso que usaba siempre.

Se incorporó, se enjugó la sangre de la herida, se asomó a la puerta, miró a ambos lados de la calle, y se fué.

... ..  
¡ Pobre Chana la Recia! Yo fuí después, sin adivinarlo, tu primer amor. Tu vida fué lamentable y tu muerte debió de ser trágica. ¿Qué tierra te habrá comido?



## Luna lunera...

Casi todos los edificios de mi ciudad constaban de planta baja y piso alto; casi todos alcanzaban el mismo nivel. La manzana donde vivíamos era como un continente con vistas a cuatro calles: campo de aventuras que recorríamos atentos a que nuestras sombras no se proyectasen en los muros de los patios; y a que los vecinos no percibieran nuestro caminar. Conocíamos los rincones donde se acorralaba mejor a un gato; la azotea donde nos convenía rehuir los colmillos de un perro; el corredor donde brillaba tentadora, pidiendo una escupitina, la calva de un zapatero, y la ventana donde se asomaba vomita-

tando injurias contra nuestras impertinencias, la vieja más irascible de todo el barrio.

En nuestro ambular por aquellas alturas sorprendíamos los pormenores del vivir íntimo de muchas familias: las cenas exageradamente frugales de cierto figurón, «fuerza viva» del archipiélago; los ensayos de guitarra del deán; la peluca de la «delegada», señora de muchos humos, que por venir de la Península pretendía imponernos las modas de... Torregalindo.

El recreo al aire libre duraba hasta el anochecer. Al extinguirse el día, vibraban en San Francisco y en la Catedral los toques de la Oración; desde las calles y de los patios subía desmayada en la cal de las paredes la claridad de los faroles y de los quinqués de petróleo; y una voz, la voz de mi madre, nos llamaba a retiro.

—¡Niños!

Las noches de luna, prolongábamos nuestra estancia en la azotea. El misterio del cielo sosegaba nuestra inquietud. Sentados en un poyo, una de mis hermanas nos refería el cuento de siempre: La flor del olivar:

¡No me mates pastorcito, ni me dejes de ma-  
(tar!

O trabados de las manos, girando en coro,  
cantábamos a la luna.

Luna lunera,  
Cascabelera,  
Dile a Perico  
Que toque el pito.  
—Pito salado fué a la montaña  
Y trajo un traje de telaraña.  
—¿Pa quién lo quiere?  
—Para su dama.  
—¿Voy a buscarla?  
—No, que está mala.  
—¿Con qué se cura?  
—Con limonada,  
Pipa de almendra,  
Y agua salada...

Algunas noches volvíamos al terrado. Pero sólo por causas excepcionales: si se moría un vecino o si estallaba un incendio. Subíamos en tropel la escalera, a discutir, por el resplandor de las llamas, el lugar del fuego o a atisbar el interior de la casa visitada por la Muerte. ¡Oh, las excursiones saltando de muro en muro por las azoteas a oscuras! A ratos, en el pasmo y silencio que siguen a la muerte, percibíamos rumor de sollozos. En ocasiones, por una puerta entreabierta y a la luz de los cirios, alcanzábamos a ver los pies del muerto. Y con esas impresiones en el ánimo no podíamos, no lográbamos dormir en toda la noche.

Testigos de nuestros juegos eran tres señoras que vivían a espalda de casa: las hermanas de don Benito Pérez Galdós. Diariamente, después de comer, subían las tres señoras a pasearse por su terrado. Desde allí presenciaban nuestros entretenimientos, sonreían a nuestras ocurrencias o intervenían, conciliadoras, en nuestras disputas. Nosotros respetábamos, aparentemente, su intervención, pero, en el fondo, nos rebelábamos contra ellas, indignados. «¡Mironas, más que mironas!», les decíamos, en voz baja para que no nos oyeran. Y «Mironas» les llamamos siempre; a ellas, las muy amables que, por advertirnos, interrumpían su charla y sus contemplaciones.

Hace años, allá, en Madrid, un amigo me notificó:

—Se ha muerto una hermana de don Benito. Hay que ir.

Y fuimos. Era una tarde imponderablemente diáfana en la gran Meseta. El aire azul vibraba como exacerbado. En las tapias de la calle donde habitaba don Benito, y en un talud de tierra ocre llamaba el sol. En aquella magnificencia de la luz, mi espíritu, probado duramente aquellos días, temblaba como una saeta. Concurrían al entierro cuantos bullen y triunfan en Madrid. Después

De firmar en el rellano de la escalerilla exterior, penetramos en el chalet. Rendido por su aflicción y sus achaques, don Benito se había retirado a su alcoba. En un cuarto contiguo al vestíbulo, en una cama de negro, reposaba la muerta. Sentado al borde del lecho, sin ilorar ni moverse, sustraído a todo, y como en diálogo ideal con su madre, estaba don José Hurtado de Mendoza. Alargué la cabeza, tendí la mirada, y alcancé a ver el rostro afilado de la viejecita. No la reconocí, no; pero era ella, la que allá en mi edad, me sonrió cuando la vida, toda porvenir entonces, me sonreía también. Llegado el instante de cerrar el ataúd, me retiré al vestíbulo. No quise profanar con mi presencia el momento de la despedida tanto más triste cuanto más callada. Para distraerme me acerqué a la vitrina donde don Benito conserva un ejemplar de las ediciones de lujo de sus obras. Cosa extraña: todos los títulos parecían dislocados. El vidrio tal vez...

## LAS DOS NOVIAS

(Diario de un piloto)

Mayo, 15.—Navegamos con rumbo a la Palma, la isla de occidente que los pastores de los picos de Tenerife columbran, en los días puros, lejos, muy lejos, como niebla tendida en el mar sin límites y sin color. Frente a nosotros la tierra abre sus valles colmados de sombra, las calas desiertas donde viven los ecos, y donde los tiburones vagabundos, venidos de los mares del Senegal, burbujan a flor de agua, en plena luz.

Fondeamos en el reflejo inmenso y verde que un pinar deja caer en la dársena profunda y temblorosa. El color de los árboles inun-

da el barco; una racha de brisa impregnada de aromas llega al fondo de los hornos y arranca, junto al fuego, vivos cantares. Y como la mar, nuestros ojos se tiñen de verde. Maquinistas y pilotos se han marchado a tierra; la gente de proa, también. Cerrados los portalones, sin carga que recibir, permanece el vapor casi abandonado en la soledad del mar, como un silencio perdido en otro silencio. Esperamos la noche, la correspondencia y los ausentes para levar anclas con rumbo al sur. A veces el aleteo de una vela me obliga a volver los ojos: es un bergantín, o un pailebot que cruzan rozándonos el costado con el botalón tendido hacia el horizonte inmenso y alegre. El murmullo del agua añade a mi pereza una delicia más. Silencio del domingo, ¡qué tristeza la tuya!

He pasado la tarde fumando, echado en un coi, al fresco. A las seis un grupo de desconocidos ha asaltado la cubierta, gente joven que vuelve de merendar en algún rincón de la costa. Por sobre el borde del coi he creído reconocer a Santanita, un empleado de la casa consignataria. Para evitar cumplimientos, he cerrado los ojos y he simulado dormir. Riéndose y murmurando, los importunos se han parado a mirarme. Uno de ellos me ha tocado levemente el pie; luego han huído to-

dos a la desbandada. Digo, todos no. Pensaba encontrarme a solas, cuando he oído a mi espalda un taconeo nervioso, de impaciencia, y una voz de mujer, voz de despecho y de súplica:

—No te enfades—decía—. Lo creo. ¡Si lo sé! Pero no puedo reprimirme. Yo no te digo que dejes de hacer lo que haces; me quejo de que sientes demasiado lo que le dices.

Y otra vez el grupo invade la toldilla. Se han ido. El barco recobra su tranquilidad. Bajo el crepúsculo las montañas se quedan en sombra. Allá, en el muelle, a orilla del agua, se enciende una luz, luego otra, después cinco... ¡La noche!

Julio 2.— Día de sol. El aire del pinar me emborracha, me conmueve, me sacude el cuerpo, me llena el espíritu de luces locas. Me he bañado en el mar; he nadado placenteramente en torno del vapor inmóvil en el agua muerta. De pronto me sobrecoge un temor horrible: los tiburones. Siempre lo mismo: nado quince minutos, una hora, y, de repente, la sensación de un coletazo, de una dentellada me turba. El misterio del agua, mi propia sombra me espantan; y avanzo violentamente, perdidamente, con el corazón angustiado y los pulmones sin aire. Ya a bor-

do, me visto de limpio. Al contacto del bienzo planeado y blanco recobre mi alegría. ¿Por qué una impresión física serena el ánimo? ¿Por qué?

He comido en casa de los consignatarios; un interior sereno, de muebles antiguos, de ventanas llenas de flores y jaulas, de gatos perezosos que os salen a recibir con el rabo al aire; uno de esos rincones tibios y sosegados que parecen decir a las almas quietas: «Siéntate, reposa, y si aún te quedan ilusiones, ama». Cuatro personas constituyen la familia: la abuela, sus dos hijos, los consignatarios y la hija de uno de ellos, una pobre tísica, enferma hace tiempo y que no acaba de morir.

A poco de haber comido los dos hermanos han bajado al despacho, y la abuela, una vieja de ojos ratoniles, se ha ido a la cocina, donde, de sol a sol, se pasa las horas componiendo confituras. Me he quedado solo con la muchacha en la galería, cerrada con vidrieras, un cuartito transparente que cambia de color cuando muda de luz el cielo, y donde la joven transcurre lo que le resta de vida entre ilustraciones cien veces hojeadas y un piano siempre mudo. De tiempo en tiempo un bando de palomas, que cruza al vuelo, obscurece la habitación. La huerta trepa, mon-

té arriba y los pinos de las alturas bajan a asomarse por sobre la tapia. A través de los vidrios contemplo las rosas y los jazmines.

—¡Vea usted qué hermosura!—me ha dicho la tísica.—Dan tal aroma que muchas tardes he de cerrar para que no me mareen. Antes cuidaba yo de las flores. Ahora...

Súbitamente ha cambiado de tema, y ha exclamado riendo:

—¡Qué bien dormía usted la otra tarde! Le quisieron despertar. Yo me opuse. Estábamos locos. Me había escapado de casa con unas amigas. ¡Qué quiere! ¡Aquí me aburro! Bostezo; no sé qué hacer, sobre todo los días que me siento bien. Para mi la convalecencia es peor que la enfermedad.

¡Convalecencia! ¡Y con qué fé lo dijo! Toda la tarde hablamos de mis viajes y de su vivir. De cuando en cuando, la abuelita aparecía frente a nosotros con una cuchara llena de confitura y una mano debajo de la cuchara por no manchar el suelo. Para la vieja el voto de la nieta es infalible.

El resplandor del crepúsculo se apagaba sin encontrar una nube en que reflejarse. La noche azul comenzaba a matizar los vidrios. Rendida de fatiga, la joven había reclinado la cabeza en la almohada y dormía en una postración que tenía mucho del supremo

abandono de la muerte. Sin duda nadie en la casa se acordaba de mí. Me levantaba para marcharme cuando sonaron pasos en la habitación inmediata. Me quedé sentado sin moverme, retenido por el instinto de espionaje que la obscuridad despierta en nosotros. Un hombre apareció en la puerta, se acercó a la tísica y posó los labios en su frente, en un beso largo, callado...

¡Santanita! Al alzar los ojos ha reparado en mí, me ha tendido la mano, confuso, y ha salido tropezando consigo mismo.

Agosto, 3.—Santanita almuerza conmigo. Almorzamos en cubierta, bajo el toldo, en el deslumbramiento de las aguas doradas. En el borde de las copas y en el bisel de las botellas se deshace en reflejos la luz de la mar. Santanita come lentamente; y de pronto se queda mirándome muy fijo.

—¿Qué hay?—le pregunto.

—¡Lo que usted habrá imaginado desde ayer!

—¿Yo?...

—¡Usted, sí! No importa. Prefiero que me haya sorprendido. Anoche, cuando pasó usted por el despacho, sentí impulsos de llamarlo y de contárselo todo. Cuando se sufré

se necesita hablar. ¡Y yo he sufrido mucho!  
¡Créame!...

... ..  
¿Que cómo y cuándo nació ese cariño?  
¿Lo sé yo acaso? Un día su padre me mandó llamar.

—¿El padre de quién?

—De ella. «Santana—me dijo— has de hacerme una limosna». ¿Una limosna? ¡Yo! ¡A él!—«Dolores te quiere, continúa queriéndote». Sí; fuimos novios, de muchachos, ¡tonterías! ¡Figúrese! Yo no acertaba a contestarle; me estrujaba los dedos en el fondo de los bolsillos. El padre añadió: «No te exijo que la quieras; finge quererla. Pilar transigirá. Ella es su amiga. Díselo tú». Pilar es mi otra novia, la novia de ahora El padre suplicaba. «Como una limosna te pido esa última alegría de mi hija. El sacrificio durará poco. Ya ves: la pobre se muere». A Don Ramón le temblaban los labios; no se atrevía a mirarme y tartamudeando de pena, me dijo después. «Yo os prometo que el día que Dolores se vaya no os faltará nada para la vida». Se vaya. Lo dijo así. Aquella noche consulté el caso con Pilar. Al principio se negó a escucharme. ¡Que no, y que no! Porfié. Somos pobres. Hace años que queremos casarnos y no podemos. ¿Yo?... ¿Qué valgo yo? Al ca-

bo la convencí. Al día siguiente me empleó Don Ramón en el escritorio. Lo hice por Pilar, ¡lo juro! Los primeros tiempos todo fué bien. ¿Bien? No, no es posible vivir alegres cuando se espera el mal de alguien para ser dichosos. Yo quería a Pilar, sólo a Pilar. Y, sin embargo ¡qué angustia desde entonces! Cuando Pilar mira a Dolores que se muere sin remedio, noto yo en el fondo de los ojos de Pilar, tras de la pena que los enturbia, un no sé qué de alegría. Y esa alegría es una crueldad que le rebaja a mis ojos, y es, al mismo tiempo cariño a mí, algo que hace que yo la ame mucho más estimándola ya menos...

... ..

La piedad, el cariño, lo que sea, a Dolores ha nacido. ¿Cuándo? No lo sé. Los primeros días, al decirme ella «iremos a tal sitio, haremos tal cosa», experimentaba yo una repugnancia que no podía disimular. Ahora no; ahora espero con dolor, con tristeza, resignado, como si hubiese de irme con ella, en la misma caja, a dormir dentro del mismo hoyo. Cariño, cariño... ¿Cómo llamarlo? Usted lo ha dicho. Cariño a lo que se va, a lo que no vuelve, a lo imposible.

Septiembre, 20.—Encuentro el «interior»

desolado. Dolores se muere. Como no es ocasión de hacer visitas, me refugio en un gabinete, lejos del ir y venir de los criados. Frente a mí, sentado en un canapé, Santanita permanece con los codos clavados en las rodillas, y el rostro oculto entre las manos éxangües ¡sus pobres manos de vencido a lo largo de cuyos dedos rueda a veces una lágrima!

Y la puerta se abre y Pilar aparece. Vacilando, sin fijarse en mí, se acerca a Santanita, le aparta las manos del rostro, y lo mira largo tiempo. Después, se deja caer a su lado y llora. Lloro con un temblor de espalda que emociona más hondamente que sus gemidos.

---

Murió Dolores. Pilar y Santanita no se casaron. Santanita ha logrado ser hombre respetable: tiene algún dinero. Posee un almacén, una gran barriga, un poco de asma y una calva con cuatro o cinco cabellos tan independientes, tan largos y tan pulcros que parecen conservados para tejer cualquier cosa: un encaje de bolillos o la trenza de una leontina. Pilar, marchita, y más que marchita, acartonada, se ha plantado en los veintiocho abrilés. Del antiguo cariño ¿quién se acuerda? Las ilusiones, el soñar despiertos,

las locuras de otros días, todo murió. Sólo resta una amistad serena, sin peligros y sin hervores. Lo que del amor vino al amor no ha de volver.

Todos los años, el día que Pilar cumple los «veintiocho», Santanita cierra la caja una hora antes que de costumbre; y deteniéndose de puerta en puerta, para tomar aliento, va a llamar a la cancela de la casa donde vive la mujer que un día fué su novia. Como en tal mes suele cambiar el tiempo en la isla, háblase en la tertulia del descenso del barómetro y de lo triste de la estación. Por lo regular, el tema se agota pronto y los contertulios enmudecen. Y entonces, a la luz del quinqué, del mismo quinqué junto al cual los novios cambiaron, una noche, los primeros deliciosos besos, Pilar cuenta con disimulo los cabellos de Santanita, y Santanita observa de soslayo las arrugas de Pilar...

Y así siempre. La vida pasa, el tiempo vuela.

## EL AMOR Y LAS ROSAS

Aquel callejón entre muros de jardines y caserones de patios desiertos, fué para mí, durante muchos meses, el único sitio familiar en la ciudad vieja y desconocida.

Era el camino más corto de la escuela.

Chiquillo y recién llegado a la isla, no me arriesgaba a salir de entre aquellos muros, por miedo de perderme. Mis mayores aventuras se limitaban a pararme en las bocacalles a contemplar los rincones de la población vistos a distancia, la multitud

que, bajo el viento y la lluvia cruzaba lejos, de lo desconocido a lo desconocido...

Lugares y personas eran para mí lo ignorado, algo que me atemorizaba y hacía que me sintiera completamente solo; desamparo inmenso de mi alma de niño que me obligaba a correr, a huir de las calles mojadas, del frío terrible, a refugiarme junto a mi familia, al calor de la chimenea, a la luz moribunda que desde el cielo plomizo bajaba hasta el fondo de los patios, como reflejo de un crepúsculo sin fin. Nunca como en aquellos días, hoy ya distantes, he sentido más profundamente el amparo del hogar. Y era que entonces, en mi aislamiento, sumaba yo al cariño de mi «gente» el apego a la «tierra» abandonada y perdida lejos, en la soledad de otros mares.

De noche el callejón permanecía solitario. Acá y allá, oscilando bajo el alero de los tejados, brillaban las luces de los faroles. En la obscuridad de los zaguanes centelleaban las pupilas verdes de los gatos vagabundos. Mis pasos despertaban mil ecos en las tapias. El callejón se poblaba de duendes. Algunas noches el viento aullaba sobre las tejas. ¡La voz de las brujas! ¡Lo que yo corría!

Vino la primavera y alegró la calle. El sol secó la humedad. Las tapias recobraron su

blancura. Abriéronse las ventanas cerradas largo tiempo. En los muros de los jardines florecieron los rosales. Y una mañana pasaron susurrando cerca de mis oídos las primeras golondrinas.

Ahora el callejón no estaba solitario; con los primeros brotes apareció en él una pareja de novios. La novia se asomaba a las tapias, fresca y alegre como una rosa más. Desde la calle el novio la contemplaba y sonreía, hurgando con el bastón las grietas del muro. ¿Cómo era la novia? No lo sé; no recuerdo sus ojos, tampoco su voz. De aquella mujer sólo guardo una impresión plácida, como la de un libro cuyo argumento se olvida dejando únicamente en el espíritu la emoción de una poesía consoladora y perdurable.

—¿Qué se dirán?—pensábamos nosotros.

Ya entonces el gran misterio del amor nos atraía con el encanto de sus revelaciones primeras. Reía el novio de nuestra curiosidad, nos pasaba la mano por el cabello y algunas tardes nos regalaba cigarros. Fumando tosíamos y se nos llenaban de lágrimas los ojos.

Desde el muro la muchacha nos ofrecía rosas. Se las agradecíamos, pero su molestia era bien inútil. No solicitábamos el per-

miso de nadie para coger las flores. Por la mañana, en ausencia de los novios, entrábamos a saco en el rosal. Nos gustaba deshacer las grandes rosas en el fondo de nuestros bolsillos para arrojárnoslas a la cara en la escuela. El maestro no nos riñó nunca: era del campo y el olor de las flores estrujadas le ponía alegre.

Aquellos amores duraron sólo un verano. El novio se murió—no siempre han de ser las novias las que se mueren—. Los rosales volvieron a florecer; pero la novia no se asomó más en las tapias. Ahora se nos antojaban inútiles, bien inútiles aquellas rosas. Nos equivocamos. Antes que nosotros, una mano invisible cortaba, cada mañana, las flores. Eran para el muerto. Y por cariño al muerto o por piedad a la novia, desde el día que lo supimos, no tocamos más el rosal. Si alguna rosa quedaba en él, en él se deshojaba.

Y vinieron otras primaveras; y los rosales rebrotaron; y nadie cogió ya las flores. Un día nos contaron que la novia se casaba—no siempre las novias han de ser fieles—. ¡Qué impresión causó en nosotros la noticia! ¿Fue instinto de venganza o impulso de satisfacer un deseo reprimido por simpatía al muer-

to olvidado? ¡Qué se yo! Aquel día—el día de la boda—arrancamos todas las rosas y con ellas las ramas. Fué una orgía en que nuestros corazones de niños revelaron sus primeras crueldades de hombre. Desde aquel verano declaramos guerra al rosal. Todos los años lo apaleábamos; cada vez creíamos dejarlo muerto; y a cada primavera florecía más pujante.

La lucha entre el rosal que renacía y nuestras almas que no perdonaban llegó a fatigarme. Entonces fué cuando adivinamos, quizá, lo irreñmediable de la versatilidad de la mujer y lo imposible del amor infinito.

Si el rosal no se cansa de dar rosas, ¿por qué el alma se ha de cansar de dar amores?

**LA JAIRA**

BIBLIOTECA CANARIA

# LA JAIRA

(NOVELA)

POR

MIGUEL SARMIENTO

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

La multitud saludó con vocerío alegre la aparición distante. De la sombra de las higueras, que conservaba la frescura del amanecer, salieron hombres, mujeres, chiquillos gesticulando, corriendo, gritando a la desbandada como un hormiguero deshecho. Las camisas blancas y los refajos rojos de la multitud relucían brutalmente en la lava negra, en el paisaje triste, lleno de sol. Con estrellas en el cielo había subido la colonia hasta las Cumbres a recibir la rama con que habían de adornar el barrio de Janubio, en el día de la virgen negra, su patrona. La rama cortada en los bosques de la aldea nativa, al otro cabo de la isla, en la banda del sur.

De pie, en mitad del camino, Juan Tenique

y el tío Dámaso, borracho como una uva, acogían con el mugido de un caracol y el roncar de una zambomba el arribo de la caravana. Sordos a aquel guirigay, bajaban los camellos lentamente, barriendo los atajos con las montañas de hojas que los cubrían, agitadas aún por el contento de la arboleda madre. Tenique dejó en seco de sopiar, amparóse con una mano los ojos cegados por la luz, miró y arrancó a correr al encuentro de la recua. ¡Rediós! ¡Con aquella gloria de los brotes nuevos venía Amparillo, la Jaira, la hija del tío Cachito, su prima, la víctima de sus crueldades de mataperros y ahora la tentación de sus años de mozo!

Al encontrarse, él le dió un empujón que le hizo tambalear y ella le soltó un revés que Tenique esquivó con una agachada.

—¡Amparillo! ¿Tú?

—¡Sí, yo!

—¿A qué vienes?

—A vivir con mi padre.

—¿Pero estás loca?

—¡En mis cabales estoy!

—¡No ves que tu padre ha de matarte a golpes! ¡Cada día trinca más!

—Bueno, que me maté: pa eso es mi padre. ¡Allá, en el pueblo, en casa de la madrina todo son palabritas de miel. No te riñe, no,

pero te revienta a trabajar. Que el chiquillo se despierta a media noche: ¡Amparo! Que hay que lavar la ropa: ¡Amparo! Que encender el fuego: ¡Amparo! Que ir por gofio: ¡Amparo! Que regar: ¡Amparo! Que echar de comer al cochino: ¡Amparo! Y esto, y lo otro y lo demás allá. ¡Ea, me cansé! ¡Aquí estoy!

—¡Bien has hecho! Pero tu padre, tu padre... Yo no sé qué decirte. Está perdido.

—Pues por eso. ¡Por él vengo también! Sí, bebe más que nunca. Lo sé, lo sé y...

La moza no pudo acabar la frase. La gente asaltó la rama. Cada cual tiró de un gajo. Quien amarró el pañuelo a modo de bandera al extremo de un tronco; y quien se colgó del cuello las botas maldecidas que le impedirían brincar a gusto. Mugió el caracol, roncó la zambomba y, al compás de un ritmo bárbaro y en remolinos de una danza salvaje, avanzó la multitud. En la luz deslumbradora, en nubes de polvo se bamboleaban las grandes ramas; flameaban los sayos bermejos, y los pies desnudos azotaban locos la tierra caliente. Los hombres borrachos de sol y alcohol se dejaban caer contra la mujeres sudorosas; gritaban los muchachos, ladraban los perros; y a la cabeza de la comitiva una vieja negra y enjuta bailaba solemnemente, bajos los ojos y las cani-

llas al airē, alzando, casi en peso, en cada  
vuelta, a un chiquitin rubio y sucio que la  
seguía, lora que lora, asido a la falda...

## II

De tiempo en tiempo Juan Tenique dejaba de soplar el caracol e intentaba ceñir con un brazo la cintura de la moza. Amparo huía el cuerpo y alzaba la mano:

—¡Mira, tú!

Y él, con la gran bocaza llena de risa, exclamaba entonces, haciendo una pirueta:

—Amparo, Amparillo, ¡qué alegre estoy!

Al fin se convenció Tenique de que la Jaira llegaba tan zahareña como de costumbre en punto a zalamerías. Sosegóse y departieron tranquilamente. Pues sí; Amparo volvía a reunirse con su padre, en el Puerto. Era cosa resuelta. ¿Que el viejo estaba perdido? ¿Que el vicio, la caña le envenenaba? Razón de más para no dejarle solo. ¿Que el negocio

¿del tenducho iba peor que nunca? Allí estaba ella para levantarlo. No temía la ira ni los golpes de su padre. Era ya moza y fuerte. Le dominaría.

Tenique estuvo tentado de desengañarla. Llegaba Amparo demasiado tarde. Ciego sería el que no comprendiese que al tío Cachito le quedaba correa para muy poco tiempo. Y en cuanto al negocio, no había salvación posible. En el corral de Chano Brito estaba varado y hecho un cesto, hacía meses, el bote en que el viejo y la moza, niña entonces, cambullonearan, hacía años, al costado de los vapores.

En la tienda sólo quedaban los anaqueles, un cesto de higos comidos de moscas y cuatro garrafas de ginebra que el viejo merma-  
ba con más asiduidad que los parroquianos.

No restaba otra cosa que el casetón de madera que el tío Colás, el prestamista, disputaba ya por suyo, en garantía de unas pesetas anticipadas a su compadre Cachito, en trances de aprieto.

Sin embargo, Tenique calló. No quería amargarle la llegada a Amparo. Tiempo habría de enterarle de tantas desventuras. Además Tenique acariciaba sus proyectos: su madre tenía ya muchos años, en la casa iba a faltar una mujer... Quizá, quizá la miseria

decidiría a la moza reacia hasta entonces a los requerimientos del cariño. El recurso no era muy noble. Pero ¡qué diablo! No quedaba otro.

Rendida y silenciosa, llegó la caravana al Puerto. Depositada la rama frente a la ermita, Amparo díjole a Tenique:

—Yo no entro. Me voy a casa.

—Voy contigo. Pero antes verás a madre. Casa viene a mano.

La chica permaneció un instante ensimismada. Allá, en su interior, como de costumbre, era ella sola la que decidía lo que debía hacer, sin acatar imposiciones ajenas. Al cabo dijo:

—Bueno. Vamos a ver a tu madre.

Al arribar al corral de Tenique, la vieja se entretenía en barrer el gallinero. Al oír pasos, se incorporó y se detuvo rodeada de las gallinas. Su cuerpo era pequeño, su cara un corcosido; sus ojos de liebre se clavaron en la joven.

—¿Quién eres tú?—le preguntó.

Y la muchacha le respondió sonriendo:

—Yo soy Amparo, hija de Marta, su prima.

Entonces la vieja le tendió los brazos y la besó.

### III

Hacia poco más de un año que Juan Tenique era hombre de juicio. Cansado de «huesear» por muelles y playas, se había puesto al remo en el bote de un amigo. Cambullonearon con suerte; hizo Tenique sus ahorros, y se estableció por su cuenta. Y en el bote el «Celaje», se pasaba la vida.

¡Un verdadero yacht! A bordo no faltaba nada: almacén para tabaco; percha para los plátanos y naranjas; galería para los canarios; cámara para la «Marsellesa» y toldilla para «Garibaldi». «Garibaldi» y la «Marsellesa» eran los puntales del negocio. Encerrado en su jaula, al costado del bote, si toco o no toco en el mar, cantaba la «Marsellesa» de sol a sol. No había en el Puerto canario

tan prudente ni filarmónico. Ninguno como él atraía y cautivaba al comprador incauto; ninguno enmudecía tan a tiempo para que el amo le sustituyese por una hembra en la jaula ya vendida. En mil ocasiones lo habían comprado y en mil ocasiones las manos hábiles de Tenique lo había sustituido. Quedábase la «Marsellesa» alegre en el «Celaje» mientras que allá, en los vapores, camino de América, iban las pájaras con su «¡Piiiií?» interrogador y monótono lanzado, como una burla, a las narices del viajero hastiado. Era la «Marsellesa» una joya y necesitaba un guardián que la custodiara en las ausencias del amo. Para eso iba a bordo «Garibaldi», el perro, el segundo del bote. Asomado a proa, con una pata en el aire—resabio de una cojera inveterada—«Garibaldi» hacía frente a cuanto se le ponía delante de las narices: a los remolcadores, a los «candrais» del carbón, a las moscas, a los trasatlánticos, al Sol, a la Luna, a las nubes, a todo.

La vuelta de Amparo vino a mudar las costumbres de Tenique. Hasta entonces, el cambullonero había compartido las pocas horas que pasaba en tierra entre la casa de su madre y el «Criadero de los Pájaros» adonde solía ir a echar un pitillo con Chano Brito, el «físico» de los canarios, y a ensayar unas gua-

jiras en un acordeón medio afónico. Mas desde que Amparo estaba allí, en el Puerto, Tenique no encontraba reposo lejos de ella: la casa se le venía encima, en el bote se desesperaba. No se sentía bien más que en el tenducho limpio y alegre desde que la moza asomó por la puerta. Los primeros días pretendió Tenique mangonear en el interior del casetón; pero la muchacha paróle los pies y le dijo muy decidida, señalando el portillo del mostrador:

—¡Oye, tú! De aquí para acá no entra más hombre que mi padre. Ahí está el banco y en él te sentarás cuantas veces quieras darme paliqué.

El cambullonero se resignó, y allí, en el banco, hizo desde entonces sus fondeos más prelongados. Llegaba, sentábase, liaba una colilla, cruzaba los brazos en el borde del mostrador, apoyaba la barba en ellos, y sin chistar, con el pitillo colgado de la boca, permanecía como un bobo ante el ir y venir de Amparo.

La vida luminosa y cálida del mediodía palpitaba en el paisaje. Fuera, en el muelle, gualdrapeaba el toldo colgado del dintel. Por debajo del volante llameaba, al sol, la carretera donde un bando de palomas comía el trigo derramado por un carro al pasar. Junto

a la tienda, en un zaquizami sin luz, roncaba el tío Cachito regurgitando el aguardiente de la última curda. Y sobre el cuadro del portal de la marina, en el fondo esplendoroso de la dársena, y a través de un rigodón de cuatro moscas, pasaba y volvía a pasar Amparo como una tentación al alcance de la boca de Tenique, eternamente sedienta.

Cambiaban pocas frases: ella porque le adivinaba las intenciones; él porque estaba seguro de no acertar a decirle lo que quería. Al apurar la copa, Tenique se echaba a la carretera, sin decir adiós.

## IV

La guerra había estallado en Europa. Destruída por los ingleses la escuadra del príncipe Federico de Prusia, y fracasada la invasión de los alemanes en Inglaterra, prolongábase la lucha con odio y desesperación en Alemania y Francia, en las colonias, y en todos los mares frecuentados de los pabellones enemigos. Una ola de sangre pasaba por el mundo y la isla lejana, neutral en apariencia, vivía en zozobra a merced de las naciones rivales. Hacía quince días que el Puerto adivinaba la tragedia en el desfile de buques enemigos; en los grandes trasatlánticos refugiados en la dársena, perseguidos por la artillería de los cruceros ingleses; en el eco del cañoneo que el viento llevaba hasta tierra, y en el destello de los reflectores que durante la noche escudriñaban el mar frente a la isla.

La violencia y la inquietud de la lucha contagiaban a las gentes. En las tabernas del puerto se vociferaba día y noche. En los burdeles andaban a tiros y botellazos la marinería de los barcos mercantes franceses y alemanes. Referíanse cosas estupendas a bordo de los «candrais», que durante la noche esperaban, abarrotados de carbón, la recala precipitada de los buques fugitivos. El almirante inglés amenazaba con bloquear la isla y apoderarse del puerto si suministraba a los barcos contrarios una tonelada más de combustible. Y a última hora se complicaba el conflicto con la presencia de dos cazatorpederos alemanes llegados con el propósito, según unas noticias, de escapar a la persecución de los ingleses, y según otras, de atraer la atención de la escuadra contraria para facilitar el paso de una expedición militar a las colonias. El almirante exigía la salida o el desarme inmediato de los dos barcos; y allí, en los límites de las aguas jurisdiccionales, estaba ya una división de cruceros dispuesta a cumplir sus órdenes.

La guerra y la buena mano de Amparo llevaban en volandas el negocio del casetón. Frente al tenducho, en torno de las mesillas, se prolongaban ahora las conversaciones, estallaban las disputas y se consumía el aguar-

diente y la ginebra a litros. Y, sin embargo, ¡lo que es la suerte!, la fortuna fué la ruina del tío Cachito y la Jaira. La prosperidad del tenducho excitó la codicia del tío Colás, el usurero. «A poco que continúe la racha—se dijo—ese me afloja lo que dí y pierde el negocio». Y desde aquel punto y hora no dió respiro a su víctima. En cuanto le pescaba a su alcance le endilgaba el responso: «Mire, Cachito, que yo quiero cobrarme de algún modo lo que me debe. Toma y daca: usted me entrega el casetón, el palomar y la tienda y yo, para saldar en junto, le doy el bote. Viejo es, pero está cubierto, y con un retoque pueden ustedes apañarse para vivir a bordo. En él podrán ganarse el pan y vivir mejor que el rey en sus palacios. ¡Sí, o no? Mire que si usted no va por las buenas, iré yo por las malas; mire que...»

Cuando el aguardiente no le cegaba, el tío Cachito asentía resuelto a las proposiciones de su acreedor. No había más remedio, no le quedaba otro respiro. Estaba endeudado hasta la coronilla. La culpa era suya. Por el vicio cochino había malogrado un negocio de ángeles. Se había bebido el porvenir. ¡Y pensar que se habrían hecho de oro, Amparo trajinando en el mostrador y él en el cambulloneo a la vera de los vapores! El tío Co-

lás estaba en lo justo. Y sin embargo, Cachito no se decidía. Dolíale perder la tienda donde su hija le aseguraba un pasar fácil; sentía renunciar el casetón donde, en los días de jumera gorda, encontraba abrigo contra el hambre y los mataperros del muelle. Y le amedrentaba la rechifla que le haría toda la chusma del puerto al saber su cambio de domicilio. Ninguno ignoraba que él, Cachito, había sacrificado el bienestar de la muchaha a la bebida pastelera.

Amparo no se inmutó al enterarse de la premura con que el prestamista asediaba a su padre. Vió de remediar la deuda, buscó y no encontró crédito entre las contadas personas amigas, se opuso a que Tenique empeñara el bote y cometiera otras locuras a las que parecía inclinado por afán de ahorrarle tamaña pesadumbre, se negó en redondo a vivir con la madre de su primo, y echó muy resuelta por la calle de en medio: reclamó del tío Colás el traspaso y la reparación del bote prometido, y una vez éste en el agua, con dos cestos de fruta, dos jergones, un brasero y cuatro chirimbolos en la estiva, entregó la llave de la tienda y se embarcó con su padre. ¿La suerte lo quería así? Pues ya estaba satisfecha la suerte.

## V

Lejos, en el mar, clareaba la aurora. En las tabernas, a lo largo del malecón, brillaban luces diminutas eclipsadas a veces, por grupos de carboneros que acudían a tomar la «mañana». Allá, en lo alto, en lo más oscuro del cielo, brillaban las estrellas con la inquietud siempre triste de su adiós. En el reposo del puerto dormido resonaban carcajadas, gritos, reniegos. En el agua muerta saltaban los sargos al paso de un remolcador que arrastraba tras de sí una ringlera negra de lanchones. El remolque era pesado, y la máquina pujaba asmática con esfuerzo supremo. Desde fuera, hacia los mue-

lles, avanzaba un girón de niebla pausado y silencioso como sombra de una isla vagabunda. Y perdidos, esquivándose en la niebla, entraban dos trasatlánticos altos, borrosos, con sus ojos bicolores, envueltos en la poesía de las tierras distantes y el misterio de las aguas sin fin dejadas atrás...

Uno era inglés y venía del Cabo; el otro era italiano e iba al Brasil. A su encuentro salía toda la flota de los cambulloneros, una «manta» de botes cargados de naranjas, de plátanos, de pájaros que revoloteaban en el desperezo alegre de la mar. La luz del amanecer bañaba el oro de la fruta. Manteníanse los botes sobre los remos, medidos al paso largo y dulce de las ondas que llegaban de fuera.

De tiempo en tiempo, el tío Cachito paraba de bogar y miraba hacia adelante. Desde que dejara el abrigo del muelle se iba diciendo, ya resignado a la rechifla temida:

—¡Ahora!

Y añadía en voz alta, encarándose con Amparo, sentada al timón:

—¡Verás cómo esos «indinos» nos jeringan!

Cachucha, otro cambullonero que navegaba próximo al tío Cachito, miró al borracho

con cara de judío ahorcado y rompió a cantar a voz en cuello:

Dichoso aquel que tiené  
su casa a flote,  
su casa a flote.

Cachito perdió los estribos y le mentó la madre. Pero el otro se echó a reír con sus dientes ralos, y sus mandíbulas de trampa de lobo.

—¡Cállate, jumerá!—le voceó—. ¡Mira que te abordo y te echo a pique el mueble!

Tenique terció en la contienda.

—¡Eh, tú! ¡Cierra el pico! ¿No ves que va la chica? ¡Vaya una entraña!

Cachucha miró burlescamente a Tenique y replicó, babeando toda su bilis maldita en cada frase:

—¿Con que la chica, eh?... ¡Vaya una princesa!

Y sostuvo la mirada a Tenique en actitud de reto. Tenique largó los remos, saltó al bote de Amparo y de un brinco cayó en la lancha de Cachucha. El arranque fue tan impetuoso, que a Cachucha le faltó tiempo para remar y huir. Al cabo iba Tenique a

ajustarle las cuentas a aquel cobardón que sólo le provocaba desde lejos y en la mar.

El espectáculo inesperado fué acogido con gritaría ensordecedora. Muchos cambulloneros pusiéronse de pie para gozar mejor de la paliza. Ante el nublado que amenazaba, Cachucha se refugió en el fondo de la lancha. De allí le sacó Tenique y forcejó por zambullirle. Con la riña se volcó una cesta, y las naranjas se derramaron en el agua flotando en reguero, a veces de sangre, a veces de oro.

Absortos en la batalla, no advirtieron los cambulloneros que el vapor inglés se les venía encima. Cuando la sirena aulló, el trasatlántico había metido la proa en el apelmazamiento de los botes. La dispersión fué general; cada uno escapó por donde pudo. Arriba, asomados a la borda del vapor, un grupo de marineros, calzados de botas de agua, habían suspendido el baldeo y contemplaban la lucha. Uno de ellos llamó a alguien que andaba en la cubierta, varias manos señalaron a los contendientes, y el chorro de una manguera cayó como latigazo en las espaldas de Tenique. La ducha calmó los rencores. Incorporóse Tenique y abarcó la situación: había cometido una tontería. Mordió las injurias que le borbotaban en la boca; sonrió a regañadient-

tes, y saltando de un boté a otró, se fué a su «Celaje». Después buscó en torno suyo a Amparo. Encontráronse sus miradas: la de él interrogaba; la de ella agradecía.

## VI

Desde aquel entonces abandonó Cachitō el socaire del muelle y se fondeó lejos de los demás cambulloneros. ¡Una locura! Y más aquel día en que el levante refrescaba con muy mal cariz. Juan Tenique intentó que el viejo tornara a su anclaje de costumbre; pero el abuelo, indignado por los insultos de Cachucha y demás ralea, alzó los hombros y no cambió de sitio. Pensó Tenique comunicarlo al cabo de matrícula, y renunció a ello. Bastaba lo ocurrido al amanecer para que se comentase en tabernas y muelles su afición a Amparo. No quería bromas. No se las consentiría ni a los más amigos.

El viejo se fué pronto a tierra en la chalana, en que su hija y él iban y venían del muelle.

He a bordo. Y allá quedó la moza en el bote zarandeado por los mares, expuesto al paso de los remolcadores. Al mediodía distinguió Tenique la cabeza de Amparo por sobre la borda, después desapareció y el cambullonero no columbró más a su prima en todo el resto de la tarde. Y así sin verla y sin regresar al muelle el viejo, cerró la noche tras de un crepúsculo breve y cárdeno.

A la puesta del sol comenzaron los chubascos. Oculto en las sombras, largó Tenique la amarra y se fué hacia el bote del tío Cachito. Aguantándose sobre los remos, gritó a la muchacha que se acogiera al abrigo del muelle, a lo que respondió Amparo con su imperturbabilidad de costumbre, que no necesitaba auxilio de nadie y que permanecería allí aunque su padre no regresara en toda la noche.

—¡Deja el bote ahí, y vámonos a tierra!—  
le voceó el cambullonero.

A lo que contestó la Jaira en tono de burla:

—¡Eso es lo que tú querías!

Y desapareció. Llamóla Juan en vano. Y al fin, viendo que le daba la callada por respuesta, ció, manteniéndose de proa al mar, y fondeó a popa y a corto trecho del bote. Allí estaría «Garibaldi» para vigilar, y allí estaría Juan para ofrecer su auxilio.

El cabeceo del «Celaje» y la vigilia le rin-

dieron al fin. Dormitaba Teniquē, cuando el perro saltó por sobre de él y salió ladrando hacia proa. De un brinco el cambullonero se levantó. Entre la lluvia y la niebla una voz le llamaba: «¡ Juan ! ¡ Juan ! » ¡ Era Amparo ! Miró Teniquē y no alcanzó. Lanzábase a proa para soltar la amarra, cuando un maretazo sacó de la obscuridad el bote del tío Cachito y lo arrojó contra el «Celaje». El encontronazo fué tan rápido y violento, que Juan sólo pudo tender los brazos a la moza. Empujado por la mar, el bote de Amparo viró en redondo mientras que la mujer, cogida a Tenique, perdía el equilibrio, se deslizaba por sobre de la borda y caía al agua.

## VII

¡Teniquē la extrajo a pulso, y el bote abandonado se sumió en la noche. Llovía torrencialmente. Mojada, tiritando y medio desvanecida, Amparo se dejó conducir por el cambullonero. Juan la depositó bajo cubierta, la estrechó entre sus brazos. La mar, la madre terrible de todos ellos, los pobres desamparados de la costa, se la ofrecía.

Al recobrase, Amparo intentó desasirse.

—¡No, llévame a tierra!

—¡A tierra! Con el chubasco no se ve nada. Si remando se atraviesa el bote nos perdemos.

—Yo te ayudaré. Remaré contigo. ¡Hala!

Amparo intentó arrastrarse hasta la escotilla. Pero Juan la detuvo.

—¡ Te digo que no puede ser!

Y al notar que la muchacha persistía en salir a cubierta, añadió:

—¡ Ven acá! ¿ No lo comprendes? Así que amaine el tiempo o aclare el alba iremos a donde tú digas.

—¡ Ah! ¡ Eso es lo que quieres tú!

Aquella duda que Amparo le demostrara tantas veces acerca de sus intenciones le ofendió. Tiró Juan de su camiseta, y desnudo de medio cuerpo arriba retrocedió para salir.

—Ahora soy yo el que se va a nado, o como pueda.

Amparo se incorporó y le sujetó por un brazo.

—¡ Déjame!

—¡ No!

Quedáronse tendidos uno junto al otro. A sus pies se removía el perro; a través de la amura se percibían las mares que azotaban el bote; sobre cubierta repiqueteaba la lluvia, con golpecitos de un baile monótono trocado en farándula estrepitosa a cada racha. Y entre el rumor del viento y el agua percibíase a veces el sollozar de Amparo.

Lloraba, sí. Aquel carácter enjuto que no se dobló ni derramó jamás una lágrima, en las escaramuzas frecuentes de la niñez en el

Puerto; aquella mujercita tērcā quē había resistido impávida los golpes de su padre borracho y el mal humor de la madrina cruel; hallaba al fin el consuelo de llorar. ¡Pobres lágrimas de penas no lloradas porque no fueron comprendidas; y que al cabo de los años se despertaban al conjuro del dolor presente y del cariño también!

El apego y la protección de Tenique la conmovían. Mientras su conciencia no traspasó el minuto actual, ni se preocupó del pasado ni de lo venidero, se rió de los arrechuchos de su primo y rechazó a puntapiés sus audacias. Pero ahora era muy diferente: ren-  
díanla el impulso de la sangre moza, el miedo al mañana pavoroso, y la convicción de su miseria que le hacían apreciar mejor el querer, desinteresado de aquel hombre compañero leal de su niñez y desventura.

—¡Amparo!—exclamó Tenique en voz baja y cariñosa.

Se acercó a la muchacha, le buscó con la boca los ojos en la obscuridad, recogió en los labios las lágrimas y se las ofreció en un beso.

Y desde aquel día «Garibaldi» no ladró más a Amparo. ¡Era la dueña!

## VIII

El amanecer de Amparo en el «Celaje» y el naufragio del bote de Cachito en los arrecifes de la costa, fueron comentados apenas por las gentes de los muelles. Lo ocurrido aquella misma noche en el antepuerto, y lo que sobrevino al romper el alba fué mucho más trascendental y concentró todo el interés y las inquietudes del público.

Los dos cazatorpederos alemanes refugiados en la isla días antes, habían huído amparados en la noche y la lluvia.

Descubiertos por los reflectores y atacados por la artillería de los ingleses, uno se había ido a pique y el otro escapaba perseguido de los cazatorpederos enemigos. Terminado el tiroteo, la escuadra inglesa desplegada ante

el Puerto, había desembarcado varias columnas de marinería con orden de ocupar los depósitos de carbón y los muelles y amenaza de bombardear el caserío al primer conato de resistencia. Así contestaba el almirante inglés a quienes habían permitido la salida de los cazatorpederos en vez de desarmarlos.

El pánico fué general. Se paralizó el trabajo en los muelles. Muchos vapores zarparon a media descarga; mujeres y niños emigraron hacia el interior de la isla en carretas y carretones abarrotados de trastos de los menajes humildes.

Amparo y Tenique convinieron en mandar a sus padres a la aldea. Ellos saldrían por la tarde en el bote, hacia los Valles, con los demás cambulloneros que emigraban también. La guerra arruinaba al Puerto. No se ganaba ni un penique; la fruta se podría, los pájaros se tragaban en cañamones los ahorros. No había más recursos que emigrar a la banda del sur y dedicarse al negocio muy lucrativo y arriesgado de abastecer de víveres frescos a la escuadra bloqueadora.

Partieron al anochecer. No soplabla la brisa y arrancaron a fuerza de remo sin apartarse de la costa, a fin de aprovechar las primeras rachas del terral. El tiempo estaba en calma, y el aire, diáfano después de la lluvia,

parecía aguardar la aparición de las estrellas. Al soplar el viento de la noche, largaron todo el aparejo y arrumbáronse, de bolina, camino de los Valles. Como era plenilunio no encendieron luces. Del horizonte claro subía el humo de los cruceros ingleses. En las montañas, bajo la luna brillaba la cal de los caseríos remotos... A ratos se quedaba la brisa y gualdrapeaba el velamen; a ratos venía una racha, se henchían las lonas, inclinábanse a sotavento los botes y burbujeaban a popa las estelas.

## IX

Apuntaba el alba cuando aboçaron los Valls. Amparo palmoteó de gozo. Con las últimas rachas del terral llegaron al «Celaje» el aroma de los huertos, el ladrido de los mastines, el cantar de los arrieros que desfilaban chapoteando en las olas tendidas al pie de los montes. Desde los pinares descendían bandadas de pájaros, que dejábanse caer en pelotón veloz, y, a punto de tocar el mar, abrían las alas, y partían a la ventura derramando el susurro de su vuelo sobre los botes y el agua azul, casi negra a la sombra de la costa.

Aquella misma mañana emprendieron el negocio. Nadie se opuso a que surtieran de víveres a los barcos ingleses. En los Valls, en

los caseríos olvidados entre los barrancos de la costa del sur, se desconocía lo ocurrido en el Puerto. En realidad, la isla no estaba en guerra. Y además aquellos buques no eran enemigos. Tripulados por gentes de otra nación, único sostén de tantos pobres, no podían odiarlos.

Fué una vida de libertad, de aventura y de lucro. Horas antes de amanecer, zarpaban los botes cargados de frutas, de hortalizas y aves. Los gallos amarrados azotaban con sus alas la cubierta; las naranjas esparcían un aroma penetrante en el huerto; bajo las velas el agua parecía huir besando la borda, en fuga rápida llena de murmullos en los que Amparo pretendía sorprender frases. Al paso de los cambulloneros se paraban a veces los mismos transportes abarrotados de ganado para la escuadra. En ocasiones era un torpedero el que llegaba a recoger los víveres. Otras acudía una falúa a vapor con un remolque de lanchas. Y hasta se daba el caso, muy pocos, de que al orzar hacia tierra, los acorazados y cruceros se detuviesen a esperar la flotilla.

Al atracarse a un acorazado, parecía a la Jaira arribar a una isla alta y temible. A su sombra el agua se oscurecía como al pie de un cantil inabordable. La mole se queda-

ba quietā, indiferentē ā las ondas quē asaltaban su vientre trágico manchado acá y allá de regueros de vapor o agua sucia.

Junto al buque, Amparo permanecía muda, con su alma salvaje rendida a la sugestión de la gran montaña de acero forjada para la muerte. Sus manos se apoyaban medrosas en la coraza. Sobre su cabeza pendían los tangones; sobre los tangones alzábanse las torres blindadas, y sobre las torres las bocas de fuego tendidas hacia lo lejos. Y más arriba los puentes, las chimeneas; y más altos aún, vibrando en el vaho de los hornos y casi invisibles en el sol los hilos «de hablar» donde, al creer de Amparo, venían a posarse las palabras como un bando de palomas.

Transbordados los víveres, el acorazado reanudaba su andar. El agua agitada por las hélices, zarandeaba la flotilla e iba a romper en la costa. Quedaban en el aire el humo y el tufo de carbón y entre los botes el borbotar y el vacío de un hundimiento...

## X

¡Por ésta! (Besando el pulgar y el índice en cruz). Te lo juro. Soy asina. Yo no he nacido para tener casa ni hacer la señorona, ni andar de comadreo. Me gusta vivir como vivimos, salta pa cá, salta pa allá, como un perro sin choza. Sobre estos cuatro maderos y con estos cuatro cacharros y tú a mi vera, no me cambio con la reina en su camarín dorado. Pa balcón éste con toda la mar por delante; pa música la de los gorriones, y pa luz la del sol que me jizo negra cuando entodavía andaba yo como un gusano, agarraa a los pechos de mi madre. ¿Que la reina tiene espejos? Más ancha y más clara es toa esta agua que no se acaba nunca. ¿Que tié anillos y diamantes? Más tengo yo cuando me-

to las manos en la mar. ¿Que tié encajes ricos? No valen toos ellos lo que una ola revéntada en la playa. Mira tú: tanto me gusta todo esto, y tanto lo quiero, que me gorvería roca para que las mareas se me echaran encima, y me gorvería charco para que el sol me sorviese. ¿Qué? ¿No me escuchas?

Calló Amparo y no replicó Tenique. Estaban los dos desnudos y echados de espalda con el tronco en la arena y los pies dentro del mar.

Habían interrumpido el baño y se habían tumbado en la orilla por una costumbre que los retornaba a sus buenos tiempos de granujas vagabundos. Rompían las olas, tendíanse mansamente, rodeaban los cuerpos desnudos, y al descender les socavaba un lecho en la arena jalde, en la arena tibia, a pesar del agua, bajo el sol de Agosto. En la espuma esplendorosa, en el playazo solitario, al pie del cantil y entre las grandes rocas desgajadas de las cumbres emergía el cuerpo trigueño de la Jaira suavemente blanco en los pies, en el vientre y en los pechos jóvenes ofrecidos al aire y a la luz. Iba y venía el agua perezosa como un halago, con el mismo ritmo con que acogió tal vez al hombre y a la mujer primeros que, perdi-

dos en las selvas, llegaron frente al mar, padre de la vida.

Desde su arribada a los Valles, Amparo y Tenique se habían declarado independientes del resto de sus compañeros. Al volver a la costa, quedábanse a la zaga de los demás botes y se atracaban a una de aquellas calas salvajes sin más voz ni otra vida que las de las olas. Allí descansaban, allí nadaban en plena libertad, allí se gozaban revolcándose en la arena que el mar les barría cada noche amorosamente; y allí comían y dormían hasta que la sombra fresca y azul del cantil llegaba a despertarlos. Incorporábase Tenique, despabilaba a su compañera y llamaba a «Garibaldi», que, privado de todo ideal amoroso en aquel desierto se consagraba prudentemente a la filosofía y a la exploración. Embarcados los avíos de comer, poníanse en franquía, izaban la vela y tomaban la vuelta de los Valles, a la hora en que los pájaros y los halcones regresaban a las cumbres.

Aquella mañana no tenía Juan ganas de pegar la hebra. Rumiaba algo y la Jaira le dió con el pie.

—Oye tú, ¿qué te pasa?

Pues sí, algo le ocurría. Tenían que hablar en serio. La Jaira acudió curiosa, pero sin

alarmarse. Con su imperturbabilidad de costumbre, se sentó al lado de su hombre, le miró los ojos y le abrió las mandíbulas.

—Echa por esa boca.

Tenique se incorporó también.

—Naa, que tengo mi plan y que vas a saberlo. ¿Me viste esta mañana charlando con el mayordomo del «destroyer»? ¿Te fijaste en la botella que me dió a oler? ¿Reparaste en las cuentas que hacíamos con los dedos? El que cinco y yo que seis. ¿Y sabes lo que los dedos eran?

—¡Mira, tú! Pues eso: dedos.

—¡Cá!

—¿Peniques?

—¡Cá! ¡Libras, Amparillo, libras como soles!

—Jaste cuenta que no has dicho naa. A oscuras me tienes.

—Más clarito: que desde hoy se acabó eso de las gallinas y de las coles. Esta tarde tiramos pa el sur en busca de vino y malvasía de la Vega. Mañana al anochecer llegamos allá, tú te queas en el «Celaje» y yo subo al pueblo, trato el vino con Pancho Cruz y a la madrugada estoy de güerta en la costa, con el arriero y los barriles. ¿Eh?

—Lo que tú digas.

Verás: de esta nos lucirá el pelo. Por po-

co que dure la guerra, si el mayordomo mantiene su palabra, nos haremos de plata. El vino y la malvasía andan tirados este año; la cosecha se viene encima y no saben donde meterla.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Ahora mismo... Comeremos andando.  
¿Hay agua a bordo?

—Agua hay.

—Pues, al avío.

—¿Y aquéllos? ¿No les decimos naa?

—Nada. Las moscas matan al asno y la envidia las ganancias. ¡Buenos están ellos!  
¡Que se arreglen!

Izaron el foque y la mayor; y de bordada afuera, emprendieron el viaje.

## XI

—Dē rato en rato, preguntaba la Jaira curiosa:

—¿Dónde?

—Y Teniquē le respondía señalando unos basaltos inmensos:

—Allá. La boca no se ve hasta que uno se ha metido en ella. No la saben ni los mismos ingleses que son tan hurones. Es talmente un pozo al que se entra por una rendija. Dentro cabe un acorazado a sus anchas. Si no fuese por los bajos que la cierran, no habría en toda esta costa puerto mejor. Hay una fuente que cae desde muy alto y una vereda que sale arriba. ¡Ya verás!

Llegaron entre dos luces. La costa gris, sin árboles ni sol, atemorizaba. Sus grandes mo-

les inclinábanse hacia el mar quieto y sombrío como aguas malditas, mansión de la muerte. Amparo permanecía muda ante los despeñaderos oscuros. Al socaire de la costa y sin arriar la vela, armó Tenique los remos y avanzó bajo los graznidos de los pajarracos que anidaban en las cumbres. A veces paraba de bogar y sondeaba los arrecifes en medio de la gran quietud turbada por los últimos gritos de las aves y el gotear de los remos.

Y así, lenta, calladamente, penetraron en la brecha que conducía a la dársena. La moza se había incorporado, y sobrecogida por un presentimiento súbito miraba inquieta por sobre los hombros de Tenique. Sí, aquello era un pozo, entre cuyos muros sombríos dormía el agua zarca al reflejo del cielo más lejano al parecer desde aquella hondura. La roda del «Celaje» chocó de pronto en un calabrote amarrado a una peña. Saltó Tenique para desembarazar el bote; y se quedó inclinado llamando con un ademán a su amiga. Acudió la moza y, sosteniéndose mutuamente, permanecieron un rato en suspenso, sin cambiar palabra. La madriguera no estaba desierta; detrás de unas rocas había un barco, uno de los cazatorpederos alemanes huídos del Puerto, hacía días. Tumbado a una banda, faltábale una de las chimeneas y mostraba el cas-

co abierto en un boquete a medio cegar.

—¿Los alemanes?—silabeó Amparo.

—Los alemanes, sí. Larguémonos

Al ciar para salir, dió Tenique una estro-  
pada en una roca, y «Garibaldi» rompió a la-  
drar, furioso. En el interior de la dársena se  
oyó una voz y simultáneamente sonaron dos  
tiros.

—¡Abre de ahí—gritó Tenique.

Atizó un puntapié al perro; y mientras  
Amparo apartaba de tierra el bote, bogó con  
brío para echarse fuera. En la dársena hubo  
un silencio, y después se oyó otra detonación  
más próxima que tumbó a Tenique de bruces  
sobre los remos.

—¡Ladrones! ¡Me han matao!

Se levantó oprimiéndose la cintura, y al  
tratar la Jaira de reconocerle, la rechazó.

—¡Quita! ¡Juyamos!

Intentó remar, pero se desplomó otra vez  
cuan largo era, al borde de la escotilla. La  
Jaira se lanzó en su auxilio, mas él la em-  
pujó hacia los remos.

—¡Boga, tú! ¡Arranca!

Y ya apartados del cantil, le indicó, más  
con señas que con frases, que casara la es-  
cota para aprovechar el noroeste que so-  
plaba a ráfagas tardías.

## XII

Amparo obedeció; trincó la mayor; gobernó con un remo, y con la mano que le restaba libre atendió a su hombre. Al apartarle la camiseta se quedó horrorizada: cuerpo y ropa chorreaban sangre. Quiso atajar la hemorragia, y con los dedos cubrió el balazo. Pero fué inútil: los dedos se le enrojecieron y la sangre borbotó de las costillas, acusadas terriblemente a cada aspiración del herido. Abandonado el timón, el «Celaje» cabeceaba de proa al viento. Amparo se arrancó un trozo del corpiño, volcó el barril del agua, y con el trapo mojado restañó la herida y la vendó como pudo.

—¡Ahora, a tierra!—se dijo.

El cambullonero se negaba. ¿Qué socorro

encontrarían allí? Lo mejor era continuar hasta el faro. En el faro había de todo y tenía él buenos amigos. La Jaira no replicó. ¡Al faro, pues! Embarcó los remos, empuñó la caya y apoyó en el regazo la cabeza de su hombre. Refrescaba el noroeste y el mar se teñía de azul más oscuro en contraste con el horizonte claro, barrido de brumas. Tenique pidió agua, bebió, y aliviado pareció dormirse. El «Celaje» iba de bolina, azotado de través por los mares. Con la cabellera y la garganta al viento, gobernaba Amparo sin desviar los ojos clavados en el herido como si le quisiera arrancar el enigma de lo que iba a ocurrir. Y en tanto que cerraba la noche, el rostro del marinero se destacaba más blanco, más pálido, cual si la última lumbre del crepúsculo se encontrara toda en él.

Inclinóse la Jaira a escuchar la respiración de Tenique y percibió un burbujeo igual al de las olas que se deshacen en la arena. Los labios del moribundo se llenaban de espuma y los ojos abiertos se le quedaban en blanco. Le palpó con las manos trémulas y sintió que la pobre carne herida, la pobre carne amada se helaba por instantes. El burbujeo se trocaba en estertor y la inmovilidad en inquietud. El pecho se dilataba con angustia horrible como si no

le bastase todo el aire de la mar. «¡Ampa... Ampa... ri... llo...! balbucían los labios torpes, en un anhelo último en que resucitaba acaso la visión del día dichoso en que, con las ramas de la aldea madre, llegó inesperadamente el amor que fué luz, libertad y contento de vivir. Luego enmudeció y reposó un instante hasta que de súbito, tras de una convulsión violenta y una aspiración no saciada, se desplomó para siempre...

Cara con cara, lloró Amparo sin consuelo. Los sollozos le subían a la garganta en arrebatos de dolor. Delirante se golpeaba la cabeza contra el muerto querido y le besaba la boca con frenesí brutal. Mitigado el primer impulso, alzó los ojos y se encontró perdida en el mar y en la noche.

Se quería vengar, cobrar la vida de Tenique, y este deseo imperioso le suscitó el recuerdo de los barcos ingleses que vagaban sin luces al largo, en plena noche. Fué como una revelación que le devolvió por un instante la serenidad. Enmendó el rumbo y ciñó más el viento. ¡Ahora, ahora sí que sabía adonde navegaba!

... ..

### XIII

Al entreabrir los ojos vió Amparo a «Garibaldi» subido a una roca. Sin ánimo para lanzarse al fondo de la grieta, donde su ama se había desmayado, «el segundo» gruñía impaciente por satisfacer en halagos y brincos la alegría del encuentro. La Jaira se incorporó y, al salir a campo libre, hubo de apoyarse para resistir el asalto del pobre animal perdido en los transbordos y angustias de la noche antes. «¡Quita! ¡Quita allá!», le decía, y el pecho se le colmaba de amarguras al pensar en su infortunio. Recordaba su arribo al cazatorpedero inglés encontrado sin luces, en alta mar, como una sombra; su llegada al crucero; el paso por la cubierta casi a oscuras; su deslumbramiento al penetrar

en la cámara de oficiales; sus esfuerzos para darse a comprender en la jerga anglo-franco-italiana aprendida de boca de los pilluelos del muelle; la incredulidad del comandante del buque; el cadáver de Tenique en el fondo del «Celaje» atracado a la escala; las consultas de la gente de a bordo; y por fin, el triunfo, la partida de la canoa; el bombardeo de la dársena, el asalto al cazatorpedero alemán por mar y tierra, los gritos, las detonaciones, el odio convertido en locura, y la llamarada del barco enemigo volado por sus propios tripulantes acorralados de roca en roca, barridos sin compasión.

Rendida de hambre y de sed, miró la Jaira y no columbró rastro de las tropas inglesas; escuchó, y percibió solamente el manantial que seguía murmurando en el fondo de la cala. No se oía voz ni pasos humanos. La quietud inmensa de las cumbres en la luz de la tarde y en el silencio del cielo, lo envolvía todo.

Se acercó a ojear el mar; un crucero permanecía fondeado al pie de la costa; en la cala solitaria el torpedero enemigo humeaba reventado, a medio varar en la arena. Desde lo alto de una roca gritó Amparo hasta perder el aliento; se despojó del corpiño y lo tremoló inútilmente. Nadie le respondía: no se

'destacaba del barco inglés bote alguno. ¿La habrían abandonado? ¿Volverían a tierra?

La sed le empujó al manantial. No juntó siquiera las manos para beber: ofreció el rostro al agua y tragó perdidamente hasta aplacar el ardor de las fauces y refrescar los ojos hinchados. Reanimóse, y con la fuerza recobrada sintió revivir el odio que la sostuviera hasta caer sin sentido al acabar la lucha. Quería morir, pero morir matando; quería encontrar a uno de aquellos perros sin entrañas para echarle las uñas al cuello y escupirle todo su rencor y gozarse en su agonía. Rastreó todas las huellas de sangre, llegó a todos los rincones del cazatorpedero. Iba, venía como una fiera no saciada alrededor de los huesos ya roídos.

## XIV.

Desfallecida, se sentó en una roca, con los pies colgando sobre el agua. El mar encendido con las nubes del crepúsculo parecía escupir en la arena la sangre del combate. Sobre la paz de la dársena revoloteaba un bando de palomas. Amparo sintió tras de sí, sobre unas peñas, el crujido de un matorral. Se levantó y miró. ¿Habría sido el viento? Trepó resuelta y, ya en lo alto, se detuvo en actitud de victoria y asombro. En medio de las matas, olvidados por los ingleses, yacían dos hombres agarrados y crispados en una lucha de tigres. Estaban desnudos, con las carnes abiertas y la piel llagada de quemaduras. ¿La explosión les había arrojado allí? ¿O arrastrándose, en el estertor de la agonía, se habían tropezado y acometido con un impul-

so final de saña? La mujer los desenlazó y ambos quedaron de rostro al cielo. Respiraban aún y su mirar de alucinados conservaba todavía el horror del combate. Postrada de hinojos entre los dos moribundos, Amparo les contemplaba con estupor. En los labios de la moza se apagó la sonrisa de triunfo y en sus ojos se reflejaron el espanto de una revelación súbita, lo triste de un arrepentimiento tardío. ¿Cuál de aquellos dos hombres era alemán? ¿En quién de ellos tenía que vengarse? Les habló y no le respondieron, buscó algo que los distinguiera y no encontró rastro de uniformes. Despojados de los distintivos con que les enseñaran a odiarse, volvían a ser lo que serán los hombres un día que ha de venir, que vendrá seguramente: hermanos.

Con el dolor de la venganza inútil, y con piedad hasta entonces ignorada, corrió la mujer al manantial, tendió las manos; recogió el agua en ellas y la derramó compasivamente en los pobres labios agonizantes.

**ESTAMPAS TINERFEÑAS**

# **La Laguna, mística**

**El lego de San Diego del Monté**

**La higuera de Sor María**

**POR**

**LEONCIO RODRIGUEZ**



**LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)**

**Santa Cruz de Tenerife**

**EL LEGO DE SAN DIEGO DEL MONTE**

¡San Diego del Monte!... ¡San Roque de la ladera!... La tradición mística y la leyenda épica. Faros históricos, testigos de memorables jornadas, el uno era el refugio apacible, el retiro silencioso, remanso del espíritu bajo la sombra de sus viejas arboledas. San Roque, la atalaya guerrera, el alerta vigilante, la defensa heroica... «No des muerte al hidalgo que se te rinde como cautivo», parecía decir aún la voz del caudillo en la soledad de la cumbre.

Desaparecido el baluarte, roto el cerco de los defensores de la montaña, hacia la frontera colina; al fondo de la Vega, encaminaron sus pasos las huestes vencedoras. Pero ya no en son de guerra, ni con bélicos clarines, sino buscando en las frescas umbrías un reposo para sus fiebres de aventuras.

¡San Diego del Monte!... Desde el mirador del viejo Convento, la Vega era como un tapiz de vivos colores extendido sobre la anchura del llano; un sudario de la raza extinta. Florida alfombra que todavía parecía conservar las huellas de los corceles guerreros. ¿Dónde, en su vasta extensión, manaría la fuente cristalina de Dácil? ¿En qué altozano del Valle lanzaría aquella exclamación de asombro, Gonzalo del Castillo?

«Un bulto soy, pero dos sombras veo en el agua; aquesta, cierto, es mía; mas tú, ¿quién eres, sombra, que me asom-  
(bras?)»

¡Gratos poemas de la tierra, tradiciones inolvidables, que aun viven en el alma de la raza!

X

Tras la leyenda épica, pasada ya la primera centuria de la Conquista, comenzó a florecer la tradición mística en San Diego del Monte, convertido en lugar de recogimiento y oración por la munificencia y celo piadoso del Maestre de Campo, don Luis Interián de Ayala.

Primero se erigió una ermita—año de

1648—y junto a la ermita un pequeño campanario que aún se divisa en la falda de la montaña, medio oculto entre las copas de los álamos. Completóse después la fábrica, y se construyó un convento, albergue luego de una comunidad de franciscanos. Veinticuatro frailes recoletos, un tanto escasos de comodidad y holgura, pero bien avenidos con la placidez del sitio. Y comenzaron a abrir senderos y trazar sus huertas entre la espesura del bosque. Laureles, brezos y hayas, nogales y castaños, que pòblaban hasta los altos de la ladera.

A los pocos años, un asiduo visitante de la comunidad—el padre Andrés de Abreu—describía ya el cuadro que ofrecía el religioso recinto, con estos pormenores: Subía por el lado derecho del monte una senda que cortaba la empinada cuesta. A su diestra se disimulaba por la espalda un huertecillo que ceñía una albarrada contra lo quebrado del risco. Subía la senda hasta un cerro muy alto, donde terminaba la clausura en una fuentecilla, espejo de pureza. Retiro solitario, «cuya eminencia convida a las abstracciones del mundo, que lo mira desde lejos, y a la comunión con el cielo, que se considera más cerca».

La pobreza de recursos y la incomodidad

y estrechez de la clausura obligaban a veces a los religiosos a diseminarse por los contornos. Y en diarias incursiones por los campos, frecuentaban los cercados, unas veces para manejar la azada, otras para aventar los trigos en las eras. Frecuentaban, además, la ciudad y veíaseles en corros con los vecinos, en los cortejos de los entierros y en las bodas de los labradores ricos. Algunos hasta solían tañer las vihuelas y arremangarse los hábitos para jugar a la pina o probar sus fuerzas en la lucha.

¡Simpática campechanía, sin estudio ni dobleces, que hacía de los toscos sayales franciscanos un ornamento típico y característico de la ciudad!

Y apareció un día, por las bardas del Convento, una extraña figura. Un lego de la Orden, con hábito medio raído; la piel tostada, curtida por el sol... Traía pendiente del cuello una cruz y una taleguilla llena de tierra, reliquia del Padre Adán, según decía. Los pies, embadurnados del fango del camino...  
¿Quién era?

X

La noticia corrió al poco por toda la comu-

nidad. ¡Un zafio religioso, antiguo aprendiz de tonelero de Icod, que venía a buscar aposento en San Diego del Monte! Bajo, obeso, vacía la cuenca del ojo izquierdo, que hacía-le contraer la mirada en extraños visajes, su aspecto inspiraba compasiva curiosidad. ¡Fray Juan de Jesús!—exclamó el recién llegado—. ¡Un hermano en Cristo!

¡Fray Juan de Jesús! El nombre ya era conocido de la Comunidad por su fama de milagrero en los pueblos del Norte. Sabíase también de su origen humilde—hijo de pobres labradores de Icod—y de las innumerables torturas que había padecido bajo el mando del tonelero, «que primero le avisaba con el mazo que con la voz y antes le mandaba el golpe que la lengua». Torturas y martirios que culminaron en el trágico episodio de la hoguera a que fué arrojado una noche de San Juan, para hacer mofa del torpe aprendiz. Ocurrencia diabólica que hubo de costarle al atolondrado discípulo la pérdida del ojo...

Sabíase también de sus extravagancias juveniles, cuando vagaba por los caminos, desnudo desde la cintura al cuello, cargado de cadenas, con una caña en una mano y una cruz y una calavera en la otra. Y de aquel otro alarde de penitencia al asistir con la

misma desnudez a las procesiones, y en llegando a las puertas de los templos arrojarle al suelo para que lo pisoteasen las gentes.

Pero, hermano al fin en la Orden, había de acogerse con fraternal afecto. ¡Ya se aquietaría el Padre Juan! ¡Ya se sosegarían las fiebres turbulentas de su espíritu, llama viva, antorcha siempre encendida en su pecho!

Eligió el lego para aposento una choza, que él mismo se fabricó junto al Convento, y diósele por oficio el cuidado de la huerta y el de acarrear el agua de la fuente. Bajaba con un vaso de diez azumbres de agua, que oprimía sus hombros, y se detenía a cada paso para prorrumpir en palabras del Profeta: «Y eran tantos después sus júbilos, que olvidando el peso que llevaba encima, no andaba, sino corría, volaba, como si todo él se convirtiese en una llama viva.»

Aparte del cultivo de la huerta, corría también a su cargo ayudar a la misa y despertar a los religiosos a la hora de la Prima. Cuando llegaba la Pascua, hacía sonar un «tamborilillo» y una flauta, y cantando villancicos decía: «Nicho chiquito... Dios infinito...»

Familiarizado ya con el Convento, grato a los superiores por su obediencia y amor al

trabajo, diósele permiso para trasladarse a la ciudad a hacer colectas para los pobres. Y volvió entonces a sentir el vértigo de sus locuras. Y comenzó a escandalizarse la Comunidad y a alarmarse los Prelados ante las quejas continuas de los devotos.

×

Los hechos no eran realmente para menos. Vió una vez un sepulcro abierto en el interior de un templo, y, sin reparo a lo sagrado del sitio, bajó al hoyo y se tendió cuan largo era en la sepultura. Cruzó los brazos, cubrióse el rostro con la capilla, y, en ensayo de morir, exclamó: «¡Dios te perdone, Fray Juan de Jesús!»

Penetró otro día en una escuela, y sacando a los niños los paseó por las calles en bailes y cánticos festivos.

Ibase otras veces a los locutorios de monjas, y, reunidas éstas para oír sus consejos, lanzábales saetas de este estilo: «Religiosas, dejad los devotos y observad de la Regla los tres votos». «Religiosas, dejad los tocados, que son idolillos disimulados».

Pero lo más resonante de todo fué aquel improvisado sermón en la parroquia de los

Remedios, hoy Catedral de la Diócesis, con motivo de unas rogativas a la Virgen de Candelaria. Días azarosos para la Isla, agotada por la sequía. El altar resplandecía de cirios devotos. El tróno de la Imagen cubríase de flores y espigas doradas. Y alrededor, centenares de fieles, extáticos ante la profusión de joyas y pedrerías de la Virgen.

De pronto, Fray Juan que se encarama sobre un banco, todavía no comenzados los santos oficios, y con voz que resuena en la amplia bóveda del templo, endilga a la multitud la siguiente jaculatoria: «No viera yo que como se hacen procesiones en que se sacan las imágenes santas, se hiciese una en que se sacasen los pecados. Ya que sacan las imágenes para aplacar a Dios, ¿por qué no sacan también las culpas de sus casas? Si Dios está enojado por nuestras continuas ofensas, y éstas quedan dentro de nosotros, ¿qué hacemos con sacar las imágenes? Si ellas se mudan y no nos mudamos ni movemos nosotros, siempre tendremos enojado al Señor. Temamos sus iras y lloremos nuestros pecados, que el fin está cercá...»

Hasta aquí llegaba en su discurso cuando hubo de ser reconvencido por un alguacil para que cesara en aquella peroración que pro-

fanaba la solemnidad del momento. Obligósele después a abandonar el templo, y, una vez expulsado de él, exclamó, dirigiéndose al alguacil:

—Hermano; ya ha cumplido con su obligación de sacarme hasta aquí. Déjeme ahora que vaya a cumplir con la mía, que es pedir la limosna de pan de todos los jueves.

Y se fué, con su saco al hombro, a buscar limosna por las puertas...

X

Famosos fueron también sus diálogos con los altos personajes que acudían a visitarle al convento, atraídos por su fama de santidad.

—Padre—le decía en cierta ocasión un comandante general, don Félix de Nieto, que acababa de resignar el mando—, me despido con la alegría de no dejar enemigos en Tenerife.

—Pues mala señal—objetó el lego—que todos digan bien y ninguno mal. De seguro que no habrá hecho vuesa merced mucha justicia en esta tierra.

Quejábale en otra ocasión un padre dominico predicador de fama, de que le pareciesen demasiado extensos sus sermones.

—No basta lo que se dice—argumentaba el orador—, es menester que se sazone. Si Cristo—añadió—hubiese repartido entre sus discípulos el cordero Pascual estando crudo, ¿comeríanselo acaso?

Vaciló el lego, pero al pronto vínosele a las mientes esta réplica:

—¿Y si lo detuviera tanto en el fuego que se secara y convirtiera en carbón, podría alguien mascararlo?

Reprochábale otro día un Corregidor de la Isla, Caballero de Calatrava, que llevase siempre pendiente del cuello una cruz de madera de una tercia de larga—. ¿Es, padre, que no os basta la cruz interior?

—Hermano, —respondió el lego—, si me sobra ésta que llevo por fuera, ¿para qué luce vuesamerced esa tan grande sobre el pecho?

×

Las irreverencias del lego llegaron a oídos del Prelado, y hubo que amonestarle seriamente. Sobre todo, disgustaba a la autoridad eclesiástica que anduviese invocando el Juicio final para amedrentar a las gentes. Porque su muletilla constante, para los amigos

come para los extraños, era esta: — Si os preguntan qué hay de nuevo por La Laguna, responded que en San Diego del Monte hay una trompeta que dice se encomienden los hombres a Dios porque pronto vendrá la hora del Juicio.

Y bajo la amenaza de una denuncia al Santo Tribunal o de entregar su cabeza al cepo del Convento, moderó desde aquel instante sus discursos y contuvo su genio. A pesar de ello, a los pocos días después, saliendo la Comunidad del Refectorio, comenzó a dar pellizcos a todos los hermanos, al mismo tiempo que iba diciendo a cada uno: «¡ Pronto habemos de morir! ¡ Pronto habemos de morir!»

Y contemplándolos luego, mientras se alejaban en grata compañía, comentando las genialidades del fraile, quedóse diciendo con su cazurra filosofía: «¡ Ya os llegará el Juicio, santos y prudentes varones!»

¡ Diablillo travieso, medio zumbón y alocado, que le «recorcomía» por dentro!

X

En cambio, ante el gremio mujeril, demostraba una continencia y una timidez por de-

más extrañas. Si era preciso hablar con alguna dama, «tenía presente más el riesgo que el objeto y concedíale sólo la advertencia del oído». Y si de alguna doncella se trataba, la manga de su sayal cubríale muchas veces la cara... En cierta ocasión, «un corazón liviano de mujer» intentó manchar el casto espíritu del siervo. Y sintió deseos de darle un ósculo amoroso, «con tan viva imaginación y tanta inquietud de ansias, que no podía vencerse». «Al punto en que fué creciendo esta fuerte batalla, se levantó el siervo, comenzó a pasearse, y volviendo a la mujer con severo rostro, le recriminó sus malos pensamientos. Y dicho esto se salió sin despedirse de ella, ni darle la manga, como tenía por costumbre».

Comenzaba entonces a flaquearle el espíritu—entraba ya en los 73 años—y su ingenio se iba apagando por momentos.

—¿Cómo va, padre?—le preguntaban.

—«¡Muriendo, hermano!»

✕

Sus tristes presagios se confirmaron a los pocos días. Enfermo, lleno de achaques, prostrado ya para siempre en su viejo camastro,

éxclamaba, presintiendo la hora cercana?  
«Ya va a descansar el asno».

Y en una triste y fría mañana de invierno, mientras en la capilla del convento se elevaban preces por el moribundo y el bosque todo se envolvía en un sudario de nieblas y de lluvia, el lego famoso espiraba en tranquila y serena agonía. —«Duerma, hermano»,—murmuraba a su oído un padre espiritual.—«Sí, que ya es hora», balbuceaban sus labios, con apagado acento.

Fueron las últimas palabras del lego.

Instantes después, en el pequeño campanario de la ermita, se tocaba a muerto, anunciando la triste nueva de la pérdida del Siervo.

Y se conmovió la isla entera de Tenerife. Acudieron centenares de creyentes a venerar el cadáver, a besar las plantas del religioso y disputarse sus reliquias.

Concurrieron a su entierro todas las parroquias y cofradías de una y otra iglesias, con el aparato de sus estandartes, tunicales y cirios, «de que se compuso el más hermoso cortejo que pudo formar la devoción y proveer el gasto.» Al sacar el cuerpo de los claustros y llevarle a la Iglesia, disputábase los gremios, los religiosos, los clérigos y los nobles

el honor de conducirlo sobre sus hombros. Y según refiere su biógrafo, el P. Abreu, puesto el cadáver en la capilla acudían tantos a besarle los pies y a cortar las reliquias del hábito y la cuerda, que los religiosos que le guardaban no podían vencer la competencia fervorosa ni el devoto tumulto, por lo que fué necesario llevarlo al sepulcro antes de acabar los Oficios.

¡Hasta hubo un encopetado devoto, gran señor de Fuerteventura, que deseando enriquecer su devoción con alguna reliquia del santo, le hurtó, a escondidas de la concurrencia, una uña del pie!...

En la capilla de San Cayetano fueron sepultados los restos del virtuoso varón, y en su tumba se puso este sencillo epitafio: «Fué religioso de rarísima humildad y pobreza, de asombrosa penitencia y de altísima contemplación. Con el dulce encanto de su palabra y ejemplo ponía fuego de amor de Dios en los corazones más tibios y con sus fervorosos clamores sobre el Juicio, terror saludable en los más obstinados».

Todavía se conserva el pequeño oratorio en que Fray Juan se entregaba a sus espirituales ejercicios.

«¡La Casita del Siervo! ¡Apacible y solita-

rio refugio en medio de la enramada! ¡Lugar de recogimiento y oración, bajo la sombra de los nogales! Las huellas de varias generaciones, impresas están todavía en las toscas pinturas de sus muros, y bajo el rústico tejadillo, entre las maderas carcomidas de humedad, téjen aún sus nidos los gorriones del monte. ¡Santuario del Siervo, Cápsita de los recuerdos, Meca de las romerías estudiantiles, más que para invocar y temer a Dios, parece hecha para el ensueño, para sumir el alma en aquella suavidad y aquel grato frescor de sus sombras!

×

¿Loco? ¿Místico? ¿Visionario? De todo parecía tener el espíritu inquieto y atormentado del antiguo aprendiz de tonelero.

La fantasía popular ha seguido urdiendo curiosas leyendas en torno a la fama y la historia del lego. ¡Y todavía anda en boca de viejos pastores el cuento de la bestia endiablada, sujeta por la cuerda del fraile mientras acarreaba la cal para las bardas del Convento! ¡Y aún hay gentes que ven al fiero animal, con las ligaduras rotas, batiendo sobre los muros sus alas de murciélago!

¡San Diego del Monte! La leyenda sigue viviendo entre los arrayanes de sus jardines. Aun fluye el chorro de la fuente, escondida en la cumbre, y susurran los vientos entre las copas de los viejos álamos.

Pero lo que no ha vuelto a oírse es aquel tamborilillo del fraile, que alborozaba el Convento con sus músicas. Ni aquel villancico famoso del zafio milagrero:

«¡Niño chiquito... Dios infinito!»



# LA HIGUERA DE SOR MARIA

Huerta del viejo Convento de las Catalinas... Era la primera vez que la novicia entraba en el solitario recinto. Consagrada a sus ejercicios espirituales en los claustros húmedos y sombríos, aquella oleada de aire fresco era como un sahumero para su espíritu.

El sol filtrábase por las copas de los naranjos, tiñendo de oro los arrayanes del jardín. Revolaban las mariposas sobre los poyos, como embriagadas de luz, y había en el ambiente un aroma sutil de azahares mezclado con olores de incienso.

De arriba, del coro, llegaba a veces un leve rumor de rezos; otras, los ecos del órgano entre voces que parecían infantiles.

La novicia, reconcentrada en sus pensamientos, caminaba como una sonámbula. Su cara, morena y agraciada, de doncella rústica, y sus ojos tristes, llenos de nostalgia, refle-

jaban una honda melancolía. Aquel sol radiante y alegre recordábale las mañanas luminosas de su huerta, también guarnecida de naranjos y adornada de dalias y rosales. ¿Quién —pensaba— regaría a aquellas horas sus tiestos de flores? ¿Quién le cuidaría los embelesos? ¡Si se le habrían secado las mardeselvas!... Y en su imaginación iba reconstituyendo el recuerdo de su vida hogareña: la casita blanca con su zócalo de color de añil; el viejo parral festoneado de racimos; la hornacina enramada de geranios, y aquel penacho de humo del «fogal» encendido, flotando como una bandera sobre la tejavana.

Otras veces nublábansele los ojos de lágrimas al recordar aquella voz dolorida, de dulce acento maternal, que una tarde, a la hora de las Animas, cuando todo era silencio y soledad en la huerta, murmuraba muy queda a sus oídos: «Vaya, para que se acaben tus tristuras; para que Dios te haga más feliz. Ahí tienes la dote que me pedías. Que no lo sepa tu padre, que está enfermo y sin poder valerse.» Y sentía cómo iban cayendo en sus manos, una a una, al compás de otros latidos de su corazón, aquellas monedas de oro que despedían olor al viejo cedro del cofre familiar.

¡El precio de una esperanza nueva! ¡De un amor que no la traicionara como aquel otro que todavía sangraba en su pecho dolorido!

Y caminaba lenta, pensativa, aspirando las auras húmedas y perfumadas de la clara mañana de invierno.

Era también la primera vez que la Priora, Sor Santa Juana, se tropezaba en la huerta con la novicia. Risueña y amable se acercó a la discípula, y mientras ésta, postrándose de rodillas, la besaba el Crucifijo, la reverenda Madre acariciábale la frente.

—Vaya,—le dijo—, he venido a hacerte compañía; a disipar tus penas; que te encuentro muy pálida y soledosa. ¡Vamos, para que veas la huerta y te recrees en el jardín!

Y asiéndola por una mano avanzó con ella por los senderos de arrayanes. Luego, fué deteniéndose ante los árboles más viejos de la huerta, para referir su historia.

Cada uno tenía su dueña y su leyenda. El almendro de Sor San José, el de las flores azules y blancas para el Sagrario del Jueves Santo; el naranjo de Sor San Patricio; el de los azahares de plata para el trono de la Purísima; la adelfa de Sor San Jerónimo, la de las flores rojas como las llagas de Nuestro Señor Jesucristo...

Luego, apartándola de aquellos lugares, llevóla por los alrededores de la huerta. Esta es—explicaba—la senda que Sor María de Jesús, la inolvidable Sierva, célebre en los fastos del Convento, la primera en la gracia y la hermosura, recorría todas las noches, bajo los cierzos del invierno, con su cruz a cuestas. Esta pared del callejón es la que quiso asaltar una noche el populacho para llevarse la Virgen de Candelaria por rivalidades de bando, disputándose la sagrada imagen. Aquella reja que está en lo alto del muro, cercana a la nave del altar mayor, fué de la celda de Sor Ursula de San Pedro. Desde aquel oscuro ventanillo, la desventurada hermana escuchó el pregón de la Justicia, en la plaza de San Miguel, condenando a muerte a don Jerónimo Grimón de Rojas, que la había raptado del Convento. ¡Escándalo inaudito, que hubo de pagar el delincuente con su cabeza, entregada al hacha del verdugo!

Aquí, en este rincón—continuó diciendo la Priora—estaba la cadena con que mortificaba su cuerpo Sor María. De este hoyo fué arrancada la piedra en que reposaba por las noches su cabeza. ¿Ves aquel brocal

del pozo? Desde allí acarreaba los cántaros de agua para regar sus plantas. Junto a él está todavía el jarro roto de Sor San Diego, enferma y paralítica tantos años.

Te mostraré ahora—prosiguió la Madre—nuestra mejor reliquia, el más preciado tesoro de la huerta. ¿Ves aquel árbol que está en el centro del jardín? ¡Pues aquella es la higuera que plantaron las manos benditas de Sor María!... Fíjate en su tronco rugoso, cubierto de enjambres de hormigas, y, sin embargo, con sus hojas siempre verdes y lozanas. De sus higos se alimentaban los pajaritos del huerto. ¡Ya probarás sus frutos, dulces como néctares!

Y halagaba las manos de la novicia, que palidecía trémula de emoción.

—¡Oh, exclamó, qué santa y qué bella dicen que era Sor María! Aldeana y morena como tú, de ojos resplandecientes y labios encendidos, fué codiciada de moza por los hombres; pero la defendió su espíritu valeroso y fuerte para resistir las tentaciones del pecado... ¡Ya, ya te contaré la historia de Sor María!...

Y tornando hacia el patio del Convento, continuaba explicándole la Priora.

—Por esa puerta se entraba al aposento.

donde la Hermana sufrió los tormentos de la Duda. Ahí fué donde hubo de reconvenir al Señor por su tardanza en acudir a su auxilio. «¿Dónde estabas—le decía—cuando mi corazón se vió rodeado de tinieblas?...» Por esta otra puerta se iba al locutorio donde recibía a los principales títulos de la ciudad (la Condesa de Puerto Llano, los Marqueses de Villanueva del Prado, la Condesa del Valle de Salazar..., que solicitaban sus consejos.) Y a aquel potentado ilustre, traficante de las Américas, dueño de numerosos navíos, que al retorno de sus viajes venía a narrarle las aventuras de sus naves en corso.

×

—Y ahora—prosiguió la Madre— mira estas estampas descoloridas por el tiempo. ¡Sor María en la aldea, con aquel sombrerillo que acrecentaba su gracia! ¡Sor María en el Convento, con su traje de lega, postrada en oración! Y esas aguas quietas y azules del lago por donde iba a San Diego del Monte, con la hilera de piedras que colocaba a modo de puente para cruzar sobre ellas sin que sus pies se manchasen de lodo...

Ya ves,—terminó diciendo—, si tiene qué

contar la vida de Sor María de Jesús. Ya te referiré otra vez la historia de sus milagros y de su muerte piadosa, llorada por todos, desde el humilde pescador al prócer de más elevada alcurnia. Ahora, a mis deberes religiosos. Tú, a continuar el paseo, que está muy clara y alegre la mañana...

La novicia besó de nuevo el Crucifijo de la Priora, que sonreía plácida, amable, prodigándole palabras de consuelo. «Sí, bésalo, que será tu Esposo...»

Y diciendo esto, la Madre, con grave prestación, alejóse por los callados claustros del Convento.

×

En la huerta quedaba otra vez sola, ensimismada y triste, la novicia. El sol seguía filtrándose por las copas de los naranjos, derramando su lluvia de oro sobre la frente pálida de la moza.

Caminaba como una sonámbula en dirección al centro del jardín. Por aquel sendero tantas veces hollado por las sandalias de la Santa. ¡Por el mismo sitio en que Sor María acarreaba el agua del pozo para verterla al pie de la higuera bendita!

Y sintió, de pronto, como una extraña sensación de sed; desconsolábale el agua fresca y clara de la cisterna. Y pugnaba por contener el deseo de acercarse a ella para verse en aquel espejo profundo y misterioso... ¡Pobre golondrina del campo, atormentada de duda y de inquietud, inflamada todavía del ardor de su sangre moza, sentía el desasosiego del Destino!... ¡Quería buscar su refugio y hacerse su nido a la sombra del árbol de la Hermana!...

Alucinación terrible de la que la sacó al instante el eco lejano del órgano entonando un cántico solemne. «¡Gloria, Gloria in excelsis!», clamaban las voces en el coro. Y su alma se rindió en oración.

Conmovida, en místico arrobó, recordaba, hermosa, las palabras de Sor María: «¿Dónde estabas cuando mi corazón se vió rodeado de tinieblas?»

X

¡Horas terribles las de aquella noche de tormento, de luchas y de sombras en su espíritu! Sentíase febril, desfallecida, enferma. Deliraba a ratos, y, en sus desvaríos, imaginábase que se le acercaba el momento soña-

do de sus desposorios; veíase festejada de todos, rodeada de canastillas de flores, y, luego, ya profesa, con su velo negro, postrada de hinojos ante el altar deslumbrante de luces.

Clareaba ya el alba; oíase en el claustro ruido de puertas que se abrían y de pasos menudos que se alejaban, y una voz muy queda, que iba diciendo en cada aposento:

—Hermana: ¡A misa de luz!...

La novicia quiso incorporarse, y no pudo. Le faltaban fuerzas, sentía extrañas palpitaciones en el corazón, un estado de laxitud y desgana en todo el cuerpo, y volvió a recostar su cabeza aturdida de la larga vigilia.

X

Por la claraboya de la celda penetraba una suave claridad de amanecer. Llegaba hasta la estancia el olor del amasijo nuevo. Oíase ya el piar de las golondrinas en la torre, despiertas al ruido de las campanas llamando a los fieles.

En el reposo de la ciudad dormida retumbaba el sonido lejano de los caracoles. Y sentíase en el callejón del Convento el tropel de los serenos en busca de los «bucios» ma-

**Drugadores... Después, todo en silencio. Sólo allá, detrás de la Recova, el ruido de la cascada del barranco...**

**Y, de pronto, un súbito rumor de paganía, alborozando los claustros. ¡La Misa de luz!... ¡La canción alegre de los villancicos entre el ruido de las panderetas y los triángulos y el silbar de los pitos imitando gorjeos de ruiseñores!...**

**Casi en éxtasis, medio adormecida por aquella música pascual llena de recuerdos, de cadencias y acentos rústicos, la novicia enferma soñaba... ¡Soñaba con su casita blanca, su cruz enramada, su parral festoneado de racimos!...**

**¡Dulce y plácido sueño si no hubiese sido el recuerdo de aquel amor ingrato, traicionero, que llevaba grabado, como un estigma maldito, en su carne morena!**



# FIGURAS POPULARES

DEL TIEMPO VIEJO

# Figuras populares

POB.

E. A.



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

# “Cambalalucha”

Ante todo quiero consignar una observación que llevo hecha acerca de esta materia. Frecuentemente se oye decir a la gente de mi edad, y yo mismo lo he dicho al juntarme con ella: «¡ Ya no hay tipos como los de nuestro tiempo !» «¡ Qué lástima, que ya no quedan tipos, tan «tipos», como los que nosotros conocimos !

A la verdad, a primera vista así nos parecemos a los setentones, pero reflexionando a solas sobre este punto, he venido a descubrir que los tipos existen hoy como ayer y como hace cincuenta años; ahora que no caemos en la cuenta de que los tipos actuales somos nosotros, los vejetes, y que si hoy no oímos que

se nos grita en la calle por los chicos, y los que no lo son tanto, como sucedía en nuestra juventud, no es precisamente porque los tipos ridículos, o los que tienen cosas propias que los hacen inconfundibles hayan desaparecido, sino porque la mayor civilización y el mayor afán de trabajo no permiten a los muchachos ocuparse de los tipos, como en nuestros tiempos, en que la falta de producción era la gran productora de vagos y graciosos maleantes, que ponían en solfa al mismo Padre Eterno, si de tejas abajo lo hubieran cogido.

Quède, pues, sentado, que un tipo quierē escribir de otros tipos, y que si aún salgo a la calle, es porque los muchachos me lo permiten, pues mirándome al espejo, en Dios y mi alma que conozco, soy figura mucho más risible que otras que conocí y reí en mis verdes años.

Sea el primero de quien me ocupē el celebrado don Antonio Correa (a) «Cambalalucha».

(X)

Una campesina llega a la tienda de D. Antonio, y le pregunta:

—Dígame, señor, ¿esta es la tienda del señor «Cambalalucha»?

El interrogado, mirando torvo a su interlocutora por arriba de los espejuelos, le replica:

—Servidor de usted. Pero dígame la gran p... ¿cuántas luchas le he cambiado?

×

Una vendedora de leche se acerca a la puerta de «Cambalalucha»:

—¿Quiere leche, don Antonio?

—¡Bueno, eche!—y le vacía medio cuartillo que don Antonio se bebe seguidamente.

—¿Quiere otro jarro?—repitè la lechera.

—¡Si usted quiere, bien!—y repite la operación.

—¿Otro?

—¡Otro!

—¿Más?

—¡No! No me cabe más..»

—Pues, cuartillo y medio, a ocho cuartos, —dice la lechera, dispuesta a cobrar el importe—, son doce cuartos.

—Muy bien—le contesta don Antonio—, Yo le doy las gracias.

—¡Cómo las gracias! ¿Cree usted que yo regalo la leche?

—Hija mía, usted así lo ha dicho.

—¿Yo?

—Sí, usted y esa boca que no la dejará mentir.

—¿Cómo?

—Comiendo, no; bebiendo fué comō la tomé. ¿No me dijiste que si quería leche? Pues yo te dije la verdad: eche. Echaste, me la bebí, y ahora ¿qué tengo que hacer? Pues darte las gracias... y aún me debes un beso de vuelta.

—¡Los guirres se lo coman cuando se muera, so pillo! ¿Pues no quiere también que le dé un beso, después de robarme la leche? ¡Miren el vejete!...

—¡Cállala, que Domingo Tejana no está más nuevo que yo!

—¡Sinvergüenza! ¡Testimoniero!

×

Este era el tipo moral de D. Antonio «Cambalalucha», cuando no picaba más alto, pues cuentan de él lances como el siguiente:

Le había llamado a su casa cierta señora para encargarle le hiciera unas cucharas aprovechando unas piezas de plata, sin uso, que tenía, y como la señora fuera algo campechana y expeditiva, y la fama de «Cambalalucha» como platero, no muy católica, entablaron el siguiente diálogo:

—Antonico, te he molestado porque quiero hacer unas cucharas y tenedores de plata de esta batea, que, como ya no se usa, la tengo perdida. Vamos a ver: ¿cuánto me cobras?

—Veamos la plata—dijo don Antonio.

Sacó una lima del bolsillo, y después de limar la pieza por dos o tres partes, le contestó:

—La plata es buena. La señora me pagará a medio duro la onza labrada que entregue, y eso por lo escaso que está el trabajo, que si no, menos de a peso, ni un cuarto. (Peso, moneda imaginaria en Canarias, equivalía a 3.75 pesetas.)

—¿Y no te parece caro, con lo malos que andan los tiempos?

—Mas escasos están, señora, los dedos de los plateros—replicó don Antonio.

—Nada, a dos pesetas te pago la onza labrada.

—No puede ser, señora. No me sale ni a peseta por día.

—Pues bueno; te daré nueve reales, pero ha de ser con una condición.

—La señora dirá.

—Que no le has de poner tiza a la plata, porque, a la verdad, me han dicho que tú te equivocas.

—¡Valgamos Dios, señora! ¿También us-

ted creē quē yō nō sōy formal? ; No haga caso a los murmuradores, que si los fuéramos a creer, nadie quedaría sano! ; Mire usted lo que son las cosas! A mí me han dicho que usted llevó relaciones con D. N., y yo nunca lo creí, ni lo creo, ni lo creeré, porque el creerlo es un pecado. También me dijeron, y por ahí lo dicen, que N... su hijo, no es hijo de su marido, sino de D. N., y ¡qué cristiano lo ha de creer! Conque no se lleve de conversaciones de gente ruin, que Antonio Correa en su oficio. es más puro y limpio que el sol de mediodía—y echando mano a la batea. metiéndola debajo del capote y se fué, sin que la pobre señora saliera del estupor que la frescura de «Cambalalucha» le produjese.

X

Si con desahogo trataba a los superiores, con los que creía sus iguales llegaba hasta la desvergüenza.

Cierto día, al asistir a una misa en la Catedral, vió que su amigo el Beneficiado Romero sorbía polvo de tabaco en abundancia, haciendo gran ruido con la nariz, «Camba-

lalucha», que en confianza ya se lo había advertido, con el propósito de escarmentarlo, sacó un cigarro, encendiólo y se puso a fumar.

Cuando los canónigos observaron la acción de «Cambalalucha», mandaron precisamente al clérigo Romero para que le llamara la atención, y como el Beneficiado lo hiciera con acritud y destemplanza, «Cambalalucha» se volvió hacia el coro y dijo en alta voz:

—No sé por qué me mandáis que apague mi cigarro, y no se ordena a los que gastan tabaco que no lo sorban en la iglesia. No creo que sea tanta la distancia que media entre la nariz y la boca.



Como la gente rústica campesina se permitía alguna chanza con «Cambalalucha», éste, cuando se le presentaba la oportunidad, se las cobraba con réditos.

En cierta ocasión, presentósele una mujer del campo con un crucifijo de metal para que se lo limpiara, pues se hallaba completamente oxidado.

Después de reconocer el metal y confirmar

que era de plata, encendió la fragua; echó bastante carbón, y cuando vió la lumbre bien encendida cogió un crisol grande, ya inútil y cascado por el fondo, lo puso al fuego y metió dentro el crucifijo, al que le había torcido los brazos ajustándoselos al cuerpo. Como al fundirse la plata, ésta se deslizaba por la grieta a las ascuas y de éstas al cenicero, el crucifijo iba menguando de tamaño y metiéndose cada vez más en el crisol. Al ver «Cambalalucha» que la cabeza del Cristo iba a derretirse, haciendo aspavientos, empezó a gritar:

—¡Señor! ¡Señor, que te ahogas! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, señor!—y cuando vió salir el humo azulado que indicaba estar vacío el crisol, púsose de rodillas junto a la fragua, y levantando las manos a lo alto y mirando al cielo, añadió con gran fervor:

—¡Señor, de metal, no; de gloria, mi Dios, de gloria! ¡Y quién me lo diría, pecador de mí, que te había de ver volar al cielo, yo, Señor, ruin gusano de la tierra!

La pobre campesina, sin comprender el motivo de los aspavientos de don Antonio, le preguntó, media asustada:

—Pero, ¿qué le pasa, criatura?

—¡Ay! ¿Pero usted no ha visto? ¡Que el Santísimo Cristo se fué al Cielo!

—¿Cómo al cielo?

—Pero ¿usted no vió salir del crisol un humito azulado?

—Sí.

—Pues en ese se fué. Y si no, mire—y tomando con unas pinzas el crisol que estaba en ascuas, se lo enseñó a la mujer para que viera que no contenía nada.

—Pues ¡qué vamos a hacer!—exclamó resignada la pobre mujer.

A lo que añadió don Antonio:

—¡Nada, hija; que el Señor está mejor en el Cielo!...



Nuestro hombre, que desde temprana edad fué un gran catador de cubas y mosquito de bodegas, más eran las noches que le entraba a la madre empapado en vino que mojado en agua, y como aquélla y sus hijas daban recepciones y saraos a gentes de su pelo y a estudiantes de sopicaldos que no le dejaban dormir la mona con la bulla que hacían, más de una vez, y para despedir a los bailadores, se presentaba en la sala cubierto solamente con la camisa de vestir, y llevando en la mano la de dormir para que la madre se la pusiera.

Con tal motivo, como era natural, se arma-

ba el laberinto consiguiénte, entre las risas de los hombres y las protestas púdicas de las damas que se retiraban airadas, terminando así las reuniones, que era el objeto que nuestro hombre perseguía.



Cuando yo le conocí encontrábase este tipo lagunero en los últimos años de su vida. Sin embargo, debajo de aquella piel amojamada de cordobán, pues según decían tenía algo de mezcla en la raza, se descubría la sangre burlesca que la alimentaba, y en las traspupilas, que dejaban ver unos ojos chiquitos, coronados de unas cejas de pelos cerriles, resaltaba la picardía truhanesca que templaba con sazón de gracia y donaires este compuesto de hombre de veras y chico de broma, rico miserable y pobre generoso; cristiano fervoroso y confianzudo con todos los Santos.

De todos modos, su físico lo hacía también muy notado. Estructura prócer, entre las que más, sin llegar a lo fenómeno; seco de carnes, pero de desarrollada osamenta; color prieto, muy prieto, y pelo entrecano y anillado; barba rala y sedosa, que confirmaba

el origen; la cara larga; los ojos pequeños y veloces; la nariz recta y proporcionada; los labios finos, con sus plegadas comisuras en una boca larga; un bigote corto dividido en cuatro partes, y, por último, en la punta de la nariz unos espejuelos de hierro, con más de una soldadura de estaño y mucho mugre en los rebordes de los cristales.

Si a esto se añade un sombrero de felpa color verde tornasolado, con ala estrecha y recta y copa de tubo de chimenea de cincuenta centímetros de altura, se tendrá la figura simpática, por lo truhán y picaresca, del célebre «Cambalalucha».

Víctor Pericano

—¿Victor? ¿Victor? ¿Ya vas a traer a Judas?

Así preguntábamos el Miércoles Santo del año 1864 a aquel mozallón que llamábamos Victor Pericano, hércules por lo prócer de su estatura y fornida naturaleza, pero niño, muy niño, por la bondad de carácter y lo amigo de muchachos que era aquel eucaliptus-hombre, primero de la especie que vino a Canarias.

En efecto, Victor paseaba su estatura de 1.87 por las calles de La Laguna, tan derecho y erguido como un alfil de ajedrez. No usaba manta, capote ni sayo. La lluvia, pulverizada por el viento que el norte traía en volandas para metérsele por el gazonate, le tenía sin

cuidado, porque, precavido en todo, habíase dado unas friegas de aguardiente de caña por el interior y exterior, que no había frío que pudiera con ellas.

Era un tipo gracioso, con mucha sal en el decir, aunque no reía sino cuando el aguardiente le rebosaba por las narices. Se libró del servicio militar por pensar torpe, si bien era de los que en el pueblo bajo cortaban un pelo en dos, habilidad ésta que le valió una tirada de bastonazos del coronel que le extendió la absoluta, cuando muchos días después de dársele persuadióse de que el grandullón le había tomado el pelo, haciéndole creer su torpeza.

Decía con mucha sorna que del camisón había pasado a usar pantalones, porque nunca se le vió en calzón blanco, como a la gente del pueblo en los días laborables, y lo más original fué que se murio sin haber gastado una peseta en comprar pantalones, porque los caballeros de la ciudad lo proveían de ropa con los desechos de su uso. Tampoco gastó un cuarto en comprar zapatos, porque no los usó ni aún en las postrimerías de su vida, cuando ya enfermo se arrastraba por las calles de la ciudad para distraer la «murria» que, según él, se lo comía, y que efectivamente lo devoró sin llegar a la mitad de la vida.

Largo de zancas, cuando se ponía en camino pocos eran los hombres que le seguían al paso. Esto y su honradez, que la tenía a carta cabal, hicieron de él un correo de gabinete en Tenerife, en aquellos tiempos en que las líneas telegráficas no habían sido tendidas en las islas y el teléfono no se conocía aún. Por todo ello nuestro hombre estaba siempre ocupado y raro era, el día que no sacaba un par de pesetas o más, jornal florido en aquellos tiempos.

No obstante esto, Victor tenía su época de trabajo continuado, y era la de las riñas de gallos. Hasta tal punto llegaba su entusiasmo por este sport y tal era su fervor de partidista, que miraba con desprecio a todo el que siendo natural de La Laguna, seguía en gallos el partido que presidía don Juan García en la Villa de la Orotava.

Una vez, no se sabe si en broma o en serio, trató de sobornarlo un sujeto, ofreciéndole una onza de oro si facilitaba la lista de los gallos que reñirían al domingo siguiente. Fué tal la paliza que le dió, que en muchos días no pudo el lisiado salir a la calle.

Por estos y otros motivos, Victor podía figurar como el caballero más cumplido. Prueba de ello y de su delicadeza en este punto,

que el mismo don Juan García más de una vez se valió de él para mandar por dinero a la Orotava, y no podía conseguir que entrara en su casa de gallos para hacerle entrega del encargo, sino que tenía que dárselo en su domicilio o en la calle, pues él decía que un partidario de La Laguna no podía pisar la casa de la Orotava.

Terminada la temporada de los gallos, comenzaba en La Laguna la de las «gallinas», y también le gustaba echar sus pesetas a los cuarenta mártires con sus iguales. Ahora bien jamás se permitió hacerlo en la mesa de los caballeros.

Como ya hemos dicho anteriormente, Víctor se dedicaba a hacer mandados y viajes de encargo, de donde sacaba para mantenerse él y su madre, tomar su aguardiente, hacer sus limosnas a otros más necesitados que él, y asearse las ropas, porque no fué hombre que se le conocieran otras obligaciones.

Con mucha naturalidad y no poca malicia, decía que tenía la suerte de que otros le mantuviesen a sus mujeres, lo que parece que era cierto, aunque por su parte jamás dió pábulo a semejantes murmuraciones. Lo único que decía a este respecto es que los favores de las hembras bastaba con que los

supieran ella, el hombre y Dios cuando les ajustara las cuentas.

Durante la época en que estaba libre del cuidado de los gallos, otra de las ocupaciones de Victor era la asistencia a todas las fiestas mayores y menores que se celebraban en cuatro leguas a la redonda, menos a las de Santa Cruz.

Todo su equipaje consistía en un palito, poco mayor que un bastón, con el que se defendía de los perros y de algún que otro pendeñero, si trataba de apurarle la paciencia, y nunca fué a fiesta alguna que no trajera, por lo menos, llena la tripa y, por lo regular, a más de esta provisión, casi siempre unos cuartos en el bolsillo, con que le remuneraban sus servicios o le premiaban sus dichos y hechos ocurrentes.

Cuéntase que habiendo ido a la fiesta de San Pedro de Güimar, donde no era aún conocido, el primer día no encontró el acogimiento que esperaba, y como al llegar la noche se encontrara molido y con ganas de descansar, no hallando quien le diera un rincón donde acostarse, se fué a ver al alcalde, que lo era aquel año don José Trinidad. Victor le pidió que lo mandara a la cárcel, por no tener donde dormir seguro. El alcalde, que presumía de atildado liberal, le contestó con

énfasis que a la cárcel sólo iban los delin-  
cuentes, esclavos de su delito, pues los hom-  
bres libres no podían ir a la cárcel.

A lo que Víctor replicó:

—Pues si es por eso, señor alcalde, pronto  
estamos arreglados—y volviéndose para atrás,  
al primero que encontró a su lado le dió una  
trompada que lo tiró al suelo.

Cuando el alcaldé vió aquello se arrojó so-  
bre él, diciendo:

—¡Vaya, gran pillo; ahora si vas a la  
cárcel, por truhán y quererte burlar de mí!  
¡Yo te aseguro que la broma la pagas en pre-  
sidio!—y llamando a un alguacil y a una  
pareja de soldados de la patrulla lo envió  
a la cárcel.

Por el camino, Víctor explicó a los acompa-  
ñantes el motivo de su arresto, y lo contentó  
que iba a la cárcel, cosa que les hizo gracia,  
y como lo vieran tan pacífico y, sobre todo,  
tan desèoso de dormir descansado y sin temor  
a que ningún pillo lo molestara, cuando lle-  
garon a la cárcel lo dejaron con el carcelero  
y se volvieron a la plaza, donde la fiesta los  
llamaba no menos que a los demás especta-  
dores.

Al verse Víctor solo con el alguacil en el  
patio de la cárcel, inmediatamente formó su  
plan de evasión, y cuando el guindilla, des-

pués de poner la llave en la cerradura, descorrer el cerrojo y abrir la puerta, lo invitó a entrar en el calabozo, dijole todo lo formal que pudo:

—Amigo, si usted tiene una «lucita», yo entraré de muy buena gana; pero, a oscuras, ni pensado, porque puede haber algún altibajo que me rompa la crisma. Saque un «fóforo», si lo tiene, enciéndalo y métase para yo verlo.

—Yo no tengo «fóforos»—replicó el municipal—sino yesca.

—Pues amigo, que lo sienta yo caminar para salir de dudas.

El alguacil, para terminar pronto, dejóse seducir de Víctor, y así que éste lo vió dentro, cerró la puerta y, corriendo el cerrojo, le echó la llave. Inmediatamente puso su defensa en las piernas tomando el camino y apareciendo en La Laguna al romper el día de San Pedro, al tiempo que señor Pepe, el campanero de la Catedral, que era su protector, repicaba las campanas anunciando el alba de la festividad de los Santos Apóstoles.

Si el lance del alguacil alguacilado había sido causa de risa y larga broma en La Laguna, no lo fué menos en Güímar, teatro de la comedia. Ocurrió que no apareciendo el al-

guacil, aunque se le buscó por todas partes, para que pusiera a buen recaudo a otros perturbadores del orden, a los que el vino había sacado de sus quiciales, le fué preciso al mismo alcalde, ayudado de los soldados de la patrulla, conducir a los detenidos a la cárcel, y como al llegar al patio de ingreso oyera gritos que salían del calabozo o prisión, dijo a los acompañantes:

—Ese debe ser el pillete de La Laguna, que mandé encerrar.

Y como estas razones las dijera cerca de la puerta, cuya llave se había llevado Víctor, y conociendo el preso alguacil la voz del alcalde, gritó con más fuerzas:

—¡Abra, señor alcalde; mire que soy Antonio, el alguacil!

Reconociólo don José Trinidad, y no explicándose el caso de tal encierro, el alguacil, entre colérico y compungido, y no sin protestar que en donde cogiera a Victor se las había de pagar, contóle al alcalde lo ocurrido, mientras llegaba el cerrajero que hubo que llamar para abrirle la puerta.

Este feliz bromazo le valió a Victor, por de pronto, un peso-duro que le dió el señor Trinidad, en el primer viaje que hizo a La Laguna después del gracioso lance y, en definitiva, el tener buena comida y cama.

en casa del don José, siempre que iba a la fiesta de San Pedro. De ello se aprovechó Víctor todos los años, mientras se lo permitió su salud.

A grandes trazos hemos visto al Víctor hombre y al Víctor pícaro, y antes de terminar quiero decir algo del Víctor niño, del Víctor amigo de chicos y muchachos, protector y defensor de nuestras travesuras. El nos custodiaba con gran solicitud, si nos metíamos en el cercado ajeno a buscar la fruta más sabrosa; nos acompañaba a coger pájaros; nos daba instrucciones para armar las trampas de las jiñeras, enseñándonos a preparar la liria para cogerlos en los bebederos; si nos descarriábamos a bañarnos, durante los veranos, en la noria de Juan de Matos, él nos vigilaba, marcándonos el punto de la charca más propio para nuestra edad y habilidad en la natación, y más de una vez, si veía que alguno perdía pie, se arrojaba al agua vestido para salvarlo, sin perjuicio de arrimarle después un par de nalgadas en castigo a su torpeza.

La influencia que ejercía sobre la gente menuda demostrábala al llevar la escultura de Judas a la Catedral, para la procesión de la Mesa de la Cena, y en la bajada de la imagen de San Roque de su ermita del risco.

En esta última función, parte religiosa y parte gentilico-profana, Víctor, que desde por la tarde se hallaba en el risco cerca de la ermita, nos juntaba, armándonos de cañas con rama, y sin distinción de clases ni condiciones, se ponía en el centro de la infantil escuadra, batiendo el compás con una caña proporcionada a su estatura, precediendo a la imagen que en sus andas era conducida de un modo privado a la Catedral, donde se le daba culto durante el año en el altar del trascoro.

Los vivos a San Roque, San Roquito y San Roquillo, con el continuo «ja, ja» entonado por un centenar de voces de chicos, formaban una tremenda algarabía.

Al llegar la imagen a las Salas Capitulares, por donde la entraban a la Catedral, la volvían hacia el público, y en medio de un fenomenal escándalo, echaba Víctor el resto de su elocuencia callejera arengando a las bulliciosas huestes.

Menos bullanguera, pero tanto más chusca era la conducción, el Miércoles Santo, de la escultura de Judas el traidor desde la casa del mayordomo de la Mesa de la Cena, antigua calle del Pino, esquina a San Agustín, al templo Catedral.

Desde temprano andaba Víctor con una gran toalla al hombro, recorriendo las casas

de los once hermanos de la Sacramental de la Catedral que cuidaban, en sus respectivos domicilios, de las imágenes de los Apóstoles que componían el paso, menos las de Judas y el Cristo, porque no queriendo ninguno cuidar la de Judas, y no pudiéndolo dejar en los almacenes del templo porque la monigotada de la Catedral la hacían blanco de sus juegos, desde muy antiguo tenía acordado la Corporación que el mayordomo cuidara de la del Cristo, llevando de contrapeso la de Judas. Con esta medida acertaron, porque siempre será Jesús, no sólo el contrapeso de todos los Judas, sino el antídoto para todos los traidores y sus cábalas.

Tan pronto aparecía Víctor con la imagen de Judas, decía en voz baja a la docena de chicos que le esperábamos:

—Ya tengo a este «ladrón repeinetero»; ahora pasada la esquina os lo enseño.

En efecto, en cuanto llegaba al lugar indicado, le daba vuelta a la imagen y decía:

—Aquí tienen a este sinvergüenza, calvo del «badajo»—y le arrimaba un par de cachetes, simulando con la lengua el chasquido del bofetón, lo que nos producía gran risa.

Por último, dándole pena del castigo, lo entraba en una de las dos bodegas del tránsito. En la primera hacía poner dos cañas de

aguardiente, y ofreciendo una a Judas, se tomaba él la otra. Después, tras breve pausa, bebíase también la de Judas, diciendo:

—Sí, disimula, grandísimo borracho; quieres engañar a estos niños, pero no te vale.

Luego tomaba la escultura en brazos, llevándola a la tienda de la otra esquina, donde se repetía la operación anterior, dirigiendo a Judas un diluvio de insultos, denuestos y palabras gruesas, que los del coro aplaudíamos y reíamos hasta la misma puerta de la Catedral.

X

En la historia de nuestra bohemia callejera, bien merece lugar destacado este «personaje» lagunero, truhán y simpático, mezcla de pícaro y de hidalgo. ¡Todo un tipo representativo de la flor y nata de la antigua hampa isleña!

**BIBLIOTECA CANARIA**

# **CUENTOS AL MINUTO**

**POR**

**FRANCISCO GONZALEZ DIAZ**



**LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)**

**Santa Cruz de Tenerife**

## Mi número cuatro

Nadie se imagina el aplomo que da al que escribe, en Canarias, la certeza de tener cuatro lectores. ¡Si yo tuviera cuatro lectores, ¡qué cosas escribiría!

Sólo tengo tres, ya lo he dicho: El Director, el cajista, que me mete mano, implacable, y yo, pecador. ¡Si tuviera cuatro!

A veces pienso en mi cocinera para agregarla al terceto y formar el cuarteto; mas ¡pobre de mí!, no dispongo de una cocinera

propia, quiero decir consagrada a mi servicio exclusivamente, y las ajenas no me hacen al caso. Aún disponiendo de una que fuese mía en cierto modo, de seguro no sabría leer, como buena sirvienta canaria, y lo probable es que no supiera escuchar tampoco, por la propia razón de su insularismo.

Así que, descartado el supuesto de la cocinera leyente u oyente, no puedo como Molière contar con una admiradora en la cocina.

¿Recurriré a mi perro, y me hará el número cuatro ese noble cuadrúpedo, tan dócil, tan fiel? Supongo que me oirá y me entenderá; pero no me inspira una confianza absoluta, porque me viene a la memoria el fracaso ocurrido a Newton con un animal de esa especie que se llamaba «Diamante».

El perro del gran sabio le destrozó unas hojas en que había consignado las cifras de unos cálculos y unos problemas trascendentales. Newton se desalentó, desistió de rehacerlos y dijo aquellas palabras célebres:

—¡«Diamante», «Diamante», nunca sabrás el daño que has hecho al mundo!

Rechazo, pues, a mi perro en clase de lector, no sea que el desastre se repita y el mundo salga perdiendo mis perogrulladas.

¿Y una doméstica de mano,—así las llaman

en Cuba,—una fregatriz, una lavandera, una planchadora, no me sacaría de apuros? ¿No me daría el anheladísimo número cuatro?

Recuerdo el percance acaecido a Carlyle con una de esas, y renuncio. La fámula de Carlyle le destruyó el manuscrito del primer tomo de su obra «Historia de la Revolución francesa», por haber utilizado sus páginas para encender el fuego de la estufa. El ilustre historiador, al revés de Newton, rehizo su trabajo.

Yo no quiero rehacer nada, que harto me cuesta hacer, y no soy Carlyle.

Rechazadas la fregatriz, la lavandera, la planchadora...

X

He hecho la prueba de dirigirme a un mozo de cordel, y le he preguntado:

—Dígame, buen hombre, ¿usted será sin duda analfabeto, puesto que nació en Canarias?

—No me falte, señor, que yo no acostumbro faltar a «naidè». «Anacleto» será su «mercé»,—me respondió.

—Mi pregunta no es una ofensa, amigo. Quería saber si usted sabe de letras.

—Ni tanto así—y se llevó a la boca el dedo meñique.

—Pues con todo eso, yo desearía leerle estos articulitos a ver qué le parecen. Cosa de dos minutos.

—Lea su «mercé».

Leí, y el ganapán oyó abriendo mucho sus ojos atónitos. En seguida prorrumpió:

—«¡Ta güeno! ¡Ta güeno!»

Yo, que pensé haber asegurado el número cuatro de mis lectores, púseme alegre y repetí:

«¡Ta güeno!»

Pero al cargador «le salió» una carga, se fué, y no sé en donde encontrarlo.

La otra tarde, abordé respetuosamente a un pastor que venía montaña abajo detrás de un rebaño de ovejas, envuelto en la polvareda rojiza que levantaba el lanudo y astado pelotón.

—Pancho,—le dije (en Canarias los pastores se llaman Panchos, y si no, se llaman Pepes o Juanes), óigame usted un momento...

—Hable su «mercé»...

—No hablo; leo. Escuche...

Y le leí otro articulillo. ¡Un bōdrio ex-  
célente!

Pancho—debía llamarse Pancho, porque no  
rectificó—estúvome atento y me juzgó loco  
de remate. Mientras yo leía, él miraba a sus  
animales tiernamente.

—¡Arreniego del demonio! Cúidese su  
«mercé»...

Y le largó un palo tremendo a una ovē-  
ja que se le había descarriado...

Nada, nada... Mi número cuatro no está  
en ninguna parte; ni en la ciudad, ni en el  
campo, ni en el monte.

# El leñador

El leñador rēgrēsa del campo al caer las nieblas vespertinas. Envuelto en ellas avanza, y tiene no sé qué de horrible y fantasmal... Con su hacha al hombro, su caballería cargada de despojos negruzcos e imprecisos bajo la cerrazón crecientē, evoca la silueta de un verdugo que vuelve de cumplir su faena horrorosa y trae desmontada a lomos de una bestia, no más bestia que él, la armadura del patíbulo. Ora surge rojo, iluminado

por los últimos destellos solares que le ponen en el rostro una mancha sangrienta, ora negro, bañado en la sombra de su botín... La noche le va a los alcances.

Se aproxima como un temblor de la naturaleza, y yo tiemblo, herido por emociones y supersticiones que me embargan el movimiento, me roban la palabra. Hélo aquí ya. Llegó, pasó, se desvaneció entre las cosas inmóviles que lloran a la aproximación del crepúsculo... Se lo lleva la bruma como un espectro...

Pero yo me aproximo tembloroso a su carga, y examino el fruto de su pillaje. No son maderos del cadalso; son grandes y pequeños latrocinios consumados en un merodeo voraz de rata campesina. El leñador ha cortado en el monte mucha rama de los fuertes pinos, dejándolos mutilados y maltrechos; ha recogido de la tierra a brazadas ansiosas los residuos del bosque que se desnuda en brazos del Otoño, y al pasar luego por las huertas ha cortado miembros de los árboles frutales, dorados poéticamente por la amarillez del melancólico Octubre. Al pasar por los jardines ha arrancado las últimas flores pálidas, desmayadas como mujeres histéricas... Con las flores, las plantas maternas también...

Todo ese tesoro furtivo de saqueos escandalosos se agitaba sobre la cachazuda acémila, cuyos cascos sacaban chispas a las piedras de los senderos en la santa paz de un anocheamiento dulce como el beso de una madre... Y el hacha, devastadora, que siega los cuellos criminales, que cercena cabezas de reyes mártires y de encarnizados asesinos, estaba perfumada del olor de sus víctimas inocentes... Oía a resina, a brezo, a rosas... Diríase que iba a ser depositada como ofrenda en las gradas de un altar.

×

Pero, sin embargo, lo que pasaba ante mí me recordaba el oficio de enterradores y foseiros. Aquella carga heteróclita iría a podrirse y desvanecerse en el regazo de la tierra de donde salió, o se dispararía en humo voluble y vano...

Maldije al leñador, maldije su tesoro...

—Como la Muerte—le grité—, todo lo metes en tu saco, sin distinguir. Te da lo mismo una promesa que una caducidad, un cardo que una rosa... Y no adviertes el duelo de

los seres inferiores al ser maltratados, desmembrados, destruidos. No adviertes que luchan, débiles, contra tu fuerza y te execran y abominan con el aliento de sus aromas... No oyes que te gritan: ¡asesino!...

El leñador levantó el hacha en ademán conminatorio. Tuve miedo de ser «talado»...

—¡Ah! ¿Acaso eres la Muerte tú?

Y corrí, lleno de espanto, a ocultarme en el seno de mi amante la Noche.

# Uno que se escapó del infierno

No del infierno de la vida, cuyas puertas nos abre la muerte, sino del otro, que es una continuación y una agravación del primero.

Se concibe la dificultad de esa escapatoria. Si nuestras prisiones terrenales tienen una guardia posiblemente corruptible, las infernales deben estar guardadas y defendidas bajo una vigilancia tan rigurosa, tan férrea, que

el solo intento de romper la clausura implique un caso de demencia diabólica, con las agravantes del penal maldito y los castigos de la soberbia satánica, pues el Malo no perdona ni indulta como Dios y como los reyes de nuestro mundo.

Estarán bien guardadas las salidas. Junto a los freideros habrá piquetes de demonios armados que, después de fritos, tendrán la misión y la responsabilidad de la custodia sobre los que se tuestan, se guisan y se socarran a fuego vivo constantemente alimentado. Si alguno de los réprobos en funciones de fruta de sartén, quiere escapar a las llamas eternas—eternas porque se renuevan sin descanso y ningún huésped del gran quemadero puede esquivarlas,—si alguno trata de evadirse saltando el pavimento que abrasará como el piso de un horno, inmediatamente será cogido por los guardias y devuelto a las freidurías de Satanás.

Supongo que en la construcción de los Infiernos no se habrán aplicado las reglas de nuestras arquitecturas; que en aquella fábrica, para nosotros incomprensible, no habrá huecos a la calle, portaladas, ventanas ni balcones. Que tampoco habrá torres militares, almenas, puentes levadizos ni fosos, cual los de

nuestros viejos castillos. Que no será la mansión de los condenados una casa árabe cerrada, con una sola puerta, ni un hipogeo egipcio, ni un laberinto cretense, ni menos una fortaleza rusa, palacio y cárcel, al modo del Kremlin. No sé lo que será esa magnífica ratonera de Lucifer; pero de seguro ofrecerá enormes obstáculos al ingenio y la audacia de los prisioneros que intenten escaparse.

Y, sin embargo, uno se fugó una vez. Consta el hecho inaudito en los anales del gran Imperio Rojo; registrado puntualmente por el mismo Luzbel, emperador y cronista. No se sabe cómo fué aquello, pero fué. Se ignora el nombre del evadido y las circunstancias de la evasión, pero el acontecimiento inverosímil cumplióse. Las crónicas del Averno se callan los detalles, porque el Diablo, redactor, historiador, se percató al punto de que no convenía pormenorizar, atendiendo consecuencias del ejemplo peligroso. Allí se menciona el milagro sin mencionar el santo, digo, el diablillo que tomó las de Villadiego.

Según se consigna en el documento, custodiado en los archivos satánicos, nadie pudo jamás explicarse aquella fuga. Todavía, cuando Satán se enfurece y echa azufre por todos

los poros de su cuerpo cabruno, cuando maldice y amenaza, suele decir:

—Acuérdate, demonio, de que una vez me la pegaron. El timo no se repetirá. El que no está contento, dígamelo, y la suma de vapuleos y tizonazos le será aumentada hasta satisfacerle. He tomado mis medidas. Aquí no hay alegría, sino pólvora, quemazón, coscorrones y ácido sulfúrico...

×

El diablejo escapado, al encontrarse fuera del Infierno, tuvo que caer en congoja y perplejidad indecibles. ¿Adónde iría?

El mundo, que abandonó de buena gana, no le atraía de ninguna manera. Eranle harito conocidas sus miserias, sus tormentos, sus engaños y sus ruindades. Pena disminuía, pero pena atroz. ¿Volver allá? Ni por pienso. Antes reingresaría en el Infierno infinito, donde, por lo menos, tenía algunos tamaradas que le querían bien, algunos compañeros cariñosos.

¿Se acercaría al cielo y pediría contritamente que le admitieran? ¡Locura! Del In-

fierno no se subé al cielo, aunque se sufran eternidades de expiación. Intentólo, no obstante; subió con mil trabajos destrozándose las garras, perdiendo las alas, rompiéndose los cuernos, y el portero celestial, San Pedro en persona, le echó a cajas destempladas.

—¿Cómo te atreves... —le gritó enfurecido, lleno de una divina cólera espantable,— a venir aquí?... ¡Baja, baja, condenado de Satanás! ¡Uf! Este olor a azufre, este tufo del Infierno, me ahoga...

Y encendió todos los pebeteros del paraíso.

El fugado quedóse entre cielo y tierra, vagabundo. Quizá vuelva a la cárcel eterna; quizás, convertido en bólido, caiga sobre nosotros cualquier día...

## Parar la rueda

Sueño siempre en mis noches turbadas porque tengo mal estómago, y mis sueños me embellecen la realidad, o me la agravan y afean, según su color.

Anoche soñé que había parado la voltería rueda de la Fortuna. Véase cómo:

La rueda pasaba y volvía a pasar. En su movimiento giratorio, agitaba la atmósfera e iba atrayendo y recogiendo seres que se asían con todas sus fuerzas a sus radios. Al

dar una vuelta completa, los que llegaban arriba, los que tocaban la culminación del viaje circular, poseían durante un minuto—un minuto en el espacio de la vida humana, una cantidad de tiempo inapreciable en la historia y realmente nada en razón de lo eterno,—poseían, digo, la riqueza, los amores felices, los honores, los placeres, todas las potencias y todas las capacidades, las dominaciones de la tierra y las alegrías de la hartura. Transcurrido ese minuto, ya estaban abajo, desposeídos de cuanto poseyeron, desengañados y llorosos, víctimas del recuerdo del aparente bien fugaz.

Querían subir otra vez, y la rueda les rechazaba. Tendían las manos ansiosas para cogerla al paso, pero la rueda les despedía lejos con las violentas ráfagas de aire que levantaba y desataba en su rápido giro. Caían, se incorporaban, corrían en pos del gran círculo radiado, invocaban el favor de sus dioses. Todo inútil. Ya no tornarían a elevarse hasta las cimas del poderío, la opulencia y la felicidad. «*Non bis in idem...*»

En cambio, miraban ascender y caer, rodar entre el montón de los apeados y los desgraciados, a muchos que, lo mismo que ellos, subieron y bajaron al soplo de un suspiro

del padre Cronos, el mayor monstruo de los monstruos devoradores...

Otros, en fin, ni aún lograban agarrarse a la rueda, por más que lo intentaban mil y mil veces, burlados en cada tentativa. Estos eran la mayoría apenada y triste, los que el mundo llama «desheredados». Su herencia es la sentencia de no realizar el ascenso ni sufrir el quebranto de la caída, porque se están quedos en la desgracia común, o sea la privación de los goces falaces, elementos de la fortuna.

Y otros, por último, se desesperaban pretendiendo detener la rueda, fijarla, clavarla, en su provecho; que ni subiera ni bajara, aunque realmente ella ni baja ni sube, sino que suben y bajan sus adheridos transitorios. Había, también, individuos cuyo anhelo egoísta se cifraba en detenerla por el gusto de detenerla, para que ningún privilegiado disfrutase los favores de la buena suerte y luego llorase los rigores de la mala, oposición de la luz y la sombra que nos dá íntegro el cuadro de la existencia sobre nuestro planetilla.

Y yo—el sueño nos cambia, nos reconstruye,— experimenté el triste afán de estos últimos, alumnos del egoísmo. Quise,

simplemente, detener la rueda. Ya que no conseguiría aferrarme a uno de sus bordes, hacer el viaje completo, subir, bajar, caer, alzarme y correr tras su ligereza, recordar la dicha gozada y espiar su regreso; ya que no correspondía figurar en el número de los no llamados, vivir en la actitud estática de los que esperan y se desesperan, prisioneros de un dolor monótono, intenté parar la rueda volitaria, sin más codicia ni más pensamiento. Pararla de un golpe, y que no girase en beneficio ni perjuicio de ningún mortal.

Pasaba veloz como una ilusión de la adolescencia, y un adolescente sonrosado y tras-puesto tomó ímpetu para sujetarla, vuelo de pájaro en Abril...

Yo, entonces, como un cíclope, como un Polifemo, de un manotazo la detuve...

Cesó de moverse. Cesó de moverse todo. Se hizo un silencio absoluto, aterrador, el silencio del caos...

Y desperté en la explosión de un gran alarido, cuando iba a saber lo que sucedería por haberse parado e inutilizado definitivamente, para producir el mal y el bien, la rueda de la Fortuna...

# El pecado inmortal

«Si tu brazo pecó, corta tu brazo»: palabras que se leen en el Evangelio y dan mucho que pensar. Tomadas al pie de la letra, definen el pecado como un daño físico, lo localizan, lo materializan. La teoría de Gall, en versión ética. Si se aceptan en sentido de figura—así creo yo que deben interpretarse, y todos los libros santos forman una inmensa selva de imágenes figurativas y simbólicas—entonces adquieren significación recta. El pe-

gador adocenado suele atenerse al literalismo de las Escrituras. No está en condiciones mentales de desentrañar el sentido oculto, que es el verdadero. Debajo de la corteza no percibe la savia, la substancia viva.

Y hubo una vez un pecador de esa especie que aferrado a la traducción literal, quiso, para matar la culpa, matar el órgano ejecutante o mandatario. Su arrepentimiento y su cólera vindicativa recayeron, irracionalmente, sobre las causas segundas, con olvido de las primeras. Se desentendió de los fenómenos interiores para atender a sus efectos externos; apartó su vista de los hondos manantiales para seguir y perseguir sus filtraciones a flor de vida y flor de tierra. Y, empeñado en curarse con una cirugía eliminadora, se fué mutilando poco a poco.

—Mis ojos pecaron—se dijo,—puesto que se deleitaron, lúbricos, en contemplar cosas nefandas y abominables. Entró por ellos la sugestión diabólica en mi santuario interno. Depravaron mi conciencia. Aprehendieron e introdujeron mil huéspedes pecaminosos, mil motivos corruptores, en mi fortaleza espiritual. ¡Afuera mis ojos! Y se sacó los ojos.

Ciego, «vió» en seguida que sus ojos no eran el único vehículo conductor del mal del

espíritu, la temible ponzoña. Los oídos se abrían, más agudos y más penetrables, a la percepción de lo prohibido. Por aquel conducto se insinuaban las tentaciones de Satanás.

—¡Tapémoslos —exclamó—; tapiémoslos como un muro granítico levantado entre la conciencia y la realidad perversidora! Y se los obstruyó.

Sordo, «oyó» luego que sus pasos resonaban en la vía maldita con estrépito inquietante. El polvo que alzaban sus pies le envolvía, le cegaba... Ese polvo era «la atmósfera de la culpa». No podía dar un paso sin empolvarse. ¡Fuera mis piernas! sentenció. Y las piernas quedaron cercenadas.

Inválido de las extremidades inferiores, comprobó que las superiores pecaban escandalosamente palpando lo infame, lo feo y lo sucio. Y se las extirpó.

Libre de todos esos miembros y agentes delictuosos, vino a advertir que por el órgano olfativo se deslizaban perversiones horrendas en su ánimo enfermo. Desesperado, se cubrió todo el rostro. ¡El pecado está en el ambiente! concluyó. Los sentidos me sobran. ¡Fuera mi nariz culpable! Y mandó le tajaran la nariz.

Sin ojos, sin oídos, sin manos, sin piernas

y sin narices, todavía pēcaba su boca golosa, amiga de la gula. Y condenó su boca, y le negó el placer gustativo de ningún manjar, el saboreo capitoso del beso femenino, la absorción de los licores revolucionarios. Y todavía el Malo, frecuentador de infinitas sendas sutiles, se le metía muy adentro, muy adentro...

Pensó, loco, en si debería cortarse la cabeza. El pensamiento revolviase en su cerebro, siempre rebelde, siempre pecador. Imposible—gimió—, imposible matar el pecado.

Los sentidos estaban muertos, las receptividades físicas obstruidas, y el enemigo no se alejaba. Extingamos—rugió—el fuego del hogar; apaguemos el foco de estas llamas del Infierno.

Y ordenó que le cortaran la cabeza.

# Detener el pensamiento

¡Soóorro! ¡Detenèdle! ¡Libradmè de su persecución!... Así gritaba por las calles de la ciudad un hombre a quién seguía una turba de pilluelos desarrapados. Los chiquillos le apedreaban, le ladraban los perros, le arroñaban inmundicias al rostro las alegres comadres al verle pasar, siempre descompuesto y horrorizado.

Y repetían con él, en el mismo tono de sú-

plica angustiada, por seguirle el tema de su locura: —¡Detenedle! ¡Socorro!...

El orate—porque ya habréis comprendido que era un insano,—estacionábase junto a las puertas desde donde sus convecinos le remediaban, y se daba manotazos en la frente, y pedía auxilio con voces estremecedoras.

Otras veces íbase al río próximo, sumergía la cabeza largo rato en su corriente, y sus gritos entonces hacíanse tan agudos, tan lastimeros, que nadie podía sufrirlos. Sólo la chiquillería malvada, insensible a toda pena, se regocijaba con aquel martirio espantoso.

¡Detenedle! ¡Libradme de su persecución! Quería el desgraciado que le sacaran de dentro del cráneo a su enemigo, un enemigo que no le daba cuartel.

En una de sus crisis más extremas, cogió un afiladísimo guijarro, y se hirió en una sien gravemente, porque se había propuesto abrir por allí una brecha y extraer, costara lo que costara, «al infame», según decía.

—¡Ya sale!—clamó—. ¡Cójánmelo!. ¡No dejen, por los clavos de Cristo, que vuelva a entrar! Recompensaré al que lo mate; mataré al que le ofrezca asilo o lo tome bajo su amparo.

Mas, en seguida volvió el sin ventura a sus clamores, advertido de que el prisionero renunciaba a la libertad.

—¡No! ¡No ha salido el diablo! ¡Entren y sáquenlo, cueste lo que cueste! ¡Deténganlo, por amor de Dios! Daré mi piel toda entera a quién me lo entregue muerto, aunque mejor será que yo no lo vea, ni lo vea nadie. Le daré mi cerebro, que para nada me sirve.

Las burlas redoblaban. Las comadres y los muchachos le decían al demente que su enemigo no moriría hasta que él en persona muriera.

El lunático replicaba: —Pero si morí ya, y el maldito no muere. ¡Socorro!

Toda la ciudad estaba alborozada y sobre-  
excitada, como en una fiesta perpetua. La  
exigua minoría de los pensantes, sin embar-  
go, temía contagiarse con la extraña locura  
de aquel loco único. Y muchos de ellos empe-  
zaban a golpearse la cabeza y «a pensar» que  
tenían también dentro «al enemigo» traidor  
en emboscada temerosa. Los no pensantes  
reían, reían...

Al fin el lunático, con la idea fija de que  
se había muerto y el pensamiento no se mo-

ría ni podía morir, se encerró en una tumba.

—Vamos a ver—dijo—, si ahora se acaba mi desgracia; vamos a ver si duermo tranquilo, que harto me pesan el desasosiego y el insomnio.

Pero salió del sepulcro como un resucitado y gritó a los cielos y la tierra, a lo visible y lo invisible, con los últimos alientos de su espanto y de su demencia:

—¡Socorro! ¡Detenedlo! ¡Libradme de su persecución!

Era el más dramático de los locos. Buscaba en presente lo que pertenecía al pasado; perseguía a un desaparecido que sólo vivía en el castigo de su aterrada memoria...

«La funesta manía de pensar» le había conducido a la locura absoluta, vacío del pensamiento.

## Maneras de escribir

Los escritores, hasta los más altos e ilustres, son también «animales de costumbre». Tienen sus hábitos para escribir, muchas veces ridículos. Victor Hugo escribía de pie ante un elevado pupitre, con pluma de ave; y dicen que no podía hacerlo en otra forma. El autor de «La Leyenda de los siglos» se rascaba a cada momento la cabeza, mientras funcionaba su cerebro cósmico. ¡Era, sin embargo, Victor Hugo!

Balzac encerrábase herméticamente y, en pleno día, encendía todas las luces de sus aposentos. Necesitaba una iluminación exterior profusa, torrencial, que correspondiera a su iluminación interior. ¡Balzac se iluminaba y se quemaba escribiendo! Entre esos ardores, entre esos fulgores, elevó sobre sus hombros hercúleos la pirámide de «La Comedia Humana».

Paul de Kock—perdonad lo irrepetuoso de este nombre junto a aquellos nombres,—quería la presencia de un gato y, en fuerza de pasarle la mano por los lomos, lo despedlejaba al mismo tiempo que escribaneaba sus picarescas novelas, encanto de modistillas y dependientes de comercio. ¡Paul de Kock se inspiraba en la travesura felina, porque se sentía gato, ansioso de irse a su tejado!

«Et sic de cæteris...» Siempre hay congruencia entre el que escribe y el modo cómo escribe. Nuestro refinadísimo Valle-Inclán trabajaba tendido en su lecho, sobre una tabla que sustituía a la mesa-escritorio. Tenía un repuesto de plumas inagotable, y las rompía con furia cuando las ideas tardaban en acudirle. El señor don Ramón «de las barbas de chivo», gran gallego, testimoniaba así el super-galleguismo y aún el super-hispanismo

que campean en sus obras preciosas. Escribir en posición horizontal, como quien juega descansando, y por arranque impulsivo romper las plumas si la inspiración tarda en presentarse, es rasgo de muy hidalga gallardía. El ruiseñor se despluma mientras se desespera por sublimar su canción. Así escribiría Petronio.

Nada sabemos respecto a los antiguos en este punto. Yo me imagino a Petronio como queda expresado, y a Aristófanes, doblada la frente bajo una guirnalda de pámpanos, medio beodo mientras urdía sus lindas comedias. Y a Séneca con un buho por compañero en sus lucubraciones filosóficas.

Nada sabemos en cuanto a las manías profesionales de los autores antiguos; pero, según su carácter, se puede conjeturarlas. Idealistas, materialistas, optimistas o pesimistas, cada uno procedería conforme a su índole psicológica o su estatuto fisiológico. Valle-Inclán era un cisne en nuestra literatura moderna, donde tenemos tantos pavos y tantos cerdos... El rompía las plumas; otros se las tragan, y les cuesta una indigestión. El se tendía de espaldas a escribir; muchos se tienden en sentido opuesto.

Hablaba yo de estas menudencias intere-

santes con uno de nuestros noveles escritores.  
Me quedé sorprendido de sorprenderle en posición de grulla, firme sobre el pie izquierdo.

—¿Y qué hace usted del derecho?—le hu-  
be de preguntar.

Lo desdobló, lo extendió, lo miró atento y se lo acarició.

Entonces, de un golpe, comprendí.

Comprendí por qué dicho literato es pé-  
destre... y pedregoso.



RAFAEL AROCHA GUILLAMA

# CUENTOS

La educación de los hijos.

El Hermano.

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

# La educación de los hijos

Todas las tardes iban Guillermo y Ricardo por la carretera de Gracia, a la hora del crepúsculo, engolosinados con la ocasión de ver a aquellas costureras que, como una aparición florecida y atrayente, se dirigían a sus hogares, de vuelta del trabajo. Llegaban raudas y risueñas, en pelo, ceñidas con el manto de flecos sugerentes, y en la semipenumbra del camino sus rostros bellos se encendían de rubor... Aquel encuentro diario estaba vitalizado por el amor como un rosal que se riega cotidianamente y que revienta en rosas y capullos...

Guillermo se embarcó para América y Ricardo continuó solo aquellos paseos románticos. Las dos muchachas seguían cruzándose con él al atardecer y la elección del presunto novio se fué precisando poco a poco. Aquella morena de pelo negro y rostro pálido, que se iluminaba suavemente con el carmín del pudor, parecía una virgen de ensueño a esa hora misteriosa y divina del véspero...

La vieja ermita, enjalbegada de blanco, tenía el encanto conmovedor de las cosas antiguas y el muchacho, al pensar en María, creía muchas veces que era la virgen de Gracia, ruborosa y casta, que descendiera de su trono ermitaño para mezclarse a los mortales y endulzar las horas amargas del temporal de este mundo.

Por eso le asaltaba alguna vez, cuando mayor era la sugerencia emotiva, el deseo de santiguarse ante su presencia rezando el Bendito...

Hay un júbilo divino en esa edad primaveral de la vida, que se traduce en impulsos generosos hacia algo ideal inexprésable, en emociones íntimas de un culto de adoración al ser amado, en equivocaciones encantadoras... y en otras tonterías más o menos trascendentales.

Primer domingo de Agosto. El santuario está rejuvenecido con su reciente, blanquísima vestidura y hasta el balcón—aquel balcón florido que semeja la viviente plasmación del ensueño de un poeta,—parece reír más intensamente. El campanario, donde suena incansable la campana, ostenta su adorno de geranios rojos como un airón romántico en la dulzura mística y suave de la ermita. Frente a la puerta de entrada, dos hileras de mástiles donde flamean banderas multicolores, aparecen adornadas de follaje de laurel y haya. Las cajas grises de las campesinas con sus ringleras de turrónes ceñidos de cintitas de papel rojo y verde, forman juego con los puestos de garbanzos tostados y con las cestas de «feria», donde las vendedoras espantan las moscas con una ramita verde en la mano.

Allá enfrente hay un ventorrillo con sus lienzos blancos, sus racimos de plátanos, sus garrafones de vino y su apétitoso, penetrante, característico olor a carne en adobo. Y por todas partes mujerío emperifollado y ondulante, en ranchos tremantes de entusiasmo, «magos» endomingados, chiquillos con trom-

petas y pitas de colores, gritos, risas, acordeones, guitarras, efluvios de incienso, de licores, de flores y de perfumés.

Ya sale la procesión. La Virgen, de perfil helénico, esbelta, atrayente, avanza en su trono, con una rosa en la mano, entre aromas de incensarios, repique nervioso de campanas, estampidos de voladores y voces de júbilo. La carretera está cuajada de gente. La pequeña cuesta frente al Santuario, ofrece el vaivén pintoresco de una muchedumbre abigarrada.

María Guadalupe, la dulce, encantadora costurera, marcha detrás de la procesión con sus amigas. Junto a ella Ricardo Jiménez le ofrece sonrisas tiernas, palabras emocionadas y turronec de anchas obleas eucarísticas. Y al entrar de nuevo la virgen de Gracia en su ermita, María le reza sus últimas oraciones. Su rostro suave, donde mora el recato honesto, adornado con el velo transparente que deja entrever la magnificencia de su cabellera endrina, ligeramente perfumada de jazmín, parece el emblema de la espiritualidad y en el corazón de Ricardo, al contemplar aquella mujer, late el impulso hondo y vigoroso del varón de recia personalidad, heredero de una honrada estirpe de tradiciones heroicas, que se propone construir un hogar tal que pueda

llamarse digno de la hidalguía de sus antepasados.

### III

A las ocho de la mañana de un día claro del mes de Octubre, entraba en la iglesia de Santo Domingo el cortejo de boda de Ricardo y María. Don Manuel, el sochantre, preludia en el órgano una marcha nupcial y con voz robusta canta un himno, mitad aprendido, mitad improvisado. El espíritu invisible y creador del Amor, como un aleteo fecundo y santo de renovaciones y de ternuras hondísimas, se dilata rumoroso por el templo estremeciendo las vidrieras y despertando en el corazón el anhelo de la inmortalidad.

Los novios, ante el altar, pronuncian el «sí», esa fórmula embriagante del matrimonio. Empieza la misa, en la que comulgan. El párroco lee luego la epístola de San Pablo a los nuevos esposos, que se miran sonriendo. Sonrisa que es una promesa de entrañables dulzuras y santas, trascendentales responsabilidades, aceptadas con toda la decisión de quienes tienen del matrimonio el

concepto profundo de las personas espiritua-  
listas que se dan cuenta del altísimo destino  
de la Humanidad.

Los anises de la boda constituyen el re-  
gocijo y la algazara de monaguillos y otros  
rapaces agregados, que siguen el cortejo lar-  
go rato con pedigüña insistencia. Los espo-  
sos, dichosos y rebosando alegría, van a su  
casita, en los contornos de la Cruz de Piedra,  
nido de amor santo, palacio de ensueño donde  
el dios Himeneo despliega los velos acarician-  
tes de todas las ilusiones. Homénaje a la tra-  
dición patriarcal de los antepasados, como una  
promesa seria y confortadora, en su cumpli-  
miento, de un culto ferviente al hogar. ¿Qué  
concepto tienen las modernas generaciones  
acerca de la santidad del matrimonio, cuando  
van a pasar la luna de miel lejos de su pue-  
blo natal, entre gentes extrañas, exponiendo  
el velario pudoroso del santuario conyugal a  
la indiferencia burlona de los mozos de hotél?  
Cosas de los tiempos. Con los adelantos de la  
civilización y las nuevas costumbres se ha  
perdido el sentido profundo y sereno de la  
vida.

Comida de boda, entre la alegría y el  
holgorio de los comensales, regada con el  
vino tinto del país, perfumada con licores  
confortantes, coreada por la risa y la broma,

embellecida por el encanto honesto del buen gusto que preside la mesa.

Un poco de música. El baile respetuoso y típico de las folías, la armonía serena de la isa y un poquito de vals ondulante...

#### IV

Solos se hallan ya María y Ricardo, y en el beso prolongado y hondo en que sus bocas se juntan con toda la plenitud del amor creador, va unido el propósito de transmitir al hijo la fe de los padres, esa fe de hondísimas raíces ancestrales que al infundir las cualidades de la sangre y de la raza, imprime al nuevo ser el rumbo ideal hacia las alturas.

Empezaba la labor trascendental de preparar los caminos para el que había de venir. Labor llena de responsabilidades, de dulzuras y de sacrificios, misión sagrada del hombre que coopera a la ordenación de Dios trayendo a la existencia nuevos seres que canten sus alabanzas. El hombre siembra el terreno y de lo alto viene el espíritu y se aloja en su cárcel temporal de barro. Barro de arcilla, barro de rosas carnales; retoños encantadores del árbol de la Humanidad donde se vierte la luz de los cielos.

# EL HERMANO

## PRIMERA PARTE

### I

El niño Gregorio tenía cuatro años y se llenaba de regocijo cada vez que salía de paseo con su hermano Francisco. Vestía una batita azul muy limpia, —su madre le adoraba y tenía siempre gran cuidado en que saliese vestido decentementè,—y era llevado de la mano por el hermano mayor, quien distribuía su atención entre el pequeñín y un perro negro de «cuatro ojos» al cual siempre bañaba en el Tanque Grande.

Grégorio se divertía viendo al animal nadar presuroso a lo largo del estanque procurando salir pronto de aquel mal paso que parecía ser muy molesto para su tranquilidad perruna.

Y su diversión adquiriría caracteres hiperbólicos cuando veía a «Peleón» revolcarse resueltamente en el suelo después del baño llenando de tierra sus húmedos lomos y volviendo inútil todo el trabajo de su amo, quien dando muestras de gran enojo, lo agarraba de nuevo y lo zambullía en el agua. «Peleón» no tenía más remedio que aguantar un segundo baño, aunque no le gustase. Bien dice el refrán que «al que no quiere caldo, la taza llena».

Terminada aquella operación de limpieza, seguían hacia arriba por el camino de las Mercedes. De pronto, Paco cogía a su hermanito, se lo echaba a cuestras —«a la pela»,—y corría con él sobre sus hombros hasta la Cancela, con gran contentamiento del pequeño, para quien los altos y frondosos eucaliptos semejaban fantasmas desmelenados sacudidos por el viento en la tarde dorada, el camino extenso y solitario, una senda de ensueño que conducía a países fabulosos situados allá en el horizonte y su hermano, un ser bonachón y protector, con algo de Rey mago, a quien amaba, admiraba y temía cuando lo veía enfadado.

Porque hay que advertir que Francisco Guerrero tenía un carácter violento, pronto a atufarse por cualquier cosa, si bien en el

fondo era un sentimental y un soñador, y bueno como el pan de trigo. Gregorito lo veía con frecuencia en su casa, sentado delante de aquella mesita rinconera triangular, escribe que te escribè. Cartas en papel cuadriculado, con rayas azules. Cartas encargadas las unas, y otras, personales del memorialista. Allí estaban las reglas, las plegaderas —cuchillos de madera hechos por el mismo pendolista,—el arenero—entonces se secaban los escritos con arenilla—y la cajita de las obleas. Obleas rojas, obleas azules, alguna que otra verde, las cuales constituían el encanto, la admiración y la ambición de Gregorio.

Y en la huerta jardín todo el afán del pequeño era perseguir a las mariposas vivarachas y a las moscas doradas y de colores que aparecían en el verano, amén de comerse las ciruelas moradas que caían de los árboles, maduritas, fragantes y apetitosas.

## II

De pronto Gregorio dejó de ver a su hermano. En su vida de ensueño se hizo un vacío. Desvaneciése por un momento algo de aquella bruma inefable e ilusoria de la niñez, que circundara su cabecita inocente, y pa-

reci6le vislumbrar s6bitamente la vor6gine tumultuosa y amarga de la vida.

¿Ad6nde habían ido sus padres cuando lo dejaron en casa de la vecina «seña» Petra? Después supo que su madre había llorado mucho al despedir a aquel hijo querido e infortunado, que era, a pesar de su genio violento y de las pesadumbres que le ocasionara, la entraña viviente y palpitante de su alma, el hijo nacido en la pobreza, alimentado con su sangre y con sus lágrimas, criado en el dolor de la vida, educado en la ternura del hogar y en las enseñanzas del Cristianismo. Allí estaba, encima de la mesa, junto al Crucifijo que presidía la sala—el verbo encarnado, según le oía decir a su padre, —aquel librito de cubierta amarilla, «El culto a la Santísima Virgen» de Luis Veuillot, el célebre escritor francés, donde Paco dejara su nombre escrito, y aquel otro de lectura, tan ameno y curioso, manchado de tinta negra y encarnada, como un símbolo de penalidades, como una eucaristía sangrienta de amor...

Y supo que su hermano había embarcado para Cuba, a través del Atlántico tempestuoso, en un barco de vela, y recordó aquel otro barco que él viera en el muelle de Santa Cruz, un día que bajó con su padre, siendo pequeñito, barco velero, que encendió sus fue-

gos para el rancho de la noche en la cubierta y a la tardecita desplegó su velamen al viento y salió rápido, inclinado sobre uno de sus costados, hacia el horizonte...

Y su mente de niño soñaba con países encantados y gentes desconocidas, allá lejos, tras las aguas verdosas y salobres del Océano turbulento.

### III

«Pepito el Cartero» trajo la primera carta de Paco. Era allá por el año 1880. Carta con sellos cubanos de Alfonso XII. El hogar se conmovió con la misiva amante del trasmarino. La madre, santa mujer siempre afanosa en el quehacer del hogar, vertió un raudal de lágrimas que le impedían leer aquellos renglones trazados por la mano de su hijo, aquel hijo inolvidable, que lejos de la Patria, estaba pasando penas y trabajos... «Mi siempre adorada madre». Y ella besaba, enternecida, el papel donde el ausente derramara todo el dolor y amargura de quien, proscrito voluntariamente del suelo patrio, se ve en la necesidad de beber el agua de «los ríos extranjeros».

Al oscurecer, después del toque de oracio-

nes, se rezaba el Rosario en familia. Y había siempre un Padrenuestro por el hijo ausente. Luego se encendía la luz y empezaba la velada en aquella salita pobre y honrada, presidida por el Crucifijo paterno y por un gran cuadro, con marco de madera labrada, que representaba la huída de la Sagrada Familia a Egipto. Detrás del cuadro había una piedra saliente en el muro. Era una casa muy antigua. Gregorio iba de su padre a su madre y viceversa. Tan pronto se recostaba en el regazo materno como se montaba en los muslos de su padre jugando al borriquito. Ahí viene «Cabeza de mortero», decía don José. El chico tenía la cabeza muy grande. Señal de talento, según decían los vecinos. Y el viejo estrechaba contra su pecho al infante, llamándolo «mi negro». La madre, en tanto, junto a la mesa del espejo tocador, leía sus devociones en el «Ancora de salvación». En aquella mesa había dos tazas de vidrio grueso labrado, con sus platos también de vidrio.

Pasaron cuatro meses. Y un día de primavera, radiante y jubiloso, apareció «Pepito el Cartero» con una epístola del hijo embarcado—siempre que se habla de un hijo transmarino se dice que está «embarcado»—y una bolsa de papel llena de monedas de plata: cuatro onzas que Paco, aquel hijo tan maltra-

tado por la suertē, ēnviaba ā su quērida mādre.

Grēgorio iba creciendo y era instruído por su padre antes de ser enviado a la escuela. Ya sabía escribir medianamente y cuando su hermano le envió una lira de preciosa madera encarnada con láminas de acero, de mayor a menor, marcadas con letras, —las cuales sonaban armoniosamente al golpearlas con un martillito de madera con mango de ballena,—y un librito con imágenes, unas en negro y otras iluminadas, de aves y mamíferos terrestres, su regocijo no tuvo límites, si bien se vió turbado por el encargo que Paco le hacía de que fuese él quien escribiese las cartas de contestación. ¿Cómo iba a salir del apuro, Dios mío? Bien es verdad que la carta no iba a escribirse aquel mismo día...

Y hojeaba, entusiasmado, el librito de «Historia Natural», recreándose con los bellísimos pájaros de diversos colores y con los ejemplares monstruosos de las fieras, de bocas terribles y amenazadoras.

#### IV

Estaba anunciada una lluvia de estrellas para el mes de Noviembre de aquel año. El

tiempo se puso nublado y no fué posible observar el fenómeno astronómico. Luego empezó a soplar un viento huracanado que azotaba, despiadado, los eucaliptos de los caminos y estremecía las puertas y ventanas desvencijadas.

Comenzó a llover poco a poco hasta que la lluvia se hizo copiosa e imponente. Los relámpagos incendiaban la ciudad y el trueno retumbaba en los portales y en los salones desmantelados de los vetustos edificios. Escucha, Gregorio, le decía su padre don José, están vaciando costales de papas en el granero...

¡Qué le gustaba al pequeño ver llover! ¡Cómo se ponía cuando la tempestad sacudía su manto escarlata sobre los viejos tejados de la ciudad! Pegado a la vidriera de la ventana de la sala, soñaba despierto, con el alma abierta a todas las impresiones del mundo objetivo y a todas las emociones del mundo subjetivo. Enfrente había un muro por encima del cual asomaban los brazos trémulos de los ciruelos de don Juan Manuel, combatidos por el temporal.

Y Gregorio pensaba en su hermano Paco y se lo imaginaba allá en las vegas de Cuba, recorriendo a caballo los plantíos de tabaco y de caña de azúcar o bien en la yaquería,

disponiendo las panzudas vasijas de estaño llenas de leche sabrosa y humeante.

Y a la noche, cuando ya el sueño rondaba su lecho y esparcía su beleño sedante sobre sus sienes, se lo representaba en brazos de una negra de carnes exuberantes, a través del Atlántico tempestuoso...

## SEGUNDA PARTE

### I

Al cabo de dos años, Francisco Guerrero dejó de escribir. En la última carta anunciaba que se había trasladado de la provincia de la Habana a Puerto Príncipe. Gregorio, que admiraba a su padre porque había dado la vuelta, a pie, a la isla de Tenerife, a los setenta años, estaba ahora orgulloso con su hermano, que recorriera casi toda Cuba, bien que pasando penalidades y miserias, lo cual se adivinaba entre líneas en sus cartas, espaciadas a largos intervalos.

Gregorio se propuso aprender mucho a fin de ser útil a sus padres y ampararlos cuando llegase a la mayor edad. El había de sustituir al hermano ausente.

Y durante las veladas familiares, —ahora

entristecidas por la ausencia del transmariño y por el temor de algún desgraciado suceso,— preparaba sus lecciones para el día siguiente. Y sus padres se alegraban y se enternecían al oír a Gregorito leer en la Geografía las descripciones de los meteoros y los nombres enrevesados de los accidentes geográficos de las naciones extranjeras o la narración de los hechos heroicos contenidos en la Historia Universal.

En aquella casa había mucha pobreza, mucha honradez y mucho amor a la lectura. Cuando el padre de Gregorio cesaba en el trabajo, cogía un libro y se ponía a leer, su esposa lo imitaba y el chico, por no ser menos, hacía lo mismo. Don José leía siempre «Diferencia entre lo temporal y eterno» del P. Eusebio Nieremberg, un libro ascético, de relatos espeluznantes y al propio tiempo sumamente curiosos. Y con la mar de cosas de hechos y de autores antiguos. La idea de la eternidad, como una visión impresionante del Catolicismo, estaba profundamente grabada en el pensamiento del anciano y éste era el eje de toda la educación y enseñanza de su hijo. La imagen de Israel, relampagueante en medio de las naciones paganas «asentadas en las sombras de la muerte» y vencedor de todos sus enemigos, penetró hasta el tuétano en el

alma de Gregorio, y fué la raíz profunda del árbol de sus creencias religiosas. Arbol in-  
conmovible del monoteísmo mosaico, que no  
habían de desarraigar nunca los huracanes  
impetuosos de la vida. También don José leía  
con frecuencia «La mujer feliz», un libro in-  
genuo, sugerente y encantador que contaba  
escenas acaecidas en el siglo XII en la ciudad  
de Olmutz en Moravia.

Doña Jacinta leía «Los Caballeros de la  
Banda», relatos evocadores del tiempo de Al-  
fonso onceno, en que aparecían los castillos  
medievales de altas torres y profundos fosos,  
de puentes levadizos que atravesaban los caba-  
lleros de férrea armadura, con lanza y espa-  
da y casco de acero empenachado de plumas.  
Tiempos de don Juan «el Tuerto», señor de  
Vizcaya, y de los infantes de la Cerda. A éste  
libro se unían «El Trovador», con los amores  
de doña Leonor de Sesé con Manrique en  
los jardines de la Aljafería, durante las no-  
ches de luna, y la rivalidad encarnizada  
del caballero poeta y trovador con el conde  
de Luna, don Nuño; «Martín el Expósito», de  
Eugenio Sué, «Los siete pecados capitales»,  
del mismo autor, «Los tres mosqueteros» de  
Dumas, y un libro de «Leyendas» hermosí-  
simas, amén de multitud de novelas román-  
ticas. ¿Qué tiene de particular que el niño

Gregorio, que adoraba a su madre y leía con frecuencia apoyado en su hombro, en el mismo libro, adornase el árbol robusto de la enseñanza paterna con la floración poética y exquisita del ensueño? Bien es verdad que él también por su parte añadía los «Quince días en el Sinaí» y «Las orillas del Rhin», del autor de los «Mosqueteros», impresiones de viaje llenas de mágico atractivo, rebosantes de interés y de curiosos detalles.

Salió nuestro héroe de la escuela y entró en el Seminario. Empezó a estudiar el «musa, musae» y el «dominus, domini», a Epaminondas y a Tito Livio. Midió los hexámetros de Virgilio y se sumergió en la oratoria difusa, rotunda y harmoniosa de Cicerón.

## II

¿Qué tiene la madre de Gregorio, que llora mansamente sentada en la ventana, con la cestita de la costura a su lado, aquella cestita en la que se amontonan las mil baratijas, que tanto gusta el niño de revolver cuando se pone mimoso? ¡Ah! Es que lee aquella hojita recortada del «Diario de Tenerife», donde se habla del soldado Pedro, que, condenado a muerte por desertión, obtuvo—en el momento en que lo iban a fusilar—el indulto, de vi-

va voz, del Emperador, quien, con el disfraz de soldado, había oído la noche anterior, de labios del reo, su emocionante narración. Su madre se moría. La noticia llegó torturante, martirizadora... Abandonó las filas por ir a verla y habiendo llegado demasiado tarde a su aldea, iba después todos los días al Campamento a orar por ella esperando que naciera la flor que los campesinos llaman «No me olvides», aquella florecita azul que vió abrirse por fin sobre el sepulcro de la muerta y que le hablaba al alma como algo purísimo proveniente del otro mundo, la cual guardó, trémulo de alegría, como un tesoro precioso y colgó de su cuello en una bolsita.

Y en el pensamiento de la madre de Paco se junta a las sugerencias de aquel relato emocionante el recuerdo imborrable de su hijo del cual hace ya tanto tiempo que no sabe nada. Y besa, conmovida, a Gregorio, quien trae el premio que obtuvo en el Seminario en reñida oposición con sus compañeros de latín.

Gregorio estudia sus lecciones durante el día en la mesita triangular de su hermano. El padre trabaja en el taller aserrando troncos de naranjo, laurel y eucalipto, que esparcen su fragancia por toda la casa, mientras la madre cose en la sala y habla con Catalinita,

aquella anciana de mantilla blanca planchada, que encuadra su rostro en un marco ovalado como el que adorna a las imágenes de la Virgen.

El estudiante tiene su pequeña biblioteca formada con los libros que su padre guardaba en el vetusto cofre forrado de suela y que ha ido entregando poco a poco a su hijo. Libros antiguos, que encierran cosas curiosas en sus caracteres primitivos. Libros por los que estudiaron en otro tiempo sus hermanos mayores y que le hacen pensar en Roma antigua con sus triunviros, sus cuestores y sus comicios, en los campamentos bloqueados por la nieve —«castra hiberna»— y en las Guerras Púnicas. Surgen en su mente las visiones históricas de Tito Livio y su fantasía sueña con los mitos de la antigüedad pagana, con el dios Marte en el sitio de Troya y con Venus desnuda descendiendo en su carro, rodeada de blancas palomas, sobre el mar latino...

Por la noche suelen acudir algunos compañeros de estudio que «no entran» con el orden del hipérbaton latino, los cuales vienen a que Gregorio les ordene la traducción y hay que trabajar en hacerles comprender la sintaxis de Cornelio Nepote en las vidas de Milciades y de Trasíbulo. Cuando no hay visitas, el seminarista se ocupa en encuadernar sus voca-

blos con trozos de periódico, mientras recuerda amorosamente las noches crudas de invierno, cuando el viento y el agua sacudían la puerta y las ventanas del granero y él, recostado en el regazo materno, veía leer a su querida madre «La Ofrenda de Oro» aquella Revista ilustrada de mediados del siglo XIX. Allí el pastorcillo que, trepado en un árbol silvestre, tañe la flauta mientras su perro le escucha echado a sus pies, el ave canora que en la inmensidad del bosque canta a Dios y las armonías de la Creación entera...; la madre que, sentada, impone silencio, con un dedo en los labios, al chiquillo desnudo, moreno, de pelo alborotado, que se oculta en un rincón para que no interrumpa el sueño de otro regordete y blanquísimo que duerme en su regazo; la historia de aquellos otros dos niños rivales en el amor de la planchadora de rostro encendido y ojos de fuego, y la leyenda del artista que se volvió loco al observar que la estatua de mármol de la joven de quien estaba enamorado, estatua en la cual trataba de infundir un soplo de vida, en su delirio de amor, estaba ya viva y tenía sangre...

Y ya en su cama soñaba con el sol amarillo y la luna verdosa y con el bergantín velero de gallardetes airosos y flameantes, estampitas de su caja de juguetes y veía la Hu-

manidad que se precipitaba al Ocaso por la esfera del año viejo mientras surgía por Oriente, radiante y bella, otra Humanidad nueva...

## TERCERA PARTE

### I

Era por el tiempo del Pontificado de León XIII, el Papa del Rosario, de la restauración de los estudios tomistas y de las Encíclicas. Anciano de poderosa constitución, de rostro alegre y simpático, poeta a los noventa años y una de las primeras inteligencias del siglo XIX. Se le distinguía con la denominación de «lumen intelectual» y era considerado como el primer diplomático de Europa, de tal modo que, a haber vivido, la Guerra Europea no hubiese estallado.

Gregorio se entretenía durante las vacaciones del verano en leer «Pío IX y su siglo», «La Lectura Dominical» y los libritos pintorescos del «Apostolado de la Prensa». También leía «Lourdes» y sus «Episodios» y veía en su mente una imagen de la Virgen, suave, luminosa, inefable, a través de las páginas poéticas de Lasserre.

La clase de Filosofía abrió ancho espacio

a su vuelo mental. Su espíritu vivía muchas horas en la región ontológica meditando en el ente, en la esencia y en la existencia... Ascendía a las cimas más elevadas de las abstracciones y vislumbraba los misterios profundos de la Naturaleza, se enajenaba al descubrir, en su altísima visión intelectual, la economía admirable del orden moral, cooperación libre e inteligente de la voluntad humana a la suprema disposición de Dios.

Todos los intereses materiales, todas las ambiciones del hombre, todos los planes de los poderosos de la tierra, parecíanle mezquinos y sin ningún valor ante la grandeza trascendental del destino humano. Y cuando le hablaban de los negocios de la vida, de los proyectos de don Fulano o don Zutano, sonreía plácidamente y apoyando la mano en el hombro de su interlocutor, exclamaba:

—Todo eso importa poco si no está avalorado por la visión de lo alto. El hombre es un animal racional y el «logos» sereno y luminoso debe guiarle siempre por los caminos de la verdad y del bien. La justicia es la base de la prosperidad de las naciones. El trabajo debe ser siempre racional.

## II

Cuando nuestro seminarista, estudiando ya

Teología, recibió la tonsura y las órdenes menores y vistió por primera vez la sotana, el manto y el sombrero de teja, sus padres, estremecidos de gozo, al verle entrar por la puerta de su casa, no sabían qué hacer. Inquietos, nerviosos, poseídos de una profunda alegría, parecían que había penetrado en su hogar el mismísimo Jesús y se desvivían por atenderle y servirle.

Había que arreglar la sala de otra manera dejándola toda a disposición del nuevo clérigo. Era preciso vender aquel lote de hormas a todo trance para comprar un catre nuevo. La cama debía cubrirse con la colcha azul y blanca, la cual tenía mejor vista que la rosada. Los floreros del Señor debían ser sustituidos por los morados. En la mesita central había que poner otro tapete...

—Oye, Jacinta, el manto de Gregorio está un poco bajo. Ya te lo decía yo... Tienes que hacerle un vuelto...

—Hijo mío, ¿no has comido nada todavía?

—Corre, tráele dos o tres huevos y un poco de vino hasta que se haga el almuerzo.

—Cuelga el sombrero allí, mira no se te ensucie.

—Debes comprarle una alfombrita para la cama.

Don Gregorio, un poco emocionado toda-

vía, hojea la «Suma Teológica». Se acuerda de que tiene una tesis que desarrollar y defender en el aula y se sienta a escribir.

Llega un compañero de clase y ambos se enfrascan en el *distinguo* y *subdistinguo majorem*, en el *nego minorem* y en el *nego consequentiam*...

Los viejos, embobados, oyen en silencio. Un regocijo santo nimba de luz divina sus cabezas encanecidas.

### III

El orden sacerdotal es una cosa seria. En ese estado del hombre, vigía del Infinito, debe predominar, debe constituir el nervio de su conducta, la bondad del corazón. El alma humana, en esas aproximaciones a la Divinidad, está dispuesta a ser un santo o un demonio.

Llegó por fin el día de la ordenación sacerdotal. Y una semana después cantó su primera misa el joven sacerdote en la parroquia de la Concepción. Misa solemne, en el día de Pentecostés, ese día grande en que se confirma la existencia de la Iglesia Católica.

Y don Gregorio con sus acompañantes se arrodilla en el Presbiterio invocando al Espíritu Santo, que descendiera en otro tiempo

en lenguas de fuego sobre las cabezas de los Apóstoles, mientras resuenan tremantes, impetuosos, los registros del órgano llenando todo el templo con sus voces profundas...

Cuando la idea de Dios se posesiona del alma, le comunica una fuerza extraordinaria. Toda ella se inunda de esa luz consoladora capaz de hacer subir al hombre a las más altas regiones espirituales y de comunicarle valor para las más grandes empresas.

Terminó la misa. El nuevo sacerdote se sienta en su sitial a recibir el homenaje del público que acude a besarle la mano. Y cuando ve arrodillados a sus pies a sus ancianos padres que, trémulos y llorosos, imprimen su ósculo santo en aquella diestra ungida con el óleo del Señor, extiende ambas manos juntando las dos cabezas venerables y poseído de un raptó de amor, imprime a su vez un beso en los blancos cabellos de sus progenitores.

Una ola de simpatía embarga a la multitud. Las mujeres sollozan, los hombres están conmovidos.

Sacerdote in æternum secundum ordinem Melquisedec, está pleno de fe, su espíritu ha puesto su áncora en Dios, arde su corazón en caridad. Será un buen sacerdote.

Y en el memento de los vivos se acuerda

todos los días de aquel hermano querido,  
transmarino en Cuba, de quien no ha vuelto  
a saberse más...

# Confesiones e intimidades

POETAS ISLEÑOS

# CONFESIONES E INTIMIDADES

POR

DIEGO CROSA

Introducción de M. Delgado Barreto



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

# Crosita, íntimo

¿Trazar la semblanza de Diego Crosa?...  
¡Por Dios, qué va a decir la gente, esa gente tinerfeña, sobre todo, que conocē el cariño fraternal que a «Crosita» me une!

Y algo hay aún que más me asusta: la «crítica» de los del oficio. Cuando yo escribía—sin que interés alguno guiara mi pluma— las semblanzas en «Gente Nueva», no faltó quien de «bombedor» me calificase, y aunque poseo la firme convicción de que cada mortal tiene su «flaco»; pues mientras a unos les da por «jalearse» al prójimo, otros se «jalean» a sí propios—lo cual es muchísi-

mo más feo—quiero en esta ocasión ahorrarles trabajo a los «críticos inapelables».

Ya ves, querido Diego, como mi prurito de «encumbrar» a todo el mundo me trae hoy tremendo castigo: inhabilitación para hablar de «Crosita» pintor, de «Crosita» poeta, de «Crosita» músico, de «Crosita» Frégoli, de «Crosita»... enciclopedia artística.

Pero tu retrato no debè salir en la que ha sido mi «hija predilecta»—que te debe sus mayores triunfos—sin unas líneas del compañero de lucha. Además, tienes conmigo deudas. ¿Has olvidado que me caricaturastes tan feo, tan feo que hasta los chicos me miraban con horror...?

Prepárate. Hablaré de «Crosita» íntimo.

×

Y ahora, lectores, va con vosotros, si es que algo de lo que voy a decir os interesa.

Cuando llegué a Santa Cruz, encargado de

redactar «La Opinión», Diego Crosa paró mientes en mi persona humilde y yo ví por primera vez, según creo, a Diego Crosa. No simpatizamos.

El, rebosando vida, regularmente robusto, coloradote, medio calvo, dando envidias por su carácter alegre y su «gran partido» entre las «niñas». Yo, flacucho, pálido, melenudo, con rostro de aspirante a mártir y sin «fracción» siquiera entre el elemento femenino... Eramos polos opuestos, pero como los polos opuestos se atraen, he ahí que un día Diego y yo nos encontramos frente a frente dispuestos a trabajar en «Gente Nueva». Y tan estrecha fué la conjunción de nuestras almas, que nadie logró separarlas.

Quede para plumas competentes la semblanza del artista. Yo procuraré presentar al hombre con los rasgos principales de su carácter.

Crosita es poeta que siente hondo, que versifica con envidiable facilidad y que no desperdicia asunto ni ocasión para llenar de «líneas cortas» dos o tres cuartillas.

Valido de nuestra amistad, cierto día penetré, casi furtivamente, en el gabinete de Diego—un gabinete donde se ven muchos tubos de color desparramados por las sillas, muchos papeles sin orden en la mesa y muchos tomos de poesía sobre la cama. No sin trabajo, dí al fin con lo que buscaba: un gran paquete de versos inéditos, humorísticos unos, en serio otros, pero todos hermosamente concebidos y desarrollados con sujeción a las reglas del Arte.

—Chico,— le dije al siguiente día— he descubierto un filón para nuestro periódico...

Y al ver que le mostraba sus versos, me contestó muy en serio:

—Mira, Barretito: o me devuelves «eso» o se queda «Gente Nueva» sin dibujante. ¿No te parece que sería una crueldad ponerme en ridículo?

No hubo quien le convenciera de que «aquello» valía.

Y ahí tienen ustedes el primer rasgo de su carácter.

Va otro.

Mi buen amigo Manuel Pícar, hablando de Diego (artista) en «¡Tiempos mejores!» trató de presentárnoslo ¡como hombre interesado! Fué un error, que desvanecen los siguientes hechos:

Crosa comenzó a dibujar en «Gente Nueva» «gratis et amore» y así continuó meses y más meses. El pintar acuarelas para la venta no fué obstáculo a «tomarse a pecho» el trabajo artístico de nuestro semanario, dándose el caso de que muchas veces declinó invitaciones tentadoras para consagrar el tiempo a una labor no recompensada. Le dije en ciertas ocasiones que no podíamos continuar así: era necesario que el periódico le diese unas cuantas pesetas.

Y Diego contestaba: —Me parece bien: pero te advierto que tan pronto se halle «Gente Nueva» en condiciones de pagar, necesitarás un candil para encontrarme... Empezaremos «a cobrar» el mismo día.

Y el día no llegó... porque continuamos re-

galándole el periódico a la mitad de los lectores.

Seguir relatando anécdotas de índole semejante equivaldría a declarar interminable este artículo; pero no le daré fin antes de manifestar que en Diego se desmiente lo de que el rostro es el espejo del alma.

¿Han visto ustedes semblante más risueño?... Bien; pues es la máscara de un espíritu observador, de un alma que se conmueve profundamente al soplo de las desgracias ajenas.

Y Crosa, para conservar la máscara, razona así: «La sociedad se alimenta de engaños: no quiero que me llame hipócrita y por ello lo soy, si es que la palabra puede aplicarse al «cordero» que se viste con piel de «zorro». Para la gente sería un absurdo, una falsedad que «Crosita», el festivo «Crosita» se entristeciera. Así, cuando contemplo desdichas, ya que no puedo remediarlas, «lloro por dentro y me sigo riendo por fuera.»

Leído esto, no se extrañarán los lectores si

les digo que Diego toma la vida como lo que la vida es. En mi tierra canaria, al lado de una familia cariñosa, nada le falta. Quisiera recorrer el mundo admirando cosas de Arte, estudiando al lado de los grandes maestros; pero no puede y allí se está sin otra aspiración que la de copiar nuestros paisajes y cantar nuestras canciones.

¡Cuántas veces me acuerdo de Diego en este Madrid donde se expiden patentes de valía a muchos que el artista tinerfeño dejaría rezagados! ¡Y cuántas veces también, me acuerdo de nuestra Diputación y de nuestro Ayuntamiento!... Detente pluma.

M. Delgado Barreto

Madrid, Marzo de 1901.

## MI POPULARIDAD

Sé la debó a las «fuerzas vivas» del país; unos señores diputados, no a Cortes, sino provinciales y descortesés.

Por odio a las matemáticas me dediqué, siendo muy joven, al dibujo y la pintura; parece que tenía disposiciones, y el famoso Eusebi y el genial Felipe Verdugo pidieron y trabajaron una pensión para el «niño prodigio», sin tener en cuenta las rivalidades políticas entonces existentes entre Gran Canaria y Tenerife. ¡Triste suerte la mía! A un diputado por Las Palmas se le ocurrió elogiar-

me en un discurso y votaron en contra los... de Tenerife. ¡Adiós, pensión!

Rotas las alas del ensueño, en el terruño me quedé, canirote enjaulado, sin otra aspiración que la de divertirme en una vida de farándula, inquieta y bohemia.

¿Qué hacer para ello?

Dedicarme a todo para no sobresalir en nada, esquivando así las desilusiones y el ridículo. Y fui gimnasta y nadador; poeta en loas campestres; caricaturista en «Gente Nueva»; cantante en el Orfeón de Santa Cecilia; cómico en el «Guimerá»; periodista en «El Independiente»; vate laureado en todos los «Juegos» más o menos forestales; festivo en todos los brindis, regional en mis coplas y jocosos en «La Prensa» con mis «Ripios».

Y fui diplomático en la Corte al tratarme con infantas y embajadores; orador de mitines y tan fogoso que por cárceles anduve; orador en serio y tan oportuno que en un banquete a S. M. el Rey hasta me abrazó Romanones, conmovido y haciendo piernas.

Y fui el cónsul de todas las actrices, sopranos, danzarinas y cupleteras que a Tenerife vinieron, desde la Pino a la Galli-Cursi; desde la Pastora a la Raquel. Y fui el camarada de todos los cantantes y virtuosos, desde Fle-

ta a Giovachini; desde Manén con su violín mágico, hasta Arbós con su Sinfónica. Y fui el inseparable de todos los actores, desde Morano a Thuiller, desde Borrás a Dusse.

Y fui el cicerone de todos los poetas y literatos que por Tenerife anduvieron: Benavente, Valle Inclán, Trigo, Zamacois, Martínez Sierra, Gómez Carrillo, Blasco Ibáñez, Marquina, Unamuno, Noel, Cristóbal de Castro, Linares Rivas, Sassone, Villaespesa, Ruñol.

Y fui dramaturgo en «Tierra Canaria» (que estrenó Pablo López), en «Isla adentro»; en «Angelitos» (monólogo para Borrás) en «Cuna vacía», en «Senderos» (estrenada por Llanos) y en «La Dolorosa» (primer premio ¡y en metálico! de un concurso) Y fui acuarelista y dibujante en «La Esfera», en «Blanco y Negro» y en todos los «chalets» hospedadores de esos ricos ingleses que con sus doradas esterlinas pagaron los muchos que siempre tuve. Y fui la máscara de todos los carnavales y de todos los días del año y fui prestidigitador y hasta ventrílocuo en un espectáculo benéfico.

Hice de todo y fui de todo, de todo menos concejal, naturalmente, y sin tener cargos... ni de conciencia, me he divertido, ¡histrión

social, olvidándome de la descortesía de aquellos diputados descorteses, para ser en mi pueblo y hasta en tierras extrañas el «popular Crosita» que no faltó ni falta a fiesta alguna. ¿Hay algo más popular que una caja de turrón?

## YO, SOCHANTRE

Fué en una fiesta campestre. En la plaza, percalina y hojas verdes, «ventorrillos» y «carne adobo», «peludos» y turrónes, rifas y saltonas, parrandas y tíos... vivos. En la ermita, incienso, flores, luces y devotas que cruzan la nave, de hinojos, con andar de promesa. En la casona del párroco un almuerzo de gallina en blanco, gallina rellena, gallina en pepitoria y una serie inacabable de dulces monjiles. De sobremesa me dice el cura:

—¿Por qué no cantas un Ave María al entrar la procesión?

Le obedecí. Trepé en el coro, que en la ermita del cuento está junto a la puerta de

entrada, como partiéndola por gala en dos, y ya sentado ante el armonium, escuché el griterío de los chicuelos, el resonar de los cohetes y la voz del acólito que anunciaba la llegada de la virgen. Seguidamente me dispuse a desempeñar mi cometido. ¡Qué horror! No había dicho ni ave cuando noté que el coro volaba, que se estremecía violentamente y que yo y la banqueta y el sochantre y el armonium, viajábamos por los aires.

—¡Ave María... piena di gratia!

Imposible cantar. Creí que aquéllo era un temblor de tierra y salté del coro, pálido, desfallecido, encarándome con el acólito, también medio muerto, pero... ¡de risa.

Pasada la catástrofe, inquirí:

—¿Ha sido un temblor, efectivamente?

—«Pa» temblores los de su «mersé» que no ha pasado del Ave...

Yo ignoraba, —¡triste de mí!— que había necesidad de suspender el coro por medio de cuerdas y garruchas para que las procesiones entrasen en la ermita sin tropiezo alguno.

¡Hay coros aeroplanos!

Y la Virgen se quedó sin el Ave María de Lucci, y yo sin ganas de volverme a dedicar a la música religiosa.

## MI CALVA

Para explicar su origen viene... al pelo mi amable o amante predilección por las cupletistas.

Allá, en mis mocedades, una de las tantas «estrellas» con rabo que he conocido, me invitó a cenar «arcansiles», burlando la asidua vigilancia de su escudero, un tipo clásico de bastón de vuelta, hongo de grandes alas y lunar velludo.

Acudí, gustoso, a la cita; engullimos alegremente, y ya de sobremesa, unas voces aguardentosas, dos garrotazos en la ventana del comedor y la bella que me dice:

— ¡ Es él, escóndete... pronto!... ¡ Hazlo por mí...!

¿ Y en qué sitio?—pensé. Detrás del aparador me descubre; debajo de la mesa, lo mismo. Decidí entonces meterme en la destiladora.

Todos conocen las del país: dos departamentos; uno para la piedra de filtro y el «vernegal», y otro, inferior, para recoger el agua sobrante. Pues en este último me escondí, en cuclillas, conteniendo la respiración y sin pensar que todo el tiempo que estuviese el tirano con la pérfida, había de estar yo sin moverme, acurrucado y resistiendo la caricia de un chorrito de agua en mi casquete cerebral.

—Alguien estaba aquí... Como lo encuentre le saco los hígados!...

Y se revolvía en el comedor como fiera en jaula.

—Te digo que no hay nadie... Solita y triste como siempre...

Yo sí que estaba solo y... mojado.

Cuando se marchó el Otelo y vino a extraerme la cupletista, mi cabeza era una «sopa borracha».

Sin duda, por exceso de humedad se me pudrió el pelo como el trigo de los altos con

el mucho llover, y de ahí mi calva prematura, que me ha salvado, porque nadie en mis constantes y ridículas actuaciones me ha podido... «tomar el pelo».

## POETA LAUREADO

En la época de los Juegos Florales y de los trovadores cursis, yo también solía presentarme en la lid dispuesto a ganarme la florecilla... artificial. Para obtenerla me valía de la siguiente estratagema: mandaba mis versos—o lo que fueran—a un escritor amigo en Madrid para que éste a su vez los remitiese desde la Corte al Jurado en Tenerife. Con tal procedimiento nunca me falló el fallo de los censores.

Fué en uno de los reñidos certámenes a que me refiero. Mi profesor de Literatura me decía:

—Crosita: es muy importante este concurso. ¿No mandas algo? Llegan composiciones ¡hasta de Madrid!

—Razón de más para abstenerme...

Algunos días después me dice el profesor:

—Hiciste bien en no acudir; los versos premiados son del vate de la Corte; quizá de Villaespesa...

Y llega la noche del espectáculo. El coliseo deslumbrante; en la sala, un público selecto; en el escenario, la Corte de Amor con sus amorcillos y el concienzudo Jurado en rojos sillones...municipales.

Se lee el acta, se abre el sobre con la firma del poeta... en flor; un silencio expectante de curiosidad suspende al auditorio, y una voz dice:

—¡Crosita!

Era el pliego de Madrid... ¡el mío! Después, y con el aditamento de una escultura, la «flor natural». Ovación delirante y...plancha del Jurado.

## EN PRISIONES

Un nuevo despojo a Tenerife y por ende un nuevo mitin en el Teatro.

Manifestaciones tumultuosas, grupos sospechosos, gritos callejeros, guardias que huyen. El teatro, de bote en bote—era gratis la entrada—, todas las «fuerzas vivas» del país en el escenario, como una Corte de Amor en Juegos Florales. En las butacas los gritones; en los palcos, los indiferentes; en el paraíso... terrenal la sufrida clase media, y yo en un anfiteatro con otros periodistas.

El señor alcalde, que habla torpe y a fuer-

za de vasos de agua; un meloso orador que le adula; otro que le increpa y el secretario del municipio que lee unos telegramas, muchos telegramas de Madrid.

—¡Esto se enfría—me dicen,—es necesario que lo caldees!...

Me incorporo y grito:

—¡Señores!... Nos vejan... nos engañan. Esto es una burla... Las autoridades están donde deben estar; ahí, en el escenario, donde se hacen las comedias...

Me interrumpe una ovación interminable y como ya ninguno podía oirme, tal era el griterío, seguí accionando, sin hablar, para no enronquecer.

Inesperadamente surgen dos guardias que me sujetan.

—No más insultos a la autoridad...

—Pero, si no estoy diciendo nada; solamente acciono...

El público, en pie, protesta, y a mi me llevan a la cárcel... por lo que no dije.

## ¡MALDITO FRAC!

Llegó a estas islas un prócer extranjero y de sangre real, según su cónsul. «Cualquier tiempo pasado fué mejor»... para Tenerife. Comparad los turistas de entonces con los de ahora. Aquéllos, grandes y poderosos señores, gastando esterlinas; éstos unos viajeros de «tiques», a las órdenes de un agente que los pasea en bandadas ovejunas.

Me presentaron al ilustre huésped de mi cuento, porque deseaba conocer paisajes y tradiciones de Tenerife, haciéndose acompañar de un pintor poeta (?). ¡Qué venturosos

días de millonario, sin serlo, a mesa y mantel en el «Taoro»!

¡Y qué gratas expediciones al Teide padre para ver sus hijas desde lo alto, al rasgarse las nubes en su amanecer de gloria! ¡Qué paseos por las selvas de Los Silos e Icod; por las cumbres salvajes de Taganana; por los acantilados de «Guayonga»; por los pinares de Vilaflor y los prados del Rodeo y los jardines de la Orotava! ¡Qué playéras en Los Cristianos; qué almuerzos en Las Mercedes; qué «folías» en Arico; qué luchas en Tegueste y qué baños de mar y sol en el Médano!

De todos estos parajes traía en el «block» apuntes para mis cuadros, notas para mis leyendas: no perdí el tiempo ni la salud.

Y llegó la noche de la despedida del príncipe con un banquete seguido de baile y de gran etiqueta. A la hora del café, en la terraza, el prócer llamó al gerente ordenándole:

—Haga venir al camarero de mis habitaciones y servicio.

Al poco llegaba el empleado deshaciéndose en zalemas.

—Reparte esto entre los demás, y para tí un recuerdo.

Y le regaló su alfiler de corbata: una herradura de brillantes.

¿Qué me dará a mi, a su pintor, a su cicero?—pensé. Y, en efecto, al día siguiente, el cónsul de su nación que me visita entregándome un estuche y diciéndome:

—Es un orgullo para el artista recibir este rico presente; tan sólo se le hace a los gentiles y diplomáticos: sin duda ha influído el porte y distinción del poeta.

Abrí el misterioso estuche y dentro... ¡Una fotografía del príncipe, dedicada! ¡Maldito frac! De haberme presentado con mandil, me pone la herradura. ¡Lo que merecía!

## MIS AVENTURAS

Muchas de ellas son impublicables. Ya lo dije en una «folia»:

Debe el secreto guardar  
quien un beso consiguió,  
porque otro puede aspirar  
a besar donde él besó.

Contaré sólo alguna de las que no dañan.  
Con el malogrado «Estradita» y el «Caballero Roldán», fui, en cierta ocasión a Guía

de Isora, a un mitin de propaganda patriote-  
ra. «La del alba sería» cuando Quijotes en  
sendos Rocinantes, de Icod partimos dis-  
puestos a desfacer agravios y a enmendar  
sinrazones. Ya próximos a Guía se nos acer-  
có un emisario:

—«Aprepárense», que los del otro partido  
pasáronse la noche rompiendo pencas para  
«tiráboslas».

Fué una falsa alarma la noticia y el mitin  
se celebró sin más tropiezo que el de ir a la  
cárcel uno de los oradores. Lo de costumbre.

Al retorno, parada... y venta en Chío, pa-  
ra comer a lo «guanche»; luego unos gritos:

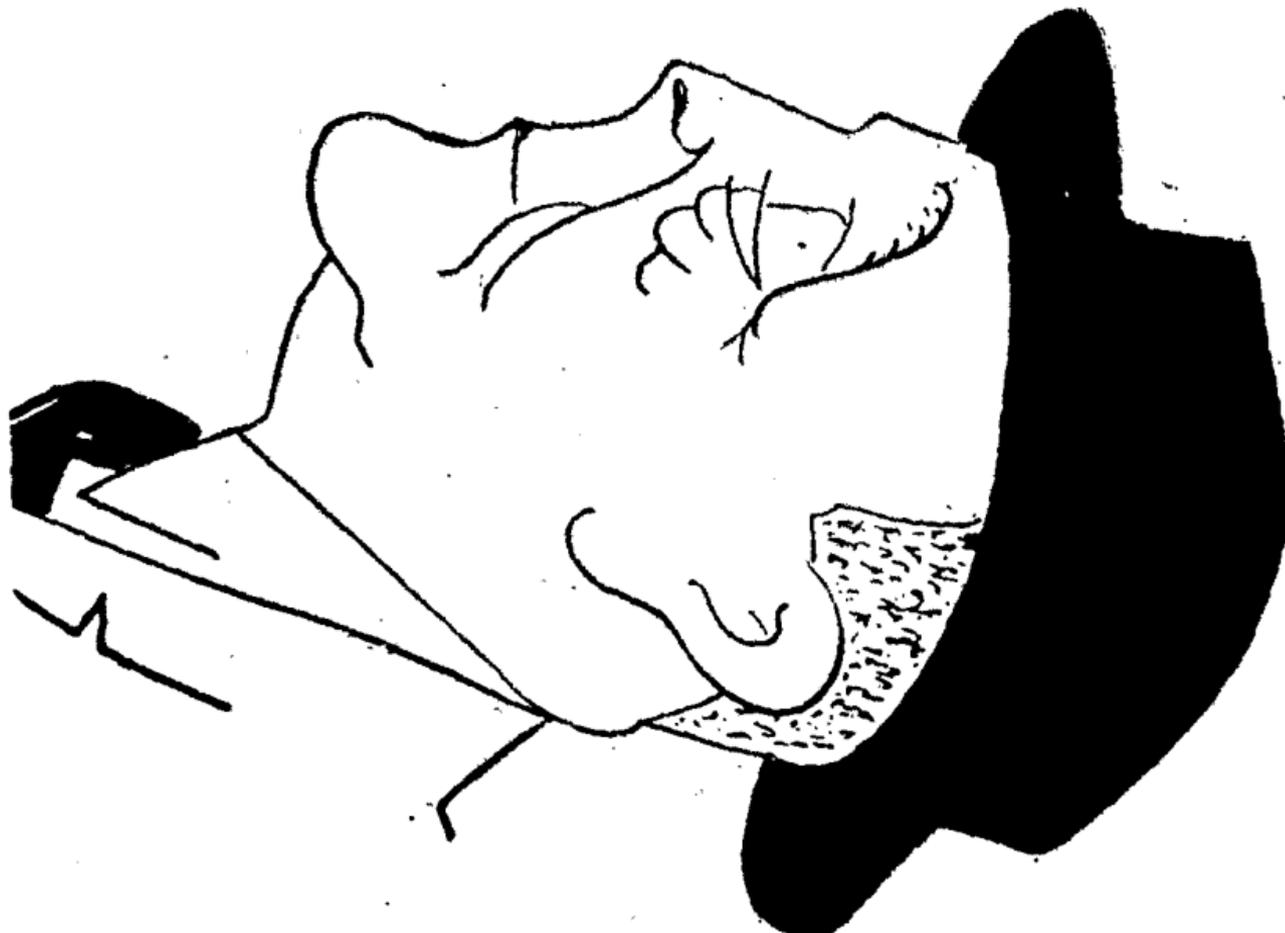
—¡Ahí van los masones! ¡Los herejes!, y  
un concierto con latas de petróleo, que ni la  
Municipal de Santa Cruz.

Amedrentados, pero sin nada roto, de allí  
salimos, mas ¡qué sorpresa! a lo lejos, entre  
zarzales, pudimos divisar un grupo de hom-  
bres de «cachorra» y «manta».

—¡Son los de las pencas!—anuncié.

—¡Nos defenderemos!— gritó «Estradita»  
empuñando un revólver.

—«A lo que veo estos no son caballeros si-  
no gente soez y de baja ralea»—añadió Rol-  
dán, y yo dije:



—«Son más de veinte y nosotros no más de dos... y medio».

—«Yo valgo por ciento!— replicó Roldán; y «sin hacer más discursos quiso arremeter a los yangüeses».

Y seguimos con más miedo que vergüenza. ¡Qué alegría al acercarnos al lugar de la emboscada y ver que aquella fila de hombres en acecho, era una fila... de colmenas!

Fué tal el pánico que yo llevaba, que tuvo el «caballero Roldán» que reanimar mi espíritu con sendos «peludos» de la Victoria.

## AUTOR DRAMÁTICO.

Se estrenó, con ruidoso éxito, aunque mal esté decirlo, mi comedia de costumbres canarias «Isla Adentro». El teatro, rebosante de público. Todo lo mejor de la sociedad de Tenerife acudió a la fiesta: las damas del escote, las pollitas del noviazgo, los tenorios del galanteo y los señorones de las bandas y cruces.

El producto del espectáculo, para un Asilo benéfico. No fué mezquina la dádiva del humilde poeta.

Las señoras de la Junta, agradecidas, me

obséquiaron con un album lujosísimo. Bajó sus tapas de piel de Rusia, con un facsímil de mi firma, en bronce, y en la primera de las hojas de pergamino, orlada con la correspondiente greca, aparecía una dedicatoria escrita en el mejor castellano. ¡Qué de incienso «para el poeta ilustre»; qué de elogios para el «cantor regional»; para el «comediógrafo insigne»! ¡Me río yo de Benavente!...

Recibí el album de manos de unas nenas con trajes de «maguitas» del país: enagua de cordón, justillo rojo, delantal calado y sombrero de palma.

Las ovaciones se repetían estruendosas. Yo saludaba encorvado, haciendo mutis por el foro, pero... ¡Oh, desilusión!

Al abrir el album en el camerino de la dama joven y leer la dedicatoria, estuve a punto de caer desplomado.

Estaba escrita de puño y letra por un cercano pariente mío...

Y cuenta que por encargo de las señoras había hecho gratis el elogio y sin saber a quien lo dedicaba.

## YO, PRESBITERO

Erase un mi amigo que marchó a la Argentina, sin blanca en bolsa, pero lleno de ilusiones «in mente». No sé si por su mucho valer o por lo poco que valen los de «allá», el caso fué que hizo fortuna huyendo de «tangos» y «atorrantes».

Un día me escribió diciendo que tenía muy buenas amistades; que trataba a una joven, rica en encantos y pesetas, muy romántica y dada a... ¡coleccionar postales!

Para el album de la bella, y en su nombre, me pidió algunas versos y paisajes de

Tenerife, qué me apresuré a enviarle a vuelta de correo.

¡Cómo gustaron mis «aguadas» y sobre todo unos versos que decían entre otros sim-  
plezas:

Oye, linda americana,  
los inocentes cantares  
de un hijo de Tenerife  
que tan solo querer sabe...

... ..

Aunque la dicha no tuve  
de conocerte, en postales  
va el corazón de un isleño  
volando hacia Buenos Aires:  
¡es un mendigo de amores  
que al tuyo ansía acercarse!

... ..

La encantadora me dió las gracias en un «billetto» perfumado. Más tarde, otra misiva y otro «souvenir» de Tenerife. Luego otro papel, y yo, en otro idem, un nuevo «filtro envenenado»... Y siguió una correspondencia, como de novios, hasta que al fin recibo una fotografía de la incauta, exigiendo en cambio la de su «querido poeta».

Resumen: el ausente que me insulta por engañar a la hija de un muy alto y noble

personaje, con cartas al estilo de las de «El Seductor», haciéndola creer, ingenua, en un cariño falso y hasta criminal.

Como de los arrepentidos es el reino de los cielos, busqué una solución, la única, a mi juicio, para cortar aquellas relaciones... epistolares, entre una multimillonaria con un multibohemio; y la puse en práctica suplicando a mi amigo, el cura de San Andrés, me prestase, para hacerme una fotografía, su sotana y manteo...

Y así, con hábitos talares, por corona una teja como la de Don Basilio en «El Barbieri», envié mi «foto» a la engañada, que de seguro al verla exclamaría:

—¡Oh, desilusión! ¡Si es un presbítero, «ché»!

## UNA COMEDIA

--¿Dónde leer al señor Magistrado la nueva obra del de las «barbas de chivo»?—preguntó Roldán.

—En los jardines de «Pino de Oro», contesté—lentos de poesía embriagadora; allí, bajo los laureles pomposos, de las palmeras de abanico, de las rojas buganvilles; allí, junto a un macizo de flores o al pie del viejo drago evocador de viejas épocas. ¿Qué mejor ambiente para rendir vasallaje a la «Rosa sultana»?

Y al hotel nos fuimos con el ventrudo y

sudoroso «señor de los sonetos», que también era un vate el Magistrado.

En la terraza y presididos por una «John-Walker», dió comienzo el acto. El justicia, arrellanado en un crujiente sillón de mimbre, escuchaba curioso; Roldán interrumpía haciendo repetir algunas escenas, en tanto que yo leía en tono declamatorio:

—«¿Retienes a mis damas con algún madri-  
(gal?

—Las explicaba cómo dos veces nace el día,  
contigo y con la aurora, princesa de Imbe-  
(ral!...

Dos rubias inglesitas que cerca de nosotros jugaban a una especie de diminuto «tennis» volvían la cabeza de vez en vez, para observar curiosas, y yo, irguiéndome, proseguía la lectura con más brío:

—Es el truhán lunático que apresó la trailla...

—¡Mi trovador, Infante de Castilla!

Y Roldán elogiaba las escenas más salientes al de los «sonetos» que, con ambas manos sobre el abdomen, movía la cabeza en señal de asentimiento.

Y dió fin la lectura y el...whisky:

...A los pocos días, el gerente del hotel què me dice:

—Unas huéspedas desean conocerle.

Eran las inglesitas que jugaban durante la lectura de «Cuento de Abril».

—La otra tarde le escuchamos, aunque sin comprenderle del todo, a pesar de que estuvimos ya un invierno en la bella Málaga; es difícil su idioma, pero hicimos una observación que deseamos confirmar. ¿No es cierto que se trata de una obra cuyo autor es el de las melenas, empresario el viejo gordo de los lentes y usted el comediante que ha de representarla.

—Exacto; sois unas buenas observadoras.

Y continuó, apacible, la temporada de salud en «Pino de Oro» y yo seguí de primer actor, actuando, galante, con una de las encantadoras hijas de Albión, en

«La divina puerta dorada  
del jardín azul del ensueño...»

## MIS COPLAS

Son las quejas de un pájaro prisionero, los suspiros de un alma herida; por eso las escribí; para quejarme y suspirar.

En mis paseos por las alturas donde se ciernen las soledades, en las playas buscando horizontes, en los jardines donde juguetea la mariposa de los recuerdos, surgían mis coplas, improvisadas, sin aliño, como flores silvestres, como susurros del campo.

Alguien me oyó en la quietud de las aldeas y se hicieron «corrutas» al decir de una «maga» de Tacoronte. En todas las fiestas

pueblerinas, en todos los bailes domingueros, las cantan los mozos sin saber ni preguntar quién las escribió. Cuántas veces a la sombra de unos árboles, junto a un ventorrillo o al pie de un balcón de celosías las han entonado sin suponer que las escuchaba el «padre de la criatura».

La primera la escribí en Tegueste en ocasión de un entierro: el de una linda moza que se «desrriescó» en el monte. ¡Qué triste aquel cementerio, con su portalón desvencijado, sus muros derruidos y sus hileras de cruces adornadas de siemprevivas!

Cementerio de Tegueste  
cuatro muros y un ciprés;  
tan pequeño y sin embargō,  
¡cuánta gente duerme en él!

A esta «folía» siguieron otras y otras y en ellas puse todo mi amor al terruño para que entre sus ritmos palpitase el alma de Tenerife, diciéndonos de ternuras, de promesas, de amoríos, de añoranzas, encerrando en sus cuatro versos la historia de un querer.

De todas mis coplas la más popular es una que casi no es mía; la improvisé en

un almuerzo en El Portillo y es producto de un champagne... helado.

Como ese, Teide gigante  
las Canarias todas son:  
mucho nieve en el semblante  
y fuego en el corazón.

Me gusta porque con ella he sacado unas pesetejas a la Sociedad de Autores, aunque no las cobré yo, sino las cupletistas que aquí y fuera de aquí la cantan.

Son unos grandes poetas los... maridos de las «estrellitas», con rabo. A lo mejor no saben leer ni escribir y resultan autores de todos los números que «cantamos» porque los acompañantes de cupleteras hablan siempre en plural: «lucimos muchos mantones»; «tenemos buen decorado»; «nos ovacionan», y... «cobramos derechos de autor», sin serlo.

## EL MUÑIDOR

Se presentaba diputado a Cortes por Tenerife mi buen amigo Roldán, y aunque de mi ayuda no necesitaba, se la presté, gustoso y humilde, poniéndome a las órdenes de sus secuaces.

Uno de ellos, sigilosamente, secretamente, me dijo:

—Precisa que sin demoras ni disculpas vayas al pueblo de... (aquí un nombre del que no quiero acordarme) y entregues esta carta a uno de los caciques; misión muy interesante la tuya, quizá de ella dependa el triunfo de nuestro amigo.

Nunca me dió por la política ni jamás fui agente de sobornos ni chanchullos, y sin embargo obedecí orden tan... radical, poniéndome en marcha al punto.

Después de un largo, aburridísimo viaje, con algunas consoladoras «paradas facultativas», dimos al fin, chófer y pasajero, en una triste plazuela del lugar al que nos dirigíamos.

Es un pueblo que parece abandonado; sus calles, sin barrer, desiertas; algunas de sus casas medio derruidas; otras, sin enjalbegar; en los portalones viejas achacosas, chicos sucios y pedigüños; en las ventanas, ocultas tras los postigos, curiosas mujeres, como encarceladas.

De pronto veo aparecer un sujeto «rejechudo» y con «manta», de rostro coloradote, nariz berengena y ojos vidriosos.

—Buen hombre, ¿sabe usted por ventura, en qué casa habita don...?

—Más «allaíto»... «Asuba» un poco... da la «güelta» y «jaciendo» esquina... pero si su merced quiere saber más yo «mesimo» ..

—Traigo para él una carta y quisiera en-  
fregársela en propia mano...

—«Antoneses», a lo que «barrunto» es «cus-  
tión» de «lesiones»?...

—¿Dice usted que al fondo de la calle?  
¿Y aún vive ahí?

—Si le digo la verdad, como vivir ya no  
vive...

—¿Se ha mudado?...

—Sí, señor; mudose esta mañana, pero...  
«pa» el otro barrio; yo me «gocé» el «intie-  
rro»...

...Y me volví a Santa Cruz sin entregar la  
carta electorera: buscaba «muertos» para una  
votación y me encontré con un muerto de ver-  
dad. D. E. P.

## EL BOHEMIO EN «BOHEMIOS»

Yo no sé cuántas veces me puse en ridículo por hacer una limosna o en mi afán de servir para todo no sirviendo para nada.

Iba a representarse en nuestro teatro, y en función benéfica, «Bohemios», de Vives, y acudieron a mí para que actuara de caricato.

—¿Yo, artista de zarzuela? ¿Yo, cantante?

—No puedes faltar; se trata de bohemios...

—Tienes razón... Y acepté en seguida.

Cuentan que no se presentó en el «Guime-

rá» obra alguna con más lujo de decorados, ni con actores y cantantes de más valía: Matilde Martín, la luego pensionada y famosa tiple, y yo de «Papá Girard» ¡Y qué cuerpo de coros, y qué gentiles cuerpos los de las que lo formaban!

El teatro, como en todas las fiestas benéficas, ofrecía un aspecto deslumbrante: flores y más flores: rosas y clavetes de nuestros jardines, damas y pollitas de nuestra primera sociedad.

¡Qué entusiasmo en el público al final de cada concertante! Hasta que llegó la escena del suicidio del pobre petrimetre que, sin blanca para cenar, las estaba pasando negras, decidiendo levantarse de un pistoletazo la tapa de la sesera. Y qué apuro el mío al acudir presuroso y temblón a evitar el crimen alentando al joven con el repetido «Yo te empujo... Yo te empujo». ¡Y en qué aprieto me ví al quitarle el pistolón para guardarlo en el bolsillo y encontrarme con que mi gabán no tenía bolsillos!... ¿Qué hacer en este caso? ¿Cómo cantar, ni accionar con aquel peligroso chisme en las manos?

Una idea salvadora surgió de pronto en mi acalorada mente y la puse en práctica: En medio de las risas del público, me adelanté

vacilante a las candilejas y dirigiéndome al  
palco proscenio del gobernador civil, le en-  
tregué el arma suicida.

## MIS HONORARIOS

Un buen día fuí nombrado nada menos que mantenedor en una fiesta literaria, homenaje a la mujer. Celebrábase en la capital de una de las islas más hermosas del archipiélago y como, según malas lenguas, alguno de los oradores que actúan en estos espectáculos suelen cobrar sus pesetillas, recibí un telegrama de la comisión diciéndome:

«Indique precio discurso».

A lo que contesté, lacónico:

«Botella whisky escenario».

Y agradecidos a mi desprendimiento y mo-

destia, recibíeronme como a diputado que visita el distrito: disparos de cohetes, música, comisiones, y después de «Mantenedor, mantenido», porque me trataron a cuerpo de monarca, pasando unos días deliciosos, inolvidables. Banquetes tras banquetes; hoy una jira, mañana una playera; hoy un brindis, mañana cuatro. Enronquecido y maltrecho descansé al tercer día, preparando mi discurso en asonantes endecasílabos y mi garganta con «corifina» para salir airoso de la empresa...

«Señoras y señores: permitidme que busque en este aprieto una defensa, no sé expresarme en prosa, fué la rima la vestidura usual de mis ideas y con ella preséntome en este acto de exaltación a la mujer isleña...»

A la noche siguiente de mi... éxito, recibo la visita de una comisión aldeana: la señora del alcalde, la maestra y un buen cura rechoncho y sin afeitar. Este fué el que habló primero:

—Como usted es tan caritativo, sabio y complaciente, venimos a pedir su valiosa cooperación en una fiesta de caridad que tenemos organizada: Sinfonía por un sexteto; un

coro de alumnas con trajes del país, y un discurso de la maestra, también con traje.

—Tendré sumo gusto en asistir...

—Gracias, pero... como usted sabe otros cobran y queremos saber... somos muy pobres... ya usted me entiende...

—Entendido; pregunten lo que he cobrado anoche en la capital y lo mismo cobraré a ustedes.

Y me lucí en la fiesta, presentándome en un diminuto escenario, al fondo de un salón repleto de gente aplaudidora y agasajadora.

...«Benahoare, Benahoare,  
la libertad te robaron;  
ya de tu rey la corona  
cayó al suelo hecha pedazos...»

Y yo también me caí, pues aunque la leyenda era triste, el público se reía a carcajadas mientras yo, creyendo que el presbítero hacía burlas a mi espalda, volví la cabeza y me encontré, en medio del escenario, sobre una mesita con tapete rojo, un «Apolinaris» y... la botella de whisky.

—¡Son mis honorarios, señores!...

Y se acabó la leyenda y luego, el whisky...

## MI CORONACION

Se estrenaba en la Gomera un pescante, y, como siempre, «Crosita», de comodín, encargado del discurso inaugural.

En camellos, con pintarrajeadas colchas, iban llegando los concurrentes precedidos de grupos de viejos que al son de flautas y tambores recitaban sendos romances.

Después del gomero desayuno, con postré de miel de palma, el agua bendita...sacerdotal y mi discurso-sermón.

Un enorme gentío llenaba las navés del suntuoso templo, que era un taller de em-

paquetado de frutos, vecino a la cōsta: cōlumnas de pequeños cajones, rimeros de sacos de turba, pirámides de huata y papel y, apoyados en las paredes para dejar sitio al auditorio, los tableros de tomates, sin tomates.

No me los podían tirar y tranquilo subí a la tribuna, especie de coro que tienen estos talleres junto a la puerta de entrada, y en donde se coloca el ventrudo encargado de vigilar las escogedoras, empaquetadoras y... cantadoras.

Del techo, muy bajo, de este coro-oficina pendían sogas y garruchas, aperos de labranza y algunas colleras con cascabeles. Empezó el festival y ante un público heterogéneo me adelanté hacia la barandilla de la improvisada tribuna.

Después de una breve salutación, y al tratar de extender los brazos en un ademán oratorio, tropecé con una de las colleras, y me encontré, de pronto, con la cabeza embutida en el «simbólico» artefacto, que había caído sobre mis hombros. ¡No hubo tomates, pero sí una coronación gloriosa!

## DEDICATORIAS

Tengo entre mis libros muchos con sentidas dedicatorias, que son como un índice de los escritores canarios por desgracia idos:— Zerolo, Tabares, Perera, Manrique, Ossuna, Benito Pérez, Tomás Morales.. — y de los que aún plumean: —González Díaz, Amador, Izquierdo, Real, «Carlos Cruz», Alvarez, Leoncio Rodríguez, Verdugo...

¡Y qué de elogios me propinan mis amigos! Si recortara sus dedicatorias pegándolas en un cuaderno, se parecería al album en que las niñas cursis coleccionan piropos en verso,

para solazarse al ascender, por riguroso escalafón, a jamonas indeseables.

Guardo dedicatorias de todo género: expansivas, inocentes, románticas, jocosas, sentimentales: «Al pintor luminoso»; «Al discípulo de Anacreonte»; «Al mago que supo prender el corazón de mi pueblo al centelleo de sus «folias»; «Al guancho encuadernado a la inglesa»; «Al genial excéntrico»; «Al último romántico»... abusándose en la mayor parte de ellas del socorrido y repetido «Popular Crosita», como si también no fuesen populares «Zambugo» y «Arbolito». Y unos me dicen ocurrente, porque en ocasiones nada se me ocurre; otros humorista, porque, a veces estoy de mal humor, y los otros dicharero, aunque aun no he tomado los dichos por ventura.

Entre varias dedicatorias de escritores famosos, —Trigo, Zamacois, Villaespesa, Sassone— citaré dos que conservo como tesoro: las de Blasco Ibáñez y Unamuno.

Cuando el primero, ilustre novelista, visitó nuestra isla, escribió después en un libro:

«Hice un alto en la isla risueña e indolente, en mitad de la encrucijada de los grandes caminos, y ví al Teide, un casquete cónico, estriado de nieves, que era como la borla o bo-

tón del inmenso solideo de tierra surgido del Oceano». Blasco fué obsequiado con una gira a la Orotava y un banquete en el «Quisisana», brindándose con la famosa malvasía que cantó Shakespeare en un soneto. ¡Qué cálidas frases las de Blasco al elogiar lo que había visto en Tenerife! ¡No lo pintara mejor ni su paisano Sorolla!... Y, lo de siempre; yo, de fin de fiesta, improvisando versos.

Agradecido a los elogios del ilustre huésped, llamé al «menager» diciéndole:

—Vete al «hall» y tráeme la acuarela que tiene pintado un molino. Y se la regalé a Blasco Ibáñez con esta dedicatoria: «Al autor de «La barraca», el autor de este molino».

Transcurrió mucho tiempo y ya me había olvidado de la acuarela y hasta del escritor insigne, cuando recibo un paquete postal con esta dirección:

«Crosita. Tenerife».

Lo abro; era una novela, y en la dedicatoria: «Al autor de aquel molino, el autor de esta barraca»...

También estuvo en Tenerife y le serví de cicerone, el gran Unamuno. Deseaba visitar La Laguna y su antigua Biblioteca, y le acompañé. Era una tarde de invierno; la neblina ocultaba el monte de Las Mercedes, des-

cendiendo hasta las calles de la ciudad vetusta. Unamuno se detiene de pronto en una esquina, y me dice:

—Ya sé lo que es La Laguna; una calle muy larga, con un cura al fin...

Y se ausentó de la isla y pasados algunos meses recibo otro libro, el suyo de sonetos, con una afectuosa dedicatoria y debajo, escrito con lapiz, como indicándome que lo borrara: «Le suplico elogie en el periódico mi engendro a ver si se venden ahí algunos ejemplares».

¡Unamuno pidiendo un bombo a «Crosista»!

## ¡YO, GRAVE!

Que no quiero dañar yo en serio, sino malucho: un dolorcito en la espalda; el brazo izquierdo sin fuerzas, algunas decimillas y el cuerpo como mal estivado, que dicen los de la «carga blanca». Era un catarrillo, según opinión de un médico... a palos.

—¿Y esta puntadita de qué proviene?

—Nada; reuma intercostal...

Y así varios días... y noches, hasta que llegó la buena, es decir, la del 24 de Diciembre. Banquete en «Pino de Oro», luego «gansadas» más en el salón de música: «Non

ni ama siú»...y un agudo que «gallea», una cuerda vocal que se rompe y un tenorino malogrado que no canta siú... A la mañana siguiente el amigo Zerolo, que después de practicar-me un minucioso reconocimiento me dice: «Nada en el hígado; tampoco en el riñón».

¿Por qué suponerse que la dolencia tenía que radicar en uno de estos dos órganos?

—Voy a la clínica y vuelvo...

Y volvió... para hacerme desnudar de medio arriba y con una bomba aspirante e impelente—y yo espirante—extraer de mis espaldas un líquido color de whisky.

¡Qué manantial la pleura!...

Muchos días encamado y...escamado con la tocesita romántica, la disnea fatigosa, la fiebre tenaz y luego... una radiografía del pulmón izquierdo que me regalaban y no quise aceptar, pretextando tener ya muchas fotos de cupleteras y danzarinas.

Después, con cincuenta y dos kilos, demacrado y triste, a los pinares de Vilaflor, a 1.500 metros sobre el nivel del mar.

¡Qué inyecciones de aire puro! ¡Salvé, Vilaflor, lugar de reposo, de salud, de estética! Ningún sitio como este para adormecer el espíritu en la dulzura melancólica de un am-

biente amigo; ninguno más propio para cicatrizar heridas de un pulmón dañado. Vilaflor no se parece a otros lugares de Tenerife; de un lado el monte de Los Lirios, las casas grises que lucen entre arbustos, la iglesia con sus cipreses guardianes; del otro «Las Mesas» con sus viñas y sus almendros en flor, y, al fondo, destacándose en el azul diáfano, el «Valle de las Aguas» con sus manantiales milagrosos. Vilaflor es único; su alma es el silencio, un silencio de cumbre, bálsamo eficaz para los que gustan de abandonarse a la caricia blanda.

¡Qué gratos días los que pasé en el Sanatorio del Doctor Holmboe, acompañado de extranjeros demacrados por la «fiebre blanca» e interesantes jóvenes heridas por la tuberculosis! Siempre me acordaré de lo que yo llamaba el «secadero», sitio donde se hacía la cura de reposo, al sol, como higos pasados. ¡Qué de tocesitas y bromas! ¡Qué franco reír! La tuberculosis es una enfermedad alegre, optimista. Yo reposaba junto a un sacerdote enfermo, buceador de pantorriñas tras un «Debate».

A pesar de que los meses se deslizaban felices en un vivir de gallinero, dormidos a la oración y cacareando al amanecer; a pesar

de las gratas excursiones al «Sombrerito» y los almuerzos y fiestas en los pinares; a pesar de que sabía que para sanar de los pulmones es preciso aprender a aburrirse, un día escribí a mi médico Zerolo, diciéndole:

—No puedo más; me sacrifico; seguiré aquí haciendo vida de ermitaño, todo el tiempo que se me ordene y sea preciso para recuperar la salud perdida; mas, con una condición, pues no gusto de términos medios: Júremé que retorno a esa capital hecho, para siempre, una Margarita Gautier o un Paulino Uzcúdn.

¡Y volví casi dando trompazos!

¡Salve, Vilaflor! ¡Eres un neumotorax!

## Yo, pintor

Y de milagro, pues no hice más estudios en mi niñez que iluminar «estampas»; de jovenzuelo, con un block y lápices, tomar apuntes del natural, y más adelante, algunos esbozos. Todo esto fuera de la Academia del Municipio, porque de ella me expulsaron por inútil o por no someterme al método de enseñanza que aún, ¡santo Dios!, se sigue en ella. ¿Qué gana un discípulo con pasarse horas y horas copiando, pacienczudo, al creyón y al difumino, lo que llaman la «muestra»? ¿No es mejor «muestra» el natural? A este sabio «maestro» que gratuitamente me dió lecciones, debo el pintar como pinto, a mi

manera, por intuición o por osadía. Primeramente me dediqué al óleo, sin lograr vender los paisajes, y después a la acuarela, porque este género gusta más en mi mercado londinense.

Como pintor hiciéronme todos la competencia, pero en la busca y captura de compradores, ninguno. Ni el propio Meifrén cuando vino a Tenerife.

—¿Me acompaña a la famosa Orotava?—  
díjome. amable—. Quisiera vender en el «Taoro» algunos cuadros...

—Si va conmigo, lo dudo, porque los «turistas de invernadero», prefieren mis balcones y buganvilles. Además, no hay inglés que aumente su equipaje con un cuadro al óleo. Un apunte mío lo mete en la maleta.

Y riéndose de mi inmodestia, añadió.

—Acompáñeme, y a luchar...

—Gustosísimo; pero cada uno por su lado y con su procedimiento de venta.

Y el insigne Meifrén llegó al «Taoro» en un coche de lujo y yo en un humilde «simón». Al repique del «gong», para la cena, se presentó en traje de pana, con un bosque de pelos en el rostro, y yo de «smoking», rasurado como cura en domingo. Pidió un «Marqués» y yo una «Viuda»... y ya en el «hall».

sus paisajes expuestos... a no venderse, y en manos de una delgada «miss», heredera del «pez» de más «libras», un «water-colour», con galante dedicatoria mía.

—Esta es la acuarela que pierdo todas las temporadas,—dije aparte a Meifrén—aunque en verdad no la pierdo porque la agradecida me hace la «reclame» para salir de las demás. ¡Benditos ingleses que con sus «gui-neas» pagan los otros que me persiguen!

Al día siguiente, Meifrén descolgaba sus lienzos, y yo, fingiéndome furioso con el «manager» por vender, sin permiso, mis acuarelas.

Y ahora, el mayor triunfo del artista...comerciante.

El conflicto europeo fué, para mí, un verdadero conflicto, y cuando ya me preparaba a recurrir a un tóxico, me llama un señor por teléfono y me dice:

—Está terminándose un «chalet» en las afueras, a todo lujo. Ya usted me conoce. Mi hijo irá en busca de usted. Le necesito.

En las tristes circunstancias aquéllas ví los cielos abiertos. ¿Me comprará algunas acuarelas para el «budoir» de la niña? ¿Querrá que le pinte el techo del comedor? ¿Me en-

cargará algunos tapices para la sala de baile? me preguntaba impaciente.

Y fui con el descendiente del nuevo rico al «chalet» lujoso. Recorrimos todas sus dependencias: gabinete de música, salón de billar, despacho, biblioteca, y, ya en el jardín de mis... ensueños, indagué impaciente.

—Se puede hacer algo artístico; se presta mucho, pero... ¿cuál es el deseo de su papá?...

—¡Ah, sí; me olvidaba; quiere que usted, como acuarelista de gusto, le aconseje de qué color enjalbega el chalet!...

—¡De verde, hombre, de verde!...

Y puse verdes, para mis adentros, al papá y al niño.

**LA LAPA**

NOVELA REGIONAL

# LA LAPA

POR

ANGEL GUERRA

★★

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

## R E M E M B E R

Mi abuelo era un buen hombre. Tengo la vanidad de creer que entre todos sus nietos, y hemos sido bastantes, yo era el predilecto.

Siempre tenía una frase en la boca: «cuando yo fui militar...» Decíala viniese o no a cuento. Sobre todo la entonaba con un aire de orgullo, como si allá en sus mocedades, en sus tiempos de soldado, hubiese sido Mariscal del Imperio.

No pasó de sargento. Aun recuerdo, evocando inolvidables memorias de la infancia, aquel morrión descomunal que, como un trofeo sin gloria, colgaba de un clavo en la pared de un húmedo desván, y el sable oxidado, con la funda llena de moho, rígido, en un rincón.

Muchas veces el pobre abuelo me cogió

de la mano y me llevó a verlos. Yo confieso que, por la frivolidad infantil, nunca sentí ninguna emoción ante aquellos arreos marciales. Tentado estuve una vez de pedirlos para jugar con los compañeros a la tropa allá en el huerto de casa, cuyas tapias escalaban las yedras, al caer de la tarde cuando salíamos de la escuela. No los pedí en buen hora. Tal vez en un minuto hubiese perdido toda una vida de cariño, ese rango de predilección que mi corazón, o tal vez solo mi vanidad, han soñado que conquisté.

Contuve mi súplica al ver los ojos de mi abuelo enrojecer de pronto, y advertir que la mano trémula que pasó por sus párpados estaba mojada.

Y a renglón seguido su voz de viejo repetiame de nuevo:

—Cuando yo fui militar...

Instintivamente, ahora no sé explicarme el por qué mi boca de niño fué a buscar aquella mano temblorosa y húmeda, y la besó. Ha sido la primera vez en mi vida que conocí el sabor de las lágrimas.

¡Tristezas del destino! Las andanzas del vivir nos separaron. Yo abandoné, al azar de mi suerte, el cálido nido que me albergara, piadoso y amante, de niño; dejé para siem-

pre, al rodar por el mundo, la casa humilde donde mis abuelos vivieron y murieron.

Y ahora, yo siento amargos remordimientos. Mi pobre abuelo descansa, en la eterna paz de los sepulcros, bajo la tierra madre, la tierra natal donde quisiera que un día fueran a encontrar reposo mis pobres huesos. ¿Qué habrá sido del morrión descomunal y del sable enmohecido? Mi olvido es culpable. Yo debí prevenir la suerte que habían de correr esos míseros arreos. ¡Dios sabe dónde estarán!

Cierto. Hubiese sido una ridiculez; tal vez muchos lo hubieran tomado a cuenta de sacrilega profanación. No; era un tributo de cariño enaltecer una santa memoria.

Mis propias manos hubiesen puesto sobre el féretro del abuelo muerto el viejo morrión y el sable mohoso.

Y ellos, con su elocuencia muda, con su pompa guerrera, hubiesen repetido la voz del muerto:

—Cuando yo fui militar...

X

Nunca perdió su aire marcial. Hasta la vejez conservó sus bigotes fieros y aquella mos-

ca como una mancha negra a ras del labio inferior. Esto le daba un aspecto imponente. También su voz áspera, que hablaba con brío, infundía respeto. Sólo el mirar de sus ojos, llenos de dulcedumbre, delataba al momento sus bondades de niño.

Y ¡cosa rara! Mi abuelo, que hubiera luchado heroicamente sobre los campos de batalla, que hubiese gustado del olor de la pólvora y de la sangre sin que le conmoviera el trágico espectáculo de las guerras, era un infeliz. Amaba con locura las flores. El cultivaba el huerto de casa, solícito, con extraños enamoramientos de poeta. Yo le ví muchas veces desolado, a punto de llorar, viendo esparcidas por el suelo un montón de hojas que una ráfaga traidora de viento había arrancado a los rosales.

¡Ah! ¡Si él supiera que, después de muerto, ya no hay flores en su patio! Sobre la vieja casa en ruinas, vendida, otro edificio se ha levantado. Ya no resta nada, ni huellas. Sólo en mi corazón viven las memorias del pasado, el recuerdo de los que amé y me amaron: en mi corazón, que va por el mundo, de tierra en tierra, como un niño sin madre, perdido a la ventura y a lo largo de los caminos desiertos y sin fin.

Insisto en la predilección. Si estoy en un error, su piedad me valga.

Una vez estuvo gravemente enfermo. Creyóse que se moría. Se nos prohibió a todos los nietos entrar en la casa. Bullangueros y díscolos hubiésemos atormentado con nuestros ruidos al abuelo. Pero, este silencio era para él más doloroso.

Un día preguntó:

—¿Y los niños?

Se nos hizo venir a todos. Se nos encargó una compostura discreta bajo pena de azotes.

Entramos en la alcoba. Mis primos, casi de mi edad, quedáronse consternados, mudos. Cumplieron la consigna del silencio por la súbita impresión de temor que los hizo empalidecer y callar con mudez próxima al llanto. Mi prima ocultó la cabeza entre las faldas de su madre, trémula y sollozando.

Yo, valiente, miré al lecho. Entre las sábanas, descansado sobre las blancas almohadas, destacábase un rostro macilento, de ojos vivos.

La mano de mi abuelo hizo señas, indicando al grupo, de que se acercaran.

—¿Quién?—preguntó una de mis tías.

—El mío...

Y me señaló ya distintamente.

Yo me acerqué, besando su frente pálida, cubierta de frío sudor.

El pobre abuelo me miró largamente; cerró después los ojos como para soñar y nada dijo. Sólo sentí que su mano febril acariciaba mis cabellos, entonces rubios.

—¡ El mío!...

Estas lacónicas palabras nunca las he olvidado.



Pues bien; ya sabéis cómo me quería mi abuelo. Sin embargo, me azotó un día. Fué injusto por ser justo. Su compasión para con los desgraciados le llevó a tan extremo rigor conmigo. En él pudo más en esa ocasión la misericordia que el cariño.

Fué la única vez que su mano, que nunca tuvo más que caricias para mí, y en ellas era sabia, y de ellas era además pródiga, cayó para mí implacable, castigándome.

Yo he perdonado el castigo. El también arrepintiése más tarde de su extravío en un instante de severidad ejemplarizadora, cuando se enteró de la bondad de mi conducta y de lo injusto de sus azotes. Si hubiera sido ne-

césario, cōmo Scēvola, pusiera la mano en el fuego para purificarla.

Pero ¡pagóme tan con creces!

Hasta en sus últimos años me han contado que se condolía de aquel castigo. Considerábalo como el único remordimiento de su vida: ¡Ingenuas puerilidades del cariño, que hasta de lo que es impulso de un amor excesivo siente escrúpulos!

Contaré el caso.

Y sea el mejor recuerdo de un ser que vive en mi corazón, más allá de la muerte.

## EL MENDIGO

Bajo la torre de la iglesia, en la plaza del pueblo, muchas veces ví sentado al viejo, resecando sus andrajos al sol. A la vera de él siempre estaba aquel muchacho, canijo y pálido, con cara de hambre, con ojos grandes y negros, de mirar doloroso, que más tarde supe que era su hijo. Al ciego le servía de lazarillo en sus andanzas por los caminos de pueblo en pueblo, en todos los caseríos del interior de Lanzarote.

Yo tuve miedo a aquel pordiosero. Cuando paraba a la puerta de mi casa, demandando con su voz áspera y tonante una limosna, yo temblaba. Llegué hasta huir al más apartado rincón al primer aldabonazo que sonaba en la puerta, repercutiendo cóncavo en el patio y arriba en las desmanteladas habitaciones,

donde mis hermanos, mis amigos y yo jugábamos en las horas de asueto. Muchas veces, casi siempre, resultaba que no era el mendigo quien acudía a nuestra puerta. Ya era alguna devota mujer que venía a pedir flores de nuestro patio para los altares, ya era algún medianero de los cortijos de mi casa que llegaba con los cestos de fruta olorosa, todavía con la acre fragancia de la huerta.

Sabía que le llamaban Martín, porque en mi casa, corteses con los pobres, se les daba limosna y respetuoso trato. Pero, a los muchachos, mis compañeros de escuela, cuando los burlaban o perseguían, siempre los oí llamar «La Lapa». Desconocía la razón del apodo, y aunque me riñeran en casa, yo también le llamaba por lo menos Martín «La Lapa».

Aquella figura de mendigo la tenía siempre presente como una espantosa visión de pesadilla. Han pasado tantos años y aún la recuerdo con todo su plástico relieve. He corrido con ánimo sereno tantos peligros al correr de paraje en paraje la tierra, y todavía su recuerdo me sobresalta, como si en mi corazón revivieran mis temores de niño.

No sé qué edad tendría. Oí decir era joven, pero entonces me pareció una ingenua mentira. Aquellos cabellos blancos, la barba sal-

vaje muy poblada, cerdosa y cana; las arrugas profundas de la frente que llegaban como surcos hasta los lagrimales y en las comisuras de los labios como piel quemada que se retuerce, no podían ser de un hombre ni siquiera de madura edad.

Mi espanto lo causaban sus ojos. Uno estaba hueco, con una hendidura negra entre los dos párpados. El otro movíase, pero como muerto. Era atroz. La pupila parda, inerte, sin vida interior, destacábase sobre la córnea lechosa, casi siempre inmóvil. ¡Y su boca! Gracias a que de continuo apretaba los labios para mantener la pipa. Cuando abría, enseñaba la encía superior rota, donde faltaban los dientes.

Sí; era una figura trágica para mí. A los camaradas de mi edad les resultaba ridícula.. Lo burlaban sin compasión. Ni siquiera se apiadaban de los lloros del chico, el pobre hijo y lazarillo al mismo tiempo. ¿Cómo se llamaba el muchacho? ¡Ah!, ya recuerdo.

Tenía un nombre bíblico, altamente eufónico. Se llamaba Benjamín. Muchas veces, después, yo compartí con él mi pan de merienda cuando llegaba a las puertas de mi casa.

Cada dos semanas, pōco más o ménos, aparecía con las alforjas al hombro, Martín «La Lapa» en el pueblo. Sus paradas eran de un par de días. Comía en cualquier rincón de la calle, dormía al socaire de una pared y calentaba sus andrajos al sol bajo la hinchada torre de la iglesia.

Los chicos hablaban del miedo que «La Lapa» tenía al agua. No se acercaba a un algibe destechado ni a tirones y cuando oía el rumor del agua, al sacarla en el balde para que aplacara la sed, el dulce rumor al agitarla, el chasquido de las gotas al resumirse y caer, le producía escalofríos y se echaba a temblar casi como un epiléptico. Hablarle, sin intención, del mar, era como si se tentara la nerviosidad de un supersticioso.

Las comadres, por espíritu de burla, solían decirle, al darle la limosna:

—Martín: ¡vaya una roña! En la cara una costra de tierra de a palmo y la ropa cayéndose a pedazos del peso de la mugre. ¿Por qué no te bañas? Agua no falta. ¡Hay tanta en el mar!

Callaba él, sombrío. Su hijo, no sé por qué, levantaba sus ojos negros y grandes, de un

mirar doloroso, a los de su padre que no veían, vacíos e inmóviles.

—¡Por Dios!... Denme caridad, y no penas.

Los muchachos conocían este miedo del viejo. Cuando le alcanzaban a ver, le gritaban a voces:

—¡Agárrate, «Lapa», que viene la ola!

Aquel día me fué funesto, tal vez por ser martes.

Muchas veces formaba yo grupo con los demás muchachos al salir de la escuela. Los acompañaba en sus travesuras, pero sin tomar en ellas parte. Siempre fuí tímido. Cuando ellos entraban en los sembrados, verdes en Enero, dorados en Junio, yo los veía perderse y sólo por el movimiento de la mies abatida me daba cuenta del rumbo de la jornada. Asomando la cabeza a ras de la cerca, yo los espiaba, y espiaba el camino, vigilante, por si alguien venía a turbar los solaces de los traviesos camaradas. Solían pagarme con algún nido, todavía caliente, que yo apenas conservaba unos momentos, porque hubiese sido una gran locura llevarlo a casa. No me permitían el vagabundaje. Cuando asaltaban las huertas, al hurto de frutas, yo huía al primer ladrido de los celosos canes.

Era nada más que un testigo. Declaro que nunca asalté tapias, ni invadí huertas, ni dejé sin nido a los pobres pájaros. Mis manos están santas porque nunca hicieron daño, ni supieron más que de caricias, las que aprendí en el regazo de mi amante madre.

\* Pues, aquel día, uno de sol agresivo que retostaba la tierra, mis compañeros concertaron una partida de baño. Allí estaba la cisterna, con sus aguas muertas, verdosas y pútridas al descubierto y en sitio solitario. Fué un verdadero asalto. Veinte cuerpos cayeron, desde el alto pretil, para hundirse en el líquido cenagoso y luego reaparecer a flor de superficie las greñas descubiertas de verde lama apelotonada.

Ninguna novedad ofrecía el caso. Era pasatiempo de casi todos los días. Pero aquél, la mala suerte deparó un triste espectáculo y a mí un afrentoso castigo. Aquella puñada iracunda de mi abuelo, la primera y la única, que jamás he olvidado en la vida.

Cuando ya todos los muchachos, largamente remojados y después bien reseco al sol, dejaban la cisterna para emprender nuevas aventuras, entre tras apedrear el cascado esquilón de un viejo convento abandonado, cuyos sonos, al herirlo un pedrusco, lanzaba

sobre el pueblo algo así como un quejido doloroso de bestia herida, dieron de frente con Martín y su hijo en demanda de las calles de mi villa natal.

—¡ Ah, «La Lapa»!

No sé quién lo gritó. Tampoco recuerdo quién sugirió la malévola idea.

—¡ Vamos a remojarlo!

—¿ Cómo?

—Quieras que no. No puede valerse. Yo lo agarro y tú lo empujas.

—De «Benjamín» me encargo yo.

Fué una lucha tremenda. Los muchachos, en orden de batalla, hicieron rápidos un movimiento envolvente. En medio del corro quedaron prisioneros el ciego y el lazarillo. Yo me opuse a la broma, pero mis ruegos sólo merecieron burlas.

Yo ví el terror con que, tornándose aun más pálido y entristeciendo todavía más el mirar doloroso de sus ojos, Benjamín los vió llegar, advertido por presentimientos de las infantiles intenciones; yo sentí el grito de espanto y súplica, un alarido extraño, con que el muchacho demandaba inútil socorro.

Presenció aterrado la embestida corajienta de la turba. Vi cómo el pobre mendigo iba dejando los pedazos de sus harapos en las

uñas de la chiquillería enardecida y después cómo míseros despojos se desparramaban sobre el polvo del camino; ví cómo «Lapa», atacado así de improvviso, esgrimía su báculo de ciego con energía desesperada, tal vez con vértigo enloquecido de matar.

Y ví caer, herido por el propio padre, a Benjamín, desplomándose como un cuerpo exánime. Ante su grito de dolor, Martín paróse suspenso, en una actitud de angustia trágica. Jamás figura alguna me ha parecido tan imponente. Y era de ver al ciego rastrear a tientas por el suelo en busca del hijo, tal vez muerto. Entonces sí que temblaban con convulsión descompasada sus manos.

Yo rompí el círculo de la turba. La piedad me hizo ser valiente.

Me acerqué al grupo, echéme en tierra y con mi pañuelo cubrí la herida sangrando del pobre Benjamín.

Sonó en esto una voz áspera, muy cerca.  
—; Malvados!

La conocí. Era la voz de mi abuelo. La banda de muchachos dispersóse como por encanto en rápida huida.

Al verme sobre el cuerpo ensangrentado de Benjamín, mis manos en su cabeza para hacerle más blando aquel duro lecho de la tie-

rra, sin duda mi abuelo me juzgó en riña. Sentí el golpe en mi cabeza de una mano recia. Empujado, mis labios fueron a dar sobre los labios de Benjamín, como en un beso de hermanos, luego sentí en mi cuello la presión de unos dedos como garfios, los que empuñaron el sable legendario del desván, que me incorporaron violentamente.

Luego otros golpes en la cara de aquellas mismas manos que nunca supieron tener para mí más que caricias.

—¡Caín!

Yo rompí a llorar.

## A GOLPE DE PLUMA

Muchos años después mi abuelo me contó la historia del mendigo, a quien todos llamaban «La Lapa». Nunca la sospeché. Ella dejó en mi corazón de niño una perdurable impresión trágica.

Mi abuelo la refería viva, doliente, con todo su dramático colorido. El sentía por Martín, el héroe, como decía, una misericordia muy grande. Sin escrúpulos a los harapos del pordiosero, se le dió abrigo muchas veces bajo el techo de casa y compartió siempre el pan del horno doméstico, aquel pan blanco, apetitoso, hecho con grano de nuestra hacienda y molido en las piedras del molino familiar, cuyo olor regocijante parece que al cabo de tanto tiempo todavía lo llevo pegado al alma.

Yo la voy a recontar. Y pido de antemano indulgencias. Ya he olvidado muchos detalles, y, además, la novela bajo los puntos de mi pluma carece del calor, del interés hondo, de la intensa emoción con que a mí, de niño ¡hace treinta años! me la refirieron una tarde de mayo, a la sombra de la vieja higuera del patio, en medio de las hileras de rosales que abrían sus flores nuevas, cerca del algibe en cuyo fondo el agua se dormía y de vez en vez, por el brocal abierto, dejaba escapar como un suspiro, una ráfaga de frescura y un blando rumor de paz, alma y poesía de la soledad y el silencio.

Mejor hubiera sido contarla con todo el desgaste de la pintoresca charla de mi abuelo. No puede ser. No heredé ni su vivacidad de palabra ni su agudeza de ingenio. Menos su entereza de carácter. Es una desgracia y para mí un desconsuelo.

Yo no puedo atusar el fiero mostacho ni repetir su frase consagrada:

—Cuando yo fui militar...

¡Ay! Ni siquiera heredé su viejo sable y su morrión.

# I

## AÑOS JUVENILES

El molino de Varona es ya una lamentable ruina. ¡Quién lo conoció en sus buenos tiempos!... No queda de él, como orgullosos vestigios en pie de su pasado esplendor, más que el muro grueso, alto y cónico, unas cuantas tablas podridas del viejo capacete y un trozo del botalón roto, enclavado en el rechoncho madero del eje de las aspas que a pedazos se cayeron. Ya no tiene puerta,

ni ventana, y los dos huecos desmantelados, como hendiduras negras en la recia fábrica de piedra que resiste valientemente la pesadumbre de los años, dejan ver un interior vacío, en la pared la costra sucia del polvo de harina y de tierra entremezclado y la lenta labor de las arañas que han ido tejiendo por los rincones una inmensa red. Al medio día, al peso del calor, los perenquenes, rastreando osadamente el muro, donde crecen unos salvajes jaramagos, escalan lo alto y se tienden con pereza para dormitar al sol.

Ahora el molino en ruinas se asoma, con su miserable aspecto de viejo y de mendigo, a la vera del camino, como para pedir limosna.

Además sus contornos son desoladamente áridos. Tuvo la mala suerte de asentarse en suelo pedregoso, renegrado, donde nunca creció un árbol y donde es seguro que jamás se vió brotar una brizna de yerba en los mejores inviernos de mi tierra.

Había que verlo há un cuarto de siglo. Joven, bien trajeado, alardeaba de su hermosura y de su fanfarria. El muro, enlucido por la cal, blanqueaba suave, con un albor tan intenso que cegaba a las horas de cruda luz solar. El capacete estaba pintado de rojo oscu-

ro y de un carmín blando la puerta y la ventana. Las casuchas miserables que lo rodeaban se las veía, como hembras enamoradas de un buen mozo, mirando complacientes, con cierto desconsuelo envidioso, pero también con íntimo orgullo de tener a su lado gigante tan apuesto.

Muy pocos ratos tenía de descanso. Día y noche, si había molienda, trabajaba, como dando ejemplo a aquellos «galibardos» del campo y a los «solajeros» de playa, que las noches se las pasaban roncando y las mejores horas del día durmiendo al sol o al socaire de las barcas varadas en la ribera.

Cuando el viento era flojo, cosa corriente en el bochorno de incendio casi habitual, desplegábanse todas las velas. En un dos por tres, trepando por las aspas, quedaban tendidas y bien sujetas, las lonas, blancas casi como un lienzo de altar. Si refrescaba el aire, con soplo constante, demasiado fuerte, o con ráfagas por repentinas traicioneras, la «tranca» paraba en seco el movimiento rotativo del eje y las aspas quedaban medio desnudas, enseñando su áspero costillaje. Se ponía a «medio pañuelo». Nunca se vió con su aspa en alto y un «rizo» en el extremo. Eso era de-

mandar limosna de trabajo, y a tamaña degradación no llegó nunca en sus buenos tiempos el molino de Varona. No; ahí estribaba todo el orgullo de su abolengo.

Todavía ostentaba el molino una nota más de color. Sobre el blanco de las paredes, y el rojo del capicete, en el remate de éste, coronándolo, se erguía, como si intentase volar, una tosca paloma de madera pintada de azul. Como flecha que hiriera al ave, haciéndola desplegar en una contracción brutal las alas, alzábase la veleta girando loca siempre. Su chirrido áspero parecía el grito de queja de la paloma herida. Sobre todo de noche, el clamor del hierro herrumbroso al girar, daba la sensación de un quejumbroso plañido de dolor.

Se había plantado el molino en un altosano. Desde la tierra llana, en unas cuantas leguas a la redonda, y desde el mar, a distancia de algunas millas, tenían todos que divisarlo. Era como anuncio alegre de la ciudad aquella mole blanca solitaria, volteando sus aspas siempre como un lejano pañuelo que nos despide o nos saluda.

A la vera izquierda, detrás de un ribazo, que salvaba una vereda, estaba el camino real, largo, como una línea oscura del color del

cascajo con que hacían el «recebo» de la carretera. Desde el amanecer hasta la caída de la tarde, en un ir y venir ininterrumpido, pasaban por allí las recuas de asnos y de las enormes caravanas de camellos que llegaban o salían para el interior de la isla, para su Villa, vieja y señoril siempre en su desgracia, para Haría, de sabor árabe, con cielo alegre, durmiendo una siesta de poesía y ensueño bajo el toldo de las palmeras, perennemente verdes.

Pero, llegaron para el molino días tristes. Hoy una en el llano del Cementerio, mañana otra por el Lomo, fueron apareciendo las «molinillas», más jóvenes, más ágiles, ¡ay!, pero también más feas. ¡Al diablo quien las inventó! Rechonchas, escurridizas, carecían de gallardía, de «peso», es decir, de representación viril para el trabajo. Bien llevaban nombre de mujer. Nada de la recia fábrica de piedra: cuatro palos negros y esqueléticos y cuatro tablas pintadas de colorido por aspás. ¡Y aquella gloria de las velas blancas! ¡Y aquel hercúleo alarde de la mole inmensa! Todo olvidado, preterido.

Malas hembras, las «molinillas» triunfaron desde el primer momento. El pobre molino, tengo para mí que de tristeza, fué poco a po-

co envejeciendo. Ya no se blanqueó cada año, y fueron desde entonces más continuos y largos sus descansos a la fuerza. Inválido a la postre, manco, pues las aspas se rompieron, allí quedó desmantelado a la vera del camino como un miserable pordiosero. ¡Ah, pero mantuvo siempre en pie el orgullo de su abuelo!

Muchos años estuvo Clemente Carrasco al frente del molino de Varona. No se dejaba nunca ver por las calles del Puerto. Siempre al pie de la tolva. Llamaba sus momentos de descanso a los ratos que el molino paraba, en contadas ocasiones por cierto. Porque él, entonces, «picaba» las piedras.

Dentro del molino el ruido era infernal. El engranaje de las ruedas rechinaba ásperamente; el tic-tac de la tolva no cesaba un instante, el rozar de las piedras triturando el grano era un rumor discordante y seco. Luego añádase la trepidación del capicete a cada movimiento de las aspas al saltar el viento.

No es extraño que al llegar a la puerta, la gente se desgañitara llamando:

—¡Eh! ¡Clemente!... ¡Acuda!

Nada. Nadie respondía.

—¡Sordo confiscado!... ¡molinero!...

A las voces, que era indispensable que fue-

sen fuertes, por el alto ventanillo asomaba una cabeza. ¡Dios santo, y qué cabeza! No era más que una mancha blanca. Pegada a la piel, espolvoreando tupidamente los cabellos, las cejas y la barba, la harina había puesto sobre el rostro de Clemente una informe careta. Ya era una costra recia, bien amasada en el transcurso de unos cuantos años de oficio.

El molinero gritaba desde lo alto:

—¡Llaman a los chicos.

—Ni brujos los encuentra.

Montaba en cólera Clemente entonces, jurando y perjurando.

Como un muezin desde lo alto del minarete llamando a los creyentes, así, con voz estentórea que repercutía vibrante en los contornos e iba a perderse muy lejos, el molinero gritaba:

—¡Candela!... ¡Martán!

No acudían. Sabe Dios dónde anduvieran los dos muchachos del molinero.

Resignábase a bajar la empinada escalera que caracoleaba en torno al recio muro, y ayudaba a descargar los costales y a entrarlos bajo techo.

A poco, jadeantes, llegaban los chicos. Cada cual traía distinta procedencia. Cande-

la era un «pimpollo». Con buenos colores en su cara, tirando a rubia, aunque sin serlo, más roja estaba con la sofocación de la caminata al trote, bajo un sol agresivo y bajo la presión del miedo.

—¿Dónde «fiste»?

—A tiendas.

—Machona, y más que machona. Te gusta mucho la «conversa», pero ya te maduraré yo las ancas. Te voy a poner como «acemite».

—Si es que... tenía que mercar.

—Adentro, «jimiera».

A medias estaba este sermón, cuando haciéndose el distraído, como si hubiera estado a cuatro pasos del molino, presentábase Martín. Las perneras chorreando agua, denunciaban de dónde venía a la legua.

—Y tú, ¿dónde te has enconejado?

—Llegueme al camino, por ver de apañar alguna cebolla. ¡Ni rastro!... Llevan las «bolsinas» bien «cogías» los camellos.

—¡Anda, playero!

La dura mano de Clemente abatía del golpe la cabeza del muchacho.

—Tú que a la mar, y yo que a tierra. ¡Veremos quién puede!

Bien sospechaba el padre dónde perdía las horas Martín. Ni regaños, ni golpes eran

bastantes a contener sus aficiones de «solajero» de playa. ¡Casta de muchacho! ¿A quién saldría? La pícara afición al mar era rara. En los suyos, gente de tierra adentro, el más que se había acercado a la costa era Clemente, y eso quedándose a bastante distancia de las olas, abroquelado en el molino.

Por aquellos días Martín sentía la necesidad de escapar hacia la playa. Tiras harían su pellejo, curtiéndolo a golpes como recio cordobán, pero ¡dejar de echar un vistazo siquiera a Porto Naos, allí a dos pasos! No podía ser. Sobre todo ahora que estaba embarrancado, desguazándose en los vaivenes de las mareas, el «Goliat», un bergantín farruco, valentón sobre las ondas, que daba gloria verlo cuando echaba antes todo el trapo al viento.

Sin miedo a las voces del guardián, los chicos, completamente en cueros, bajo la encendida luz solar, echábanse al agua y nada que nada abordaban el negro casco inmóvil del bergantín. Trepaban ágiles todos. Luego, de cabeza, ¡al agua!

No importaban gritos y amenazas del pobre vigilante burlado.

—Ah, «cabozos»! Si os trinco ¡os «jareo» como un «cahón»!

Uno de los chicos, más deslenguado, contestábale para más irritarlo:

—¡Atraca, bocinegro! ¡Coge los «güiros» a tu mujer que «cose pa fuera»!

Y para evitar las piedras que venían desde tierra, el muchacho, «tirándose de margullo» desde la borda, escondíase en el seno de las aguas para resurgir de pronto, donde menos se le esperaba, a muchas brazas de distancia.

Alguna vez Martín acompañó a los nadadores en estos asaltos al «Goliat», inválido, tendido, y removiéndose trabajosamente sobre la arena, como un monstruoso cetáceo moribundo.

Más que bañarse, tirándose desde la amura, gustábale husmear el barco. Para despeñarse de bastante altura, allá estaban las olas sobre las arrogantes columnas del puente. En el «Goliat», por la vía que a la hora del reflujo quedaba casi al descubierto, entraba el agua con ímpetu ciego, arremolinándose dentro y saliéndose después en tremendos borbotones, como sangre de una herida que respira. Y a cada golpe de mar, aquel áspero «crac» de las maderas desvencijándose, erizaba el cabello, como si el barco, de improviso, fuese a abrirse en dos mitades, desvertebrado, floja la resistente armazón chapada de cobre.

¡ Si Martín hubiese podido escapar del molino siquiera una noche! Las noches de oscuridad cerrada eran fantásticas en Porto Naos, después de la varadura definitiva del «Goliat». Antes que los martillos de los calafates hicieran astillas el casco, los ladrones furtivos al amparo de las nocturnas sombras, iban poco a poco dejando en esqueleto el mísero bergantín.

Sobre el haz de las aguas en calma, de vez en vez brillaban la lumbre de un cigarro, el chisporrotear de la piedra de fuego batida por el eslabón, con un fulgor rápido y vivo que no se confundía con ese momentáneo fulgurar de las aguas que de pronto al entrechocar se iluminan de un modo extraño, aquí y allá, en la infinita extensión.

Bien podían ser barcas pescadoras. Pero la rapidez del resplandor, presto apagado, denunciaba botes de presa, en acecho, espíandose en medio de la oscuridad unos a otros hasta reconocerse. Después venía el avance juntos o por lo menos con idéntico rumbo. Atracaban al costado del «Goliat» en silencio, sin remover el agua a golpe de remo, dejándose ir a la deriva bajo el empuje del oleaje sin más guía que el guiño hábil del timón.

Mientras tanto el guardián, farol en mano, corría adormilado, hundiendo los pies en la arena, con torpeza al andar, el largo orillar de la playa. Vigilaba los asaltos de tierra, impidiendo las depredaciones en el casco destrozado de los saqueadores de tierra que, acaso, escondidos en los peñascales costeros, espían, rabiosos y codiciosos, el posible botín.

Algún rumor al desclavar un trozo de madera, que venía de a bordo, sobresaltaba al guardián. Atendía, con el oído en escucha. Nada. El clamor del oleaje batiendo el mísero casco del «Goliat».

Luego siluetas móviles entre las sombras, bultos informes que se deslizan por la borda, chapoteo del agua... y silencio en torno del infeliz «Goliat» descuartizado, no bajo el hacha, sino a la presión de los dedos en las maderas arrancadas a los clavos herrumbrosos. Y ya, más de mediada la noche, en los islotes vecinos, a larga distancia de la playa, el golpe seco de los trozos de madera arrojados desde los botes al peñascal donde rebotaban con áspero rumor. Luego, vuelta al chapoteo del agua y ahora, ya franco, el golpe del remo. Las barcas no se recatan y van a sus puestos de pesca. Orilla adelante, saltando char-

cones, salpicando el agua con los pies desnudos, la recua de mujeres y de chicos desfila, camino de casa, con los haces de madera vieja a cuestas. Y siempre entre sombras, espionando la oscuridad, como procesión macabra de asaltadores de cementerios.

De estas aventuras nocturnas nunca pudo gozar Martín. No podía burlar el encierro del molino. Ni aún de noche, en ocasiones, dormía su padre. Arriba, junto a la tolva, sentíalo trajinar, mientras sonaba enronquecido y áspero, al girar al impulso de las aspas, el formidable eje y, como un quejido de mujer que llora, chirriaba sus destemplanzas la veleta.

Quizás por el encierro más que por otra cosa, Martín le había cobrado un odio vivo al molino. Resultábale como mazmorra de cautiverio. ¡Ah!, gracias que desde la ventana, cuando su padre lo ponía a vigilar por si llegaban con costales de molienda, alcanzaba a ver el mar, azul en su inmensa llanura, blanqueando espumoso al estrellarse las ondas contra las restingas de la costa. ¡Qué hermoso sería correrlo! ¡Ir más allá de aquella cinta oscura en que el cielo y el agua se abrazaban confundiendo sus dos azules diáfanos, bañados ardientemente de sol!

Ya su padre quería que fuese aprendiendo el oficio. Con el tiempo Martín había de sustituirlo en el molino. Aún era muy pequeño para prestar servicios, pero era necesario que de todo se fuera imponiendo. En vano. A lo más que llegaba era a llevar las «lavijas» a casa del herrero para «cazarlas» y recomponerlas. Picar una piedra, encebar las muelas, coger un viso trepando por el aspa, no llegó nunca a aprenderlo. Jamás lo hubiese aprendido ni aun a la fuerza.

Las cosas, de pronto, cambiaron por completo. Para encauzar su vocación necesitóse que pasara un aire de tragedia. Fue así:

La mañana se encalmó. Torpemente, con una languidez enorme de pereza, volteaban las aspas del molino.

—¡Diantre!—dijose Clemente al ver la lentitud con que giraban las piedras. —¡Hay que «tender»! ¡Y que no es un puño lo que hay! ¡Y que es pa el «costero»! No espera el barco, ni el «jinojo» del señor Pedro!

Bajó, después de echar la tranca, Clemente. Aun se detuvo en el primer piso del molino, donde se amontonaban los sacos de grano en turno y los costales de «gofío» y de harina de las últimas molindas.

Candela, la muchacha, enhebraba una co-

pla en otra. Su voz mimosa no cesaba de cantar un aire de folías:

Si no fuera por tu culpa  
mi corazón no sufriera

... ..

Y luego, más viva, alocada, saltando en la música, rompía en el «tanganillo».

... ..  
ni con María  
ni con Marciala,  
sino con Rita  
la coreobada.

Clemente riñóla:

—¡Qué «cantías» ahora!... ¡Mejor remendaras, andoriña!

—¿Hago mal?... Si es que ayuda.

Candela volvió a las coplas, aferrada a las «folías».

Clemente llamó al chico:

—¡Martín!... ¡Jurria, acá!

Era tal vez la primera vez que el muchacho, al llamarlo su padre, estaba en el molino.

—Coge el cabo en cuando lo éche.

Comenzó a trepar por el aspa Clemente para desrizar la vela.

¿Cómo fué? Sin duda garreó la tranca al soplar una ráfaga de viento sobre la lona «a medio pañuelo».

Vióse voltear las aspas; vióse al molinero inútilmente intentar agarrarse. Arriba en lo alto, con los brazos abiertos, se le vió despedido, girar como un pelele trágico en el aire, y oyóse su voz que gritaba con acento de espanto:

—¡Juye, que te aplasto!

Nada más se oyó, a no ser el golpe áspero al rebotar el cuerpo sobre el suelo, que los ojos de Martín vieron ensangrentando la tierra.

Dentro la voz de Candela, más alegre y loca, continuaba el vivaz ritmo del «tangani-  
llo».

Llévame a misa  
de madrugada

... ..

... ..

A solas, como una tonta rompió a reír. Fuera, inmóvil, mudo, Martín rompió a llorar.

## II

### PRIMERA AVENTURA

Los dos huérfanos quedaron en el mayor desamparo. Candela, ya muchacha, podía salir adelante trabajando. ¡Buenos brazos y buenas caderas tenía. Además, con aquella cara que era una pintura, bien podía engolosinar a cualquier mozo, casándose. Pero, a la «confiscada» ¡le tiraban tanto los «enralos» con todo el mundo! Su coquetería y sus faramallas amorosas, el tira y afloja de su pudor,

elástico, fácil a las palabras, duro a los desmanes, eran de sobra conocidos en las tiendas y almacenes del Puerto. Su ruta está bien trazada. Tal vez parase en la vicaría. Era lo más seguro. Mas, de ahí en adelante, acerca del rumbo que tomara no convenía, en juramento, poner la mano en el fuego.

Martín era otra cosa. Apenas llegaría a los siete años, negruzca la piel como un tizón, retostada por el sol y curtida por el áspero aire del mar. Fuerte era. Con el tiempo ten-

dría el corpachón musculoso y atlético de Clemente, atrofiadas las energías en aquella vida de parásito dentro del molino.

Los primeros días de orfandad fueron tristes. Incapaces los dos hermanos de resolución contentáronse con llorar. Bien pronto advirtieron que estaban de más allí. Un nuevo molinero, fachendoso y brutal, vino a reemplazar al padre muerto.

—A ver si avían... Véngome aquí con la mujer y la «injalla».

No había más remedio que ir a la calle. Candela era seguro que se «acomodaba»; casas sobraban donde servir. Pero ¿y Martín? No era tan fácil hallarle sitio donde pudiese

estar aunque sólo fuese por la comida. Las vecinas no lo podían recoger. Mucho lamentar la desgracia, mucho compadecer a los muchachos, pero ¡había tan poca agua en el «bernegal» y era tan escaso el «gofio» en el zurrón! Que fueran a dar a puertas de ricos...

Mas, un día, sabedor de la desgracia, presentóse el tío Pancho en el molino. Venía por ellos. Era un buen hombre, hermano de la madre, también muerta, a quien los chicos recordaban apenas. Trajinaba como camellero y vivía en Teseguite al cuidado de un cortijo donde era medianero. Claro que los cuatro tirajos de tierra en cultivo, estériles los más de los años, mal daban la semilla para la siembra venidera. El grano quedaba para otros con gavias y bebederos. ¡Pajareiros! Ni soñarlos. Nunca se conocieron en el cortijo de «El Majuelo». Doce cabras, más que menos, tenía también Pancho. Gracias a ellas, tirándoles de las ubres, iba remendando las hambres y las miserias de la vida. Pero ¡qué diantre!, allí no faltaba alegría. Huevo había en la casa, paja en la troje, agua en el algibe, queso en el canizo y «gofio» en la tinaja para que a los chicos no faltara ni cama con trapera para descansar ni «pella» sustanciosa para engullir.

Y dicho, y hecho.

—Abajo me allego... Al vencer el sol, ya estoy de camino. Al paso os recojo. Conque aviar el matalotaje, y la ropita en un pañuelo.

Era inesperado el remedio. Ninguno de los dos chicos, ni la Candela ni Martín, querían dejar el Puerto. A cada cual distintas aficiones lo retenían allí. Candela, en silencio, lloraba\* a lágrima viva. ¡No entrar y salir ya por los comercios, sin pretexto alguno, sólo por oír chicoleos y alcanzar regalos, riendo, burlando, jugando al capricho con los enamoramientos repentinos de los hombres, aplazando a éstos una engañosa promesa!

• También Martín lloraba sin consuelo. ¡Perder de vista la playa para siempre; alejarse del mar, sin haberlo gustado a todo su antojo de continuo hasta entonces bajo la severidad del castigo paterno!

—¡No llores, mocoso!

—¿Y tú?

—De verte llorar...

Se mentían ambos, disimulando las intimidades de su duelo:

—Yo voy a gusto.

—También yo.

Callaban. Después Martín insinuábase.

—Dímelo, ¿tú «güelves»?

—No.

—Dime qué sí. ¿Me traerás?

No almorzaron. La tristeza a entrambos les acobardó los ánimos para todo.

Mediada la tarde, en el camino sonó una larga voz:

—¡Eh, muchachos! ¿Estáis listos?

Candela se asomó a la puerta del molino, y vió al tío Pancho junto al camello. Salieron los chicos cargando a hombros el matalotaje. Acomodado éste en la silla que portaba el manso animal, bramando de hambre, comenzaron la jornada. Bien pronto se unieron a otros camelleros para hacer juntos el camino. La charla era animada, pero los chicos marchaban jadeantes y silenciosos. De vez en vez, a hurtadillas volvían la vista atrás, echando una larga mirada a través de la llanura polvorienta y árida. A la hora de andar, ya Candela no miró más, tornándose más cavilosa y triste. Ya nada alcanzaba a ver. Allá, muy lejos, detrás de los cerros que abrían la cinta blanca del camino, quedábase escondido el Puerto. Ni la alta torre de la iglesia, de un albor immaculado, bañada por el sol, se divisaba a la distancia. Todo había acabado. Ya no quedaba más horizonte que los desolados

contornos del caserío, Teseguité, donde en adelante había de vivir entre mozos zafios, de rostros enterregados que nunca se lavaron y con largas greñas en cabeza y cara como zalea de res cabría, revuelta y áspera. No; el lugareño vivir no era para ella.

Martín seguía, a duras penas, fatigado de cansancio, la solemne y tarda caravana. A veces, sus pies descalzos, heridos contra los guijarros, le hacían tambalear, retorciéndose de dolor, pero sin quejarse.

—¡Diantre! ¿Vas ciego? ¡Coge el «teso», muchacho!

Así le gritaba, cariñoso en el regaño, el tío Pancho.

—Un descuido...—replicaba tímido Martín, no queriendo confesar que, por volver la cabeza, tropezaba en los chinarrros del camino.

—Si no llevara el camello tan cargado...

Era una lástima. El pobre hombre creyó que los muchachos eran de más aguante al proponerles la jornada a pie. ¡Pobretes! De saberlo...

Martín no escarmentaba. Una vez se fué de bruces, y era cosa de reír verlo escupiendo tierra.

Pero, a lo lejos ¡estaba tan azul y hermoso el mar!

La noche llegaba con sus sombras. Allá por Tahiche se desbarató el rancho. La caravana siguió camino de la Villa. Eran camelleros que porteaban a sol. Pancho, con los suyos, siguió el atajo, camino de Teseguite, bordeando una inmensa pared vieja cuyas piedras iban desmoronándose desportillada, con hinchazones amenazantes a trechos, como una larga muralla de ciudadela, extendida a guisa de cinturón por la parte baja del caserío, linde de los tunerales copiosos, salvajes y siempre verdes.

Ya había cerrado la noche. Pasaron las últimas casas de Tahiche. En alguna, muy contada, parpadeaba una luz. Sin un ruido, daba la impresión de un pueblo muerto, de un caserío en soledad, completamente abandonado.

Entraba el páramo, las tierras llanas casi infecundas. El pedregal negruzco, desierto y anchuroso, se perdía en todas direcciones, hasta las lejanas y solitarias montañas de un lado, y por otro hasta la costa deprimida, baja. Ni un árbol rompiendo la monotonía. Algún matorral agreste, de vez en vez, que se confundía con los mojones de piedra, aquí, más allá, delimitando el extenso y estéril campo. Bajo las matas relucían vivos, fijos, los

ojos de los perenquènes reposando en la paz nocturna, inmóviles, como asiáticos fakires en éxtasis.

Por casualidad, a mucha distancia, oíase el silbato monótono de algún caminante atravesando la soledad del páramo. Quizá algún pastor rezagado; tal vez un ladrón nocturno al robo de una brazada de paja para un camello hambriento.

En todos los detalles del camino fijaba la atención Martín. Acaso en su cabeza bullía alguna idea rebelde, todavía en embrión.

Sentía sed. La fatiga de la jornada y el polvo del camino secando las fauces, acrecían sus ansias.

Ya no pudo contenerse.

—Tío, quiero agua.

—Aguanta un poco; más «alantre». En el cortijo.

Todavía anduvieron cerca de una hora. Al fin, en la oscuridad, vieron blanquear las tapias de una casa.

Pancho gritó al camello para que detuviera la marcha. Al cuidado de él, sobre el camino, quedó Candela. Tío y sobrino encamináronse al cortijo, y al instante dos mastines carniceros se lanzaron al encuentro ladrando.

—¡«Cho» Moisés! ¡A «cho» Moisés!

Los perros impedían el avance. Sonó la puerta, abriéndose, y una voz gritó:

—¿Quién llama?

—Pancho el del Majuelo. «Una lagrimita» de agua para un chico «esmoreció».

—¡Mal avió! Ni una escurraja en la destiladora, «chó» Pancho. ¡Cómo hay Dios, que ni una escurraja! ¡A la prima «cantó» la olla!

—Todo sea por Dios.

No había más remedio que aguantar. Más adelante, a unos dos kilómetros, había un aljibe donde abrevaban los rebaños.

Pero ahora, Candela, contaminada de la sed, tal vez codiciosa por la imposibilidad de saciarla, también sentía seca la boca y un ansia atosigante de refrescar las fauces.

—Pues, yo ¡también me daba un «jartón»!

Callando, con la lengua estropajosa, revolviéndola tormentosamente dentro de la boca sin saliva, andaban los chicos. Además, los pedregales les lastimaban los pies ya doloridos. Y ¡aquel camino tan largo, tan triste y espantosamente solitario!

—¿Muy lejos «astora»?—atrevióse a preguntar Martín, con ansias de tirarse al suelo como una bestia fatigada.

—Ya cerca... ahí «lantrito»...

Era una piadosa mentira. No atreviéndose a quejarse otra vez Martín, lloraba en silencio. Ni aun la humedad de las lágrimas le llegaba a la boca. Empapaban aquellas el polvo pegado a la piel como una costra.

—Ya me caigo...

—Arrempuja un poco, hombre. Mira, allí está el algibe.

Y el tío Pancho señalaba con la mano un punto todavía lejano, envuelto en la sombra.

Llegaron, pero el brocal estaba cerrado con eandado. El primer ímpetu fué saltar la cerradura. Pero ¿quién se atrevía? ¡Bueno era el amo! Mas, tampoco los muchachos, muertos de sed, podían continuar la jornada.

Miró Pancho en el dornajo. En el fondo blanqueaba con reflejo pálido el agua.

—Sí hay...

Candela y Martín se acercaron ansiosos intentando beber a flor de labio, como los animales. No había más que unas escurrajas.

—¡Uf!—gritó Candela, alzando la cabeza con una expresión de enorme asco. Martín siguió bebiendo, codicioso, con una gula insaciable.

—¿Pues, qué?...—preguntó el tío Pancho.

—¡Uf!... Babas... ¡Sangraza de carníza!

Era posible. Allí debieron babear las reses de los rebaños y algún camello al pasar; allí debieron lavar algún cabrito desollado los pastores. Pero la ardiente sed no hizo reparar a Martín en menudencias tan ordinarias.

Bastante entrada la noche llegaron a Te-seguite. Comenzaba entonces a clarear en los altos cielos una dulce luz de luna. Todo aquello parecía extraño a los dos chicos. No era el campo árido, ni las viejas casas miserables, ni el silencio de muerte que rompían aquí el ladrar de un mastín, allá el bramido de un camello, lo que les llamaba la atención. Era una inexplicable hostilidad que les salía al encuentro, repudiándolos antes de llegar.

Pasaron ante un portillo abierto en una pared de piedras sin encalar. Allá en el fondo, en la puerta de la casa cortijera, surgió la luz de un candil que hacía parpadear el viento. Recortaba la figura de una hembra con una criatura en brazos, mientras que a su falda se agarraban otros dos muchachos.

—¡Ah, Pancho! ¿Eres tú, Pancho?

—Sí; y la compañía.

—¡Siempre lo dije! Pero, «chó» hombre

¿los has «traído»? ¿Más piojos en casa?  
¡Dios me valga!

Candela y Martín, temblando, se miraron en silencio.

Pancho rezongó entre dientes y luego con voz enérgica gritó al camello:

—¡Tuche!... ¡Tuche, animal!

### III

## SEGUNDA AVENTURA

A los pocos días, hecha por la mano de Candela, le pusieron a Martín una «camisola» de lienzo, muy larga, que por un lado se recogía a la cintura, prendida con la vaina del cuchillo. Luego le colgaron al hombro la mochila. Nada le falta, ni aun la «lata», un fino, largo y recio garrote, en su nueva guisa de pastor. Allí estaba también el ganado esperándole: una docena de cabras, y por añadi-

dura el borrico que, en los días de descanso, también salía con las otras reses a triscar y a pastar por aquellos reseco campos de Dios.

Candela rióse al ver a su hermano en facha tan pintoresca. Martín, avergonzado, callaba porque estaba presente la tía, una mujerona «refremegada» que gastaba malos humores.

—Te «arrejalas pal lejío». ¿Ves? A la banda allá de aquel cortijo. En llegando, tumbas por el atajo del barranquillo. ¿Uyiste?

—Sí, señora; harélo tal y como lo manda.

—Y no me «corriquees» el burro, que ya me lo «tienen en las tablas» de emprestarlo «pal» molino.

No había más remedio que resignarse a la suerte.

Sin duda alguna estaba de Dios que fuese pastor.

Tras él, refunfuñándole, iba el perro. 'Aun no eran amigos. Muy fácil sería que no lo fuesen nunca.

Al verse solo en el descampado tuvo intenciones de desertar. Primero morir de hambre en un camino que someterse a aquella vida solitaria en la que ni aun siquiera podía contar con esa alegría infantil del juego con los camaradas. ¡Era mucha soledad y era

mucha tristeza las suyas! ¡Si al menos estuviese a la vera de su hermana!

Al llegar al «lejío» las cabras desparramábanse, en pequeños grupos o sueltas, en busca de un mísero yerbajo que parecía imposible de encontrar sobre aquella tierra negruzca, pelada, sin una nota siquiera de verdor. Manso y cachazudo, el asno se distraía contemplando el campo estéril con estoica resignación de filósofo. Y el perro, ya con el vientre harto en casa, alejado de toda compañía humana, que le era enojosa, se espatarraba, en un altozano, sobre la tierra caliente, amodorrándose bajo la ardorosa caricia del sol.

Martín se aburría. Para matar las murrias, engañando a la vez la soledad, tendíase a la «panca» al arrimo de una pared, con intención de dormir, pero realmente sólo para soñar. ¡Y qué sueños! Con ellos le venía una inmensa congoja, poniéndolo a punto de llorar. Siempre le surgía en la memoria el blando recuerdo de sus pasados días, viéndose claramente, como si hasta los ojos, cegándolos, le llegasen las salpicaduras del agua y hasta en la raíz misma del alma sintiese el acre olor de salitre en los peñascales, toda la hermosa ribera que se corre delante de Arrecife, que él en otros tiempos contem-

plara éxtasiado desde el ventanillo del molino y que en las atrevidas escapadas, cuando burlaba, desafiándolo, el mandato paterno, había recorrido tantas veces, los pies desnudos y mojándolos en las ondas revueltas de espuma que se extendían desmayadas sobre la orilla.

¡Quién lo vió entonces y ahora lo viera!  
¡Con aquellos arreos de pastor, guardando un mísero rebaño de cabras, cuando sus ansias le llevaban al mar, a vivir a bordo, contemplando siempre arriba la claridad azul del cielo y abajo la inmensidad también azul de las aguas!

De este delirar imaginativo a solas le veían a despertar grandes voces:

—¡Ah! ¡Martinillo!...

Erguía-se sobresaltado, como si la misma tía en persona hubiese venido a sorprenderlo en sus descuidos con el ganado.

—¡Que me des el burro!

Era una chica a la busca del jumento para llevar grano al molino.

—¿Lo dijo la tía?

—Sí; se lo prestó a mi madre.

Pero, llegaban los apuros. ¿Dónde demonstre se había metido el condenado? A la vista

no estaba. Quizás se lo hubiese tragado la tierra. Busca entonces por aquí, rebusca luego por allá. Nada. Era para desesperarse.

De pronto, y cuando menos se esperaba, se oía a lo lejos un rebuzno triunfal y asomaba por un recodo del camino, trotón, rejuvenecido, como si se hubiese descargado de los trabajos y de los años.

—En el cortijo ¡como si lo viera! ¡Tienen que «ajuliarlo»! Y ¡chícharos! Me lo trae «esgorrifao» la «matacana» del viejo Barriga.

—Pos... ¡cúdiarlo! Que lo que es la burra ¡me futro!...

—¡Ajoto! ¡Si es más sabejo!...

Cuando eran muchachos los que venían, ya se llevaba Martín mucho ojo antes de hacer entrega del animal. Se la habían jugado de lo lindo por dos veces. Ahora, de acuerdo con la tía, demandaba el santo y seña. ¡Y cómo, entonces, se rieron los condenados! Fué un engaño y también una burla en toda regla. ¡La carrera que le dieron al animal los dos mequetrefes! Sangrando ancas y cuello lo trajeron de los pinchazos brutales con que espolearon los cansados bríos de la bestia. Luego, cuando se entregó de tatiga, la aban-

donaron en medio del camino, huyendo a campo traviesa.

Martín se encolerizaba al recuerdo. Y él que tenía los pies desollados de andar sobre aquellos pedregales cortantes; nunca pudo sobre los lomos del borrico darse el gusto de sentar las posaderas! ¡Y qué ansias le tentaban algunas veces!

De sol a sol se pasaba los días en el campo como un lagarto tendido sobre la dura tierra. Con el véspero, a la luz última, con ráfagas rojizas en el cielo, retornaba a casa detrás del hato mísero, par a par del borrico. Aquello no era vivir. Gozaba de una libertad salvaje en aquellas soledades campesinas, pero no le gustaba el oficio y de añadidura sentía una aversión indomable por aquellos parajes yermos, ásperos y desolados como un desierto, con un valor de horno al mediodía.

Pero, no había más remedio que resignarse. ¿Qué iba a hacer? ¿A dónde ir? Cuando fuera hombre... Y su espíritu se remontaba pasando años, como si pudiese empujar la edad, todavía temprana, demasiado muchachiril. ¡Ah!, ¡entonces!... Desertaría, abandonando cayado y mochila, los arreos infamantes de pastor. La ilusión entera de su vida estaba en el mar, el buen padre que había

querido desde niño. ¡Cuando él se embarcase! Nunca había logrado el deseo siquiera de pasar la barra de Juan Rejón en una lancha de pesca. ¡Hacerse a la mar en un costero! Con la visión en los ojos de las aguas tranquilas que había visto en sus años de niñez desde el altozano del molino, adormilábase, bajo la cegadora claridad del sol, y al quejido de la tierra reseca que se resquebrajaba, pensando en sus viajes futuros, en las correrías, largas y emocionantes, su promesa.

Un día tentóle la curiosidad de avanzar. Banda allá de unos cerros oíase el ronco clamor del mar. ¿La inmensa llanura azul, con espumas blancas, se alcanzaría a ver desde allí?

Hacia allá iba la vereda de Guatiza. A saltos, dejando en abandono el ganado y con riesgo de que se extraviasen las reses, Martín anduvo los altibajos del campo pedregoso. El último repecho para llegar a la cúspide del alcor que cerraba el fondo, una solana espléndida, la acometió con brío, chorreando sudor los cabellos, sangrando los pies, pero con el ímpetu de la ilusión que llevaba dentro. Mas, ¡todo en vano! Se tiró al suelo como una bestia rendida, casi muerta. Montañas negras, de pelada costra, cerraban el

horizonte por allí, y, sólo dejaban presentir, distante, la tierra baja, la ribera larga con el rostro al mar. Pero oía a éste con su respiro de fatiga, resollando incansable en su titánica lucha contra los peñascales costeros, como si lo llamara con su grito de espanto y cólera desde lejos.

Quizás, de sobrarle ánimos, Martín hubiese intentado otro avance. Pero ¿cómo volver?

Llegaría tarde a casa y el hato, con el sol de la tarde, sin esperar al rabadán, echaría por los atajos y veredas, sonando las esquilas en el silencio campesino, de retorno al aprisco, bajo la vigilancia del can, rodrigón irremplazable.

¡Menguada esperanza! Se volvió, arrepentido del intento. Condenado estaba a no ver delante siempre más que el lienzo de tierra áspera, donde parecía que nunca granó una espiga, ni siquiera una mala yerba verdeó.

En el sordo coraje que le produjo el desengaño, rabiaba Martín contra sí mismo. Ya en camino, de vuelta a casa, una cabra se le desmandó. Su brazo esgrimió una piedra con cólera y la pobre res, herida, cayó en tierra con un débil balido de dolor. No podía andar. Tuvo que cargar al hombro con ella, tendida sobre la espalda del muchacho, dando al vien-

to su largo plañir, que a veces tenía el desgarrador acento de una voz humana que se queja o grita. Y era de ver al pobre perro, cabizbajo, levantando sus ojos implorantes, consoladores, hacia la res herida, marchar detrás, a cortos pasos, en silencio, como chico cariñoso que sigue el ataúd de una amiguita muerta. Rompiendo el silencio, por la vereda solitaria adelante, sonaba el hipo de llanto, con que Martín, medroso ante el castigo, lamentaba su suerte y la malaventura del golpe.

Sí; ¿qué iba a hacer? Imaginaba locuras con que disculpar lo hecho, inventando historias extrañas de camelleros borrachos que habían pasado apedreando el rebaño desde el camino, de un perro carnicero que persiguió las reses desparramándolas despavoridas por el campo y una, la herida, tuvo la mala fortuna de despatarrarse al saltar un viejo paredón que se desmoronara, quedando presa, entre las piedras dispersas en revuelto montón.

Algo había que mentir. Con el cuento ya hilvanado, como más fácil a la credulidad lo pudo fingir, llegó a la puerta de la casa, a zagüero del rebaño. Allí estaba la tía, bufando colérica, como si lo esperara. No tardó en gritarle:

—Entra, cachorró. Creíme que habías tomado soleta como la «felecona» de tu hermana.

—Pos ¿qué hizo Candela?

—¿Qué? ¡Que le picó la sarna! Como que el tío va pa dos días que está Vuelta Abajo, mientras yo me allegué al molino, cogió lo suyo y ¡andando!

—¿Fuése?

—A media mañana.

Quedóse Martín aterrado. Cuando le preguntaron por la cabra herida, ya había olvidado la peregrina historia que inventara para el engaño.

Desahogó la mujerona la rabia descargando sobre la cabeza de Martín brutales puñetazos.

—¡Revejío! ¿Conque ansina cumples? Llenándote el mondongo y de «jadasio»... «¡Arranca!»... «¡arranca la penca» ahora mismito!

—Es que... el tío Pancho.

—¡Buen «cajeta» está Pancho! ¡Traerme éstos «pardales» a casa! Aquí no entras. Lárgate... ya sabes por donde se fué tu hermana.

Y cerró con estrepitoso golpe, la puerta desvencijada. Dentro aun se la oía rezongar,

mientras, al ruido, el crío, despertándose, comenzó a berrear inconsolable.

Era triste la cosa. Martín, atontado, no supo qué hacer. Hasta el perro, tumbado en el quicial, lo miraba con unos vivos ojos rencorosos.

Su primer intento fué echarse, no a dormir, sino a llorar, bajo la pared de la casa, esperando el día. Mas el temor de que la irritada tía volviese a los golpes, le hizo cambiar de propósito. Tembló al pensarlo. Capaz era ella, en su bravía cólera, de azuzarle el perro para que lo despedazase. Además se le encogía el corazón al oirla allí cerca, a media docena de pasos, escupiendo injurias, como animal de presa al olor de sangre.

Echó a andar Martín, vacilante. Aquello había acabado. Ya no tenía albergue, ni pan. Entonces sintió, en su corazón infantil, sin definirlo, el primer tirón cruel de la vida. Antes de tiempo, niño aún, comenzaba a ser hombre. Después de todo, mejor. Se iría hacia el Puerto, al rincón de antes, a la orilla del mar, a dormir al abrigo de cualquier barca vieja, ya que el molino, matador del padre, los había echado para siempre.

¿Encontraría a Candela? Pensando en ella, le amargó el desafecto de la hermana mar-

chándose sin llevarlo en su compañía. ¿Qué iba a ser de él, solo y mal querido, en el cortijo de Teguesite? No, no se lo perdonaba.

Anduvo largo rato. Siguió la senda de todos los días detrás del ganado, la única que conocía. Pero ¿y después? La noche cerrada en sombra nada dejaba ver en los contornos.

Martín, junto a la pared de un camino, paróse un rato. Aguzaba el oído por si oía el tintineo de algún camello de jornada hacia el Puerto. Nada. El silencio nocturno rompíanlo nada más que el canto estridente de los gallos de vez en vez, en un cortijo distante, en alguna casucha del lugarejo..

Fijóse entonces en el ronco clamor, como un alarido, del mar. Parecía una voz que llamaba...

Arriesgóse. Iría al encuentro del grito de las aguas batiendo la costa. Ya la encontraría. Luego, a la vera del mar, orilla adelante, marchando siempre, encontraría el Puerto.

Tardó en llegar, atravesando cerros, huyendo los cortijos donde los perros furiosos salían ladrando a los caminos. No vió un alma. Sólo una vez vió, sobre la tierra, moviéndose, una cosa negra, con unas lucesitas. Y oyó como un crujido. Tuvo miedo. Des-

pués pensó si sería algún gato salvaje despedazando algún pobre pájaro dormido.

Al alba, con la luz primera del día, Martín vió la cinta azul del mar, bajo las tintas rosas del cielo. Y allá, lejos, como una gaviota blanca, la vela de una barca de pesca desplegada al viento.

Respiró el muchacho. Era grato el aire del mar en la paz de la mañana. La costa tendía a lo largo su línea de espumas.

—Estoy en camino.

Y continuó andando.

## IV

### HOMBRE DE MAR

La boda de Candela se remató con muchos comentarios molestos, unas cuantas risas de burla y gorja, y cuentan las vecinas comadrescas que con unos sonantes golpes con que la obsequió el marido en la alegre noche de novios. No es cosa de destapar, con la punta de la pluma, el secreto de estas desavenencias matrimoniales. Allá ellos.

La muchacha, como quien salva un mal

paso, contentábase con responder a los indiscretos:

—¡Chincharse!... Y lo tengo por la Iglesia.

La luna de miel no le impidió recalar, husmeadora y resaladilla, con la pompa de su trapío y el encanto de su labia, por almacenes y comercios resobando, de tan largas paradas, los mostradores, y aún malas lenguas añaden que también los fardos de las trastiendas. Yo sigo en mis trece. Allá ellos.

Estaba de Dios. Candela pescó un «caboro» de mar.

«Roncote» era Leoncio y andaba en un costero. Ninguna elección más sabia pudo realizar la chica, aunque no es muy meritoria porque de ella hay mucho ejemplo. Maridos de este oficio son los que convienen. Trabajan como bestias de carga y el jornal lo disfrutan apenas. Tres meses de jornada y una semana en puerto, con inalterable repetición años y años, dan a una mujer más que suficiente garantía de que el matrimonio no es muy molesto. ¡Un chico al año! Es toda la carga que imponen los deberes. Puede que el azar trastrueque las fechas y el crío venga al mundo no coincidiendo el mes, ni el día, ni la hora, contando con

los dedos, con la anterior y necesaria estancia del costero en puerto. Siempre hay una buena comadre, piadosa en el engaño, que arregle admirablemente las cuentas al tiempo. ¡A todo se hace el hombre con buena maña para convencerlo!

Con el casamiento de su hermana, Martín vió los cielos abiertos. No pudo soñar nunca mejor medio de redimir su servidumbre de «palanquín de muelle», recadero, cargador, a la que salta, el mucho vagar, algo dormir y poco comer.

También sería hombre de mar. Haría el aprendizaje pronto, puesto que de sobra tenía la primera condición de marinero: la vocación.

Tuvo que esperar plaza. Al fin la halló, en el mismo barco, el «Frasquita», donde León—como le llamaban a su cuñado abreviando el nombre—estaba navegando.

Un día Martín se encontró a bordo. Sintióse extraño, pero contento.

¡El primer viaje! Es para recordarlo toda la vida. Ruido de cadenas filando el ancla, gritos sobre cubierta al izar las velas; después, el buque que se despereza y rompe a andar, con choque de olas que levantan en la proa remolinos de espuma y dejan atrás,

como un surco en el agua, muerta, la blanca estela que se pierde distante; más tarde la costa que se va borrando poco a poco, las casas doradas y refulgentes al sol, los picachos de los montes con nimbos de luz, muy remotos, en el seno de la tierra que desvanece sus contornos y al fin la inmensidad sin límites, azul, silenciosa y desierta, muda arriba en los altos cielos, impenetrable abajo en el misterio augusto de las aguas. Y así, en estas soledades infinitas, días y días.

Las semanas de pesca en el Africa fronteriza eran tediosas. La salazón a bordo era una faena ruda. Sobre el sollado, la sangraza de los peces abiertos corría con el agua y las escamas, resecaándose, se pegaban como una costra a la madera. ¡Y aquel olor! Hasta acostumbrar el olfato producía náuseas indomeñables. Era un tufo repugnante el que despedía el barco, apestoso como el aliento de un estómago con cáncer.

Pero, al mismo tiempo, el oficio era divertido. Los lances de la pesca animaban la monótona vida de a bordo. Ciertamente que muchos días era necesario darle con brío al remo, como galeote al banco, incansable el esfuerzo brutal de los brazos, yendo de un

banco de pesca al otro, a veces estérilmente.

También el costero, una goleta de buen velamen y largo andar, si el viento soplabá, iba de un lado a otro, desplegando el trapo, bordeando la costa, la inmensa y cálida costa del Sahara, desde Cabo Juby a Río de Oro.

Desde la borda se alcanzaban a ver las recuas de camellos atravesando el arenal y los rebaños de carneros morunos, de sucia pelambre, sesteando sobre la playa inacabable. Y aquí y allá grupos de moros con sus flotantes jaiques, con sus chilavas, con sus blancos turbantes algunos, y otros astrosos, casi en cueros, dejando ver la greñuda cabeza y las carnes sarnosas.

Fondeaban frente a Santa Cruz de Agadir. Los restos de la vieja fortaleza que fué un día señorío, según cuentan, de los condes de la Gomera, en un paraje áspero y solitario, destacábanse como un inútil montón de ruinas que ni siquiera de mísera cabaña podían servir a un naufrago. En Río de Oro, el barco quedaba a gran distancia de la factoría, también mísera, a pesar de su fortín y de sus almacenes. Y en los aledaños, un campo salvaje, lleno de matorrales, una llanura árida donde la vida se perdía tediosa y fatigada.

Los marineros isleños congeniaban con los moros de la costa. Eran amigos. Hacían sus tratos y contratos. Sólo de vez en cuando surgían tormentosas querellas. Aquellas moras sucias, semisalvajes, bestias de acarreo, que más de una vez se revolcaban en el suelo hurtando las brutalidades de los bárbaros, sus dueños, eran la piedra de discordia. A veces los moros, iracundos, quemaban la pólvora. Sospechaban infidelidades, sorprendían descomedimientos. Y entonces, ya no hablaban en español extraño, sino que rompían en su jerga, con gritos, en verdaderos alaridos del siglo del desierto.

También se cobraban. Agravio por agravio devolvían, por sorpresa, cayendo sobre algún marinero descuidado, brutales en su lujuria y en su cólera.

Sobre estas aventuras y desventuras las tripulaciones guardaban siempre secreto.

Siempre que la ocasión favorecía robaban los ganados, trayéndose alguna res a bordo.

Precisamente un robo trajo terribles represalias. Los moros, al acecho tras unos matorrales, cayeron un día sobre unos cuantos marineros del «Frasquita», echados en tierra para hacer leña.

Se les hizo cautivos. No valieron súplicas. Había que entregar rescate. En vano la lan-

cha de a bordo se presentaba en la playa con un trapo blanco a popa en señal de parlamento. Entre los marineros en rehenes estaba León. Del susto Martín casi enferma. Mas, el patrón no daba importancia al suceso. Era cosa corriente. Lo malo era el retardo, que producía un enorme quebranto en la pesca, impidiendo a la vez el retorno del costero, ya medio abarrotado, a los puertos del Archipiélago.

Hubo necesidad de transigir, dando a la morisma enrabiada, aquellos salvajes de duro gesto y mirada torva, la mayor parte de la vi-tualla de a bordo, con más algunas ropas y trozos de vela vieja.

Desde entonces quebrantáronse los ánimos de Martín. Sintió una íntima aversión a la vida de costero. Se hablaba mucho de que en aquellas arenas saháricas cualquier día se jugaba la vida o la muerte.

Abandonar la vida de mar ¡nunca! Pero, mejor era buscar un hueco en el rol de un pailebot de cabotaje. Era una vida sin tantos peligros y más cómoda con muchos más días en tierra.

No era fácil encontrar este acomodo. Los barcos de cabotaje son muy codiciados en la marinería. De isla a isla, de puerto en

puerto, las travesías se hacen a gusto y sin ningún riesgo. Lo malo son los recalmones y las largas quietudes al abrigo de cualquier recodo de la costa, donde no corra ni el más leve soplo de aire o las tenaces inmovilidades en los estrechos de tierra a tierra, separados por cortos brazos de mar, donde las aguas se remansan con un reposo de modorra estival.

Pero, en estos viajes, ni un solo momento se dejaba de ver la costa. Y además producían impresiones variadísimas. No era la misma visión la de la ribera baja, la inmensa sábana de arena que se corría a lo largo de la parte meridional de Fuerteventura, la isla melancólicamente desolada como una planicie lunar, y la de los cantiles al Norte de Gran Canaria, las peñas tajadas desplomándose sobre el mar.

De añadidura se hacían estancias en puertos de una hermosura extrema. ¡Aquella ciudad de Las Palmas, semiafricana, medio europea, tendida en la playa, escalonándose monte arriba y abriéndose de anca y esplendorosa, en pintoresco anfiteatro! ¡Y Santa Cruz, con sus riscos negros al fondo, como ciclópeos titanes en acecho, y bañándose en las olas el caserío señorial con las torres de

las iglesias rompiendo la azul diafanidad del cielo bañado ardientemente en sol!

Tardó en conseguirlo Martín, pero al fin se encontró enrolado como marinero en un pailebot del tráfico. Era el «Buenaventura», casi acabado de botar al agua, con unos cuantos viajes de prueba nada más.

Ya era un mozo hecho y derecho. Sus robustas espaldas cargaban sin fatiga, el agua hasta la cintura, los pesados fardos en las playas del litoral, sin muelles ni embarcaderos; su mano era ya perita en el timón, y en las guardias a popa, junto al gobernalle, sabía dar rumbo al barco como el primero, capeando vientos y huyendo traidoras embestidas del mar.

Sí; estaba ya a cubierto en la vida. A cada día que pasaba más y más sentía la pasión de los mares, gustándole las travesías casi más que los descansos en puerto, porque entonces era mucho más dura la labor, al banco en la lancha y la callosa mano al remo o cargando sobre las espaldas en la playa los petates de sobordo que eran fletes a reunir para el «Buenaventura». El vivir a bordo no causaba sobresaltos.

Lo peor era la soledad de la existencia. Cuando saltaban en puerto, ¿qué hacer? Sé

aburría, entrando aquí y allá para apurar copas con compañeros y amigos.

Llegó a pesarle en el corazón el tedio. Mozo, con buen jornal, sin familia, pensó en la necesidad de una casa que fuera la suya, y no el mísero mechinal de a bordo; pensó también en una mujer, la primera novia, y dando vuelta la incansable devanadera de la imaginación tejiendo sueños, pensó, con una incierta y melancólica visión del porvenir, en aquellos muchachos, los suyos, que correrían por la playa, como corriera él de niño, y que vendrían a esperarlo al muelle cuando el «Buenaventura», fachendoso, con su velamen blanco al viento desplegado, se presentara a la vista del puerto.

Rumiaba a solas estas ensoñaciones, desbordamiento de un cariño hondo que resollaba a ratos, como las aguas escondidas bajo tierra, que no dan más que rumores sordos, pero que fecundan el suelo y hacen que broten, señalando su curso, manchas de césped y algunas flores.

Fué en el bautizo de uno de los chicos de Candela. Allí estaba Marciala, una moza henchida de carnes, con ojos negros e incendiados como soles. Las miradas se trabaron, pero lo que es los labios, torpes o comedidos,

se negaban a cruzar una palabra. Pero en el sonrojo de ella y en la turbación de él, otra menos lista que Candela hubiese también comprendido cuánto pasaba.

Candela, desde su lecho de partida, donde a ratos reía y a veces se quejaba, puso término al enojoso embarazo de los enamorados.

—¡Martín!... ¡Ah, Martinillo!—gritó—. Arrecula un taburete pa Marciala. ¡Si está la indina rabiando! Pos tú ¡con ojos de cherne!...

—¡Carrizo! ¡Y qué coplas sacas!

—«Cuando lo digo, digo».

—Es que...

—¡A mociar!

Tras el «moceo» de una noche vino el noviazgo de meses. Luego la boda para luegos años.

## V

### SALVADO

Con los dedos hacía cuentas Martín en sus ratos de ocio nocturno, espatarrado sobre cubierta, perdida la mirada en la alta claridad de las estrellas y sorbiendo con ansia, en la calma del estío, el aire libre, que venía desde muy lejos, de la mar.

Sí; era cosa cierta. Seguro que ya había venido al mundo aquel primer muñeco que esperaba. Día más, día menos, no marraban los cálculos. ¡Y él distante! Una, dos, tres

semanas debían transcurrir aún para que el pailebot «El Cometa», en que ahora navegaba, barco al servicio de los faros de la isla, recalase en Arrecife.

Solazábase, en medio de las murrias, pensando en aquella criatura que habría saludado la vida, como todas, llorando. ¡Y no estar él allí para sorberse a besos las infantiles lágrimas!

Saldría a él, ciertamente. Y miraba sus manos grandes y peludas, echándose a reír como un tonto. ¡Cómo parecérsele el crío! Imaginaba aquellas otras manos, pequeñas, débiles, que se cerraban corajientas en los instantes de enojo, cuando no le cantaban, cuando no lo mecían.

—¿Qué haces, Martín?

—Pues, ya ves, echado.

—Si parece que hablabas.

—Figuraciones.

—Por éstas que son cruces que creí hacer un rato. Y solo...

—Pa echar cuentas, no es menester compañía.

En algunas ocasiones, de pronto, sobresaltábase. Ideas tristes, como fatídica visión de pesadilla, pasaban por su mente con torva iluminación de relámpago.

—¿ Habrá muerto?..

Y quedaba abismado, pèrplejo, sin gota de sangre.

Sería horrible. No verlo; encontrarlo bajo tierra, sin besarlo ni una sola vez siquiera; a su llegada, era en verdad lo más cruel que la suerte podía reservarle.

Mas, al instante reaccionaban sus ánimos. Un dulce optimismo, creación de su cariño, desbordaba en su corazón y llevaba a su imaginación visiones y ensueños de una alegría feliz.

¡ Oh, las venturas que entonces se prometía! ¡ Sentar al chico en las rodillas, dormirlo al son de una vieja canción de mar, sacarlo en sus brazos playa adelante, por parajes solitarios, para que sintiese la fresca caricia de la brisa mojada de las ondas y el cosquilleo en la cara de la radiante claridad del sol!

También se llamaría Martín. Y de chico, abreviándole el nombre, todos le habían de decir «Mar». Y quedó caviloso, contento de la enorme revelación de esta palabra.

—¿ Mar?

Sí; era un nombre eufónico, significativo y bello. Pero era posible que venciese en su terquedad Marciala. Su mujer empeñábase en

quē se llamara Benjamín, como su abuelo, el padre de ella.

—¿Benjamín?...

Interrogábase, no sonándole este nombre a nada. ¿Por qué habían de bautizar así a un chico que mañana, como él, sería un rondador de playas y más tarde un lobo de mar?

Llegaba la hora ansiada. Dentro de dos semanas, a más tardar, andaría en Arrecife.

Con aceite para los faros y comestibles para los torreros, abandonados en islillas salvajes y desiertas, salía ahora «El Cometa». Se hizo a la mar con rumbo a la isla de los Lobos, aquel montón de rocas áridas y negruzcas que se alzaba entre Lanzarote y Fuerteventura, las dos islas más orientales.

Fué corta la estancia allí. Se izaron de nuevo las velas y «El Cometa» enfiló proa hacia el Norte, costéando el litoral desierto de Lanzarote, una cinta de negra lava volcánica que avanzaba en el mar, en dirección a Alegranza. De noche ya, divisaron el cantil siniestro de la islilla septentrional y se mantuvieron al paio, arriando trapo, engañando las horas de espera de vuelta y vuelta, al socaire de las montañas de Famara, tranquilos en las mansas aguas, en la enorme ensenada abierta.

Al clarear el alba, anclaron en la pobre rada, peligrosa en los días de tormenta.

Allí hicieron más larga parada. Verdeaban los míseros campos de la isla, cuatro tirajos de tierra, con el esplendor de las sementeras nuevas. Dos grandes rebaños pastaban, y tres camellos, en la época del celo, bramaban con su alarido de cólera que astillaba el aire, rompiendo aquel reposo de profundo silencio. Erraban sueltos, corriendo el contorno en galope frenético. Los cortijeros, hecha la siembra, descansaban a placer, confiando las esperanzas a la fecundidad engañosa de la tierra, con los ojos contando casi los tallos de los trigales verdes.

Era buena época. No se aburrían los torreros. Si la tierra no era muy fecunda, en cambio lo eran con exceso los vientres de las cortijeras. La recua de los chicos era casi tan grande como los rebaños.

Además, había por entonces hasta media docena de cazadores de pardelas. Triscaban por los riscos, se aventuraban en los cantiles sin temor al riesgo, azuzando los hurones, disparando las escopetas sobre aquellas aves extrañas, grasientas y hediondas, que colgaban sus nidos en lo más abrupto, cara al mar, amantes de la soledad y del abismo, que vo-

laban con alas torpes y arrastraban por el suelo el plumaje áspero del vientre y que, en la paz de la noche, dejaban oír el hórrido clamor de sus graznidos con un son mal agorero.

Daba asco. Al morir vomitaban, y aquel líquido aceitoso, mal oliente, recogíanlo en «gánigos», toscos cuencos de barro, los codiciosos cazadores.

«El Cometa», después de rendir el obligado viaje, encontraba unos pequeños fletes para el retorno a Arrecife. Montones de pescado seco con que se agenciaban unas monedas más sobre el exiguo rédito de las cosechas, entregaron los cortijeros, en Alegranza, seres anfibios que así ponen unos días las manos sobre el arado como la mayor parte del año empuñan la caña de pescar recorriendo charcones y caletas. Pacotilla de pardelas, saladas, chorreando grasa, con un tufillo pestilente, embarcaron los cazadores, como una de tantas remesas. La caza iba para largo y aquellos avechuchos parecen no extinguirse, multiplicándose en sus guaridas de los peñascales trágicos, en cantil, donde las aguas baten con ímpetu, escupiendo sus espumas salobres inútilmente a los cielos.

Hubo que apresurar el trasbordo, la ce-

rrazón veníase encima a prisa y ya las aguas, con bravura de «rebozo», se revolvían turbulentas en la rada y sacudían destempladamente a «El Cometa». Izó éste las velas para ganar el mar libre, huyendo los peligros en ancón tan inseguro de sorprenderlos allí la galopante tormenta, que ya lejana rugía, con ráfagas de un aire cálido, aire del cercano desierto, y con la neblina de polvo rojizo, arena retostada que el Sahara enviaba corriendo a ras de las aguas que sacudía, que hinchaba, que hacía estremecer con convulsiones rápidas y fatídicamente turbulentas.

Comenzaron estos augurios al anochecer. No podía perderse el tiempo. La sombra, ni el embate de las olas, ni el retemblar del viento, eran obstáculo a que saliese «El Cometa». Peor era mantenerse sobre las anclas o aguantarse a la vela junto a la costa con escollos de Alegranza, teniendo a un lado el litoral más peligroso aun de Montaña Clara, islilla salvaje, rechoncha, de un bloque macizo, con sus líneas de antiguo y ciclópeo templo.

Era preciso ganar el Río, el canal de aguas dormidas entre Lanzarote y la Graciosa, resguardado por riscos gigantescos de un lado y

de otro por la tierra baja de la islita pintoresca.

Ese fué el propósito. Y «El Cometa» salióse mar afuera para hacer la recalada hábilmente y fondear hasta que amainase la tormenta. Navegaron bien en los primeros momentos. Mientras el pailebot afrontó el viento y las olas de proa, remontándose, con retardo pero valientemente, las costas de Alegranza se fueron borrando en la sombra de la noche y en la oscuridad de la neblina y sólo la luz del faro, pálida como una estrella del cielo, guiñaba parpadeante en la densa tiniebla.

—¡ Ah, del barco !

Sonó este grito ronco entre el clamor de las aguas. Asomados a la borda nada vieron los marineros de «El Cometa».

Después, más cercano, oyóse el mismo alarido, como voz que saliera del seno mismo de los mares en cólera.

—¡ Ah, de a bordo !

Apenas se dieron cuenta de la trágica visión en marcha. Un bote de pesca, sin vela, sorprendido en la altura, pasó cerca de «El Cometa» como una exhalación. Pareció verse la figura de un hombre, medio desnudo, en la popa, aferrado al timón, las crenchas lar-

gas, al viento, y pareció oírse el gemido de un herido, tumbado en el fondo de la barca. Precisar-se estos detalles no podía, porque la visión fué rápida, como en un trágico desfite de alucinación o pesadilla, que la densa oscuridad hacía más hórrida y solemne.

De pronto se sintió un golpe seco y luego un áspero crujido. Las velas de «El Cometa» trapearon desorientadas y el ruido de un roce constante, el rumor de maderas que se astillan, sonaron de un modo siniestro, espantando a la tripulación con terror supremo:

—¡ Se ha perdido !

Los hombres corrieron en todas direcciones sobre cubierta, que ya las olas barrían, y por los escobenes los chorros de agua saltaban con un ímpetu ciego. Cortáronse los amarras de la lancha y cayó ésta al agua con un chasquido sordo, estremeciéndose temblorosa como con calambres nerviosos de escalofrío. Luego se la vió hundir, abriendo en las aguas un hueco negro, como de fauces monstruosas.

Martín agarróse a las jarcias y trepó a lo más alto del mastelero, respondiéndole a un tirón del instinto de vida.

En la locura del pánico, una de sus manos palpando la sombra, tocó la dureza de la ro-

ca. Y se asió a la tierra con garra de felino, para trepar, mientras sentía que bajo sus pies, prendidos al mastelero con la piel escamosa y hasta hincando las recias uñas, el barco se hundía lentamente, en medio de las ondas en furioso remolino.

Cuando se halló sobre la roca, los ojos de Martín volviéronse al oscuro e impenetrable cielo, por donde el viento seguía corriendo con bramido espantoso.

No dijo más que unas palabras, que fueron un trágico grito:

—¡Cristo de la Veracruz, que vea a mi hijo!

## PARENTESIS

Cuantas veces lo he contemplado desde tierra, a larga distancia, en el remoto confin del horizonte, más allá de las otras islas pequeñas, el Roque del Oeste, surgiendo negro y sombrío del mar azul, me ha parecido extraordinariamente bello. Su silueta recortada destacándose en la lejanía, no sé qué rara forma tiene que los ojos lo miran con ahinco.

También lo he visto de cerca, pasando a su vera en una barca, y he sentido una impresión de miedo, un escalofrío de pánico hondo, no sólo por el cóncavo rumor de las rompientes, sino también porque he sufrido por un instante la trágica alucinación de un rápido desplome del granito, aquellos picachos

puntiagudos que se lanzan osados al aire, manteniéndose cara al inmenso vacío.

No es posible imaginarlo sin verlo; ni comprenderlo en toda su grandeza trágica sin haberlo, con angustia en el alma, alguna vez temido. Más que una isla, es un enorme peñón, un bloque de granito, surgiendo, como una infernal aparición, del seno turbulento de las aguas en aquellos mares salvajes.

Majestuoso, imponente, se yergue el Roque del Oeste como un monolito gigantesco.

Junto a su base, las ondas se revuelven, se encrespan, se agigantan, saltan, baten la roca con traidores remolinos. Al pie del Roque, en los covachos, como guarida de monstruos, el agua rezongando clamorosa dentro, escupen al aire sus espumas.

Es inabordable. Nunca la planta de un hombre profanó el misterio de su soledad. Las mismas gaviotas, que lo rondan en largas bandadas, que en él descansan en las penosas travesías, creo yo que nunca allí colgaron el amor y la poesía de sus nidos. Jamás una barca se acercó, rendida, a demandarle la piedad de su abrigo.

Como tierra maldita, condenada a vivir en perpetua soledad, la huyen los navíos de altura y las barcas de pesca, que ni aún en los

días de calma solemne se aventuran a pasar cerca, dejando detrás la huella de las quillas, la alegre melancolía de las estelas como un camino por donde han ido cantando sus esperanzas y sus tristezas los eternos romeros de la mar.

Sobre todo al caer de la tarde, cuando la pálida luz declina en aquellos ocasos del país canario en que parece que el sol se despide por última vez y para siempre, llenando de una tristeza infinita tierra, mar y cielo, espanta ver entre la media sombra el contorno rígido del monolito gigantesco. Parece que avanza, que sigue nuestros pasos, amenazando desplomarse sobre nosotros con ansias de muerte. El chasquido de las rompientes, con su clamor interminable, más cóncavo, más largo, más resonante a la distancia, remeda el chapoteo de unos pies en el agua y sentimos la sensación de algo tremendo que nos persigue, que va a nuestros alcances, que nos echará de un instante a otro toda su inmensa pesadumbre encima.

Se nos encoge el corazón, sentimos frío en los mismos huesos, y casi cerramos los ojos instintivamente para no ver el horror de la catástrofe, mientras el alma tiembla dentro esperando el supremo instante de morir.

Yo cuento mis sensaciones, la angustia estertorosa que alguna vez experimenté de niño muy cerca de aquella mole ingente, negra y escueta, del Roque del Oeste. Comprendí su grandeza, me impresionó su heruosura extraña y alucinante, y todavía la veo surgir en el divagar de mi imaginación como un viejo sueño de pesadilla que estrujó dolorosamente mi corazón infantil, no hecho todavía a los grandes y trágicos sobresaltos de la vida.

Después, mirándolo a lo lejos, desde la tierra firme de mi isla natal, me ha parecido gallarda su silueta, alzándose arrogante y en jaque de desafío.

Y en mis rezos de entonces, cuando los maternales labios imploraban por los navegantes y nos hacían rogar por ellos, perdidos al azar de los mares, yo recordaba siempre aquel pezón siniestro, que huían los navíos y también las pobres barcas, donde navegaban unos buenos hombres que yo conocía, que yo estimaba, que muchas veces me dieron a compartir su mísero rancho y que, al abrigo de sus chozas y a la luz de las hogueras que encendían en la playa, muchas veces me entretuvieron con cuentos y consejas, los más

sabrosos y los más emocionantes que yo he oído y he leído en mi vida.

¡Quién sabe! Ha pasado mucho tiempo... Tal vez algunos de ellos hallaran la muerte en las rompientes del Roque del Oeste, cuya imagen surge ahora en mi memoria como una visión de pesadilla.

## VI

### A LA HORA DE LA MUERTE

Martín, al reposar en tierra firme, respiró con ansia. Quiso trepar, andar, reconociendo el terreno, pero era imposible. Las rocas abruptas le cerraban por todas partes el paso.

Era una temeridad, en medio de la densa tiniebla, aventurarse a una exploración.

Convencido de que estaba a salvo, confiósese a la suerte y determinó esperar.

¿Dónde estaba? Esta fué su pregunta, naturalmente incontestada. Tal vez en algún peñascal de la Graciosa; quizás en la costa misma de Lanzarote.

Tan profunda era la oscuridad que Martín no alcanzaba a ver más allá de un par de brazadas. Percibía delante el «aire» del vacío, y desde abajo subía el clamor de las olas rompiendo furiosas contra las rocas; detrás alzabase el peñascal negro, erizado de picachos y en ellos el viento que los azotaba con furrores de vendaval rugía con continuo y estridente rumor.

En los primeros instantes, entre el fragor de las aguas, Martín creyó oír gritos angustiosos, voces desesperadas que se perdían en la soledad infinita del mar.

—¡ Socorro !

Aquella voz se apagaba, ronca y dolorosa, por un lado y a la parte opuesta, allí bajo mismo, percibió también un chapoteo en el agua, que bien podía ser de las ondas batiendo, de algún naufrago que se ahogaba.

Sí; algún naufrago, un infeliz compañero, a la hora de la muerte, imploraba la misericordia de los cielos.

—¡Dios!... ¡Sálvame!

¿Qué había sido de los compañeros? La suerte del buque ya la conocía. Lo sintió hundirse lentamente bajo sus pies a la hora última.

También quiso vocear llamando a los camaradas de «El Cometa» para indicarles dónde, como él, encontrarían tierra para salvarse.

—¡Patrón!... ¡Ah, patrón!

Nadie respondía. Escuchábase nada más que el fragor de las olas en las rompientes, y el silbo destemplado del viento al pasar en ráfagas violentas.

—¡Juan!... ¡Acá!

Eran en vano las voces. Tal vez los compañeros, a nado, habían logrado ganar la costa. Luego pensó que aquel silencio de los naufragos podía ser una señal de muerte. Le sobrecogió de miedo la rápida visión de la catástrofe, entrevista, presentida, en toda su realidad dolorosa y trágica. \*

El instinto de conservación, despertándose de improviso, el acoso de un miedo repentino que no pudo dominar, hicieron a Martín eruirse, trémulo, espantado, con los cabellos en punta y los dientes castañeteando.

Ya de pie, sondeó con ojos abiertos por el terror la niebla espesa y cruelmente impene-

trable. Nada se alcanzaba a ver, fuera del negro peñascal a la espalda, y delante aquel espacio que daba la sensación deprimente del vacío, la impresión de una altura impracticable.

Entonces, gritó a los vientos:

—¡Favor!... ¡Socorro!

Así continuó en su vocear durante largo tiempo.

Lejano, sobre el haz de las aguas, percibía cómo el eco, medio apagado, repetía las palabras de angustia:

—¡Socorooooo...!

De tanto gritar, su voz se fué enronquenciendo hasta salir de la boca débil, sorda, como el gemir de una bestia desangrada que se muere.

—¡Fa...a...vor!...

Por último calló. No podía más. Las ropas empapadas, que se pegaban al cuerpo, chorreaban el agua; los cabellos, también mojados, se le amasaban, ásperos, ensalitrados.

El frío le llegaba hasta los huesos y comenzó a temblar con convulsión nerviosa de epiléptico, dando diente con diente. El charrasquido de éstos, indomeñable, más y más lo llenaba de miedo, como si estuviese en el estertor último.

En momentos tan graves, casi llegó a olvidarse de sí mismo, tenaz el corazón en traerle a la memoria la visión de su casa, el cariño de la mujer, las gracias de aquel chico ya venido al mundo y que aún no había podido ver.

¡Si supieran!... Cavilando que las angustias suyas de aquel instante trágico hubiesen amargado la paz de los suyos, casi las olvidaba, pretendiendo ahogarlas, destruirlas, como si la voluntad pudiese conjurarlas a su capricho.

Desalentado, calenturiento, temblando bajo la impresión del frío en las carnes, sentóse a esperar la claridad del nuevo día. Sin cerrar los ojos la aguardó horas y más horas que fueron largas, que parecían interminables.

—Mañana—decíase interiormente— mañana saldré de este escondrijo.

Y llegó el alba. Una luz pálida comenzó a clarear sobre el confín lejano de los mares, todavía revueltos y clamantes.

Los ojos de Martín, antes que la incierta luz primera llegase, ávidamente rompieron la sombra, escudriñando anhelosos, los contornos y la vaguedad del horizonte.

Rompió en llanto. Sus lágrimas parecían

ronle más amargas que el agua salobre que desprendía de las greñas y resbalando por su rostro mojaron antes su boca.

Fué inmensa la desesperación de su desengaño. No le mentían los ojos. Muy familiar le era aquel rincón del mar, que tantas veces, en días de paz, alegremente navegara bordeando la costa.

Estaba en el Roque del Oeste. ¿Cómo? Era, sin duda, un milagro. Nadie creería en un naufrago salvado en aquel peñón alto, escarpado, inabordable.

Pero, era cierta. Allá, al fondo, surgía la línea sinuosa de la costa de Lanzarote. Aquí la Graciosa, después Montaña Clara, luego Alegranza. Y distante alzábase la mole del Roque del Este, como un centinela de la tierra firme que ha avanzado en el mar.

Difícil era la salvación. ¿Quién lo iba a socorrer? ¿Cómo rescatarlo? No se alcanzaba a ver una barca en los contornos. Sin duda el temor a las ráfagas del vendaval, todavía vivo, las tenía aun varadas prudentemente en la playa. De «El Cometa» ni vestigios quedaban.

Despojóse de la camisa. Mejor estaba así.

El sol secaba misericordioso sus ateridas carnes. La agitó al aire, en la esperanza de

que en alguna de las playas fronterizas donde se asientan las rancherías de pescadores, iban a divisar la señal y acudirían las barcas a prestarle auxilio.

Se arrojaría desde la altura, aunque se estrellase, y a nado ganaría la barca que se acercara a recogerlo. Al asomarse al cantil para medirlo, Martín quedó horrorizado y largo rato estuvo viendo el macabro espectáculo.

Las olas de la rompiente empujaban, a cada vaivén contra la roca, un cadáver. A cada golpe, el duro cráneo sonaba de un modo extraño y la piel desgarrada manaba sangre. En la roca quedaban pegados los manojos de cabello.

Lo reconoció. Era Pepe Manuel, el contramaestre.

Además comenzaba el festín de las «sardas». Se las veía revolverse bajo el agua y asomar a ras de onda sus negros lomos o sus blancos vientres de una blancura escalofriante.

Los monstruosos peces, a mordiscos, con sus dientes de sierra, tiraban de las ropas y de los tirajos de piel del pobre ahogado.

No quiso ver más. Era horrible. Morir así,

Herido, magullado, despedazado, infundía un hondo espanto.

Martín pensó en su suerte. Sería acaso igual. Ahora, famélico el vientre, le acosaba el hambre. Fué peor. Sintió de un modo horrible la sed. ¡Imposible!, no podía prolongarse suplicio tan grande.

De nuevo agitó al aire la camisa, como una bandera de señales. Otra vez probó a dar voces, por si la onda la llevaba a las fronteras playas.

—¡Favor!

Tan débil era su voz que apenas él mismo oía. Inútilmente sondeaba el horizonte. No se alcanzaba a ver en la lejanía una barca.

Sus ansias de sediento lo volvían desesperado y loco. Intentó pegar los labios a la humedad de la roca. ¡Fatal idea! El sabor del agua salobre acrecentó sus ansias.

Entonces sintió el vértigo de la demencia, la idea del suicidio a la desesperada. Mejor era arrojarse desde la altura, estrellándose contra las rocas o sumergiéndose para siempre en el fondo de los mares, que la soledad y el desamparo infinito en el islote salvaje e inhospitalario.

Sin embargo, el instinto de conservación, aún vivo, le hizo esperanzarse. Resistiría.

Cuando ya no pudo más, cuando la sed le acosó, intensa, desesperante, pensó morir a todo trance. Su horror entonces le sacudió hasta la propia raíz del alma. Sus ojos, febriles, extraviados, ya casi no tenían fuerza para abrirse y se cerraban fatigados, como si quisieran adormecerse para siempre.

Mesóse con rabia los cabellos. Con tal furia tiraban sus dedos, aferrados a las crenchas, que entre las manos quedaron algunos mechones.

Martín tembló. ¡Sus cabellos estaban blancos! En unas cuantas horas de horror y sufrimiento había envejecido. Sus negros cabellos color de azabache, estaban como el albor limpio de la espuma del mar.

Luego, débil su cerebro, el rumor continuo del mar parecía desgarrarle los oídos y darle golpes en la cabeza con una dureza de martillo. Su cuerpo, de rozar la roca, inmovilizado casi, dábale la impresión de estar en llaga viva.

Y la sed en aumento. No se calmaba ni respirando a pleno pulmón el aire que se había humedecido al correr sobre el haz inquieto de las aguas.

No había más remedio. Acudió al recurso supremo. De morir, que fuese una muerte

dulce, en que la vida, sin sentirlo, se fuere escapando poco a poco. Todo era preferible a la muerte brutal bajo el acoso desesperante de la sed, babeando, como un animal hidrófobo.

Decidióse. Hincó con furia los dientes en el brazo. A la primera mordida, los dientes no desgarraron la piel, acartonada, recia. Con nuevos bríos, hundiendo la dentadura con mayor ahinco, lograron la dura incisión en la epidermis, hasta la misma carne.. Comenzó a sangrar la herida. Los labios de Martín se pegaron tenaces a los bordes del desgarrón sorbiendo con delicia su propia sangre. Pero la codicia hacía que el ahinco con que la boca se pegaba a la piel desgarrada impidiera el brote en abundancia de la sangre. Comprendiólo y se entretuvo en dejarla manar para después sorberla con gula porque refrescaba plácidamente sus secas fauces, mientras teñía sus bigotes y manchaba de rojo, un rojo vivo y repugnante, las comisuras labiales y la rala barba que cubría miseramente el mentón.

Con el hambre que arañaba el vientre y desangrándose, Martín sintió que lentamente las fuerzas le iban faltando; que se le caían los párpados, que todo el cuerpo desmadejado y dolorido parecía insensible y como muerto

Casi no se daba ya cuenta de nada. Sobraron los ojos cerrados, como una hermosa visión, sentía posarse aun la alegría de la luz del sol, pero dentro, en los rincones del cerebro, como martillazos, seguía oyendo el rumor colérico de los golpes de mar abajo en las rompientes, estrellándose contra el peñascal.

¡Qué bien! Sentía un abandono, un reposo, algo así como si el sueño llegase, pero un sueño extraño, mezcla de vida y muerte, un aletargamiento en que de vez en cuando sentía la impresión de la realidad.

Como en sueños oyó rumores. No pudo precisarlos. Parecían voces humanas discordantes y también se mezclaban graznidos de aves que se acercaban, que pasasen volando.

Después el sueño se hizo más profundo. Tuvo la impresión de que rozaban su ropa, de que cosquilleaban en sus pies, de que algo blando pasaba por su cara. Era como la sensación de una caricia. Y aquella mano tenía blanduras de plumaje, como la mano de un niño. Como en un delirio calenturiento, confusas las ideas, inciertas las imágenes, vió al chico recién nacido, el suyo, que todavía no había visto, a su lado dejando caer su mano sobre el rostro del naufrago como velando el

largo sueño de descanso. ¿Por qué no cantaba? ¡Ah, si le hubiese enseñado sus viejas canciones de mar!

De pronto sintió un agudo dolor. Era en los ojos como si un dedo brutal los hundiera, como si un torvo pico los arrancara de cuajo. Quiso abrirlos; distendió los doloridos párpados, y nada vió. No oyó más que el rumor, como de graznidos de cuervos, que antes le parecieron voces humanas.

Bajo la impresión del dolor, incorporóse loco, con movimiento rápido de huida.

Después sintió la sensación del vacío, del espacio libre en que se despeñaba; luego el desmayo, la insensibilidad, la muerte, nada.

## INTERMEZZO

¡La poesía del mar!... ¿Quién no la ha sentido? ¿Quién no la ha amado?

Los que nacieron junto a la orilla nunca olvidarán la visión de las aguas quietas, azules, con cabrilteos de luz a las horas de sol; los que muchas veces se durmieron al blando rumor de las ondas, y de día, despiertos, soñaron al son de su cantar vago y quejumbroso como un arrullo de cuna, al internarse tierra adentro se sentirán extraños, suspirando por la eterna cantinela que dejaron, lamentando no sé qué amores traicionados junto a la costa, en la arena de la playa que todavía puede que conserve las huellas de nuestros pies y hasta el eco del latir presuroso de nuestro corazón.

Se ama al mar con locura, con pasión honda como se puede amar a una mujer. Porque el mar parece vivir, parece que tiene alma, un alma de niño que no sabe más que llorar o reír. ¿No remeda en ocasiones su rumor, en la paz de las noches con estrellas, un rumor de sollozo, de largo y doliente llanto? ¿No parece a veces, cuando salta juguetón sobre las rocas, su cristalino ruido una alegre explosión de risa, de muchas risas?

Cuando a lo largo de la ribera hemos paseado en tardes de soledad, nadie más que él con sus silencios despertó nuestros pensamientos; nadie más que él, presentando a nuestros ojos la inmensidad azul de su extensión infinita, nos hizo imaginar, y crear y sentir, desvelando en lo más hondo de nuestro ser no sé qué hermosos sueños. Nos enseñó también la poesía. ¿Dónde bebimos ésta? ¿Creéis, acaso, que fué en los libros?

No. Alguna vez en la vida nos hemos sentido poetas. Todos lo hemos sido en una ocasión, cuando los ojos de una mujer prendieron nuestro corazón y unos labios que nos muntieron divinos, tuvieron la piedad de engañarnos diciéndonos que nos amaban. Creímos entonces que soñamos. En ese instante fuimos poetas, porque la música espiritual que

dentro de nosotros sentimos, muy íntima, para nosotros solos, era la poesía de la vida que venía a consolar nuestro corazón que se creyó solo y perdido en el mundo.

Y a la vera del mar fuimos también poetas. Ante el piélago anchuroso tuvimos la primera idea de grandeza y la hermosura de lo que es fuerte, entrándose en nuestra alma hasta lo más hondo, haciendo temblar de emoción, nos hizo cruzar las manos e hincar la rodilla en una solemne adoración.

En las charcas llenas de sol, hemos visto cómo el agua transparente marcaba nuestra imagen, como si nos dijera que allí había de perdurar siempre. También los ojos de mujer tienen el liviano capricho del agua de las charcas llenas de sol. Cándidos nosotros, creemos en la permanencia de la imagen fugitiva.

¡Ah!, y el amor es como el agua del mar. Despierta nuestra sed y luego, salobre, no la sacia y es amarga como si se nutriese nada más que de lágrimas.

No hay que beberla, porque en ella está el desengaño de nuestras ansias.

¡Las noches de luna! ¿Quién ha visto algo más bello y sugestivo? La blanca claridad cae sobre el haz revuelto de las ondas, de las on-

das que se agitan con un latir de corazón oprimido, y la blanda reverberación de las aguas deja en nosotros un sedimento de melancolía, un deseo de abandono, como si nos sintiéramos en destierro, pobres seres entregados a la dureza de la tierra, y el alma quisiera escaparse para vivir en el misterio del infinito, en el seno majestuoso de la luz.

Sobre todo, el mar es azul, como su hermano el cielo. Dijérase que las estrellas asoman por la noche al firmamento, sólo para enviar, asombradas, su blanca claridad al mar, y ver que éste la refleja orgulloso de tanta pompa, de tanta hermosura y de tanta majestad.

No habléis de perfidias. Si se recela, nunca se ama, porque toda hermosura es pérfida y todo amor es mentiroso.

No se diga que el mar no tiene corazón. Ya lo véis, ¡a veces llora!

Es quizás la pena de ser cruel, lo que le da el sabor amargo a las aguas.

Creo siempre en el dolor porque él es cariño que sufre. Y si alguna vez he de tender mi mano de mendigo a algún corazón de mujer será cuando al levantar los míos vea, como en los cielos, el iris tras la lluvia, la paz del amor en otros ojos que han llorado.

## VII

### EN TIERRA

—¡ Mi hijo!

Como un suspiro, después de mover los labios con un temblor angustioso, salió esta frase de la boca pálida y cadavérica del hombre tendido, espatarrado como un muerto, en el fondo de la barca. La latina vela, desplegada airosa al viento, hurtaba al rostro del doliente los rayos del sol, dejando caer sobre éste una plácida sombra.

—¡Otra friega!—gritó el patrón.

Un marinero roció su mano callosa con caña de la cantimplora y friccionó al yacente. Después lo dejaron de nuevo en reposo, pero fijas en él las miradas siempre, salvo cuando se distraían mirando el avance de las olas o el perfil de la lejana costa.

¿Quién sería el náufrago? Reparaban en aquella cara arrugada, un verdadero rostro de viejo; en aquel labio hendido, como taja-do por un corte de cuchillo; en los cabellos blancos, de un albor prematuro que demostraban unas cuantas hebras negras como la endrina, esparcidas acá y acullá entre las greñas amasadas y revueltas, donde aún estaban pegados cuajarones de sangre reseca; en los ojos sin brillo, rojizos, que de vez en vez, al abrirse fatigosamente los párpados, giraban como muertos, con señales de violenta presión, de desgarró brutal, y el pie desnudo, con un dedo cortado a cercén, enseñando el repugnante muñón, todavía fresco, que ciatriza el agua salobre, y la piel mordida a trechos en las piernas como si los peces hubieran en ellas entretenido sus dientes agudos, como los de una sierra.

Al divisarlo desde la barca, flotando sobre las aguas, lo creyeron un cadáver a la deriva, empujado por las olas hacia la playa. Un ligero parpadeo del náufrago les advirtió señales de vida. Era un milagro. Cosa imposible parecía que flotara, sin movimiento alguno nadando, el cuerpo inmóvil, ya casi rígido y hasta casi hinchado.

No sin esfuerzos lograron arrancarlo a los embates de las olas y meterlo a bordo a cuyo efecto arriaron la vela, maniobrando al remo.

Ninguno de la barca lo conocía. ¿Quién era? Sin noticias de la catástrofe, desarrollada en la soledad y la sombra de noches anteriores, los pescadores no podían siquiera sospechar la pérdida de «El Cometa». Sospecharon si sería algún desgraciado que se arrojara al mar, con intento de ganar la costa, desde la borda de algún buque en derrota, al pasar frente a la isla.

Nada podían ofrecerle para reanimarlo. Estaba extenuado. Bien se conocía en la palidez mortal del rostro y en la fatiga con que algunas veces intentaban los pies un movimiento, al instante paralizado por falta de fuerzas o por una crispación de los músculos doloridos.

—¡Eh! ¡«Cholombre!...»

Varias veces lo llamaron. No contestaba, afanándose sólo por abrir los ojos y contraer los labios como si le fuera imposible hablar o no entendiera. Tal vez fuese extranjero, algún «musulustre» de los que no hablan en cristiano.

A fuerza de fricciones y de humedecerle los labios con «caña», el náufrago reanimóse.

—¿Quién «sos»?

—Mar...

—Sí; en la mar estamos. ¿El nombre?

—Mar... Mar... tén.

—¿De qué parroquia?

—Casé en el Puerto.

Poco a poco, entre respiro y respiro, Martín fué contando su desventura. Recordaba las cosas vagamente, como si despertase de la pesadilla horrible de un sueño.

—¿Dónde estoy?

Los marineros, hablando todos a un mismo tiempo, dieron detalles. Era la suya una barca de Hasia y estaban de temporada en Caleta Gebo. Allí, en aquel rincón de playa, en la Graciosa, hallaría Martín socorro, por lo pronto en la ranchería de pescadores, compartiendo el lecho de cualquier choza.

—¿Y los compañeros?

—Nada sabemos; se habrán salvado o pue-

de que hayan perecido. No hemos visto ni rastro de «El Cometa». ¿Dónde se trabucó?

—En el Roque.

Trató de incorporarse, pero no pudo. Después, restregóse los ojos, inertes casi, doloridos, y con una expresión de espanto y angustia, dijo:

—No, no veo.

Fijáronse entonces con más ahinco los marineros. Los desgarros en los ojos del náufraigo bien podían ser de los dientes de una «sarda» o del corvo pico de un cuervo.

—Sí, hay daño.

Laváronle con agua, éxtraída del barrilillo con la «cañuela».

Inútil todo.

Martín, al abrir de nuevo los párpados, insistió con doliente queja:

—No; no veo...

De su garganta salió un sollozo ronco. Todo el encanto de su vida creyó que era ya acabado para siempre. No era lo peor quedar inválido para el trabajo. Se iría de pordiosero por los caminos, de pueblo en caserío, llamando a todas las puertas. Lo que sentía era algo más hondo y áspero que le estrujaba cruelmente el corazón. Mejor hubiera sido haber muerto y que las olas no hubiesen escupido

nunca su cadáver a la playa. ¡Haber estado suspirando tanto por aquel hijo que estaría ya en el mundo, que lo esperaría en la cama dormido al son del blando cantar de la madre! ¡Y no poder verlo!

Al oírlo sollozar, el patrón preguntóle:

—¡Martín! ¡Qué diantre; coraje, que nunca falta para un pobre una «pella»!

—No; no...

Y continuaba hipando, afanoso en distender los párpados como si así, muy abiertos, las muertas pupilas pudiesen ver.

—No veo...

—Disgracia es...

—¡No lo tengo de ver!

Contó entonces la historia íntima de sus aventuras matrimoniales, la realidad ahora de sus desdichas ciertas.

Callaron los pescadores conmovidos. Más de uno se llevó la áspera manga de la camisa de bayeta ensalitrada a los ojos.

El patrón, con piedad, aventuró un consuelo:

—¡Todo por Dios!

Fué un suceso el arribo a la playa. Al ver que los pescadores sacaban un hombre en brazos, las mujeres que en la orilla esperaban las redes para tenderlas a secar sobre las restin-

gas, alborotáronse, trémulas de ansiedad y miedo. Luego comenzaron a gritar, con voces despavoridas, llamando a las compañeras que se espulgaban, sentadas en la arena a la puerta de las chozas, o charlando disfrutaban el aire del mar y la ardiente caricia del sol.

—¡«Jéles»! ¡«jéles»!

Tras los primeros gestos de horror y las cordiales palabras de piedad, las buenas mujeres atendieron a Martín, solícitas, desviviéndose en la caridad y en el celo con que lo socorrían. Una le dió también leche, un poco de la leche que aquella mañana, en la costa de Lanzarote, donde fuera a buscar agua, le diera un pastor para el niño enfermo.

De nuevo, ante el corro de mujeres, volvió a contar Martín la historia triste de su mala ventura y de nuevo volvieron a hipar llorosas ellas, como antes los hombres en la barca, lastimadas de tanto infortunio.

Daba, en verdad, pena oírlo. Sobre todo por la voz débil que parecía mojada en lágrimas, por los cabellos encanecidos de aquel pobre hombre prematuramente viejo y por la inútil fijeza de sus pupilas sin expresión, a la sombra de los párpados, como dormidas o muertas.

Durante algunos días las buenas mujeres

no lo dejaron partir. No marcharía hasta que no estuviese repuesto.

Mientras los pescadores andaban a la mar, las mujeres y los chicos hacían compañía a Martín. Este contaba toda su vida, los bellos días del molino, la muerte trágica de su padre despedido desde la altura por el aspa, hasta sus horas de desesperación, de agonía mortal, en el peñón inabordable.

Ellas, sin saciarse nunca, pedían detalles que Martín bondadoso daba.

—Se llama Marciala. Que me casé va para dos años.

—¿Y el chico?

—No lo aseguro a fe; Martín por mi gusto, Benjamín a cuenta de la madre.

—¿Y si salió hembra?

—Entonces, como la limpia y pura Virgen del Carmen.

Otras veces, alguna comadre indiscreta se aventuró a decir:

—Ya lo sabrían. No lo contarán por vivo.

—Sería desgracia.

Guardaba silencio Martín un instante, imaginando la desolación de los suyos si tuvieron noticia de la catástrofe. La habrían tenido, seguramente. Ante la sospecha, temblaban sus carnes como si en ellas volviese a sentir

el frío agudo, mordiente, de las ropas empapadas por el agua.

Su impaciencia era grande. Al fin, creyéndolo «remendado», consintióse en la partida. La misma barca que lo recogiera lo trasladó a la costa fronteriza de Lanzarote, al pie mismo del risco de Famara, cuyas alturas escalaba una senda en zig-zag. Fué curioso. Al sentirse de nuevo en el agua, al escuchar el chapoteo de las olas batiendo el casco de la barca y estrellándose con ronco rumor sobre la playa, Martín estremeciéndose como un epiléptico, sacudido por un invencible pánico. Era superior a sus ánimos el espanto al mar. Tapóse los ojos. ¿Para qué? ¡Aquellos ojos que no veían! Luego acurrucóse en el fondo, junto al «eito» de popa; la cabeza entre las manos obstruyendo los oídos para que por ellos no entrase el ronco grito de cólera de las aguas, arrastrando los «callaos» en las playas y embistiendo con furia los cantiles de la ribera inexpugnable.

Una de las mujeres sirvió de lazarillo. ¿Cómo iba, solo, sin despeñarse, a subir la áspera cuesta el pobre ciego, cojeando, aun sostenido en la cayada, con el dolor del muñón fresco en el pie y los desgarrones de las piernas, con la sangre apenas restañada?

Lo llevó hasta Hasia. Allí lo entregó a unos camelleros que hacían al Puerto la jornada a diario.

—¡Que caridad no le falte!

A través de las lágrimas Martín creyó ver el rostro de la buena mujer.

—¡Tome! Para el chico.

Le puso en las manos a Martín algo que era un modesto regalo.

—¡Dios lo pague!

—En paz, hermano.

Arrearón las bestias los camelleros y, entre nubes de polvo, la caravana se perdió camino adelante.

## VIII

### EL HIJO

No podía andar más. Con un enorme esfuerzo llegó hasta la entrada de Arrecife.

Martín oyó el áspero chirrido de las aspas del molino de Varona, que señoreaba en el altozano y pidió a los camelleros que lo pusieran en la vereda, que conocía palmo a palmo por haberla corrido tantas veces de chico. Al acercarse, sintió un estremecimiento de placer que le llegó al fondo mismo del alma.

¡Qué grata la sombra de aquellas paredes y qué alegre la música de las velas henchidas por el viento rodando incansables! Las conocía; eran como unos viejos amigos de la niñez.

Llamó con el cayado a la puerta. Desde el alto ventano una voz preguntó:

—¿Quién va?

Martín volvió la cara al cielo, abriendo inútilmente sus ojos.

—Soy yo...

—¿Quién?

—Martín.

—¿Martín?... ¿qué Martín?

—El de Clemente, el otro molinero,—y también salió a la puerta la mujer. No conocieron al pronto a Martín. Era imposible que fuese él. Aquel viejo de los cabellos y de la barba blancos, con surcos de arrugas en la cara, no podía ser Martín. ¡Si tendría los treinta mal contados!

Recelosos, preguntaron:

—¿Qué quiere?

—Agua, si me dan.

Diéronsela a discreción. Créyeronlo cuando yontó la muerte de su padre.

—Allí estaba yo. Lo recuerdo; bien lo vieron estos ojos que ahora no ven.

Prégunzó por los suyos. No sabían los molineros. Encerrado día y noche allí, sólo al asomarse al ventano veían pasar a los viandantes por el camino y a las recuas de camellos. Con las gentes que venían con grano gastaban poca conversación, pues casi siempre regañaban por el precio o disputaban la calidad de la molienda. ¡Poner defectos á las piedras del molino de Varona que llevaba triturando grano cerca de un siglo!

—Candela ya no viené.

—¿No vive enfrente?

—Sí; ahí sigue viviendo. Se conoce que ahora come pan...

Una mirada colérica del marido cortó la cruel expresión en la boca de la molinera. Insinuaba una historia brutal, que entregaba a las hablillas de las comadres la maledicencia.

—¿Cómo es eso?

—Digo, que no tuesta.

—¿Y Leoncio?

—Pa el moro debe andar.

Después de reposar un rato, acosado de la impaciencia de ver a los suyos, Martín levantóse para marchar. Dábale pena dejar la sombra del molino, la sombra húmeda que tanto conocía mientras la veleta giraba en lo alto,

rompiendo el rumor isócrono de las aspas, con un son que remedaba el llanto de un recién nacido.

Tanteando el suelo con el cayado, Martín se aventuró por la vereda que tanto conocía. ¡Vaya si la conocía! Era la vereda por donde escapaba al Charco de San Ginés, al pie del Lomó, cuyas casuchas se sabía de memoria puerta por puerta. A la sombra de éstas, afianzándose en las paredes, avanzaba acercándose a la casa donde su hermana vivía. Y a medida que andaba iba recordando todos los habitantes, enumerándolos.

—Aquí vive Pancho García...; esta es la de «Carpeta»... si no se ha mudado; la otra la tenía Pepa Jipiona, la viuda.

Luego paróse, saltándole el corazón con brinco descompasado.

—Aquí es.

No quiso llamar con el cayado. Dió con la mano unos golpes en la puerta. A poco escuchó el chirrido de los herrumbrosos goznes de un postigo que se abría en la ventana baja, a ras del mismo suelo.

Después, una voz, la voz de Candela, que decía:

—¡Perdone por Dios!

—¡Soy yo, hermana!

—¿Quién es yo?

—¡Martín!...

Sonó un ruido dentro. La misma voz de Candela, entre besos, no cesaba.

—Ven... ¡aquí está pae!

La puerta se abrió y en la ceguera Martín extendió los brazos para abrazar a su hermana, pero en ellos sintió algo blando, caliente, como el cuerpo de un niño.

—Ahí lo tienes... Benjamín.

Los ojos de Martín se distendieron hasta el dolor para ver. ¡Nada! La sombra eterna reinaba en ellos. Bajó temblando los labios para besar al chico que rompió en llanto.

Luego preguntó:

—¿Y Marciala?

—Pos... ¡la probe!... échóle al mundo... y murió.

Callaron ambos. Sólo persistía el llanto del niño como si llorara su destino, el infortunio del padre ciego y la desgracia de la madre muerta.

